ROSA MORENO MATELLANES

MÁS ALLÁ DE LAS TRINCHERAS

¿Pueden el amor y la amistad sobrevivir a los horrores de la guerra?



MÁS ALLÁ DE LAS TRINCHERAS

ROSA MORENO MATELLANES

Más allá de las trincheras
© Rosa Moreno Matellanes.
1ª edición, octubre de 2024.
Imágenes de portada: Adobe Stock.
Diseño de cubierta: Alexia Jorques.
Maquetación: Fabián Vázquez (www.fabianvazquez.net)
Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A mi padre.

1 EL SOMME

1916

La bala le rozó la cara. James se tumbó en el barro jadeando, sin saber por dónde había venido el proyectil que le dejó un corte abierto en la mejilla. El cráter del obús donde se refugió era enorme y, dentro de él, solo agua, muerte y putrefacción. La metralla volaba a una velocidad de vértigo, el ruido era estremecedor y su cuerpo entumecido estaba envarado por el miedo. El estruendo de las bombas y los gritos ininteligibles de los compañeros caídos, que no se habían silenciado desde las siete y media de la mañana, cuando se inició la ofensiva, retumbaban en su cabeza acelerándole el pulso. El clamor de la guerra hacía que hasta el mismo suelo vibrase con la cadencia del sonido de las armas, los lamentos de los heridos y los gritos perdidos de los oficiales. El soldado Knox se llevó las manos a los oídos y deseó poder parar el ruido repetitivo que no cesaba y lo volvía loco.

Intentó tranquilizarse, el rugido de su corazón desbocado se lo impidió, y se esforzó, sin éxito, en escuchar las órdenes de algún sargento que lo guiara en medio de aquella locura. Apoyó la espalda en la pared arenosa de la oquedad donde se había refugiado y, con dificultad, logró discernir el sonido desvaído de los silbatos de los suboficiales que trataban con desesperación de reagrupar a las tropas. A pesar de intentarlo con todas sus fuerzas, fue incapaz de descifrar de dónde venían, por lo que decidió mantenerse donde estaba.

James no tenía experiencia como soldado, pero estaba seguro de que las cosas no estaban saliendo como los altos mandos habían planeado. Los comandantes en jefe de los ejércitos británicos y franceses acordaron un ataque conjunto en el frente occidental y, tras un cambio de ofensiva, finalmente se decidió que la 94 Brigada capturara la fortaleza del Serre y formara un flanco defensivo para protegerla. La táctica principal fue la de los bombardeos continuados al enemigo durante días antes del ataque final para desgastarlo y romper sus defensas. Sin embargo, y aunque les aseguraron que la ofensiva sería fácil, los miles de hombres muertos a su alrededor y los alambres de púas alemanes que aún quedaban en pie contradecían con rotundidad esa premisa. Le hubiera gustado poder descansar, nunca se había sentido tan exhausto en su vida, pero sabía que tenía que seguir en movimiento si quería sobrevivir y salir de aquel lodazal lleno de muertos.

Una bomba descargó muy cerca de dónde se atrincheraba, y el corazón le palpitó tan deprisa que creyó oir retumbar la tierra sobre la que estaba echado. De soslayo, miró su reloj, no supo por qué lo hizo, ¿a quién le importaba la hora en un momento como ese? Sin embargo, ahí estaba, observando las manecillas que milagrosamente aún funcionaban. No eran ni las ocho de la mañana. Llevaban menos de media hora en el campo de batalla, y a James le pareció como si hubiera vivido allí toda su vida. Los proyectiles seguían impactando contra las paredes del agujero donde se posicionaba. No entendía cómo no le habían dado ya, quizá era verdad que existían los ángeles de la guarda, como su madre le enseñó. Se armó de valor y subió la ladera del cráter arrastrándose. Empuñó su fusil y disparó varias veces a ninguna diana en concreto. Oteó el panorama por encima del borde del agujero y se ajustó el casco de metal, su única protección real frente a los proyectiles, ya que el resto del cuerpo estaba totalmente expuesto con

el uniforme de lana del Ejército Británico inútil ante las balas. Había perdido de vista a Ed y a Charlie. Juraron no separarse, pero no habían conseguido cumplir la promesa en medio del humo, las bombas y el tremendo caos que se organizó nada más poner un pie fuera de las trincheras. Miró a su alrededor con la intención de localizarlos, pero fue en vano, por lo que tuvo que conformarse con el deseo de que estuvieran a salvo.

Fuera del cráter, solo había barro y muertos, deprisa, se situó en el flanco izquierdo, el más vulnerable a las granadas, y siguió avanzando. Algunos hombres caídos empezaban a hundirse en el limo tras los innumerables pisotones de sus propios compañeros que caminaban por encima de ellos sin piedad siguiendo órdenes.

—No hagáis caso a los cuerpos que os encontréis por el camino. Tenéis que continuar —conminó el sargento Moore—. ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Deprisa!

Era imposible retirarlos, ya que el intenso bombardeo los hubiera puesto a todos en peligro. James adelantó terreno, las explosiones arreciaron y no se paró ni asistió a los jóvenes sin extremidades o con las entrañas expuestas que gritaban de dolor mientras la vida se les escapaba sin que nadie pudiera hacer nada por evitarlo. Los desprendimientos de tierra provocados por las minas caían sobre su cabeza sin cesar y dio gracias a Dios por seguir vivo, al mismo tiempo que intentó ignorar el horror a su alrededor. Las órdenes habían sido claras, y sabía que, si quería sobrevivir, tenía que seguirlas al pie de la letra, pero eso no las hacía más fáciles. Los chicos que yacían a su alrededor desangrándose, gritando, heridos o muertos, eran sus amigos, conocidos de toda la vida de Accrington, y eso hacía que el ignorarlos fuera aún más difícil.

Esa mañana, justo antes de salir de las trincheras a las siete y media en punto, los soldados se apelotonaron pertrechados con todo el equipo militar esperando el asalto. Estaban tan juntos que parecían sardinas en lata, callados, envueltos en sus pensamientos y miedos. Les ordenaron sincronizar los relojes y esperar. Uno de los oficiales al mando les pidió que entregaran sus objetos personales: cartas, fotografías…

—No lo vais a necesitar en la batalla y solo servirán para aumentar el peso que tendréis que arrastrar —les dijo.

A las cinco de la mañana, el sargento Moore les había advertido que el ataque sería inminente, sin embargo, se retrasó más de lo previsto, y durante las horas que duró la espera, la tensión entre los hombres se pudo cortar con un cuchillo.

James rezó para que la artillería británica siguiera bombardeando sin descanso las líneas enemigas. Necesitaban que sus armas pesadas las barrieran para allanar el terreno a la infantería que vendría detrás, y a la que él pertenecía. Sin embargo, la dura respuesta alemana al fuego aliado delataba que no lo estaban consiguiendo.

La espera en las trincheras a la orden de ataque fue una auténtica locura. Muchos soldados se agarraban con fuerza a sus fusiles, otros lloraban y algunos simplemente rezaban sin apenas mover un músculo.

Se les había ordenado silencio, pero Edward lo rompió en voz baja.

—¿Cuántos de nosotros crees que sobreviviremos? —dijo, tamborileando los dedos en su pecho. Su rostro blanquecino delataba su nerviosismo.

James Knox no le contestó, se aferró a su fusil Lee-Enfield y se encogió de hombros mirando al suelo.

—¿Tienes miedo, James?

—Shhh —dijo el muchacho—. Nos han ordenado silencio.

La verdad es que no eran las órdenes lo que le preocupaba. Más bien era el nudo que tenía

en el estómago lo que le impedía hablar con su amigo, estaba seguro de que podría vomitar en cualquier momento.

Ed, apoyado en la pared húmeda de la trinchera, se inclinó hacia delante para poder hablar con Charlie, que estaba al lado derecho de James.

—¿Y tú qué dices? ¿Tienes miedo?

—Pues claro, idiota, cállate y concéntrate, que no estamos en Accrington.

—Yo no tengo miedo a morir —continuó Edward, sudando a mares—, pero no soportaría la idea de perder un brazo o una pierna —dijo el chico, ajustándose las bandoleras de municiones que llevaba al cuello.

James le puso la mano en el hombro. Conocía lo suficientemente bien a su amigo como para saber que estaba aterrorizado.

—Tranquilo, Ed, todo va a salir bien —lo animó sin ninguna convicción.

James apretó el fusil contra su pecho, acariciando la bayoneta que había montado y desmontado más de cinco veces, y comprobó que las granadas que llevaba en la bolsa atada a la cintura seguían allí.

A pesar de que no le había dado una respuesta a su amigo, James también tenía miedo, pero sabía que no era el momento de pensar en ello. Miró a Charlie y a Ed, los dos temblaban a su lado, y deseó poder abrazarlos cuando todo hubiera terminado.

Los tres se conocían desde la infancia, habían crecido juntos y también se habían alistado juntos en el batallón de voluntarios reclutados por el alcalde de Accrington, el capitán John Harwood. Eran jóvenes y, como la mayoría de los hombres que esperaban en las trincheras, nunca había participado en ninguna batalla.

—Sargento, reparta entre los hombres un vaso de ron. Vamos a atacar en cualquier momento, y estoy seguro de que lo van a necesitar. Que beban lo que quieran.

Las órdenes habían venido del capitán Neville, y James pensó que le gustaba ese oficial de voz templada. En otras circunstancias, estaba seguro de que hubieran podido ser buenos amigos. Era un hombre muy ingenioso, y su manera de hablarles siempre era cálida y amable.

James miró su reloj, que marcaba las siete y cuarto de la mañana.

—Ya sabéis lo que hay que hacer —dijo el capitán—. Una vez se os dé la orden de ataque, saltad y avanzad. La primera oleada de hombres vendrá conmigo nada más dé la señal, y los demás nos seguirán de cerca después de unos minutos. ¿Estáis todos preparados?

De repente, y sin previo aviso, Ed empezó a gritar, sus alaridos eran desgarradores y parecía desquiciado por la tensión que vivían.

—Sargento —bramó el oficial al mando al otro lado de la trinchera—, encuentre al soldado que está gritando y dispárele. Aquí no necesitamos cobardes que amilane el ánimo del resto de la tropa.

Charlie se echó encima de Edward y le tapó la boca. Era el más joven de los tres y el más débil de carácter.

—Shhh, calla. Vas a hacer que te maten. Necesitas controlarte, o te dispararán antes de que puedas salir ahí fuera a pelear. No nos pasará nada —afirmó Charlie—. No nos separaremos.

Ed se retorcía con fuerzas con la cara arrebolada, llorando de puro miedo.

—Estaremos bien —siguió Charlie, aún sujetando a su amigo—. Si me prometes dejar de gritar, te quitaré la mano de la boca.

Ed hizo un gesto afirmativo con la cabeza, y Charlie lo soltó.

—Quiero salir de aquí —afirmó Ed—, no puedo respirar.

—Vamos, amigo —lo tranquilizó James, pero Edward seguía inquieto poniendo peligrosamente nervioso al oficial al mando que no le quitaba los ojos de encima.

—Todo está bien, señor —gritó Charlie—. Ha sido un ataque de pánico, pero ya se encuentra mejor.

James abrazó a Ed con fuerza y empezó a cantar en voz muy baja, casi en un susurro: *Mademoisell from Armentieres*. Charlie se les unió, entendiendo la estrategia del joven, que pretendía tranquilizar a su amigo.

—Vamos, Ed, canta. Te aseguro que eso te ayudará, a mí siempre me provoca un extraño sentimiento de seguridad.

Con voz casi inaudible, los tres entonaron la canción tan popular entre los soldados y, al cabo de unos minutos, consiguieron que Edward se sintiera mejor.

James volvió a la realidad, a pesar de la promesa que los amigos se habían hecho de permanecer juntos, no pudieron cumplirla y se separaron nada más salir de la trinchera.

El soldado Knox siguió adelante bajo las balas y los gritos de sus compañeros, que eran engullidos por el infernal ruido en medio del horror más infinito. Tocó la bolsa de las granadas que aún colgaba de su cinturón, le quedaba una intacta. Sin pensarlo, la lanzó por encima de su cabeza y se hizo un ovillo mientras explotaba. Eso le hizo ganar algo de tiempo y despejó en parte su camino. Una vez que la bomba explosionó, avanzó con rapidez, en zigzag, evitando los proyectiles y la metralla que caían a su alrededor como copos de nieve en invierno. Comprobó su bayoneta acoplada al cañón del rifle. Sabía que la había montado correctamente, lo ensayó miles de veces, pero quería asegurarse, ya que no cabía duda de que tendría que usarla contra el enemigo. Hasta ese momento, solo la había utilizado para limpiar el barro de sus botas, tostar pan o abrir latas, pero en ese instante, en el fragor del combate, estaba convencido de que le daría el uso para el que estaba diseñada. Repasó en su mente hacia dónde tenía que dirigir su ataque: garganta, pecho, ingle, y se lo repitió a sí mismo varias veces como si de la letra de una canción se tratase.

Corrió con toda su alma y sintió cómo el miedo lo abandonaba poco a poco. Si tenía que morir, lo único que deseaba era que fuera rápido. Sabía que aún estaba en tierra de nadie y debía seguir hacia delante si quería alcanzar las líneas enemigas. No estaba a salvo, y su cerebro se dejó llevar por su instinto de supervivencia haciéndolo avanzar sin detenerse.

Malcolm, un chico pelirrojo que vivía en su misma calle en Accrington, corría a su derecha. El muchacho tenía la cara desencajada. No debía tener más de diecisiete años. Se volvió para decirle algo, pero la frase quedó en suspenso cuando un proyectil le impacto de lleno en la cabeza, haciendo saltar por los aires pequeñas esquirlas de hueso. Motitas de sangre granate mancharon la cara de James que, horrorizado, se limpió los ojos y siguió corriendo. Pensó en cómo recibiría la noticia la madre de Malcolm cuando se enterara de la pérdida de su hijo y sintió una profunda tristeza por ella. El joven y él habían bromeado esa misma mañana antes de la ofensiva, y ahora Malcolm era solo un amasijo más entre el barro y los casquillos de las balas abandonados en suelo extranjero lejos de casa.

Por un momento, creyó que el fuego alemán se había ralentizado y se sintió aliviado. Sin embargo, pronto las ametralladoras germanas volvieron a la carga desatando el infierno y barriendo a gran cantidad de soldados que corrían justo delante de él.

—¡Ah! —gritó un chico de su compañía agarrándose el estómago y retorciéndose de dolor a su lado.

—¿Te han dado? —preguntó James mientras se agachaba cerca de él—. Déjame ver.

—¿Es grave? —preguntó el muchacho, apenas un adolescente con pecas en las mejillas. James no era médico, pero sabía muy bien que, si la sangre era negra, te habían alcanzado en el hígado, y eras hombre muerto. Se lo habían repetido miles de veces en los entrenamientos.

—No. No es grave. Te vas a poner bien —mintió—. Arrastró al chico, con el rostro sudoroso y salpicado de sangre y tierra, a un agujero cercano y le dio la mano.

—No me dejes solo –dijo con un hilo de voz. Tengo mucho frío.

—No me iré a ninguna parte. Aguanta, pronto estarás en casa.

Una mina estalló cerca de los dos, y James protegió con su cuerpo el de su compañero moribundo. «La batalla une a los hombres», pensó. Cuando se volvió a mirarlo, el chico ya había muerto, y James, sin poder hacer mucho más por él, le cerró los ojos y siguió avanzando. Pensó en lo jóvenes que eran todos y en que deseaba que toda aquella locura se detuviera para poder salir de allí con vida. Sin poder evitarlo, sus ojos se llenaron de lágrimas y lloró por los compañeros muertos, por los amigos que ya nunca volvería a ver con vida y le pidió a Dios que lo protegiera, que los protegiera a todos. No quería morir ese día ni en aquel lugar extranjero.

Consiguió llegar hasta una gran línea de alambre de púas aún intacta. Estaba cansado, aturdido, y el uniforme de lana, mojado después de la noche de lluvia, le pesaba demasiado como para seguir tirando de él. Se palpó de arriba abajo con la intención de deshacerse de algunas cosas, pero todo le pareció necesario para la batalla. Se tiró al barro y se las ingenió para reptar por debajo del alambre que debería de haber desaparecido con el intenso bombardeo de la artillería y que, sin embargo, seguía ahí como un árbol de hojas perennes.

Las ametralladoras enemigas apostadas frente a ellos no cesaban de disparar, y los alemanes salían de sus agujeros como si las bombas no pudieran dañarlos. Los obuses gritaban alrededor de los soldados que, en posición de ataque, avanzaban con las bayonetas preparadas.

James se arrastró a través de la alambrada con dificultad. Se trabó en ella en más de una ocasión y tuvo que utilizar la bayoneta para soltarse. El rugido de la guerra seguía sin dar tregua, haciendo que su cabeza retumbara. Hombres muertos o heridos caían a su alrededor sin piedad. La carnicería era indescriptible. Un soldado quedó enganchado en el alambre con un ojo colgando y la garganta abierta emulando una gran sonrisa. Y James tuvo que reprimir una arcada mientras apartaba la vista del desafortunado chico. Las bombas seguían explosionando, y Knox se cubrió con los brazos para protegerse. Se sentía como un muñeco de trapo que solo corría sin tiempo a pensar o tomar decisiones coherentes, ajeno a los proyectiles y a los compañeros que se precipitaban cerca de él.

Echó un vistazo a su alrededor y solo alcanzó a ver trozos de carne y vísceras esparcidas por todas partes. El olor metálico a sangre se mezclaba con el ocre de la metralla, y el atronador sonido seguía sin dar tregua a sus oídos ensordecidos. Esa era la verdadera cara de la guerra, pensó. El idealismo y entusiasmo que lo llevaron hasta allí se esfumaron de un plumazo. A James ya no le quedaba fe ni en la causa ni en sus líderes, y solo la camaradería de sus compañeros era lo único que lo retenía para no tirar el rifle y darse la vuelta hacia su trinchera. Por un segundo, miró a los miles de jóvenes muertos que nunca volverían a respirar ni abrazar a sus madres o novias, e intentó encontrarle sentido a todo aquello. No pudo, y su idea romántica del honor y la contienda quedó enterrada en el lodo con todos ellos.

El soldado consiguió llegar a las líneas enemigas. No estaba solo. Milagrosamente, otros británicos lograron su misma hazaña y ya se enfrentaban cuerpo a cuerpo con los alemanes que habían saltado de sus propias trincheras para atacarlos. De repente, un alemán fornido se arrojó fuera del agujero donde estaba con un lanzallamas en la mano. James solo tuvo tiempo de tirarse

al suelo mientras la lengua de fuego sesgaba la vida de más de diez compañeros cerca de él. Sin pensarlo, disparó contra el germano, y una de sus balas se alojó entre los ojos del chico, que cayó hacia atrás como un saco lleno de arena regurgitando sangre. En las trincheras, se preguntó muchas veces si sería capaz de matar, el alemán muerto le confirmaba que sí, lo había hecho sin remordimiento, sin pena ni miedo; el instinto de supervivencia lo había ayudado.

Los enemigos seguían saliendo de las trincheras como ratas. Un soldado, que no conocía, disparó al lado de James, que puso la rodilla en tierra para hacer más efectivo su tiro. El soldado inglés tuvo tiempo de apretar el gatillo varias veces antes de caer desplomado con la cabeza abierta en dos. James metió la mano en la bolsa de las granadas, pero recordó que no le quedaba ninguna. Otro soldado de su compañía le debió leer la mente, ya que lanzó un explosivo a la ametralladora más cercana y la inutilizó en cuestión de segundos.

Algunos alemanes salieron de sus trincheras con los brazos en alto. Por un segundo, James dejó de ver en ellos lo que la propaganda inglesa se había empeñado en aleccionarles: seres salvajes, sedientos de sangre, fanáticos despiadados y brutales. Solo reconoció en ellos a hombres asustados y exhaustos por el esfuerzo de la batalla. Jóvenes iguales que ellos. De repente, lo vio claro y dejó a un lado la idea de que los ingleses o franceses eran mejores, bajó su arma. Con el rabillo del ojo, reconoció el movimiento que un soldado del pelotón Lincoln Shire hizo al levantar el brazo.

—Espera —gritó James, pero fue demasiado tarde.

El muchacho se dejó llevar por un instinto animal y abatió a tres alemanes sin pensárselo dos veces. James se quedó quieto. Una cosa era matar a alguien en el fragor de la batalla, y otra muy distinta asesinar a los que se rendían. Le temblaron las rodillas, sintió náuseas y pensó que esa guerra muy bien podría ser el fin de la humanidad tal y como la había conocido hasta ese momento.

La orden de abrir fuego rápido, emitida por un oficial, le llegó con claridad, y no dejó de disparar hasta que su rifle estuvo tan caliente que fue imposible seguir sujetándolo.

Después de aquello, ya no pudo continuar, un obús impactó muy cerca de su posición, y un dolor punzante en la cara le nubló la vista y lo desplomó en el suelo, que se manchó, esa vez, con su propia sangre. Sepultado por la arena que la metralla había levantado, James se preguntó si estaría muerto. Le costaba respirar y tiritó de frío, a pesar de que la mañana era cálida y agradable. La sangre se le acumuló en la boca, tosió para despejar la garganta, pero se ahogaba. Tendido en el barro y rodeado de otros compañeros muertos, recordó su casa con total nitidez. Imaginó a Hattie con su sonrisa rebelde y su porte decidido y, sobre todo, pensó en Cora, en sus labios carnosos, en los besos que le había dado y en su media melena rizada suelta al viento. Dejó de oir el rugido de la batalla, el ruido se convirtió en silencio y sintió como la vida se le escapaba por cada poro de su piel. Lo embargó una absoluta oscuridad, una gran soledad que le provocó una tremenda tristeza al recordar todo lo que aún le quedaba por hacer. Se esforzó por escuchar los cañonazos, ver al enemigo, pero sus sentidos se negaron a que siguiera percibiendo el horror a su alrededor. Lágrimas gruesas resbalaron por su rostro, mezclándose con su sangre, y se abrazó a la imagen de Cora antes de cerrar los ojos. Por fin, todo había terminado.

2 UNA DECISIÓN QUE TOMAR

(DOS AÑOS ANTES) 1914

Charlie Drake sostenía un ejemplar del *Accrington Observer & Times* en las manos.

—¿Qué me decís? ¿Nos alistamos? Ya es un hecho. La Oficina de Guerra ha aceptado la oferta del alcalde de Accrington, el capitán John Harwood, de crear un batallón con hombres de aquí y de ciudades cercanas. Dicen que esta será una guerra heroica y gloriosa de la que saldremos triunfantes, así que no nos la podemos perder.

—Todavía no es seguro —replicó Edward Carr, al que sus amigos llamaban Ed.

—¿Cómo que no? —respondió Charlie, apuntando el periódico con el dedo índice—. Lee, lo dice bien clarito, se va a crear un batallón aquí mismo. Se necesitan voluntarios para el ejército, ¿o es que no has escuchado al secretario de Estado para la Guerra?

—No debes creerte todos los mensajes propagandísticos que venden los periódicos, Charlie. ¿No era el *Observer* contrario a la guerra? Además, ya sé lo que dice Kitchener; lo que digo es que aún no se ha iniciado un reclutamiento oficial.

—Estoy seguro de que eso no va a tardar en llegar. Me parece que la idea del general Sir Henry Rawlinson de crear batallones de amigos y vecinos es fabulosa. Estoy de acuerdo en que podemos ser mejores soldados si vamos todos juntos, luchando codo con codo. Mi hermana tiene un conocido que va a la universidad, y dice que toda su clase se ha puesto de acuerdo para apuntarse al mismo tiempo nada más empiecen los reclutamientos. Muchos chicos de nuestra calle también se van a alistar juntos, y los compañeros de la fábrica de ladrillos no hacen más que hablar del tema. Si somos buenos para trabajar, estudiar o vivir juntos como vecinos, también podemos luchar juntos. ¿Tú qué opinas, James?

Los tres chicos estaban tumbados en la hierba junto al río, cerca de uno de los antiguos molinos que aún conservaba la ciudad, y el claro dónde se hallaban estaba rodeado de majestuosos robles y alcornoques que habían pertenecido a Accrington desde hacía cientos de años.

—Creo que, si Inglaterra nos necesita, deberíamos ir a la guerra.

—Exacto —dijo Charlie, haciendo espavientos con las manos, contento de que alguien le diera la razón—, eso mismo opino yo. El imperio británico es fuerte, no le tiene miedo a nadie. No podemos perder por más que los germanos se empeñen. Además, no me cabe duda de que Dios estará de nuestro lado. —Los tres amigos rieron la ocurrencia de Charlie.

—Dios no elige lados —afirmó James mientras sostenía una brizna de hierba entre los labios.

—¡Bah! Tonterías. Dios debe ser inglés. Entonces, ¿qué me dices, Ed? —insistió Charlie sin prestar atención al comentario de James.

—Que no creo que a mis padres les haga gracia que me aliste, aunque yo sí tengo ganas de darles su merecido a los hombres del Kaiser.

—¿Y siempre haces lo que dicen tus padres?

—Sí, si necesito su consentimiento. Sabes de sobra que aún no tengo los diecinueve años.

—Eso se puede arreglar, ¿verdad, James?

—¿Qué propones, Charlie? Bueno, ¡mejor no me lo digas! Creo que no quiero saberlo —respondió el chico, que seguía tumbado en la hierba con una camisa blanca, pantalones oscuros y un chaleco de lana sin mangas.

—Yo sí quiero saberlo —se interesó Ed—. ¿Cómo lo hago?

—Nosotros te firmamos el formulario de consentimiento. Así de simple. Una vez estés alistado, tendrás tiempo de convencerlos. —Ed se quedó pensativo, tenía que reconocer que era una posibilidad en la que no había pensado antes—. Además, si te quedas sin un glamuroso uniforme militar, las chicas no querrán ni mirarte. —Rio Charlie, empujando a su amigo sentado a su lado.

—Eso no es legal —afirmó James.

—¿Y qué? Si Kitchener necesita hombres, ¿crees que lo van a investigar? Además, dicen que la guerra durará poco. ¡Será una aventura!, y con un salario seguro, no como en la fábrica, que a veces ni sabemos cuánto vamos a cobrar.

—A mí no tienes que convencerme, Charlie. Ya te he dicho que, si nuestro país lo necesita, será un honor servir en su ejército.

James era un joven sensato, prudente y muy atractivo. Su pelo lacio y negro competía con la oscuridad de sus ojos de pestañas largas y pobladas, y su porte atlético le conferían una belleza magnética que hacía las delicias de las chicas de Accrington, a pesar de que él solo tenía ojos para Cora Holder. Su carisma natural lo hacía irresistible y su personalidad amable y cariñosa lo convertían en un amigo fiel y leal para Ed y Charlie.

—Yo creo que con todo esto de la guerra y la idea de que cualquier enemigo de Inglaterra es nuestro enemigo, más de un tipo se está volviendo loco —añadió Ed.

—¿A qué te refieres? —preguntó Charlie, que se encendió un cigarrillo y apoyó la espalda en el tronco de un gran roble.

—A que el apasionamiento patriótico hace que muchos vean enemigos donde no los hay —intervino James.

—Exacto —respondió Ed—, me lo has quitado de la boca.

Charlie los miró sin entender.

—Ayer, sin ir más lejos, le dieron una paliza a Scheneider —continuó James, que miró las nubes que se arremolinaban en el cielo.

—¿El muchacho que cuece los ladrillos en el horno de túnel? —preguntó Charlie.

—Sí, a ese mismo, y fue solo porque su apellido es austríaco. Él ha nacido en Inglaterra, sus padres han nacido aquí, solo sus abuelos vinieron de Austria. Creo que eso no es justo. Pensamos que todo lo extranjero es un ataque hacia nuestro país, y perdemos la perspectiva.

—Estoy de acuerdo contigo, James —continuó Ed—. Sin ir más lejos, hasta nuestra propia familia real tiene un apellido alemán, y no creo que por eso apoyen al Kaiser.

—¡Muchachos! —los interrumpió Cora desde lo alto de una pequeña colina—. ¿Quién quiere comer? —gritó, poniéndose las dos manos ahuecadas alrededor de la boca.

—Vamos —dijo James—, mejor no hablar de la guerra delante de las chicas.

El muchacho se levantó, sacudiéndose las briznas de hierba que se le habían adherido a la ropa. Le tendió la mano a Charlie y tiró de él hacia arriba. Edward siguió sentado en el pasto, pensativo.

—¡Vamos, Ed! —repitió James—. Disfrutemos del pícnic. ¿No estás hambriento?

Los tres amigos habían crecido juntos; eran vecinos y trabajaban en la fábrica de ladrillos rojos de Altham, conocidos por su dureza y por llenar a Accrington de impresionantes edificios

públicos.

James era alto, de cuerpo musculado y rostro anguloso y atractivo. Su pelo negro y sus ojos oscuros contrastaban radicalmente con el cabello rojo de Charlie y el rubio de Ed. Charlie, de porte seguro, era el dueño de una mirada penetrante y una encantadora sonrisa. Tenía los ojos de un verde intenso, y su personalidad rebosaba determinación y calidez. Ed era radicalmente opuesto a ambos, su aspecto apacible y delicado era el vivo reflejo de su naturaleza amable y bondadosa. Su cabello rubio caía suavemente sobre su frente, y sus ojos azules inspiraban confianza y ternura. Su aspecto era mucho más frágil que el de sus amigos, mayores que él, y su rostro reflejaba un alma llena de dulzura. A pesar de que los tres eran muy diferentes, se querían y se llevaban bien.

Cora volvió con el grupo que había organizado el pícnic esa mañana de domingo y empezó a cortar pequeñas porciones del magnífico pastel de carne que había llevado. Estaba preciosa con su vestido gris ceñido a la cintura. Su media melena rojiza y rebelde caía sobre sus hombros, y James pensó que no tenía dudas de que quería casarse con ella. Desde siempre, Cora fue la chica más popular de la calle. Con su mirada desafiante, su actitud segura de sí misma y su encanto irresistible, coqueteaba con todos, y hasta Charlie y Ed se sentían atraídos por su atractivo natural, pero era James el que realmente estaba enamorado. La belleza de la chica era impactante, y su presencia no pasaba desapercibida en ninguna situación, ya que su carisma natural la convertía en el centro de atención. Sabía que les gustaba a todos y, coqueta por naturaleza, disfrutaba con su irresistible encanto al flirtear con los chicos que se cruzaban en su camino.

James se acercó a Cora con una amplia sonrisa en la cara.

—Tiene buena pinta —afirmó sin dejar de mirarla.

—Ya sabes, carne de cordero, zanahorias y guisantes. Pero este es un poco especial. Pruébalo y me cuentas. —Cora le ofreció un trozo, y el muchacho no dudó en meterse una cucharada en la boca.

—Uhhh, ¡está delicioso!

La joven se acercó a él un poco más de lo permitido, provocadora, y el chico pudo sentir su suave perfume a lavanda, que hizo que su corazón se acelerara.

—Sí, lo sé. Tengo un truco. Le pongo un poco de queso al puré de patatas que lleva por encima. Nunca falla, es el mejor que probarás nunca.

—Es el pastel de carne más rico que he comido jamás.

La muchacha se lo agradeció con una amplia sonrisa seductora.

—No puedes revelar mi truco, o nunca te perdonaré.

Cora se echó a reír, dejando entrever unos dientes blancos enmarcados por unos labios carnosos y suaves. Su pelo rizado se movía con la cadencia de la briza del otoño, y James pensó que era la chica más bonita de todo el pueblo. Hacía tiempo que estaba enamorado de Cora, sin embargo, no se había atrevido a decirle nada, a pesar de que ella se había dado cuenta de sus sentimientos y le gustaba dejarse querer. «Si voy a la guerra, le declararé mi amor —pensó—. No quiero morir sin haberle dicho lo mucho que la quiero y que deseo pasar el resto de mi vida con ella».

—Creo que te sentará bien el uniforme militar —dijo Cora, poniendo la mano en la solapa de James que se ruborizó hasta las orejas—. Si te alistas, ¿me dejarás que te escriba? —preguntó, coqueta.

—¡Claro! —respondió James, feliz—. Cora, yo…

—¿Puedo tener un trozo de tu magnífico pastel de carne? —preguntó Hattie, que sobresaltó al muchacho, que cambió de tema de inmediato.

—¿Qué haces aquí, hermanita? Pensé que me habías dicho que no querías pasar la mañana del domingo en una comida aburrida.

—Así es, pero Emily vino a casa y me ha hecho cambiar de opinión.

—¡¿Emily Benson?! —preguntó James, asombrado—. ¿Está aquí? Hace siglos que no la veo.

—No seas exagerado, James. Solo hace un año que se fue. Ya te dije que, con el estallido de la guerra, ha decidido volver a Accrington. Está buscando trabajo.

—En la casa donde sirvo, se necesita una cocinera —intervino Cora, que le tendió un trozo del pastel a Hattie—. ¿Crees que le interesará?

—No estoy segura. Me parece que quiere trabajar en una fábrica, pero tendrás que preguntárselo a ella. Mira —dijo, señalando a una muchacha vestida de blanco con un sombrero a juego—, está allí mismo.

Mientras Cora se dirigió a hablar con Emily, Hattie se enfrentó a su hermano.

—Ten cuidado, James, Cora no es lo que parece, y te hará daño.

—Sé lo que me hago, Hattie.

—Es muy bella, eso no puedo discutírtelo, pero es egoísta y manipuladora. Peligrosa, diría yo.

—Cambiemos de tema, ¿te parece?

—Está bien —la chica se acercó a su hermano y lo cogió del brazo—. Dice Charlie q ue os vais a alistar en el ejército.

—Ese maldito chivato, lo voy a matar. Le he dicho que mantuviera la boca cerrada.

—James, ¿no crees que me merezco que algo tan importante me lo comuniques tú mismo? Nunca nos hemos ocultado nada, y no quiero que empecemos ahora. No te voy a engañar, tengo miedo por ti, no quiero ni pensar en el hecho de que pueda perderte, pero no te detendré. Ya sabes que yo no soy igual a todas esas mujeres que quieren retener a sus hombres con llantos. Yo también creo que el país nos necesita, y que todos deberíamos poner nuestro grano de arena en esta guerra. ¡Ojalá yo pudiera ir contigo!

—¡No digas tonterías, Hattie! Tú tienes que seguir estudiando. Seguro que serás una gran enfermera.

—¡No son tonterías! —la muchacha levantó la voz, enfadada—. Solo soy un año menor que tú. Tengo la edad para poder entrar en el ejército. Lo único que lo previene es mi condición de mujer, sin embargo, tú sabes muy bien que tengo más agallas que muchos cobardes que ni siquiera quieren alistarse. No es que me guste esta situación, pero ya que estamos en ella, tendremos que defendernos.

—Tú siempre tienes una causa que defender. ¿No estabas centrada en conseguir el voto para las mujeres?

—Exacto, pero ese tema tendrá que esperar hasta después de la guerra.

James acarició el pelo negro de su hermana con una sonrisa en los labios. Desde pequeña, fue una niña apasionada y batalladora que luchaba por las causas perdidas o por las que, a su parecer, eran injustas. Tenía una personalidad fuerte y arrolladora de la que él se sentía muy orgulloso y una belleza salvaje que nadie había conseguido domar. A pesar de que ambos hermanos se parecían, Hattie tenía los ojos más claros que James, y una mirada más intensa, mientras que él era infinitamente más dócil que ella.

—Serías un buen soldado.

—Estoy segura de ello. —Ambos se rieron con ganas.

—La labor en la retaguardia también será importante. Cuando la mayoría de los hombres se alisten, ¿quién se hará cargo de las industrias, de los comercios, de los transportes? ¿No crees que las mujeres serán muy necesarias entonces?

—Por supuesto, será nuestra oportunidad de brillar, de demostrarles a todos que las mujeres podemos hacer cualquier cosa igual de bien que los hombres. Sin embargo, preferiría acompañarte en la batalla sujetando un fusil.

James la dejó por imposible y le plantó un beso suave en la mejilla.

—Será mejor que comamos algo y disfrutemos del día.

—Aún no me has contestado, ¿te alistarás?

James se dio la vuelta y la miró a los ojos, enternecido por el temblor en la barbilla de su hermana, que delataba sus sentimientos. La conocía muy bien como para saber que hubiera preferido pelear ella misma antes de ver como él se marchaba al frente. La quería mucho, y ella le adoraba. Vivían los dos solos; su madre había muerto cuando todavía eran adolescentes, y su padre, el encargado de la mejor fábrica de lino de Accrington, hacía un año que falleció en un accidente laboral. Desde entonces, solo se habían tenido el uno al otro. A pesar de pertenecer a una clase social media, su padre se las ingenió para ahorrar dinero y enviar a Hattie a estudiar; hubiera hecho lo mismo con James, al que le encantaba escribir y el periodismo, pero el chico prefirió ponerse a trabajar.

—Ya sabes que sí —contestó James, que dio un suave golpe con el puño a la mejilla de su hermana—. Si Inglaterra me necesita, no la defraudaré.

Los dos se abrazaron con un sentimiento encontrado lleno de orgullo y pesar por lo que el futuro pudiera depararles y, sin decir nada más, se incorporaron al pícnic que algunos vecinos de Accrington habían organizado esa mañana nublada de septiembre.

3 LOS NUEVOS RECLUTAS

1914

La sirena que anunciaba el descanso para el almuerzo sonó en la fábrica de ladrillos, y Charlie, Ed y James se dirigieron al patio del edificio rojo con sus canastos listos para comer.

—¡Os lo dije! No han pasado ni veinticuatro horas, y ya está abierto el plazo para el reclutamiento del batallón de amigos de Accrington —afirmó Charlie, que movió triunfante las tres hojas de papel que llevaba en la mano—. Dicen que también aceptarán a voluntarios de Burnley, Chorley y Blackburn para que nos acompañen. Así que, vamos, ¡¿a qué estamos esperando?!

—¿Qué llevas ahí? —preguntó James apuntando a los documentos.

—Las hojas de reclutamiento. No te preocupes, Ed, ya he firmado un consentimiento para ti como si fuera tu padre.

El chico se mordió el labio inferior, visiblemente inquieto.

—¿Qué pasa?, ¿es que no estás de acuerdo?

—No. No es eso. ¿Estáis seguros de que esto es una buena idea?

—Claro que sí. ¿Es que no quieres participar? ¿Dónde está tu patriotismo? —preguntó Charlie, que lo miró de arriba abajo.

—¿Adónde tenemos que ir para alistarnos? —inquirió James, interrumpiendo la conversación.

—Vayamos a la Oficina de Reclutamiento de la calle Willow.

—Pues será mejor que nos demos prisa, al señor Bush no le gustará que volvamos tarde a la fábrica —contestó Ed—, y solo tenemos la media hora del almuerzo.

—¿Y quién ha dicho que vamos a volver?

—¿De qué hablas, Charlie? —preguntó James.

—¿En qué mundo vivís? Una vez seamos reclutas, nos mandarán a los entrenamientos, y adiós al trabajo. El ejército será nuestro nuevo empleador. Estoy seguro de que, como muy tarde, en unos días tendremos que presentarnos a dónde vayamos a hacer las maniobras. Por tanto, no voy a perder el tiempo hablando con ese hombre.

—Pues yo creo que debemos compartir nuestros planes con el señor Bush. ¿No quieres conservar tu trabajo para cuando regreses de la guerra? —preguntó Ed.

—Si quieres, vuelve tú —dijo Charlie—, yo no tengo ninguna intención de hacerlo. Ese hombre nunca se ha portado bien con ninguno de nosotros, y no se merece ni que lo avisemos. Es el peor jefe que he tenido nunca, y mi puesto se lo puede meter por donde le quepa. Ya pensaré en algo cuando regrese.

—Está bien —claudicó James—, tú haz lo que quieras, pero yo iré a hablar con él. ¿Vendrás conmigo, Ed?

—Sí, no quiero saltarme más reglas por hoy.

Los chicos llegaron a la puerta de la Oficina de Reclutamiento, un imponente edificio de dos plantas al más puro estilo clásico. La cola de hombres jóvenes que se había formado era tan larga que daba varias vueltas al bloque y seguía serpenteante calle abajo.

—Parece que el llamamiento de Kitchener ha surtido efecto —dijo Ed—. ¡Aquí debe de haber más de mil personas!

—¡Claro! ¿Esperabas menos? Es nuestra responsabilidad. A todos nos preocupa el bien de nuestro país, aparte de que siempre se puede contar con un inglés para todo —agregó Charley divertido, palmeando la espalda de su amigo.

—No te engañes, Charlie. No todos están aquí por el fervor a la patria. Hay mucha miseria en Accrington y en las ciudades de alrededor, muchos desempleados y hombres que están en huelga sin poder cobrar. El ejército es una solución a sus problemas —afirmó James.

—Sí, eso también, pero, sin duda, hay muchos que se alistarán de corazón.

Los tres amigos se acercaron al edificio para ponerse en la cola.

—¿Sois los últimos? —preguntó Ed a unos muchachos tan jóvenes como ellos que, entusiasmados, charlaban animadamente apoyados en la pared.

—Sí —dijo un chico alto con gafas y de aspecto intelectual—. ¿También os vais a alistar? ¡¿No os parece emocionante?! Me refiero… a lo de ir a la guerra.

—Muy emocionante. Soy Charlie —se presentó, tendiéndole la mano al joven con anteojos, y el muchacho se la apretó con confianza.

—¿Sois de las fuerzas de reservas? —preguntó James, refiriéndose al intelectual y a sus compañeros.

—No, ¡qué va!, ninguno hemos tenido nada que ver con el ejército antes. Mis amigos y yo somos todos oficinistas de Chorley. Estos chicos de delante son universitarios, y aquel grupo de allí —señaló a unos muchachos fornidos vestidos de oscuro— son mineros. Creo que muchas ciudades del norte reclutan voluntarios como nosotros. Parece que la respuesta para participar en este nuevo ejército de Kitchener está siendo masiva. El gobierno podrá estar orgulloso, el pueblo ha respondido muy bien al llamamiento de voluntarios para proteger a Gran Bretaña —añadió el joven, que extendió los brazos hacia la gran multitud que se agolpaba para apuntarse.

—Y vosotros, ¿sois familiares, trabajáis juntos o vivís aquí?

—Los tres somos vecinos de Accrington y trabajamos en la fábrica de ladrillos. Seguro que algunos más de nuestros compañeros tienen que estar por aquí para alistarse —afirmó Charlie mirando a su alrededor.

La cola se movía con sorprendente rapidez. Había hombres de todo tipo, todos jóvenes y todos emocionados con el ambiente belicista que envolvía a la ciudad y el fervor patriótico que se respiraba. Los primeros reservistas ya habían abandonado Accrington el cinco de agosto, y una multitud de vecinos los siguieron en su marcha, vitoreándolos y aplaudiéndolos hasta la estación donde se despidieron de sus familias en privado. La ciudad también presenció la salida del Cuerpo de Ambulancias hacia el Hospital Militar de Netley, y los chicos en general estaban ansiosos de formar parte en esa guerra que cada vez se hacía más real para ellos.

Tras una hora de cola, James, Ed y Charlie llegaron delante de un oficial de cuidado bigote sentado detrás de un escritorio de madera maciza. Muchos hombres británicos habían copiado el bigote al estilo marcial de Kitchener, y eso también incluía a la mayoría de los mandos del ejército. La sala que habilitaron para el reclutamiento no era demasiado grande, aunque sí un lugar agradable de paredes blancas y de amplios ventanales por los que entraba la luz a raudales. Los hombres se apiñaban haciendo fila, y los oficiales se daban prisa para dar paso a los siguientes que esperaban en la calle.

James fue el primero; le siguió Edward, realmente nervioso, y finalmente, Charlie. Ed no sabía si hacía lo correcto en mentir al Ejército. Miró de reojo a Charlie, que estaba en otra mesa

entregando la documentación. Sus miradas se cruzaron, y su amigo le mostró una sonrisa segura que lo armó de valor para enfrentarse al sargento que tenía delante. Después de unos minutos, donde el oficial observó al chico con detenimiento, le puso el sello a la solicitud y le dio paso a otra cola. Ed no estaba seguro de si el militar no se había dado cuenta del engaño o había hecho la vista gorda, no le importó, estaba feliz, lo habían aceptado en el ejército.

—Todos tenéis que ir a la habitación del fondo con los sanitarios —ordenó un suboficial desde el umbral de la sala—. Os harán un reconocimiento que confirme si sois aptos para ir o no a la guerra.

Los tres amigos se unieron a un grupo de otros cuatro jóvenes. Llegaron a una habitación donde les esperaba un médico y una enfermera. Había una balanza que tenía una escala para medir la altura, un lavabo y una mesa donde estaba sentado un funcionario rechoncho que apuntaba los resultados de los exámenes que le hacían a los jóvenes. Les pidieron que se desnudaran, les tomaron medidas, los pesaron, les miraron los dientes y les hicieron preguntas. Después los enviaron fuera a esperar.

—Knox, Carr y Drake —gritó el sargento, que los nombró por sus apellidos.

—Señor —dijeron los chicos, levantándose de un salto del banco de madera donde estaban sentados y poniéndose firmes—. De todo este grupo, sois los únicos aptos. Bienvenidos al Ejército Británico.

—¿Los únicos, señor? —preguntó uno de los muchachos rechazados.

—Sí —dijo el hombre en un tono monótono—. Los demás no dais la talla mínima de altura o no tenéis los centímetros de pecho requeridos por la Oficina de Guerra.

Los cuatro chicos rechazados aceptaron desilusionados las palabras del sargento, aunque entre ellos hicieron algunos comentarios mordaces sobre que el patriotismo y la valentía no podían ser medidos en centímetros. Los amigos, sin embargo, se miraron con alegría y entre risas agradecieron al oficial el haber sido aceptados.

Los llevaron a otra habitación donde tuvieron que jurar sobre un Nuevo Testamento servir a Su Majestad el Rey, y de ahí se marcharon directamente al ayuntamiento, donde les dieron su primer sueldo.

Muy cerca del consistorio había otra estación de reclutamiento donde les entregaron un uniforme azul que, según dijeron, les tenía que durar toda la guerra. Eran simples, de lana y cuero, además de una camisa gris de botones con una línea blanca de algodón alrededor del cuello y otra en la delantera.

—¿Para qué es esta línea blanca que tenemos aquí? —preguntó Ed, señalándose el pecho.

Un reservista que lo había oído respondió al instante.

—Ahí tienes que apuntar tu número; por si acaso tienen que identificarte.

Los chicos lo miraron serios y desearon que se hubiera ahorrado el último comentario. Para ellos, la guerra significaba camaradería, patriotismo y pasión. Una lucha civilizada, y ninguno se había parado a pensar en la posibilidad de que los hirieran o incluso que murieran en batalla.

—Estos pantalones de lana no van a dejar que me transpire el culo —dijo Charlie para relajar el ambiente, haciendo que todos a su alrededor rieran con ganas.

James y Ed lo miraron sonrientes y agradecieron su buen humor, porque sabían que el muchacho solía usar la agudeza para salir de situaciones complicadas o aquellas que simplemente no le gustaban.

La voz vigorosa de un militar les indicó dónde podían cambiarse, y los tres no tardaron en enfundarse los uniformes que les dieron. Además de las prendas básicas, también se colocaron

los tirantes, una chaqueta abotonada delante y unas botas de piel con cordones.

Una vez uniformados, les entregaron unas mochilas que se enganchaban a unas trabillas en los hombros y a la cintura. En ellas, había cuchillas, polainas: que eran una especie de vendas que les dijeron que tenían que ir alrededor de la espinilla y el tobillo, municiones y todo lo que un soldado necesitaba en la batalla. Por último, les proporcionaron unos cascos de metal acolchados que no tardaron en probarse.

—Estas botas son pequeñas —adujo uno de los mineros que había esperado en la cola para el reclutamiento.

—El problema no lo tienen las botas —dijo el oficial de intendencia encargado de adjudicar los uniformes—, el problema lo tienen tus pies. Orina en ellas, y déjalas así durante toda la noche, verás que para mañana ya tendrán un número más.

El grupo de jóvenes se rio con ganas, y el hombre, sin demudar el gesto enjuto, les dijo que no se trataba de ninguna broma.

A James, la chaqueta le quedaba un poco ajustada, pero, después de lo que habían presenciado con las botas del minero, no se atrevió a protestar. Aun así, se vio bien con el uniforme. Pensó en que a Cora le gustaría, y ese pensamiento lo hizo sentirse exultante y seguro. Mientras se acostumbraba a su nueva indumentaria, tomó la resolución de ir a ver a la muchacha esa misma tarde para preguntarle si quería ser su novia oficial. No quería irse a la guerra sin haber formalizado su relación.

El oficial del bigote bien cuidado les informó adónde tenían que presentarse al día siguiente para empezar los entrenamientos, y con autoridad, se dirigió a todos ellos.

—Soldados —gritó—. Felicidades. Ahora forman parte del Onceavo Regimiento del Batallón de East Lancashire. Deben sentirse orgullosos del uniforme que visten y pelear por la grandeza de Gran Bretaña. Vayan, despídanse de sus familias, porque a pesar de que todavía dormirán en sus casas por un tiempo, pasarán todo el día fuera y tienen que prepararse para lo que les espera. ¡Que Dios les proteja!

Los chicos aplaudieron, vitorearon, se abrazaron y salieron a la calle satisfechos, sabiendo que cumplían con su deber para con su país.

A pesar de intentarlo, James no pudo convencer a Charlie para que lo acompañara a la fábrica de ladrillos.

—Cuando se te mete algo en la cabeza, no hay manera de hacerte cambiar de opinión —le dijo.

—Exacto, por eso ahora mismo me voy a dar un paseo por Accrington y a tomarme un par de cervezas. Voy a lucirme con este uniforme; a ver si conozco a una nueva chica que quiera que un soldado la bese.

James volteó los ojos dando a Charlie por imposible.

—Ed, ¿tú que vas a hacer?

—Voy contigo. Le diremos al jefe que hasta que no acabe la guerra no cuente con nosotros.

La reacción del señor Bush fue la de esperar después de comprobar que más de la mitad de su plantilla se desvanecía de un plumazo en una sola tarde.

—Si salís por esa puerta, no os puedo garantizar que vuestros puestos de trabajo os estén esperando cuando regreséis —gritó enfadado con el semblante fuera de sí.

—Lo entendemos —dijo uno de los empleados que, como Charlie, James o Ed se había alistado—, pero no nos vamos a quedar aquí mientras otros hacen la guerra por nosotros.

Bush, un hombre regordete, de pelo ralo y unos sesenta años, estaba furioso.

—¿Y quién se quedará trabajando si todos os vais a la guerra? ¿Es que las fábricas van a funcionar solas? ¡Esto no es un juego de niños! —aulló—. Es muy serio.

—Lo siento mucho, señor —dijo James seguro de sí mismo—, pero es nuestro deber. Espero que pueda entenderlo.

—¿Y dónde está Charlie? Ese inútil ni siquiera se ha dignado a venir para informarme, pues decidle de mi parte que está despedido. Cuando esta guerra acabe, no lo quiero ver más por aquí. Os lo advierto a todos, no quiero que nadie vuelva suplicándome. ¿Os ha quedado claro?

James y Ed salieron de la fábrica entre risas dejando al señor Bush, que profería improperios contra ellos con la cara encendida, no tanto por su abuso habitual del alcohol, sino por la impotencia que sentía de no poder retenerlos.

Los amigos se despidieron en la calle, y James pudo notar el nerviosismo incipiente que se había apoderado de Ed, que lo retuvo con conversaciones banales sin ningún interés en quedarse solo.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntó James yendo directo al grano.

—Si te soy sincero, no lo sé. No quiero ir a mi casa. Mis padres se volverán locos, no tengo ganas de enfrentarme a ellos —dijo el chico que, con los brazos en los bolsillos, golpeó una piedra del camino.

James lo agarró de los hombros y lo miró directamente a los ojos.

—Ed, ¿tú realmente quieres ir a la guerra, o te has dejado liar por Charlie? Alistarse no es una tontería, debes estar completamente seguro.

Edward se tomó unos segundos antes de responder.

—Lo estoy.

James notó un leve titubeo en su voz, pero lo dejó pasar.

—Entonces, eso es lo que importa —Agregó, dándole unas palmaditas en la espalda—. ¿Quieres que te acompañe a tu casa? Tal vez, si nos ven a los dos de uniforme, tus padres recapaciten y no reaccionen tan mal.

—Gracias, pero esta batalla la tengo que pelear yo solo. ¿Algún consejo?

—Solo diles que el país te necesita y que actúen según su conciencia. No creo que te detengan. Además, cuando sepan que vamos todos juntos, no te pondrán muchos problemas, ya lo verás.

—Está bien —dijo Ed, suspirando con profundidad—, así lo haré.

Los chicos se separaron con un apretón de manos y, mientras Ed se alejó pensativo hacia su casa, James, resuelto, se dirigió hacia la casa solariega de los Montgomery, donde trabajaba Cora.

4 LOS SENTIMIENTOS DE EMILY

1914

Emily Benson volvió a Accrington después de un año trabajando en Manchester. Tras el llamamiento del gobierno británico para que las mujeres se ofrecieran voluntarias como trabajadoras de las fábricas de municiones, Emily pensó que era una oportunidad que no podía desaprovechar. El país tenía una necesidad real de proyectiles y balas, y ella quería demostrar que era perfectamente capaz de servir a Inglaterra en un trabajo nunca realizado por mujeres.

El gobierno lo había intentado todo: contratar más mano de obra masculina entre los hombres mayores que no iban a la guerra, ofrecer horas extras a los trabajadores que ya eran empleados de las fábricas antes de aceptar mujeres en ese tipo de trabajo considerado peligroso. Sin embargo, en vista de la gran escasez de municiones, no les quedó más remedio que recurrir a ellas para que la cadena de producción no se detuviera.

La principal fábrica de bastimento del país se encontraba en Nottingham, aunque había otras dos en Chilwell y Beeston. Cuando el ayuntamiento de Accrington anunció la apertura de una nueva en la ciudad, Emily no lo pensó dos veces. Recogió sus cosas, se dio de baja en la manufacturera textil donde trabajaba en Manchester y volvió a casa.

La chica había nacido en Accrington y se había criado en la misma calle que Hattie y James, del que siempre había estado enamorada. El muchacho la veía como a una gran amiga de la familia, pero nada más, y Emily había llorado por eso en más de una ocasión. El pelo oscuro y lacio del muchacho, su mandíbula de líneas cuadradas y sus grandes ojos negros hacían que su corazón saltase cada vez que lo veía; sin embargo, la falta de interés del chico la hizo entender cuál era su papel con respecto a él. Era obvio que James siempre había estado enamorado de Cora y, ante su belleza salvaje, su voluptuosidad y sus ojos verdes, Emily estaba segura de que no tenía nada que hacer.

Era una mujer preciosa, aunque con una belleza más serena que la de Cora; esbelta, rubia de cabello lacio, de labios finos e innata elegancia. La chica irradiaba tranquilidad y determinación, y sus ojos, claros y expresivos, reflejaban una dulzura innata y una voluntad inquebrantable, pero, a pesar de su atractivo, Emily era invisible a los ojos del muchacho. Esa había sido la verdadera razón por la que había preferido poner tierra de por medio y marcharse a Manchester hacía ya un año.

Mientras que Cora tenía un carácter despreocupado, egoísta y alegre, Emily era una mujer de convicciones firmes y voluntad de acero. Estaba mucho más comprometida con los problemas sociales que había a su alrededor y, junto a Hattie, era una gran defensora de los derechos de la mujer y la lucha por la consecución del voto femenino. Su carácter dulce ocultaba una fuerza interior poderosa y un espíritu indomable que James, en realidad, no conocía.

—¿Te ha dicho Cora que necesitan una cocinera en la casa en la que trabaja? —preguntó Hattie mientras servía el té humeante en una taza de porcelana con flores rosadas.

—Sí, pero no soy buena con los fogones. Además, no he vuelto para ser una sirvienta. No quiero pertenecer a ese grupo de sumisos dependientes. Mañana mismo voy a presentar mi solicitud en la fábrica de municiones que acaban de abrir en Accrington. Los tiempos están

cambiando, Hattie, y creo que las mujeres vamos a ser muy necesarias para ocupar los puestos de trabajo que los hombres dejen libres. Los días en que las mujeres se quedaban en casa dedicadas solo a las tareas domésticas están llegando a su fin.

—Brindo por eso —dijo la chica, que se acomodó en el sofá de color vino que había pertenecido a la abuela de los Knox.

—Creo que esta guerra beneficiará a la causa femenina —continuó Emily—, o, por lo menos, nos abrirá las puertas a un mercado laboral que se nos había negado hasta ahora. Los hombres han sido siempre el combustible de las fábricas, ahora, con ellos en el frente, al gobierno no le quedará más remedio que contar con nosotras. Será nuestra oportunidad.

—Exacto —afirmó Hattie—, aunque he oído que es un trabajo duro el que quieres realizar.

—Nada que no hayamos hecho antes. Son doce horas al día durante seis días a la semana, pero no lo pagan mal. Además, ya estoy acostumbrada a esos horarios.

—Tendrás que trabajar con materiales peligrosos.

—Sí, lo sé. La sustancia que se utiliza para rellenar los proyectiles es muy explosiva y su manejo muy delicado. Por eso creo que las mujeres podemos ser perfectas para ese trabajo, porque no somos tan rudas como los hombres. Una vez que podamos demostrar que hacemos un trabajo igual de bueno que el de ellos, el mundo empezará a pensar en equiparar nuestros salarios a los suyos, a concedernos el voto y a tomarnos más en serio.

—Creo que para eso todavía queda mucho —dijo Hattie, apoyando la mano en el brazo de su amiga.

—Y tú, ¿qué piensas hacer?

—James quiere que siga estudiando, pero yo no estoy de acuerdo. ¿Cómo me voy a quedar de brazos cruzados mientras los hombres van al frente, y las mujeres hacen todo lo que está en sus manos para que este país siga funcionando?

—¿Por qué no presentas una solicitud en la fábrica de municiones como yo?

—Aún no lo tengo claro. Estoy madurando una idea, pero no sé si podré llevarla a cabo.

—¿De qué se trata? —preguntó Emily, intrigada.

Cuando Hattie estaba a punto de contarle lo que tenía en mente, la puerta de la calle se abrió de manera impetuosa, y las chicas brincaron en el sofá, sobresaltadas.

—Hattie, ¿estás en casa?

James se plantó en medio del salón, emocionado, y luciendo el uniforme que le habían dado al reclutarlo.

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué te ocurre? Nos has dado un susto de muerte —dijo Hattie con el corazón que le palpitaba agitadamente en el pecho.

—¡Ah! ¡Hola, Emily! No te esperaba aquí. Me alegro de verte.

Las dos mujeres se miraron con los ojos muy abiertos al percatarse de la vestimenta del muchacho. Sabían que tarde o temprano James se alistaría, pero ninguna de las dos pensó que fuera tan pronto.

—Hermanita, tengo algo que decirte.

—Creo que es obvio, James, te has alistado. Mírate, estás guapísimo con ese uniforme. —La muchacha se puso una mano en la boca para disimular su emoción, pero su hermano la conocía demasiado bien como para que lo engañase.

—Vamos, vamos. Ya hemos hablado de esto, estaré bien.

—Por supuesto que sí —dijo Hattie, orgullosa—, es que me emociona verte luciendo el uniforme del Ejercito de nuestro país. ¡Es una gran noticia!

—Lo es, pero no es la única que tengo que darte.

—¿Cómo que no es la única? Hay algo más importante en estos días que ir a la guerra.

—Claro que sí lo hay —dijo Cora, que había esperado en el estrecho pasillo de la entrada escuchándolo todo.

James la cogió de la mano y la atrajo hasta él para besarla en la mejilla.

—Cariño, no quería estropearte la sorpresa, pero tardabas mucho en anunciarme.

—¿Cariño? —preguntó Hattie. Hasta ahora nunca había oído a la chica dirigirse a su hermano con semejante familiaridad.

Emily no pronunció ni una palabra. Siguió de pie en medio del salón de los Knox, entendiendo a la perfección lo que ocurría.

—Hattie, Cora y yo nos hemos comprometido.

James besó la mano de su flamante novia, y ella se acercó a él poniendo la cabeza en el hombro.

—¡Comprometido! —exclamó Hattie asombrada con la decisión de su hermano. Conocía a Cora de toda la vida, era frívola, superficial y, aunque atractiva y simpática, no estaba convencida de que fuera la mujer adecuada para su hermano. De reojo, miró a Emily, que estoicamente mantuvo una cara inexpresiva para no dejar entrever sus verdaderos sentimientos hacia James. Emily nunca había compartido abiertamente con Hattie el amor que le profesaba a su hermano, pero la chica, que la conocía bien, sabía de más cuanto lo amaba. A Hattie le hubiera gustado que fuera Emily la que ocupara el corazón de su hermano, pero sabía que contra el amor no había manera de luchar, por lo que intentó alegrarse por él.

—¡Muchas felicidades! —dijo finalmente, abrazando a Cora y al chico a la vez—. Espero que seáis muy felices.

—James debería de haber dado este paso mucho antes —apuntó Cora—. Hace mucho que sé que estaba enamorado de mí, pero una mujer no puede hacer mucho más si un hombre no se decide, ¿verdad, chicas? —La muchacha miró a James con picardía, y este se ruborizó de pies a cabeza.

—Yo también os deseo lo mejor —dijo Emily—. Ahora debo irme, os dejo en familia para que podáis celebrar esta gran noticia.

—Vamos, ¡no te vayas! —exclamó James—. Tú también eres como de la familia, quédate que vamos a brindar.

—A brindar, ¿con qué? —apuntó Hattie.

—Con esto —dijo Cora, que sacó de una bolsa una pequeña botella de vino de Oporto.

—La hemos comprado para celebrarlo —añadió James—. Así que, Emily, no puedes irte todavía.

—Está bien —dijo la muchacha, accediendo a quedarse a regañadientes.

—Antes del brindis, me gustaría hacer una cosa —James abandonó el saloncito y volvió trayendo una pequeña cajita de terciopelo azul.

Hattie miró a su hermano incrédula. Le parecía que se estaba precipitando, pero el chico había esperado mucho tiempo para estar con Cora y no quería volver a refrenar sus sentimientos hacia ella.

—Quiero darte esto —dijo, depositando con delicadeza el pequeño cofre encima de la palma de la mano de la muchacha—. Era de mi madre. Por favor, acéptalo como prueba de mi amor.

La chica lo miró triunfante y lo abrió con parsimonia, saboreando el momento. El anillo no era muy grande, ya que la madre de James había sido una mujer menuda, pero era delicado y

refinado.

—Deja que te lo ponga.

La muchacha extendió el dedo corazón, y una banda plateada con una pequeña piedra azul se deslizó hasta adornar su piel anacarada.

—¡Es precioso, James!

—Ya sé que todo va muy deprisa, pero las guerras aceleran a los hombres. No quiero irme al frente sin la promesa de que cuando vuelva te convertirás en mi esposa.

—James, ¿no estás corriendo demasiado? —preguntó Hattie, desconcertada por la celeridad con que su hermano trataba la situación.

—En absoluto —protestó el muchacho sin poder apartar los ojos de su novia.

—Estoy segura de que Cora estará aquí esperándote para cuando vuelvas —insistió Hattie —. No tenéis que comprometeros en este mismo instante.

—Lo sé, pero no solo quiero que Cora sea mi novia, quiero irme al frente con la promesa de que será mi esposa. ¿Tú que dices, Cora?

—¡Digo que sí! —La chica se miró el dedo anillado con entusiasmo—. Cuando vuelvas, nos casaremos —le prometió.

A Emily le hubiera gustado no presenciar aquella escena y deseó salir de la casa de los Knox lo antes posible. Se alegraba por James, quería que fuera feliz, pero le costaba mucho mantenerse impasible ante aquella tremenda declaración de amor.

Después de los abrazos y las felicitaciones, Hattie fue a por cuatro vasos mientras James abría la botella del vino que habían comprado. El chico derramó el líquido oscuro en las copas y, subiendo la suya, anunció con solemnidad:

—Por Inglaterra, por una pronta victoria y, sobre todo, por Cora, la chica más bonita que he conocido jamás, y mi futura esposa. ¡Salud!

—¡Salud! —exclamaron los cuatro mientras brindaban.

Emily se mojó los labios con prisas y se disculpó para abandonar la casa lo antes posible. Había fantaseado muchas veces con la idea de que James cambiara de opinión y que fuera ella la elegida. Sin embargo, lo que había vivido esa tarde la devolvió irremediablemente a la realidad, y le aseguraba sin remedio que para James lo único importante era y siempre sería Cora. Se envolvió en el abrigo gris que llevaba puesto y a paso ligero se dirigió a su casa, preguntándose si no se habría precipitado volviendo de nuevo a Accrington.

5 CAMBIOS

FINALES DE 1914. PRINCIPIOS DE 1915

Todas las mañanas, los nuevos reclutas hacían prácticas en un lugar abierto a las afueras de Accrington. A James, Ed y Charlie los había asignado al cuarto pelotón de la Compañía A, que hacían maniobras en el parque de Milnshaw. Adaptarse a la vida militar no les estaba resultando fácil, ya que la disciplina era estricta, a pesar de que todavía se les permitía dormir en sus casas.

Los vecinos se arremolinaban en torno a los jóvenes cada vez que hacían entrenamientos físicos y, llenos de orgullo, disfrutaban cuando los veían marchar, aplaudiéndoles y animándolos a su paso. Consideraban a los nuevos soldados del Batallón de Amigos de Accrington algo suyo, como si les pertenecieran, por eso les exigían que dieran la talla en el frente y dejaran a su ciudad en buen lugar.

Casi todas las mañanas, la madre de Edward Carr se había acercado a ver a su hijo al parque donde se ejercitaba. El chico obligó a sus padres a aceptar su deseo de ir a la guerra y, aunque podrían haberlo detenido, como James predijo, el matrimonio no lo hizo y acató su decisión.

—*¿Para qué retrasar lo inevitable?* —le había dicho Norton a su esposa Mary—. *Ed se irá al frente nada más que tenga la edad, y tú y yo sabemos que solo faltan unos meses para eso.*

La noche de su alistamiento, Ed llegó a su casa alicaído vestido de militar. Se había retrasado a la cena, ya que había estado dando vueltas sin rumbo para no enfrentarse a sus padres. Norton había mirado el reloj de la cocina varias veces sin querer empezar a comer sin su hijo, y Mary, nerviosa, se había asomado a la ventana para observar una calle vacía que no anunciaba la llegada de Ed. Cuando lo vieron entrar uniformado, lo miraron fijamente. Mary se tapó la cara con las manos sofocando un grito silencioso, y Norton se limitó a comunicarle a su hijo que podían impedirle que se alistara en cualquier momento.

—*Lo siento* —dijo Ed—. *Sé que no lo haréis. No me siento orgulloso de haberos engañado, pero no me habéis dejado otra opción.*

Esa noche cenaron en silencio, y el chico se fue a la cama mucho antes de lo habitual. A la mañana siguiente, su padre no habló de la guerra, y su madre solo le preguntó qué quería para desayunar. Antes de que Norton se fuera al trabajo en la fábrica textil, miró a su hijo ya casi en la puerta y le anunció con solemnidad:

—*A lo hecho pecho, muchacho. Te deseo mucha suerte. Tu madre y yo no nos opondremos a tu partida. Tienes nuestra bendición.*

Ed se relajó de golpe y le tendió la mano a su padre, que se la apretó sin reservas antes de marcharse. Mary Carr se limpió los ojos empañados con el delantal blanco que llevaba puesto y abrazó a su hijo con la ternura que solo una madre sabe dar.

—*Júrame que tendrás cuidado* —le hizo prometer.

—*Lo haré, mamá. La guerra no durará mucho. No debes preocuparte.*

Los muchachos hacían las maniobras con ropa de calle. Las autoridades no habían tenido tiempo de conseguir uniformes para la gran cantidad de voluntarios que se presentaron tras el llamamiento para la creación del batallón; por lo que se decidió que vistieran de civiles hasta que no se recibieran los atuendos adecuados para todos.

Muy pocos tenían experiencia militar y, mucho menos, habían tocado un arma en sus cortas vidas. Los oficiales y suboficiales, la mayoría pertenecientes a las familias más adineradas de Accrington y alrededores, sabían que tendrían que esforzarse para que el grupo, poco homogéneo, funcionase.

—Esto es un desastre —dijo Ed en un susurro mientras marchaban—. Aquí cada uno entiende las órdenes a su manera. Nadie se pone de acuerdo cuando el sargento nos manda dar media vuelta.

—Danos tiempo —respondió Charlie, que iba justo detrás de él—. Solo llevamos unas semanas en el ejército. Verás como en nada estamos preparados para ir a Francia.

—Pues como no nos demos prisa, no creo que estemos preparados ni para el desfile que quieren hacer dentro de unos días.

—Eso pienso yo —dijo James—. Si ni siquiera podemos seguir unas simples instrucciones, ¿cómo vamos a mantener una formación militar en un desfile?

—¡Bah! Tonterías —afirmó Charlie—. De aquí a que llegue ese momento, ya estaremos listos.

—¡Alto! —dijo el sargento. Los hombres obedecieron al instante y se cuadraron ante él—. ¿A qué creéis que hemos venido aquí? —gritó muy cerca de la cara de Charlie—. ¿A dar un paseo? ¿A coger flores?

El chico fue a decir algo cuando el suboficial lo acalló de inmediato.

—Ni se le ocurra contestar si yo no le he dado permiso para hacerlo.

El muchacho cerró la boca tan rápido como la había abierto y mantuvo silencio.

—Lo estáis haciendo todo mal. ¿Es que mis órdenes no son claras? No tenemos mucho tiempo —sentenció—, solo unas pocas semanas, y estaréis de camino a un nuevo destino; es mi responsabilidad que estéis preparados y, hoy por hoy, no es el caso.

El hombre se puso muy rígido y atusó su bigote de puntas curvadas.

—Una vez en el frente, si estáis distraídos y una bala se os aloja entre los ojos, será problema vuestro, pero aquí y ahora sois problema mío; por lo tanto, estad atentos porque habéis venido a aprender, y por el momento, no he visto que nadie haya aprendido nada. Seguid mis órdenes —gritó—, y, quizá, solo quizá, volváis vivos. ¿Está claro?

—Sí, señor —gritaron los muchachos al unísono.

—Te lo dije —le susurró Ed a Charlie—, el sargento también se ha dado cuenta de que no sabemos marchar.

—Calla. Si nos pilla hablando, nos castigará.

—¿Para qué estamos aquí? —preguntó el oficial muy serio levantando la voz.

—Para matar alemanes, señor —dijo uno de los reclutas que formaba el batallón.

Todos rieron a la vez.

—Silencio. Esto no es una broma.

—Sí. Mataréis alemanes o austrohúngaros solo porque, si no lo hacéis, tened por seguro que ellos os matarán a vosotros. Pero, hoy por hoy, estamos aquí para aumentar vuestra aptitud física, para inculcar disciplina en vuestras cabezas de chorlito y para que aprendáis las habilidades militares necesarias para convertiros en verdaderos soldados. ¿Me he explicado con claridad?

—Sí, señor —volvieron todos a repetir.

—Si alguno no puede seguir el ritmo al que lo sometemos, que lo diga ahora, porque en el campo de batalla será mucho peor.

Los muchachos se miraron unos a otros; algunos asustados, otros con determinación de

hacer un trabajo bien hecho, pero todos con ganas de ir a la guerra y luchar por Inglaterra.

—¿Nadie? —insistió el sargento.

—Pues, entonces, será mejor que aprendáis rápido, así no tendremos problemas. —El hombre los inspeccionó de cerca, los observó con intensidad, pero ninguno de los chicos se atrevió a decir nada—. Está bien, si os ha quedado claro, sigamos con los ejercicios.

Los nuevos reclutas continuaron con sus entrenamientos, maniobras, marchas y clases durante semanas. Los rifles tardaron en llegar, por lo que los soldados no sujetaron ninguno hasta octubre. Tanto en Accrington como en Chorley se impartieron clases de francés gratuitas por si el destacamento era enviado a Francia y el idioma les pudiera hacer la vida más fácil en aquel país que ninguno de los jóvenes había visitado antes. Los meses se sucedieron unos a otros, y los chicos estaban cada vez más nerviosos, inquietos, deseosos de incorporarse al servicio activo sin ningún resquicio de miedo ni malos pensamientos sobre lo que les esperaba.

En diciembre, los soldados celebraron con el resto de los vecinos conciertos navideños en el ayuntamiento y festejaron junto a sus familias fiestas privadas, saboreando esos días con ellos. Al fin y al cabo, esas serían las últimas Navidades que pasarían en sus pueblos antes de que los enviaran a luchar.

A pesar de que ya habían pasado unos meses desde sus reclutamientos, no se habían construido barracones donde pudieran vivir una vida militar independiente de sus familiares y amigos, y cada día volvían a dormir a sus casas. James no dejó pasar esa oportunidad y la aprovechó para conocer mejor a Cora. El muchacho estaba exultante y pensaba que pedirle matrimonio había sido la mejor decisión que había tomado en su vida. Charlie y Ed se mofaban de él y le decían que era muy joven para perderse el estar con otras chicas solo porque se hubiera encaprichado de Cora, pero sus bromas no hacían efecto en James, que vivía irremediablemente enamorado de la chica.

—¿Qué pasa si encuentras a una francesita que te guste más? —le insistía Charlie.

—Eso no es posible. Cora es la mujer más bonita, interesante y estupenda que existe. Nadie puede compararse con ella.

—No seas estúpido, James —intervino Ed—. No hay duda de que Cora es preciosa, pero de ahí a que nadie se pueda comparar con ella hay un abismo.

—Quizá para ti, amigo, pero definitivamente no para mí.

—Déjalo por imposible, Ed, ¿no ves que este idiota está enamorado hasta las trancas?

—¿Qué pasa si ella no te espera, si conoce a alguien mientras tú disparas a alemanes?

—Eso no va a ocurrir. No conocéis a Cora.

—¡Claro que sí la conocemos! —afirmó Charlie—. Precisamente por eso te lo decimos. Recuerda que todos hemos crecido con ella, no solo tú, y sabemos que es voluble y frívola. Tal vez, el que no la conozcas seas tú.

—Charlie, somos amigos desde niños —dijo James muy serio—, pero te advierto que no consentiré que hables así de Cora si no quieres que perdamos las amistades para siempre.

—Está bien, está bien, chicos —intervino Ed conciliador, que le quitó importancia al comentario de Charlie—. James, sabes que nosotros somos amigos de Cora, solo que pensamos que te has precipitado al pedirle matrimonio tan pronto. ¡Vamos, no te enfades!

Ed palmeó la espalda de su amigo, y Charlie se disculpó ofreciéndole la mano a James para evitar problemas; sin embargo, en su interior pensaba que le había puesto puertas a su libertad demasiado pronto. A todos les hubiera gustado acostarse con Cora, pero a ninguno se le hubiera ocurrido pedirle matrimonio, pensó.

En diciembre, las autoridades locales decidieron cambiar el nombre al batallón del que formaban parte los tres amigos y pasó a llamarse 11º Batallón de Servicio del Regimiento de Lancashire, aunque todos siguieron llamándolo cariñosamente el Batallón de Amigos de Accrington. La especulación sobre cuándo abandonaría la ciudad se inició en enero, pero no fue hasta febrero cuando les anunciaron que en una semana saldrían definitivamente hacia un nuevo destino aún en Gran Bretaña. Desde ese instante, las fiestas de despedida con amigos y familiares se sucedieron una detrás de otra.

Hattie se puso de acuerdo con Emily para organizar una gran celebración para James, y de camino incluir al resto de los chicos de la calle como Ed, Charlie, Malcolm y otros muchos que en breve se marcharían de la ciudad. La muchacha se encargó de hablar con todas las familias de Clayton Lane, donde vivía, para que se unieran a la fiesta. Decidieron cerrar la calle y organizaron un almuerzo en el que prepararon comida para compartir y decoraron puertas y balcones. Colgaron cadenetas blancas y azules en las ventanas, que le dieron un toque de color a la vía; los más fuertes sacaron sillas y mesas que dispusieron en una fila muy larga, mientras que las madres, hermanas y novias cocinaron deliciosos platos típicos de la región. Los más pequeños pusieron manteles, vasos y cubiertos en las mesas que habían colocado en la calle, y todos comieron y rieron juntos al son de música de gaitas, acordeones y panderetas.

Hattie y Emily se encargaron de cuidar cada detalle de la fiesta con el deseo de que los chicos tuvieran una velada inolvidable antes de partir hacia lo desconocido. Era la primera vez que salían de Accrington y, aunque orgullosos, también estaban nerviosos por el futuro incierto que les esperaba.

—Un momento, un momento —gritó James subido a una mesa para que todos lo oyeran—, me gustaría anunciar algo. —Las voces de los instrumentos se fueron apagando, y todos miraron al muchacho con expectación—. Cora y yo nos casaremos en cuanto vuelva de la guerra.

Los vecinos, muchos de ellos con unas copas de más, lanzaron vítores de alegría y aplaudieron contentos. James ayudó a Cora a subir a la mesa, y alzó su brazo en señal de victoria. La muchacha les sonrió a todos mostrando su anillo de compromiso. Sin embargo, un sentimiento incómodo envolvió su corazón. ¿Y si se había apresurado prometiendo a James que se casaría con él? Al fin y al cabo, eran jóvenes, y ninguno sabía qué pasaría en el frente. Sintió como si se hubiera dejado llevar por la emoción del momento y por el atractivo innato del muchacho que tenía enamoradas a todas las chicas de la ciudad. No es que James no le gustara, pero, quizá, había ido demasiado lejos. Además, estaba el otro asunto, el que verdaderamente le importaba… Lo de James era su plan B, no quería poner todos los huevos en la misma cesta por si sus planes no salían bien, pero a poder elegir, nunca lo elegiría a él.

Cora no veía cómo salir del entuerto en el que ella sola se había metido. Pensó en hablar con James en privado, pero estaba segura de que sus vecinos y, sobre todo, Hattie no la perdonarían si lo abandonaba justo antes de partir, por lo que prefirió callar y seguir adelante con el compromiso. Ya tendría tiempo de discutirlo con su novio cuando volviera de la guerra, si cambiaba de opinión. Al fin y al cabo, el chico era solo su segunda opción. James era buena persona, guapo, había estado enamorado de ella desde siempre y le ofrecía la seguridad de un hogar. No, no le diría nada sobre sus verdaderos sentimientos hasta ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Si lo que realmente quería no le salía bien, siempre podía contar con James.

En la fiesta, Ed habló animadamente con Emily; se conocían desde la infancia y siempre tuvieron una estrecha amistad. Ed no tenía novia y no quería ser el único que recibiera solo cartas

de sus padres cuando estuviera en las trincheras, por lo que le pidió que le escribiera, a lo que la chica aceptó encantada.

Charlie tampoco tenía novia, pero el amor le venía fácil, y siempre estaba enredado en algún amorío del que lo más probable era que la chica saliera mal parada. Era un chico atractivo, con la simpatía de los irlandeses, de donde procedía su familia, y las muchachas siempre suspiraban por él allá por donde iba.

A pesar de lo bien que lo estaban pasando, la reunión terminó antes de lo previsto. Una tormenta inesperada arrancó las cadenetas y empapó la comida, haciendo que todos corrieran despavoridos al interior de sus casas. James agarró a Cora de la mano, y se refugiaron en un portal. La chica tenía el cabello mojado y pegado a la cara y el muchacho aprovechó para besarla.

—Te quiero —afirmó James.

Desde que Cora accedió a ser su novia y aceptó su propuesta de matrimonio, James había intentado que tuvieran más intimidad, pero Cora lo había rechazado con suaves caricias, besos y zalamerías postponiendo el encuentro sexual que el chico tanto anhelaba. James la agarró con fuerza por la cintura y le acarició los pechos, y la joven se dejó hacer hasta que la mano de James se posó entre sus muslos.

—No. Aquí no. ¿Quieres que nuestra primera vez sea en un portal?

—Entonces, ¿cuándo, Cora, cuándo? No tengo mucho tiempo, sabes de más que me iré pronto y necesito estar contigo.

—No debemos apresurarnos, mi amor. Si no podemos acostarnos antes de que te vayas, lo haremos cuando vuelvas con permiso. Lo que no quiero es hacerlo de cualquier manera.

James retiró la mano, enfadado, y se alejó de la chica.

—Parece como si no quisieras estar conmigo. ¿Es que no me deseas?

—No es eso, James. Es que no he estado con nadie y quiero que nuestra primera vez sea especial.

El muchacho cerró los ojos, se tomó unos minutos y movió la cabeza intentando ser comprensivo.

—Está bien, lo haremos como tú quieres —se rindió—, pero recuerda que te amo y que no me gustaría irme al frente sin haber estado contigo. Nunca se sabe lo que puede pasar…

Cora fue a decirle algo, pero la entrada de otra pareja en el zaguán hizo que sus palabras se quedaran suspendidas en el aire. Los cuatro esperaron un rato en silencio, empapados y tiritando de frío hasta que las nubes fueron disipándose.

—Vamos —dijo James—, parece que el cielo está más despejado, corramos hacia mi casa, seguro que Hattie ya nos está esperando.

El día de la partida, los residentes de Accrington se amontonaron en las calles para acompañar a los soldados a la estación. Las órdenes eran claras, y los chicos habían sido informados de que los enviaban a Caernarvon, en Gales, para continuar con su entrenamiento. En la ciudad se respiraba un ambiente festivo, y muchos dueños de fábricas, tiendas y molinos dieron unas horas libres a sus trabajadores para que pudieran acompañar y despedir a los muchachos. Las escuelas habían cerrado, y familias enteras caminaban siguiendo a los reclutas hacia la estación desde donde partirían en tren. Los chicos marcharon rodeados de gritos de ánimos, aplausos y lágrimas. Muchas madres henchidas de orgullo no podían reprimir el llanto esperando, con el corazón encogido, que sus hijos regresaran sanos y salvos a casa.

La nota discordante la puso la ausencia de una banda de música. El coronel Sharpies se negó

en redondo, y la población estaba furiosa por ese desaire a Accrington, ya que en Chorley y en Burnley no había faltado la música de despedida para sus hombres. Para paliar el enojo de los vecinos, los jóvenes se lanzaron a entonar canciones a las que se sumaron todos, y la emoción dejó paso a la satisfacción, ya que a los ojos de todo Accrington, sus hombres eran los mejores, y estaban seguros de que conseguirían mucho para Inglaterra y para el Rey.

Hattie, Emily y Cora fueron juntas a la estación, sabían que los oficiales iban a dar un tiempo prudente a los soldados para que pudieran despedirse de sus familias y amigos y no querían perderse un momento tan señalado. De puntillas, y entre la multitud, las muchachas estiraban el cuello para seguir con la mirada a James, Charlie y Ed que, con orgullo, desfilaban sin perder el paso. Entraron en el apeadero y se mezclaron con hombres, mujeres y niños que rebosaban sentimientos encontrados. Los chicos se acercaron a sus familiares y amigos y, entre lágrimas y abrazos, comenzaron las despedidas.

—¿Me prometes que me esperarás? —preguntó James a su novia con la emoción reflejada en su rostro juvenil.

—Por supuesto, ¿con quién podría irme si no quedan hombres en Accrington? —dijo Cora divertida, pero su voz mostraba un tono trivial que a James le pareció extraño.

El muchacho la abrazó con dulzura, ahora que estaba a punto de marcharse, le costaba abandonarla. La chica se deshizo del abrazo y lo besó suavemente en los labios.

—¡Cuídate mucho!

—Vamos, Cora, no acapares a mi hermano, que no tenemos tiempo.

James se dirigió a Hattie, que lo esperaba con una amplia sonrisa.

—Tú, como siempre, tan práctica. —Se abrazaron con cariño—. Te quiero. No hagas ninguna tontería mientras no estoy aquí y sigue estudiando.

—Dale su merecido a esos canallas y vuelve pronto —agregó la muchacha sin llantos ni aspavientos, aunque por dentro tenía el corazón roto. Besó a su hermano en la mejilla y le lanzó una mirada de complicidad—. Date prisa en volver, soldado Knox, no estaré toda la vida esperándote.

James rio feliz, sabía cuánto le dolía a Hattie su marcha, pero le agradeció con una leve caricia que no le hiciera la partida aún más difícil. Para finalizar, el chico abrazó a Emily y le pidió que cuidara de su hermana pequeña. La muchacha se estremeció al tacto de sus brazos poderosos en su cintura y le deseó suerte esperando con toda su alma que regresara ileso.

—Vamos, James, ¿estás preparado? —gritó Charlie desde otro punto del andén.

—Esperadme —gritó Ed, que llegaba acompañado de sus padres.

Mary Carr se acercó a los dos amigos de su hijo desconsolada.

—James, Charlie, necesito que me prometáis que cuidaréis de Eddie.

—Mamá, puedo cuidarme solo —protestó el muchacho, avergonzado—. Ya te he dicho que no tienes de qué preocuparte.

—Las madres siempre nos preocupamos —agregó Mary, que se secó los ojos anegados con la manga de su vestido oscuro—. Prometedme que volveréis vivos —reiteró—. Charlie, tu madre me encargó que te cuidase cuándo tu familia se marchó a Irlanda, si te ocurriera algo, no sabría que decirle.

—No se preocupe, señora Carr, estaremos bien y nos aseguraremos de que Ed regrese sano y salvo, ¿verdad, James? —afirmó Charlie.

—No hagáis estupideces ni os expongáis en vano.

—Vamos, mujer —intervino Norton Carr—, los chicos tienen que irse. No los entretengas

más.

—Está bien, solo… —Mary rompió a llorar abiertamente—. Id con cautela.

La mujer abrazó a su hijo con fuerza y ternura, y las lágrimas mojaron su rostro crispado por el miedo. Despacio, se apartó para que los jóvenes subieran al tren.

—¡Que Dios os bendiga! —exclamó Norton, que, con esas breves palabras, expresó todo lo que sentía su corazón y abrazó a su esposa deshecha en llanto.

Los tres amigos montaron en uno de los vagones al azar y, a través de las ventanillas, sacaron las manos, que agitaron para despedirse una vez más de los suyos.

—¡Cora! —gritó James—. Ven, acércate.

La chica corrió hacia el vagón mientras el tren empezaba a ponerse en marcha.

—Vamos, chicos, ayudadme. Daos prisa.

El muchacho, con medio cuerpo fuera de la ventanilla, mientras sus amigos lo agarraban por las piernas, tomó la mano de la chica ya con el tren en movimiento.

—Te quiero, Cora Holster. No lo olvides. Te quiero.

La muchacha le sonrió y le lanzó un beso con la mano que tenía libre, pero no le respondió. El ferrocarril alcanzó más velocidad, y los dos jóvenes tuvieron que soltarse. Cora se quedó parada en el andén despidiéndose con la mano, y James la observó hasta que no fue más que un punto difuso en la lontananza.

6 NOTICIAS

1915

Hattie Knox se presentó a la hora del almuerzo en la fábrica donde Emily había conseguido trabajo hacía un par de meses. La ausencia de hombres obligó al gobierno a hacer un llamamiento para que las mujeres se ofrecieran voluntarias para trabajar en las industrias, por lo que la chica no tuvo ningún problema en conseguir un puesto en la factoría de municiones de Accrington.

Hattie tenía que contarle algo urgente a su amiga, algo que no podía esperar. Sabía que lo que tenía que exponerle era extraordinario, poco ortodoxo y, aunque esperaba que Emily la entendiera, no sabía muy bien cómo decírselo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Emily, sorprendida.

La muchacha sacó de su bolso un sobre doblado y lo movió en el aire.

—¡Carta de James! Imaginé que te gustaría leerla.

Emily enarcó las cejas, extrañada de su visita. Era sábado, y habían quedado en reunirse ese mismo domingo. Hattie no tenía necesidad de ir a verla solo por la llegada de una carta de James. Sin embargo, prefirió no decirle nada; ya le contaría lo que la perturbaba cuando estuviera preparada.

—¿Cómo están nuestros soldados? —preguntó Emily para hacerla sentir mejor.

—Muy bien, Caernarvon los está tratando perfectamente. Según cuenta James, es una ciudad bonita.

Las dos mujeres cruzaron la verja de hierro de la fábrica y se sentaron en uno de los bancos de piedra que había a la entrada para leer la carta.

—Parece que han tenido suerte con el alojamiento que les ha tocado —dijo Emily con la misiva en la mano.

—Sí, gracias a Dios, James, Charlie y Ed están juntos en casa de uno de los pasteleros más prestigiosos del pueblo. Les dan muy bien de comer y les permiten coger todos los dulces que quieran. —Las dos chicas rieron al imaginarlo—. Dice James que otros soldados no han tenido tanta suerte.

—¿Por qué? —preguntó Emily, que interrumpió la lectura para compartir un bocadillo con Hattie.

—Porque hay soldados que están en casas donde tienen que compartir cama y ni siquiera están bien alimentados.

—Creía que eso iba en contra de la ley. ¿No había dicho la Oficina de Guerra que cada soldado debía tener su propia cama?

—¡Claro que sí! Pero Caernarvon no es muy grande, y se han tenido que adaptar a lo que había. No es que los vecinos no los hayan acogido bien, todo lo contrario, el día en que llegaron hasta les tenían preparada una gran recepción de bienvenida en la estación. Para ellos, tener a los soldados allí ha sido un alivio económico, aunque sea por poco tiempo. La extracción de pizarra, que es a lo que se dedican, ha disminuido mucho, y es una zona que lo está pasando muy mal,

por lo menos, es lo que cuentan los periódicos. El pago que reciben por el alojamiento de los chicos les da un respiro.

—Me alegra que la estancia de nuestros muchachos ayude al pueblo.

Las dos pararon unos segundos su animada charla para seguir comiendo.

—Este sándwich está de muerte —afirmó Hattie.

—¡No digas tonterías! Es de mantequilla, mermelada y queso.

—Qué puedo decirte, Emily, no soy sofisticada. —Las amigas volvieron a reír con ganas. Habían crecido juntas y se querían mucho. Sus personalidades y manera de ver la vida eran muy similares y siempre les había gustado pasar tiempo juntas.

—Yo he recibido carta de Ed, te lo iba a decir mañana cuando nos viéramos —anunció Emily con un punto de ironía en su voz que a Hattie no le pasó inadvertido.

—¿Y qué te cuenta? —disimuló.

—Más o menos lo mismo que James. Ha hecho guardia en el castillo de Caernarvon. Tienen que vigilar por si se acercan barcos o submarinos alemanes. Gracias a Dios, hasta ahora no ha ocurrido, y siguen tranquilos viendo pasar el tiempo. Los entrenamientos sí son cada vez más rigurosos —agregó la chica, que se metió en la boca el último bocado del sándwich y, haciendo una pequeña pausa para tragar, continuó con la conversación—, imagino que se está acercando el día para que los envíen al frente.

—Sí, James también me lo ha comentado en otras cartas. Han aumentado en muchos kilómetros las marchas, y dice mi hermano que tiene agujetas en todo el cuerpo. Además, las botas que les han dado no ayudan. A pesar de todo, lo he notado contento; tienen un nuevo coronel, un tal Rickman, que les ha dejado los sábados libres para hacer deporte y que se relajen. Según James, es estricto y no soporta el alcohol en exceso, pero es justo y está comprometido con los soldados. ¿Sabes algo de Charlie? —preguntó Hattie.

—Sí, ya sabes cómo es. Me sorprende que no te haya escrito a ti también, porque ha mandado cartas a todas las chicas de Clayton Lane.

Hattie movió la cabeza y una sonrisa de dientes blancos se dibujó en su cara.

—Charlie, Charlie, Charlie… Es todo un personaje.

Emily asintió mientras guardaba el papel donde había estado envuelto el bocadillo en uno de los bolsillos de su uniforme gris.

—Está muy bien. Me contó que asistieron a un baile organizado por una señora que recaudaba fondos para las tropas galesas. Lo pasó de miedo.

—Lo sé. James también me lo contó.

—Dice Charlie que es muy fácil conocer chicas en Caernarvon. Todas están encaprichadas con los nuevos muchachos de uniformes, y ellos se dejan querer.

—Seguro que Charlie lo está disfrutando —dijo Hattie, divertida—. ¿Cuándo ha sido difícil para él conocer a una chica?

—Y seguro que también lo está aprovechando —respondió Emily, guiñando un ojo.

Las dos amigas estallaron en carcajadas que no pudieron controlar hasta que no pasaron unos minutos.

—Me pregunto cómo se las apañarán con el galés —preguntó Emily.

—James dice que, aunque viviera dos vidas, no podría aprender ese idioma del demonio.

—¡Debe ser complicado! Menos mal que allí también hablan inglés.

Las amigas dejaron de hablar y se mantuvieron en silencio sentadas una al lado de la otra en el banco de piedra fuera de la fábrica de municiones.

—¿Crees que los enviarán al frente pronto? —preguntó Hattie con otro tono de voz y visiblemente preocupada—. Están haciendo muchas prácticas de tiro. James dice que ahora su mejor amigo no es ni Charlie ni Ed, sino su Lee-Enfield.

—No lo sé —Emily le cogió la mano y se la apretó con fuerza.

—Yo creo que tendrán que luchar muy pronto. El nuevo gas venenoso que están lanzando los alemanes en nuestras trincheras provoca muchas bajas; necesitarán más hombres lo antes posible.

—Puede ser, aunque en la fábrica se rumorea que van a continuar las maniobras en Rugeley, Ripon y Salinsbury unos meses más —apuntó Emily—. Si eso es cierto, aún les queda tiempo hasta que los movilicen para salir de Gran Bretaña.

La sirena de la fábrica sonó, estridente, anunciando la vuelta al trabajo.

—Debo dejarte —dijo Emily, que, al ver que Hattie seguía sin contarle el verdadero motivo de su visita, se atrevió a preguntar—. ¿Estás segura de que solo has venido a enseñarme la carta de James?

Hattie abrazó a su amiga.

—Sabía que no podría engañarte —comentó con la cabeza baja—. Estoy muy orgullosa de ti, no todas las mujeres están preparadas para un trabajo tan delicado como el que haces —dijo cambiando de tema—. Prométeme que tendrás cuidado. La explosión en la fábrica de municiones de Silvertown ha sido un desastre. Han muerto más de setenta y nueve personas, y hay muchos heridos.

—Lo sé, algunos dicen que este trabajo es tan peligroso como estar en el frente, pero yo no lo creo. Nosotras somos las que proporcionamos los proyectiles, pero los soldados son los que tienen que utilizarlos y, por desgracia, recibirlos.

—No te quites importancia, Emily, has aprendido cómo hacer el trabajo en un tiempo récord. Además, mira tus manos, tu pelo…, están amarillos, y es por esas sustancias tóxicas que tenéis que manejar. Eres muy valiente.

Emily se miró las manos, era cierto que tenían un color ambarino extraño.

—Sí, se llama trinitrotolueno. Sirve para llenar los proyectiles y las balas —dijo, mordiéndose el labio inferior como solía hacer cuando algo la preocupaba—. Nos tiñe la piel y el pelo. ¿Sabes que nos llaman las chicas canarias?

—¡¿Las chicas canarias?! —exclamó Hattie con una sonrisa.

—Sí, porque el color que estamos adquiriendo recuerda al plumaje anaranjado y dorado del pájaro canario. Creo que el nombre es demasiado bonito para las consecuencias que algunas compañeras sufren: fuertes dolores de cabeza, náuseas, irritaciones en ojos y piel. Ya ha habido muchas que han abandonado.

—¡Emily! Y tú, ¿qué vas a hacer?

—Quedarme. Es mi manera de ayudar. Además, hace una semana que nos han proporcionado máscaras para evitar intoxicaciones y han abierto más ventanas.

—Aun así, es peligroso.

—Sé a lo que me estoy enfrentando, Hattie, pero es mi pequeño grano de arena en esta guerra. Si todas nos rendimos, ¿quién haría este trabajo tan necesario?

—Lo único que te pido es que seas meticulosa y te protejas. —Emily la miró con ternura.

—Gracias por preocuparte por mí.

—Por cierto, ¿cómo os tratan en la fábrica? He oído que hay muchos hombres enfadados porque no quieren a mujeres como compañeras.

—Es la historia de siempre. Algunos dicen que no estamos preparadas para desempeñar el trabajo y son muy hostiles con nosotras. Sin embargo, les estamos demostrando que somos tan capaces o mejores que ellos.

—¡Así se habla! —exclamó Hattie.

—Bueno, y ahora, ¿me vas a contar la verdadera razón de por qué has venido a verme? —preguntó Emily, que sostenía las manos de Hattie entre las suyas.

La segunda sirena gritó desesperada, reclamando a todo el personal, y Hattie soltó las manos de su amiga.

—Tienes razón, he venido por otro motivo, pero ya se nos ha hecho tarde. Mañana sin falta te lo cuento.

—Pero, Hattie…

—Emily —gritó una chica de uniforme con un pañuelo anudado a la cabeza—, tengo que cerrar la puerta. ¿Vienes, o no?

—Está bien —se rindió Emily—, te has salvado por la campana, pero mañana no tendrás escapatoria.

—Será mejor que vengas a mi casa esta tarde —respondió Hattie—. Lo que tengo que decirte no debe esperar más, y necesito tu ayuda.

—Emily —volvió a gritar la trabajadora de la fábrica—. Voy a cerrar la puerta contigo fuera.

—Un momento, ya voy —respondió la muchacha, enojada, sin dejar de mirar a Hattie.

—Está bien, te veré esta tarde.

Emily cerró la verja de la fábrica y se perdió en el interior del edificio, y Hattie volvió a su casa pensando en la mejor manera de contarle a Emily lo que tenía previsto hacer.

7 HATTIE KNOX

1915

Hattie no se atrevió a comunicarle a Emily su decisión de marcharse de Accrington porque sabía que intentaría persuadirla para que cambiara de idea. Lo pensó con detenimiento, y no iba a modificar su opinión ni por ella ni por James. Estaba cansada de esperar, intentó unirse a sus compatriotas en las trincheras inglesas y, después de un año de guerra, entendió que nunca se lo permitirían por su condición de mujer. Por lo que había resuelto buscar otra solución.

Dejó la fábrica de municiones a su espalda; el tiempo había empeorado y apresuró el paso bajo un cielo que se hacía más oscuro por momentos. Las primeras gotas empezaron a caer, y confió en llegar a su casa antes de que se desencadenara la tormenta. Se abotonó la chaqueta verde oscuro que tanto le gustaba. La prenda de líneas rectas era muy cómoda y dejaba entrever la silueta natural del cuerpo que se había puesto tan de moda ese año. Ese día se había decantado por una falda recta que terminaba por debajo de la pantorrilla y anunciaba a gritos el carácter transgresor de su dueña.

Estaba decidida, no podía dejar que solo los hombres lucharan por lo que ella consideraba justo. ¿Quién había dicho que una mujer no podía ir al frente? Miró al cielo oscuro y corrió para alcanzar la puerta de su casa, pero las gotas la atraparon antes de entrar. La lluvia torrencial aporreó los cristales de su sala de estar y, agitada por la carrera, se sentó en el sofá envuelta en una mezcla de sentimientos que la confundían.

Lo tenía todo preparado: una pequeña maleta con lo más imprescindible y el billete de tren hasta Londres. Flora Sandes ya estaba en el frente desde agosto. Hattie había conocido a Flora en la asociación benéfica Caballería de Enfermería de Primeros Auxilios. Las dos se apuntaron como voluntarias mucho antes de que estallara la guerra y, aunque Flora le sacaba más de quince años, congeniaron muy bien desde el principio y se habían hecho buenas amigas. Flora era una mujer muy interesante, diferente a todas las que había conocido. Era soltera, le gustaba fumar, la cerveza, llevaba el pelo corto y su prioridad, al igual que la de Hattie, era la lucha por los derechos de la mujer. Fue ella quien le dio el empujón definitivo para que se arriesgase a dejar Inglaterra.

La chica no conocía cómo sería la ruta del viaje una vez llegaran a Londres, pero sí sabía que se iban a Serbia con la Unidad de Ambulancias de Saint John. Los serbios se habían mostrado como buenos aliados de los británicos y, si no podía luchar con las tropas inglesas, lo haría con sus socios de guerra. Pensó en su hermano, estaba segura de que a James no le gustaría que se fuera a la guerra y le causaría una gran desilusión que lo engañara, pero ¿qué podía hacer? Solo quería protegerlo y que no se preocupara por ella mientras estaba en el frente. Lo que sí tenía claro era que estaba decidida a marcharse a luchar como un hombre más, y nadie iba a impedírselo.

Hattie se quitó el gorro de fieltro y la chaqueta empapada, los dejó caer de cualquier manera encima del sofá y fue a la cocina con la idea de prepararse una taza de té. Pensó que solo Flora lograba entenderla. ¿Por qué los hombres insistían en que eran mejores que las mujeres? Llevaban meses demostrando que podían hacer los mismos trabajos que ellos, incluso los más

peligrosos; sin embargo, seguían tratándolas con reticencia y desconfianza. La chica se restregó los ojos, frustrada. A pesar de que las mujeres estaban demostrando con creces sus capacidades, aún quedaba que se las reconociera en igualdad, y eso le molestaba.

La tetera silbó anunciando que el agua estaba preparada, y Hattie se sirvió el té en una taza de porcelana floreada.

Estaba orgullosa de que la hubieran elegido para ir a Serbia en labores humanitarias con la Unidad de Ambulancias. Mabel Grouitch, la directora del grupo y la esposa de Slavko Grouitch, un alto funcionario del Ministerio de Exteriores serbio, la escogió personalmente. Era un logro que muy pocas mujeres habían conseguido porque, aunque Mabel era buena amiga de Flora y esta había intercedido para que Hattie tuviera un lugar entre ellas, la chica logró el puesto por méritos propios. Sin embargo, Hattie no quería que la Unidad de Ambulancias fuera su destino final y estaba decidida a buscar la manera de alistarse como soldado en el ejército serbio.

Puso las manos alrededor de la taza humeante, tenía frío y quería calentárselas. Seguía mojada y pensó que debería haberse cambiado de ropa nada más llegar, pero estaba demasiado ocupada con sus pensamientos como para preocuparse por algo tan nimio. James volvió a su mente, su determinación de no contarle nada sobre su marcha de Accrington hacía imprescindible involucrar a Emily en su plan. Se cartearía con ella desde Serbia y le mandaría dentro de su correspondencia cartas para James. Emily se encargaría de enviárselas desde Accrington, y el muchacho no estaría al tanto de que su querida hermana luchaba por Inglaterra en el frente de los Balcanes. Sabía que era mucho pedir, pero estaba segura de que Emily no la defraudaría.

Hattie le dio un sorbo al líquido caliente. «Un buen té es siempre el mejor sedante para los corazones inquietos», pensó.

Flora la había informado de que su destino final sería la ciudad de Kragujevac, donde los serbios combatían en batallas campales contra los austro-húngaros y su ejército había establecido su cuartel general. No tenía miedo, más le preocupaba la seguridad de James que la suya propia. Su hermano siempre había sido distraído, y la angustiaba que no fuera lo suficientemente cuidadoso como para mantenerse vivo.

Le puso un poco de leche al té recién hecho y se sentó en una silla de madera en la cocina. Ya había hablado con la escuela de enfermería donde estudiaba y renunciado a su matrícula para ese año. Estaba segura de que aprendería mucho más ayudando a los soldados heridos que quedándose en el aula.

La frustraba que el gobierno necesitara desesperadamente voluntarios y, a pesar de todo, se resistiera a contar con las mujeres. Al fin y al cabo, ellas también eran británicas y querían probar su valía ante la sociedad igual que los hombres. Hattie sabía que las mujeres estaban preparadas para apoyar los esfuerzos de guerra no solo en fábricas, por muy peligrosas que fueran, como enfermeras o como personal civil en almacenes, administración o *catering,* sino que muchas también estaban dispuestas a ir a la guerra y a luchar codo con codo junto a los hombres sujetando un fusil por el bien del país. Sin embargo, el gobierno seguía negándoles ese derecho y no se decidía a involucrarlas. Los argumentos habían sido que las mujeres no eran ni lo suficientemente fuertes ni resistentes como para llevar a cabo trabajos militares y, menos aún, para pelear. Ese tipo de comentarios enfurecía a la muchacha, que no entendía por qué continuamente seguían ninguneándolas.

«¡Cómo es posible que hayan aceptado a Billy Brown, con lo enclenque que es, y a mí no!», se mortificaba Hattie.

Al gobierno, no le quedó más remedio que ceder y reclutar a mujeres casadas y chicas jóvenes como enfermeras por la cantidad de bajas que el ejército había tenido; sin embargo, no se movió en su negativa al reclutamiento militar femenino. Hattie se preguntaba si alguna vez llegarían a la conclusión de que tendrían que contar con ellas. Por mucho que llamaran a filas a hombres mayores de cincuenta años o a chicos cada vez de menor edad, seguía sin ser suficiente, y la falta de soldados ya era acuciante.

Siguió saboreando el té, que le pareció exquisito, y pensó que el papel de las mujeres en la retaguardia también era de suma importancia. Admiraba a Emily por atreverse a realizar un trabajo tan arriesgado como el que desempeñaban en la fábrica de municiones, pero ella quería más.

Hattie fue siempre una persona combativa acostumbrada a luchar por lo que creía justo y, antes de la guerra, ya perteneció a asociaciones que peleaban por el derecho al voto femenino y reivindicaban más equidad social, política y económica. Estaba segura de que, cuando terminara la contienda, las mujeres no darían un paso atrás y se conseguiría el voto tan deseado. Sin embargo, mientras durara la locura del conflicto, esa ilusión se tendría que posponer para que todas se enfocaran en ocupar los puestos vacantes dejados por los hombres y, con suerte, unas pocas como ella también fueran a la guerra.

Hattie se puso los dedos índice y pulgar en el entrecejo y se lo masajeó. Estaba cansada y le dolía la cabeza. Miró el reloj de la pared de la sala, aún tenía muchas horas por delante hasta que llegara Emily, así que cogió papel y lápiz y se dispuso a escribirle una carta de despedida a su hermano. Le pediría a Emily que la guardara y que solo se la entregara si ella moría en el frente. Tenía que dejar por escrito cuánto lo quería y explicarle los motivos que la habían llevado a tomar la decisión de ir a luchar. Cuando terminó, se levantó y extravió la mirada a través de la ventana, seguía lloviendo; besó la carta con cariño, la metió en un sobre y rezó para que Emily nunca tuviera que entregársela a James.

8 NUEVO DESTINO

1915

El batallón de amigos de Accrington, aún con mucho que aprender en el arte de la guerra, se había unido a los batallones 12°, 13° y 14° del Regimiento de York y Lancaster para formar la 94° Brigada de la 31° División Británica.

Habían sido reasignados al campamento de Penkridge Bank, cerca de Rugeley, dónde se enfrentaron por primera vez a la realidad de una vida castrense. Atrás quedaban los días de Caernarvon, donde disfrutaron de comodidades, comidas calientes y el cariño de los galeses, especialmente de chicas emocionadas con los jóvenes soldados.

Muy pocos de los civiles que se unieron al batallón tenían pericia en el servicio activo, por lo que crear una unidad militar apta para pelear fue una tarea difícil que recayó en los oficiales y suboficiales, muchos de ellos también sin experiencia. Poco a poco, se incrementaron los entrenamientos, las maniobras y las marchas incansables con los soldados bien equipados. El objetivo de los mandos era conseguir aumentar el espíritu de solidaridad entre los hombres a través del entrenamiento físico y conseguir que todos se manejaran con el uso del rifle, la bayoneta y la pala de manera aceptable. Herramientas que les serían muy útiles en el campo de batalla y en las trincheras.

James, Charlie y Ed reforzaron su amistad durante esos meses de duro entrenamiento y la camaradería creció entre ellos y muchos otros de los muchachos de Accrington. Todos eran jóvenes y se lanzaron al entrenamiento militar con energía y ansias de aprender. La disciplina se fue imponiendo poco a poco, las marchas se fueron convirtiendo en rutina y las maniobras se hicieron más serias con el paso de las semanas.

Sin embargo, no todo fue trabajo, y los muchachos tuvieron tiempo suficiente para hacer deporte gracias a que el coronel Rickman ordenó suspender los entrenamientos de los sábados y dar vía libre a los partidos de fútbol, competiciones de remo y torneos de boxeos a los que Charlie se apuntó con alegría. James, por el contrario, se decantó por el billar y el fútbol, mientras que Ed prefirió la pesca y los paseos por la orilla del río en su tiempo libre.

El coronel Rickman era un hombre interesante, de mirada penetrante y decidida, sus ojos reflejaban la determinación de quien había visto la guerra de primera mano. Tenía un porte elegante y su sola presencia transmitía respeto entre sus tropas. A pesar de que su voz era potente y autoritaria y denotaba un sentido de mando y liderazgo indiscutible, también inspiraba confianza y seguridad; para sus hombres era una persona decente. A Rickman le preocupaba el bienestar de sus soldados, a pesar de que sabía que muchos no regresarían a casa. La guerra era así, y para compensarlo, intentaba ser un superior justo y amigable. No estaba de acuerdo con el uso abusivo de alcohol, por lo que los chicos tuvieron, bajo su mando, un comportamiento excelente donde eran pocos los que se emborrachaban. No se atrevían a defraudarlo, ya que el oficial que se comportaba de manera humana y compasiva era un líder admirado y respetado por todos.

James no había cogido un fusil antes de alistarse, sin embargo, probó ser un excelente tirador. Charlie era mejor con el manejo de la bayoneta que lanzaba contra los sacos llenos de

paja con precisión. Ed, sin embargo, no había encontrado todavía su lugar, y lo que peor llevaba eran las marchas incansables que lo dejaban exhausto.

—Creo que me he precipitado —dijo Ed esa mañana, pensativo.

Los chicos tenían el día libre, y después de asistir a un torneo de remo, que James y su equipo habían ganado, decidieron dar un paseo por la ciudad. Se habían puesto sus uniformes azules y, orgullosos, se sentaron en una plaza llena de gente a disfrutar del día soleado, algo poco visto en Inglaterra.

—¿De qué hablas, Ed? —preguntó Charlie, dándole una calada al cigarrillo que tenía entre sus labios.

—Lo que has oído. Creo que la vida militar no está hecha para mí y ni siquiera hemos ido al frente.

—¿Es qué te arrepientes de estar aquí? ¿No crees que Gran Bretaña necesita a hombres como nosotros? —preguntó Charlie con un aire de indignación.

—Déjalo en paz, cada uno puede opinar lo que quiera —bramó James al que le fastidiaba sobremanera la manipulación de Charlie con sus palabras.

—Solo preguntaba —se defendió el chico.

—No soy tan bueno como James con el rifle ni como tú con la bayoneta, y no puedo seguiros el ritmo en las largas caminatas. Siempre llevo el pie cambiado y temo que el sargento Moore vaya a matarme cuando no pueda continuar con las millas necesarias cargando con el equipo completo. Soy un lastre. Si sigo así, no podré acompañaros, y me mandarán a Manchester con la compañía de reserva. ¡Maldita sea! —Ed escupió en el suelo adoquinado—. No quiero ver cómo os marcháis a la guerra sin mí.

—No digas eso. Aún no has encontrado tu sitio, pero eres un buen soldado —lo animó James.

—No, no lo soy. Creo que no debería haberme alistado. Me dejé llevar por la propaganda nacionalista y la prensa, por el entusiasmo patriótico, y nos han engañado a todos haciéndonos pensar que Kitchener es un semidiós que no puede equivocarse.

—¿Cómo puedes decir esas cosas si ni siquiera hemos peleado aún? —gritó Charlie con los ojos muy abiertos, sorprendido de los pensamientos de Ed.

—Porque sé que no soy lo suficientemente bueno —aulló el chico, que hizo que muchos de los civiles que pasaban por la plaza volvieran las miradas hacia ellos.

—Hay una cosa de la que te estás olvidando —apuntó James—, no te importa presentarte voluntario, eres constante y metódico, sabes leer los mapas mejor que nadie y eres estupendo orientándote. Puede que no seas el mejor tirador o el mejor con el uso de la bayoneta, pero el mundo militar es mucho más amplio, y tú lo estás haciendo bien.

—¿Y si no me quieren en el servicio activo?

—¿No ves que los señoritos universitarios que tenemos en el batallón son mucho peores soldados que tú? —razonó Charlie.

Ed lo miró de reojo con media sonrisa en la cara; le agradecía sus palabras, aunque le hubiera gustado brillar más en algún área y no ser un recluta mediocre.

—En realidad —intervino James—, ni siquiera sabemos cómo es vivir la experiencia de estar en primera línea de fuego. Será allí donde demostraremos si somos buenos soldados y no aquí en los entrenamientos. Además, hay un factor con el que no has contado, Ed, y es la suerte, que, por mucho que nos preparemos, no podremos controlar.

—Vamos, basta de charla —ordenó Charlie—, vamos a caminar, que he visto pasar a tres

chicas muy bonitas que se mueren por salir con soldados uniformados.

—Ah, ¿sí? Y tú, ¿cómo lo sabes?

—¿Qué tipo de pregunta es esa? —dijo Charlie con aire de superioridad—. Por la manera de mirarnos, amigo. Daos prisa que se nos escapan.

Los muchachos dejaron de hablar de las preocupaciones de Ed y se marcharon disfrutando del sol de la mañana. Decidieron visitar uno de los *pubs* más populares de la ciudad, donde bebieron animadamente con otros compañeros y conocieron a mujeres dispuestas a tener breves romances con cualquiera de ellos. Charlie y Ed aprovecharon la ocasión, mientras que James, fiel a Cora, decidió beber mientras los vio salir del bar con dos chicas agarradas del brazo.

La guerra había cambiado al mundo, pensó James. Antes nunca una mujer se hubiera mostrado tan liberada, pero con el estallido bélico, aumentó la promiscuidad sexual. En los entrenamientos, los oficiales ya les habían advertido de que podían pasarlo bien, pero que tenían que ser cuidadosos, ya que no solo las balas y los morteros mataban a los hombres, sino también las enfermedades transmitidas por las mujeres de dudosa reputación.

Los días continuaron para los soldados de Accrington llenos de actividades, entrenamientos y clases. A los uniformes azules que les habían proporcionado, pronto se unieron los caquis reglamentarios que fueron llegando a cuentagotas, y los reclutas del batallón iban, poco a poco, pareciendo una unidad militar más competente.

No fue hasta otoño cuando abandonaron Rugeley, y el batallón fue trasladándose de unas ciudades a otras para sus maniobras y prácticas. Dentro de ese ir y venir, los enviaron unas semanas a Ripon, a tan solo tres horas en tren del Lancashire, y muchos familiares aprovecharon la cercanía con Accrington y otras ciudades vecinas para visitar a los muchachos.

A James le hubiera gustado recibir la visita de Cora y de Hattie, que no fueron a verlo. La primera se excusó por problemas de horario en el trabajo, y Hattie tuvo que inventarse una historia, ya que para entonces estaba en el frente de Serbia. Los que sí acudieron a Ripon fueron Emily y los padres de Ed, que llenaron a los muchachos de regalos y buena comida casera. La familia de Charlie había vuelto hacía un par de años a Irlanda, de donde eran oriundos, y el matrimonio Carr, muy amigos de sus padres, hacían las veces de sus parientes en Inglaterra.

El batallón estuvo un tiempo en Hurdcott cerca de Salisbury, donde los hombres entraron de lleno en un entrenamiento difícil y duro. Rifles Lee-Enfield, ametralladoras Lewis y suministros médicos llegaron al campamento y paliaron la falta de materiales con los que el batallón había operado hasta ese momento. Los chicos presentían que la hora de abandonar Inglaterra se acercaba y se sentían ansiosos y deseosos de que llegara el momento cuanto antes.

La orden de embarcar hacia Egipto para proteger el canal de Suez de la amenaza otomana llegó en diciembre. La desilusión fue clara en el rostro de los muchachos cuando se enteraron de su nuevo destino. La mayoría dio por sentado que se dirigirían directamente a Francia o a centro Europa, en medio de la acción. No habían contemplado la posibilidad de ser enviados a otro lugar y, mucho menos, a África. Sin embargo, el sargento Norton les informó de que las fuerzas aliadas se habían retirado de la península de Gallipoli, y era necesario detener el avance turco a toda costa. Eso pareció convencer a los hombres, que se sintieron útiles por primera vez desde que se alistaron.

Con el paso de los meses, Ed consiguió encontrar su hueco dentro del batallón de los amigos de Accrington. Un día que uno de los sargentos había preguntado quién entendía de música, se apresuró a levantar la mano y, de la noche a la mañana, pasó a formar parte de la banda tocando la trompeta. El instrumento había sido su pasión desde niño, y era un experto sacando música de

ella. La pequeña orquesta, creada gracias al coronel Rickman, amenizó el embarque de la 31° División en el puerto de Devonport en diciembre de ese mismo año rumbo a Alejandría, con el soldado Edward Carr feliz de poder participar en un acontecimiento tan destacado tocando su instrumento favorito.

La aglomeración de soldados en el T.S.S. Ionic fue monumental, y James y Charlie se apresuraron en coger tres hamacas para pasar la noche los más agradablemente posible. Desde que salieron de su destino, el barco había estado escoltado por dos destructores que los jóvenes pudieron admirar desde la cubierta. La primera parada que hicieron fue en Gibraltar y, desde allí, el barco puso rumbo a Malta, de donde partieron cuatro días después.

—¿Os habéis dado cuenta de que los destructores ya no nos acompañan? —les preguntó James a Ed y Charlie, que dormitaban en las hamacas.

Los chicos se apresuraron a mirar por la borda, efectivamente, los grandes barcos habían desaparecido. Unas horas antes les habían informado de que un submarino alemán había hundido al buque Persia, y todos estaban asustados con órdenes de no quitarse los chalecos salvavidas bajo ningún concepto.

—¡Cómo es posible! —exclamó Charlie—. Estamos entrando en la parte más peligrosa del viaje y nos han dejado solos.

Un revuelo de hombres llamó la atención de los muchachos.

—Todos a sus puestos —gritó el sargento Norton—. Torpedo, torpedo.

La alarma gritó desgarrada, y el alboroto entre los chicos que corrían de un lado a otro de la cubierta del Ionic para alcanzar sus posiciones no se hizo esperar. El barco viró en el último momento y, a pesar de que muchos ya se habían agarrado las cruces que llevaban al cuello, no hubo contacto con el torpedo, y nadie resultó herido gracias a la pericia del capitán. A partir de ese momento, los reclutas del batallón de Accrington no dejaron sus posiciones de vigilancia ni por un minuto. Al poco, el submarino alemán se retiró, ya que no volvió a atacarlos en toda la travesía. A pesar de que habían salido ilesos del incidente, los amigos comprendieron que la guerra se había convertido de pronto en algo muy real. Por primera vez, sintieron miedo, y la preocupación se instaló en el barco junto a la inquietud de poder llegar sanos y salvo a su destino.

La lluvia se había apostado sobre el Ionic desde que abandonaron Alejandría, y la tormenta no cesó hasta que alcanzaron Port Said. Los chicos estaban hartos y cansados.

—¿Habías montado en barco antes, Charlie? —preguntó Ed, al que parecía no afectarle el tremendo balanceo de la embarcación.

Charlie no lo escuchaba, y con los ojos cerrados intentaba no devolver. James, por su parte, miraba a un punto fijo para mantener el mareo a raya, eso, al menos, era lo que los oficiales les aconsejaron a todos. La mayoría de los muchachos estaban enfermos, y los que parecían no sentir los efectos de las angustiosas sacudidas del barco se atolondraban al intentar ayudar a los demás, que, entre mareos y vómitos, apenas se mantenían en pie en la cubierta del buque. Por eso, todos agradecieron el desembarco y el tiempo que les concedieron para descansar en el campamento que habían organizado para ellos.

La orden de vigilar la costa africana no tardó en llegar, y la tarea de los muchachos en aquel lugar, caluroso y remoto, se convirtió en tediosa y aburrida. Estaban decepcionados y pronto acuciaron la nostalgia, no solo de Accrington, sino de los maravillosos días que pasaron en Caernarvon, Rugeley, Ripon y las demás ciudades británicas donde los habían preparado para ser soldados. No se alistaron para otear el horizonte, sino para luchar y, disgustados, se preguntaron

cuándo llegaría el día que los enviaran al frente de verdad, donde estaba la acción, donde pelearían por defender Inglaterra y demostrarían todo lo que habían aprendido con los entrenamientos.

9 CORA

1915

El capitán Philip Montgomery regresó a su casa de Accrington con un permiso de unos días. Era el orgullo de su madre, Martha, la esposa del hasta ahora adinerado Albert Montgomery, dueño de una de las mejores fábricas inglesas de algodón. La familia pertenecía a la flor y nata de la aristocracia de la ciudad, a pesar de que la mala cabeza del hombre los había llevado al borde de la ruina. Hacía unos años que las deudas de juego los ahogaba, y Martha se desesperaba mientras buscaba una solución antes de que todo saltara por los aires. No podían permitir una humillación así ante sus amigos y conocidos, por lo que era urgente que Philip, su único hijo, hiciera un buen matrimonio lo antes posible para evitar el escándalo.

El joven gozaba de una buena educación y, gracias a que su familia conocía bien a la del coronel Rickman, no le costó ningún trabajo conseguir que lo ascendieran a capitán en poco tiempo, a pesar de no tener mucha idea del mundo militar. Ni Martha ni Albert compartieron con su hijo la situación tan delicada que atravesaba la familia, que amenazaba con la pérdida de la fábrica, y el joven, protegido por su madre, no reparó en las malas finanzas de su hogar.

Martha entró en el magnífico salón de su casa unos minutos después de que lo hiciera su hijo. La mansión victoriana de líneas armoniosas estaba decorada con mucho gusto. Los muebles de maderas nobles y diseños bien cuidados habían sido elegidos personalmente por la señora Montgomery, que puso especial atención en la decoración del salón, que era la habitación más visitada por sus invitados. El comedor donde se sentaron a desayunar tenía grandes ventanales en dos de las cuatro paredes que lo componían, y la luz penetraba a través de ellos con toda la fuerza de la mañana. La mesa de caoba que ocupaba el centro de la estancia, los cortinajes pesados, los jarrones y figurillas traídas desde China le inferían calidez y dejaba ver el poderío económico que en otros tiempos tuvo la familia.

—Buenos días, veo que hoy te has levantado temprano. —La mujer se acercó a Philip, que se disponía a tomar el desayuno, y le depositó un beso en la frente.

El chico tenía un aire de elegancia clásica, con el pelo rubio engominado hacia atrás, bigote fino y una mandíbula de líneas firmes y varoniles que recordaba poderosamente a la de su padre. Por el contrario, los ojos azules de mirada penetrante eran herencia de su madre, que pensaba que su hijo había sacado lo mejor de sus dos progenitores. Alto y de complexión atlética y musculosa, Philip Montgomery siempre tuvo admiradoras que creían que su encanto y carisma natural hacían de él uno de los mejores partidos de la ciudad.

—Padre acaba de salir, me pidió que lo disculparas.

—Está bien, hace años que no desayunamos juntos. ¿Por qué tendríamos que hacerlo ahora? Por cierto, ¿aprovecharás para visitar a la señorita Flynn mientras estás de permiso? —preguntó Martha mientras se sentaba a la fabulosa mesa decorada con un inmenso ramo de flores lilas en el centro. La mujer había formulado la frase a modo de pregunta, pero ambos sabían que, en realidad, era una orden.

—Madre, no empieces. Ya sabes que no me interesa Sophie, y menos ahora que este uniforme me permite conocer a mujeres de todo tipo.

—Una cosa no quita la otra —continuó Martha—. Puedes divertirte lo que quieras, querido, no me meteré en eso, pero algún día tendrás que casarte, y Sophie Flynn es una candidata perfecta. Puedo estar de acuerdo contigo en que no es fascinante, pero sí interesante y tiene buena conversación.

—No estoy de acuerdo —dijo Philip mientras cascaba un huevo pasado por agua ayudándose de una cucharita de plata—. Es una mujer poco atractiva y tremendamente aburrida. Además, el día de mi boda aún se encuentra en un futuro muy lejano y antes tendré que volver de la guerra.

Cora entró en el comedor con un austero uniforme negro, una cofia blanca y un delantal del mismo color atado a la cintura. A pesar de lo sobrio de la vestimenta, la muchacha se las ingenió para seguir pareciendo bonita. No llevaba maquillaje y tenía recogido el pelo en un moño del que se le escapaban algunos mechones rebeldes que aumentaban su encanto natural. Cora se movió alrededor del capitán cimbreando las caderas. Desde que la joven entrara a formar parte de la plantilla de sirvientes de los Montgomery, no tuvo ningún pudor en demostrar su atractivo ante Philip, y el hombre la correspondía con miradas de deseo que trataba de disimular frente a su madre.

—¿Quiere el señor otra taza de té? —dijo con una voz melodiosa que no pasó inadvertida para Martha.

El joven la devoró con los ojos. La chica era realmente fascinante, y Philip sabía que no le costaría ningún esfuerzo llevársela a la cama antes de volver a Hurdcott.

—Por favor —dijo, cogiendo la taza y rozando a propósito la suave mano de Cora. La chica lo miró sugerente, y Martha se dio prisa en despedirla del salón de manera inmediata.

—No necesitamos nada más, Cora, puedes retirarte.

La señora Montgomery observó a su hijo, enfadada.

—Ni se te ocurra —susurró la mujer—. Hoy en día es muy difícil encontrar un buen servicio. Puedes buscar entretenimiento fuera de aquí, pero, por favor, aléjate de mis doncellas.

—Madre, me aburres con tantas peticiones. Vas a hacer que me arrepienta de haber venido.

—No digas tonterías. Estoy muy contenta de que estés aquí. Orgullosa de que mi hijo sea un valeroso capitán —argumentó Martha, que se levantó de la silla tapizada en terciopelo rojo—, sin embargo, espero que te comportes y que vayas a ver a Sophie. No me importa si te parece aburrida o poco interesante, su familia tiene buena posición económica, y ella es ideal para ser tu futura esposa. Te casarás nada más regreses del frente.

—Madre… ¿No me ha oído? No quiero casarme con Sophie.

—Creo que me he explicado muy claro, Philip. Irás a visitar a esa muchacha, y no hay más que hablar. Ahora debo dejarte. Llego tarde a la recaudación de dinero para los nuevos uniformes del batallón. ¡Que tengas un buen día, hijo! Te veré en la cena.

Martha dejó a Philip furioso, siempre le decía lo que tenía que hacer y ni siquiera ahora, que era capitán, lo respetaba. No quería tener nada que ver con la señorita Flynn, era insulsa y soporífera, y él necesitaba a alguien más como…. Cora. No quería casarse, solo pasar un buen rato y, a pesar de que su madre le dejó claro que no le quedaba más remedio que visitar a Sophie, estaba decidido a no prometerle nada y asegurarle de que su visita era solo un gesto de cortesía entre dos familias adineradas.

En el *hall,* una de las doncellas ayudó a Martha a colocarse un sombrero de plumas color rosa que hacía juego con su bonito vestido ajustado. Cuando terminó de arreglarse, se miró en el espejo de la entrada y le gustó su reflejo. Aún se sentía joven y poderosa, y con la guerra, volvió

a encontrar un propósito gracias a las actividades que realizaba a favor del batallón de Accrington. No era una mujer sensible, sino práctica, y no estaba dispuesta a ceder ante los caprichos de su hijo. Sophie era magnífica para sus planes y, quisiera Philip o no, sería su esposa. Los Montgomery necesitaban el dinero de los Flynn, y no había más que hablar. Martha suspiró profundo, estaba cansada de que siempre fuera ella la que tenía que sacarles las castañas del fuego a su familia: su hijo ni siquiera sabía lo difícil que era su situación financiera, y su marido… Su marido no era más que un cero a la izquierda que solo sabía apostar y malgastar lo poco que les quedaba.

Martha se puso los guantes, cogió un bolso de seda, una sombrilla calada y se volvió a mirar al espejo; se ladeó un poco más el sombrero y, vanidosa, salió de la casa a toda prisa.

Cora observó cómo la señora se alejaba a través de una de las ventanas del vestíbulo y esperó unos minutos antes de dirigirse de nuevo al comedor, donde aún permanecía el capitán.

—Y bien, ¿son muy duros los entrenamientos militares? —le preguntó de sopetón con gran familiaridad.

—Más para los soldados rasos que para los oficiales. Nuestro trabajo es enseñarles, pero los acompañamos sobre nuestros caballos mientras ellos son los que caminan durante kilómetros.

Cora se acercó al muchacho y le puso una mano en el hombro.

—Estás muy guapo con ese uniforme y seguramente te has sentido muy solo lejos de casa y rodeado de hombres.

—Caernarvon ha sido un buen lugar para todos nosotros. Nos han tratado muy bien y hemos conocido a muchas personas.

—Estoy segura, pero no creo que ninguna haya sido tan cariñosa como puedo serlo yo.

Philip comprendió la insinuación al instante, miró los ojos verdes de Cora, su boca entreabierta, su respiración entrecortada llena de deseo y la besó con ansias. Sus labios gruesos y la humedad de su boca lo excitaron, y se levantó de la silla enardecido. Con el corazón agitado, la agarró de la cintura y le soltó el moño con una sola mano. El pelo rizado de Cora le cayó suelto por la cara haciéndola parecer aún más salvaje. Philip la empujó hacia el único sofá de la sala, la tumbó sin cuidado y le levantó el uniforme negro hasta la cintura, dejando ver sus piernas blancas y redondeadas que acarició con éxtasis.

—Nos pueden ver —titubeó Cora, que se hacía la tímida.

—Ya es muy tarde para eso, ¿no crees?

Philip le besó el cuello con anhelo, y la chica gimió siguiendo la cadencia del rítmico movimiento de sus caderas. El capitán la penetró con urgencia. A pesar de que había conocido a muchas chicas en Caerarvon, tuvo que mantener la compostura por su rango y por el miedo a contagiarse con cualquier enfermedad que le impidiera ir al frente. Con Cora, todo era distinto, ella era natural, sincera y sin los tapujos ni los impedimentos de las mujeres de su clase social. Philip se dejó llevar por su instinto animal, sabía que solo necesitaba un par de promesas vacías para que Cora se diera a él por completo, como lo había hecho desde que se conocieron hacía ya años, y esa vez la fórmula también funcionó. El joven capitán se dejó caer exhausto sobre la chica, pero se levantó enseguida. No quería que su encuentro terminara tan pronto, quería ver a Cora desnuda, disfrutar de su cuerpo curvilíneo y sensual, por lo que la agarró de la mano y, entre risas y con cuidado de que ningún otro miembro del servicio los viera, subieron a su habitación. Una vez allí, la desnudó con calma estudiando su silueta voluptuosa y volvieron a tener un sexo tórrido que ambos disfrutaron. No estaba enamorado de ella, pero Cora lo hacía

sentirse vivo. Cuando terminaron, se encendió un cigarro y la miró extasiado mientras ella jugueteaba con uno de sus rizos enredándolo, distraídamente, en su dedo índice.

—¡Eres preciosa! —afirmó Philip—. ¡Ojalá Sophie Flynn fuera la mitad de bella que tú!

Cora se entristeció de repente. Había fantaseado con la posibilidad de casarse con el joven señor y se le instaló un nudo en el estómago nada más oír el nombre de Sophie. Sabía que un matrimonio entre miembros de clases sociales distintas no era habitual, pero las cosas estaban cambiando con la guerra; las mujeres reclamaban un nuevo papel, y si Philip se imponía a su familia, tal vez, tendrían una posibilidad de terminar juntos. Llevaban acostándose años, y él le había prometido que hablaría con su madre, sin embargo, hasta la fecha, aún no lo había hecho. La falta de acción de Philip era lo que había precipitado a Cora a los brazos de James. No quería quedarse sola, y menos aún, cuando terminase la guerra y hubiera muchas más mujeres que hombres en la ciudad. Cora sabía que no tenía mucho tiempo, ya había oído hablar de Sophie en más de una ocasión a la señora Montgomery, por lo que decidió darse prisa en convencer a Philip para que la eligiera a ella y no a la estúpida de la señorita Flynn. Si alcanzaba su objetivo, solo tendría que romper su compromiso con James.

—¿Te casarás con ella? —preguntó, celosa.

—No digas tonterías. Eso es lo que le gustaría a mi madre, pero no consentiré que se salga con la suya.

—¿Es que no te gusta Sophie?

—No.

—¿Estás seguro?

—¡Sí, lo estoy! ¿Qué pasa hoy con esa mujer? ¿Es que todo el mundo tiene que hablar de ella?

Cora se sentó en la cama y se hizo un moño con las manos. Estaba enfadada, pero disimuló delante de Philip.

—¿Me escribirás desde el frente? —cambió de tema.

—No sé si eso sería apropiado —respondió el capitán, que se levantó de la cama y ya empezaba a vestirse.

—Tampoco lo es el que nos hayamos acostado y mírame, aquí estoy en tu cama.

Philip se echó a reír. Le gustaba la espontaneidad de Cora y pensó que, en realidad, no había ninguna razón para no cartearse con ella. A su madre no le gustaría, pero no tendría por qué enterarse.

—¡Por qué no! —exclamó, arreglándose el bigote en el espejo—, así podrás contarme todo lo que ocurre en esta casa de locos en mi ausencia. Será divertido.

—¿Me echarás de menos?

—Cariño, ya sabes que sí, pero, vamos, date prisa, tengo unos asuntos que resolver esta mañana que no pueden esperar.

Cora terminó de vestirse con prisa. Seguramente, sus compañeros ya se preguntarían dónde se había metido. Se arregló la cofia y el delantal y agarró el pomo de la puerta para salir, pero antes, se giró sobre sus talones para mirar a Philip a los ojos.

—¿Le hablarás alguna vez a tu madre de mí? —dijo en un susurro.

Philip la escrutó molesto, no entendía por qué Cora seguía haciéndole preguntas de ese tipo. Le gustaba la chica, era una mujer preciosa con una personalidad fresca y deliciosa, pero la relación que mantenían era solo física y, aunque a veces le había hecho promesas estúpidas, la consideraba lo suficientemente inteligente como para saber que jamás las cumpliría.

—Primero tengo que volver de la guerra —dijo para quitársela de encima.

Philip se acercó a ella y la besó en el pelo.

—Deja que salga yo primero, ya sabes que debemos ser discretos.

Cora estaba harta. Mantenía una relación clandestina con el capitán Montgomery desde que entró en aquella casa como doncella con solo quince años y, a pesar de las promesas de Philip, nada había cambiado. Esa actitud del capitán fue la verdadera razón por la que aceptó la propuesta de matrimonio de James Knox. El muchacho era un perfecto plan B. Si finalmente no conseguía a Philip, James podía llegar a ser un buen marido.

Mientras se apresuraba por los pasillos de la gran casa solariega de los Montgomery, sintió una punzada de culpabilidad por utilizar a James de aquella manera, pero una mujer de su clase social debía ser inteligente y no poner todos los huevos en la misma cesta. Comprendía que era muy difícil atrapar a Philip, pero creía que el capitán estaba genuinamente interesado en ella, y que su relación podría llegar a funcionar. Movió la cabeza para despejar sus pensamientos, no estaba bien jugar con nadie, pero mientras esa declaración de amor no llegase, no abandonaría a James. La guerra le había traído una oportunidad, y no sería ella quien la dejara escapar.

10 SERBIA

1915

Hattie llegó a Serbia una semana después de su salida de Londres. Nada más arribar a su destino, experimentó en primera persona la devastación que los ejércitos alemanes, austrohúngaros y búlgaros habían ocasionado en el país. Pueblos y ciudades completamente destruidos, hambre, falta de productos de primera necesidad y total destrucción era todo lo que había a su alrededor. Llevaba unos meses trabajando como enfermera y, junto a Flora Sandes, transportaban heridos a los hospitales de campaña que se instalaron, en su opinión, demasiado lejos del frente.

—Los soldados mueren por el camino —gritó Hattie desde la parte trasera de la ambulancia para hacerse entender entre el ruido de las bombas y la artillería—. Es nuestra responsabilidad; tenemos que hacer algo. He escuchado que hay dos enfermeras en Bélgica que han creado un puesto de primeros auxilios muy cerca de la primera línea de batalla y están salvando muchas vidas evitando que los muchachos se desangren por el camino. ¿No crees que podríamos hacer lo mismo aquí?

—Lo sé —aulló Flora mientras conducía entre los cascotes y bajo un fuego intenso de mortero—, pero creo que esto no durará mucho.

—¿A qué te refieres? —preguntó Hattie, que apretaba el torniquete que le había practicado al soldado que transportaban para detener el reguero de sangre que manaba de su herida, y que a ella le pareció extremadamente preocupante.

—A que aquí está todo perdido —bramó Flora, que volvía la cabeza de vez en cuando para ver cómo seguía el enfermo—. ¿No te das cuenta de que el armamento que tenemos es deficiente? Hay poca artillería, casi ninguna munición ni fusiles, y los servicios sanitarios son insuficientes. A pesar de que el ejército serbio es profesional y tienen la experiencia de haber combatido en las guerras de los Balcanes, no creo que resistamos mucho más tiempo. Hace semanas que Serbia está invadida por los austrohúngaros y alemanes al norte, y por los búlgaros, al este. De momento, no hay nada más que podamos hacer hasta que no se recompongan nuestras tropas.

—El ejército británico y el francés no nos abandonarán —afirmó Hattie convencida.

—¡Agárrate! —gritó Flora—. La mujer giró el volante para evitar un socavón que probablemente había dejado una mina, y Hattie se lanzó sobre el cuerpo del soldado herido para evitar que se cayese. El joven, que era moreno y guapo, le hizo pensar en su hermano, y una sacudida recorrió su cuerpo menudo. ¿Estarían otras enfermeras ayudando a James en esos momentos? Hattie se concedió unos segundos, sin dejar de apretar el torniquete del muchacho, y rogó para que su hermano estuviese bien.

Flora se las arregló para que la ambulancia no volcara y, a toda velocidad, siguieron su camino.

—Ya sé que los ingleses y los franceses están ahí —prosiguió con la conversación—, pero están ocupados en Francia. Tarde o temprano tendremos que retirarnos, no veo otra solución.

—Este chico está muy mal —afirmó Hattie en un alarmante tono de voz—. No logro contener la hemorragia.

Flora, experta en el arte de la conducción, hizo volar la ambulancia entre los cascotes para intentar salvarlo, y ambas estuvieron un tiempo en silencio concentradas en su trabajo.

—Ya no hace falta que corras más, Flora, ha muerto —sentenció Hattie—. Otra vida perdida, no tendría más de dieciséis años. ¿Lo ves?, estamos muy lejos del frente. Así no podemos ayudar con la celeridad que lo haríamos si estuviéramos allí mismo.

Flora dio un puñetazo en el volante frustrada. Con ese soldado, ya llevaban diez hombres muertos solo en el hueco de la mañana. Se quitó la gorra militar que tenía puesta y se secó el sudor de la cara. No tenía dudas, el ejército serbio tendría que replegarse.

Las mujeres dejaron el cadáver del chico en el hospital que había fundado Elsie Inglis. La doctora escocesa era muy influyente en la zona y ayudó a crear más de una clínica de campaña. Hattie hacía poco tiempo que la conocía, pero la admiraba mucho. Elsie también era sufragista, poseedora de una mentalidad abierta y convencida de la importancia de la igualdad entre los sexos. La doctora también se había visto obligada a abandonar Escocia para ayudar cuando estalló la guerra. Se había ofrecido para trabajar con los cuerpos médicos de la Armada Real y la despidieron con cajas destempladas invitándola a que se volviera a su casa y esperara allí a que terminara el conflicto.

—Ja, ja, ja —rio Hattie cuando se enteró de esa historia—. El oficial que atendió a Elsie no la conocía bien —le dijo a Flora.

La doctora no los escuchó y decidió fundar el Hospital de Mujeres Escocesas gracias a fondos que ella misma recaudó ayudada por asociaciones sufragistas del país.

—¿Qué me traéis? —les gritó Elsie mientras se ocupaba de un paciente con las mangas de su bata remangadas y manchadas de sangre.

—Nada que puedas hacer ya por este muchacho, Inglis —anunció Flora—. Esperemos que tengamos más suerte en el próximo viaje.

La mujer asintió resignada. Sabía lo que significaba para los sanitarios perder a tantos pacientes. Se acercó a ellas y les sonrió.

—Buen trabajo, chicas, no os desaniméis. Hacemos lo que podemos.

—Gracias, Elsie —dijo Flora, dando una patada en el suelo—. Volveremos, puedes estar segura de ello.

Flora y Hattie salieron del hospital y descansaron un momento antes de acudir a la próxima llamada. Se sentaron en unas sillas desvencijadas que alguien había colocado en la entrada y bebieron un poco de agua. Estaban agotadas.

—El ejército serbio está aniquilado, Hattie. ¿No te has dado cuenta de que cada vez transportamos a más muertos y menos heridos?

—Sí —dijo la chica, abatida—, y cada vez son más jóvenes.

—Hemos luchado con valentía. Yo estuve en la batalla del Cer y en la de Drina, y evitamos la invasión, pero ¿a cambio de qué? Hemos perdido demasiados hombres y mujeres. Tú estuviste conmigo en Kolubara, no tengo que decirte lo duro que fue aquel combate. Además, la epidemia de tifus que se ha instalado en el país ha mermado la fuerza de todos. Estamos exhaustos. Simplemente no creo que tengamos la energía de poder enfrentarnos por más tiempo a los ejércitos imperiales o a los búlgaros.

—¡Ambulancia! —gritó un soldado con el uniforme destrozado y manchado de sangre de la cabeza a los pies.

—Sube —respondió Hattie de inmediato—, indícanos el camino.

Los presentimientos de Flora se hicieron realidad mucho antes de lo que a la mujer le hubiera gustado, y el cuerpo sanitario junto a los restos del ejército serbio tuvieron que salir del país ocupado. En octubre, las divisiones austrohúngaras y alemanas se hicieron fuertes en Bosnia-Herzegovina y llegaron hasta el norte de Belgrado. Una vez que se apoderaron de la ciudad, las tropas serbias no tuvieron más remedio que rendirse a lo evidente y retroceder a lo largo del valle del Gran Morava. La intención era llegar hasta Salónica, la ciudad griega que estaba dispuesta a recibirlos, pero el ejército búlgaro se encargó de cerrar la frontera oriental y bloquearles el paso. A los oficiales serbios no les quedó otra opción que dirigirse a Albania para alcanzar el mar Adriático, donde los barcos ingleses y franceses los esperaban para transportarlos a Corfú. Miles de hombres y mujeres ateridos de frío, con escasas ropas de abrigo, cansados y hambrientos, no tuvieron otra opción que atravesar a pie las montañas albanesas.

Entre las filas de soldados que abandonaban Serbia, se encontraba Milunka Savic. Hattie la conocía bien y la admiraba profundamente desde los tiempos de Kolubara. La mujer llevaba el pelo largo recogido dentro de su gorro de soldado y su uniforme conservaba las marcas de los duros combates en los que había participado.

—¿Por qué te alistaste, Milunka? —le preguntó Hattie una mañana durante la larga caminata a través de la sierra.

—Fue antes de que estallara esta maldita guerra. Serbia ya estaba envuelta en el conflicto de los Balcanes, y llamaron a filas a mi hermano. Yo decidí ocupar su lugar.

—¿No tuviste resistencia por parte del gobierno? Inglaterra no quiere mujeres en sus filas, a pesar de que hay muchas que queremos poner rumbo al frente.

—No es que no tuviera problemas, es que no informé a nadie. El gobierno serbio tampoco nos quería, pero no le quedó más remedio que claudicar cuando comprendió que más de la mitad de la población masculina había muerto en combate. Lo que hice fue cortarme el pelo, utilizar el nombre de mi hermano y hacerme pasar por hombre.

Hattie la miró sorprendida, admirando su valía.

—Y ahora que todos saben que eres una mujer, ¿tienes problemas con tus compañeros?

—No. Entre nosotros hay una gran camaradería, hemos compartido la crueldad de la guerra, y mi tenacidad, junto a la de otras mujeres, nos ha hecho ganar su respeto. Cuando me hirieron, fue un soldado quien me llevó al hospital. Entendió que era una mujer, pero nunca me reprochó nada, ni él ni nadie, porque yo ya había probado de sobra mi valentía en el combate. Yo creo que el valor no viene dado por el sexo con el que has nacido, Hattie, sino por el arrojo y coraje que demuestres en la batalla. Solo tienes que enseñarles quién eres.

La conversación se acortó cuando los disparos se oyeron tan cerca que Milunka empujó a Hattie al suelo para protegerla.

—A cubierto —gritó la mujer, que empuñó su fusil en posición de ataque.

Los miles de soldados, civiles y miembros del cuerpo sanitario buscaron refugio de inmediato. A pesar de que Serbia controlaba el norte de Albania y se había apoderado de Elbasan y Tirana, los clanes albaneses luchaban por recuperar los territorios ocupados de su país y acosaron al ejército serbio en retirada durante todo el camino.

Los soldados serbios respondieron al ataque con la escasa munición que llevaban, y los médicos y enfermeras pudieron guarecer a los enfermos en la ladera de la colina detrás de unos altos matorrales. El tiroteo continuó durante unas horas, donde Milunka, otras mujeres y el

grueso del exiguo ejército serbio pudieron, una vez más, mantener a raya a los albaneses y seguir avanzando.

Los barcos franceses e ingleses trasladaron a los serbios, que consiguieron llegar a hasta Corfú. En la travesía, Hattie tuvo mucho tiempo para pensar. La charla que mantuvo con Milunka terminó de convencerla para tomar la decisión de abandonar las ambulancias y pasar a formar parte de las filas combatientes serbias. Quería cumplir su sueño de luchar en el campo de batalla y era precisamente eso lo que estaba dispuesta a hacer. Si Inglaterra no la quería, no se quedaría para rogarles a los altos mandos militares que la dejaran participar. Había otros países que sí sabían reconocer la labor de mujeres valientes como Flora, Milunka o Elsie, y Hattie quería ser una de ellas.

Una vez en Corfú, el desbaratado ejército serbio se fue recuperando gracias a la ayuda francesa. Recibieron nuevos equipos y un adiestramiento férreo que hizo brillar de nuevo a los soldados. Se crearon seis divisiones de infantería y una de caballería bien entrenadas y se reforzó al personal sanitario que los acompañaba. Todos se sentían preparados para volver al servicio activo, y Hattie pasó a formar parte de las listas de combatientes sin ningún problema.

Flora se separó del grupo en la caminata a través de las montañas albanesas y no llegó a Corfú con los demás. Hattie estuvo durante semanas preocupada por ella, pero Flora se las ingenió para hacerle llegar noticias de que se encontraba bien y de que se dirigía a Macedonia con un contingente de unos quinientos hombres. Hattie se preguntó si alguna vez volvería a verla, y en su corazón le deseó suerte y valor en su nuevo periplo en esa guerra que se alargaba más de lo previsto.

Cuando los oficiales anunciaron que trasladarían a las divisiones serbias a Salónica para ir al frente macedonio e intentar recuperar el territorio ocupado, Hattie le escribió a Emily para que supiera dónde se encontraba. Le habló de su peregrinaje entre Serbia, Albania y Corfú, de la larga caminata, de los ataques búlgaros, de las mujeres tan interesantes que había conocido y de su paso al ejército como soldado. Incluyó en su misiva otra carta para James, pero en ella inventó una historia diferente a la que en realidad estaba viviendo. Emily, tal y como Hattie había previsto, aceptó el servir de intermediaria entre los dos hermanos Knox y guardar el secreto de su amiga. Hattie no se atrevió a hablar a su hermano de su participación activa en la guerra y prefirió seguir con la farsa de la correspondencia a través de Emily. «¿Por qué angustiarlo?», se preguntó a sí misma mil veces. Sabía que lo que hacía no estaba bien, nunca le había mentido a James, pero prefirió no pensar en ello. «Se lo diré más adelante —se prometió—. Más adelante».

11 EL ACCIDENTE

1915

La fábrica de municiones de Accrington se agrandó con la construcción de dos nuevos edificios a los que se les habían añadido unas vías de tren que llegaban hasta la misma puerta de los almacenes. Eso provocó que los materiales y las mercancías terminadas entrasen y saliesen con mayor celeridad de la factoría. La plantilla de mujeres había aumentado exponencialmente a medida que más hombres fueron llamados a filas o se presentaron como voluntarios para participar en la guerra, por lo que los empresarios se vieron forzados no solo a contratar a muchachas de Accrington, sino de todas las poblaciones vecinas para poder enfrentar la gran demanda de municiones que la guerra requería.

Esa tarde, Emily llegó temprano al trabajo; tenía el turno de noche, que no le desagradaba porque era el más tranquilo, y charló animadamente con sus compañeras antes de que la sirena indicara que era hora de empezar. La chica se había cortado el pelo. Estaba preciosa con esa melena al cuello tan práctica para el trabajo. Se colocó el mono gris del uniforme y se cubrió el cabello con el gorro de tela reglamentario que todas llevaban en horario laboral. Las trabajadoras estaban encantadas de que los jefes se hubieran decantado por una prenda tan cómoda como eran los pantalones como parte del uniforme.

Emily miró el reloj de la sala de relleno de municiones, le gustaba ser puntual, y se alegró de que aún faltaran diez minutos para que comenzara su turno. Decidió buscar a Grace, otra sufragista que, como Hattie y ella misma, luchaba con ahínco por la causa, en una de las estancias colindantes. Conocía a la chica desde hacía cuatro años, cuando abandonaron la Unión Nacional de Sociedades de Mujeres Sufragistas más moderada, para formar parte de la Unión Social y Política de Mujeres, mucho más dispuesta a una acción directa, con métodos más impactantes para ser escuchadas y hacer oír sus reivindicaciones. A Emily no le parecían mal las marchas y los desfiles, había participado en muchos como la Marcha de Barro, donde más de tres mil mujeres desfilaron desde Hyde Park en Londres hasta Exeter Hall. Sin embargo, creía fervientemente que solo servían para hacer ruido y que era necesario otros procedimientos si querían conseguir el voto.

La Unión Social y Política de Mujeres, fundado por Emmeline Pankhurst, era un grupo más agresivo y junto a él, Emily, Grace y Hattie participaron en huelgas de hambre, se encadenaron en las puertas del Parlamento en Londres e increparon a políticos y policías en varias ocasiones. Las chicas consideraban que no podían ser tan pasivas y dedicarse solo a marchas y manifestaciones si querían obtener no solo el voto, sino más derechos en general, como los educativos, civiles y políticos, que también consideraban mermados.

—¡Grace! —exclamó Emily cuando la vio charlando con otras compañeras—. Quería hablar contigo. ¿Vendrás mañana por la noche a la reunión que las mujeres han organizado?

—No sé —dijo la chica, desganada—, con esto de la guerra, el sufragismo feminista está paralizado.

—Por eso precisamente deberíamos ir, ¿no crees?

Grace suspiró y se mordió el labio, indecisa.

—Es como si se hubiera desactivado el Movimiento y todo se hubiera reducido a un sentimiento patriótico. Parece que ahora solo se nos permite apoyar los esfuerzos de guerra. Nuestras campañas de reivindicaciones para conseguir más derechos se han dejado en un segundo lugar. No es que no apoye la guerra, por eso trabajo en esta fábrica de munición, pero me frustra que, a pesar de nuestro esfuerzo, nadie nos tome en serio.

—¿Crees que no lo sé? —sentenció Emily—, pero llevamos muchos años luchando y no debemos dejar que nuestro trabajo decaiga. Nos ha costado mucho llegar hasta donde estamos. Al menos, la mayoría de nosotras trabajamos fuera de casa, les estamos demostrando a todos lo que valemos y, cuando acabe la contienda, nos lo reconocerán.

—Eso espero, yo no estoy tan segura —dijo Grace—, pero…

La explosión fue tan fuerte que Emily fue lanzada hacia delante, arrollando a Grace con el impulso de su cuerpo. Las muchachas reunidas en la sala se taparon los oídos, confusas.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó una chica muy joven aún agachada en el suelo. Los cristales de las dos ventanas que había en la gran habitación estallaron con el estruendo, y algunas de las mujeres resultaron heridas con cortes leves.

—¿Estáis todas bien? —preguntó Grace, que sangraba por un corte superficial en la frente —. Creo que ha sido una explosión.

—Vamos, habrá heridos —ordenó Emily, que se palpó de arriba abajo para comprobar que estaba bien.

Los gritos de hombres y mujeres que trabajaban en la sala de llenado no se hicieron esperar. Las muchachas corrieron por el estrecho pasillo que separaba las dos grandes habitaciones y fueron unas de las primeras en llegar. El espectáculo era dantesco. Emily, Grace y otras chicas se lanzaron a socorrer a los heridos, la mayoría mujeres. A algunas chicas les faltaban los brazos; a otras, las piernas, y otras se habían reducido a un amasijo sanguinolento sin rostros ni almas.

Una muchacha se paró a vomitar en una de las esquinas de la gran habitación, y Grace se quedó envarada sin poder decir ni una palabra.

—Vamos, Grace, no te quedes ahí parada —gritó Emily—. Sujeta a esta mujer por las piernas, aún respira. Saquémosla de aquí. Vosotras —continuó la chica organizando la ayuda—, socorred a todos los que podáis.

El humo se mezclaba con el olor de la carne quemada, y muchas mujeres tuvieron que ponerse pañuelos en la cara para poder respirar. Una de las muchachas se dejó caer al suelo incapaz de asimilar el espectáculo que la explosión descontrolada había provocado.

—Levántate —le conminó Emily—, necesitamos todas las manos posibles. La vida de estas personas depende de nosotras.

—Mis padres no querían que trabajara aquí —gritó una de sus compañeras llorando—. Es demasiado peligroso, trabajamos sin descanso, y las máquinas están al máximo de su producción. Era inevitable que ocurriera un accidente.

—¡Cállate! —gritó Grace—. Ahora no es el momento de lamentaciones. Mañana puedes decidir dejar tu puesto si quieres, pero ahora te necesitamos.

La joven se secó las lágrimas y obedeció ayudando a Grace a arrastrar a un hombre herido fuera de la estancia. Grace se arrodilló y le taponó una herida con muy mala pinta en la pierna.

—Gracias —dijo mientras tomaba de la mano a la muchacha.

—Por supuesto. No te preocupes, te pondrás bien.

—Lo siento —añadió el hombre llorando.

—Ha sido un accidente, nada que pudiéramos evitar.

—No me refiero a eso. Siento haberos tratado mal a todas. Pensé que las mujeres no seríais capaces de hacer el trabajo tan bien como los hombres y me he dado cuenta de que sois igual o mejores que nosotros. Valerosas, compañeras y eficaces.

Grace lo miró emocionada.

—Gracias, es muy refrescante oír algo así. Solo pedimos que se nos dé una oportunidad de demostrar nuestra valía.

—Grace, te necesitamos aquí —gritó otra de las mujeres que acarreaba por los brazos a otra compañera.

—¿Estarás bien? —preguntó la chica al hombre aún tendido en el suelo—. Apriétate la herida.

—Sí, vete tranquila, aún hay mucha gente dentro.

—De acuerdo.

Las sirenas de los camiones de bomberos se escucharon cada vez más cerca, y la sala de llenado de municiones se ocupó con trabajadores de todas las secciones de la fábrica con ánimo de ayudar. La atención de los heridos y el desalojo de los cuerpos duró horas, pero los supervisores no dieron la noche libre a los trabajadores, sino que los obligaron a seguir con sus tareas cuando las cosas se calmaron.

—Nos hubiera gustado mandarlos a todos a casa —dijo el encargado principal—. Sin embargo, la guerra no espera, y es de suma importancia que estas municiones lleguen a nuestros muchachos lo antes posible. No hay más que podamos hacer por los heridos y muertos de hoy, pero sí podemos proteger a nuestros soldados al no dejarlos sin proyectiles. Por lo tanto, lamentándolo mucho, tengo que rogarles que vuelvan todos al trabajo.

Guiados por el sentido de la responsabilidad, hombres y mujeres se lamieron sus heridas y, aún traumatizados por el espectáculo que se habían visto forzados a presenciar, iniciaron su trabajo. Si hasta ese momento el peligro al que se enfrentaban en la fábrica era una mera posibilidad, esa noche se instaló en sus mentes y corazones como algo tan real y arriesgado como la misma guerra que desangraba Europa.

Emily se metió el pelo dentro de la gorra gris y se secó las manos aún manchadas de sangre en el pantalón del uniforme.

—¿Cómo estás? —le preguntó a Grace, que, sentada en el suelo, tenía la mirada perdida.

—Bien —dijo la chica, que se levantó de golpe—. Mañana iré a la reunión —sentenció.

—¿A la reunión? —preguntó Emily, confundida.

—Sí, a la de las mujeres.

—¿Y por qué has cambiado de idea?

—Si somos lo suficientemente valientes como para soportar los riesgos de este trabajo con entereza, también merecemos que se nos trate igual que a los hombres. La guerra será lo primero, pero no debemos dejar que el gobierno nos aparte de nuestro objetivo, y ese es conseguir el voto femenino para luchar por nuestros derechos. Hoy han muerto muchas compañeras que ya no podrán opinar, pero nosotras lo haremos por ellas.

—Me alegro de oírte decir eso —afirmó Emily, que se secó una lágrima—. La lucha debe continuar.

—Y no lo hará sin nosotras. Dime el lugar y la hora, y allí estaré.

Las dos mujeres se despidieron y se dirigieron a sus puestos de trabajo con el corazón encogido y con la determinación de que nada ni nadie podrían rebajarlas jamás a un segundo

lugar. La guerra era horrible, pero les estaba dando la oportunidad de demostrar al gobierno cuánto valían las mujeres y cómo sin ellas los hombres jamás podrían ganar aquella contienda.

12 FRANCIA

1916

—Traigo noticias —gritó Charlie mientras corría por el camino polvoriento que desembocaba en la garita del puesto de guardia donde se encontraban Ed y James.

África los había tratado bien, y el clima cálido y soleado fue una bendición tras el frío de las ciudades británicas donde los habían apostado. El peligro de un ataque al Canal de Suez se desvaneció al poco tiempo de llegar, y los soldados pasaron los lánguidos días supervisando el horizonte, a la espera de un asalto que nunca llegó.

James y Ed estaban a punto de terminar su turno y le pidieron a Charlie que los esperara unos minutos. A ninguno de los dos les sorprendió que su amigo tuviera novedades que contar. Era con creces el más extrovertido de los tres y siempre el primero en enterarse de las noticias que circulaban por el campamento.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó James.

—Nos vamos a Francia.

—¿En serio? —exclamó Ed—. ¿Al frente? No puedo creerlo.

Charlie le dio un par de palmadas en la espalda.

—Como lo oyes, amigo. Se acabaron las horas muertas mirando al mar.

—¿Cómo estás tan seguro? —preguntó James.

—Solo hay que tener una buena relación con la hija del teniente —anunció Charlie con una gran sonrisa.

James lo agarró del cuello divertido, y los tres rompieron en carcajadas seguros de que Charlie no se equivocaba.

—¿Y sabemos cuándo nos vamos? —insistió James.

—Según mi fuente, dentro de una semana, así que ya podéis preparar vuestras cosas, porque se termina el entrenamiento. Ahora sí que tendremos que demostrar que somos soldados de verdad.

La información de Charlie resultó ser cierta, como la mayoría de las noticias de las que se enteraba, y los muchachos partieron junto a la 31º División hacia Francia la última semana de febrero. Les informaron de que las tropas británicas preparaban un ataque conjunto con los franceses cerca del río Somme, donde se concentraban los dos ejércitos, y que el batallón de amigos de Accrington junto a otros, como el de Sheffield, jugarían un gran papel en la ofensiva.

Los muchachos entraron al país galo llenos de un gran fervor belicista. Tras el desembarco en Marsella y un largo camino que duró dieciocho días, Charlie, James y Ed llegaron a su destino final, donde la División fue designada para hacerse cargo de un largo tramo de la línea de batalla. A todos les cogió por sorpresa la gran devastación que presentaba Francia, no habían visto nada igual ni en Inglaterra ni en Egipto. Socavones provocados por los impactos del fuego de artillería, árboles hechos añicos, casas destruidas, era algo con lo que no habían contado, y los soldados pensaron que la guerra no era tan amable como lo que habían experimentado hasta ese momento.

—¿Habéis visto cómo está todo? —dijo Ed, que miraba a su alrededor con los ojos como platos.

—¿Qué esperabas? —respondió James—. Es aquí donde se llevan a cabo los combates.

—Lo sé, pero… no me lo imaginaba así.

—¿Y cómo lo imaginabas? —intervino Charlie, al que no le gustaban las quejas de su amigo.

—No lo sé, pero no así.

Charlie volteó los ojos, y James le hizo señas para que se callase. No quería escuchar otra discusión entre Ed y Charlie.

—Será mejor que hablemos de otra cosa, ¿os parece?

Los chicos continuaron caminando, todos estaban exhaustos por la larga marcha, aunque emocionados por la novedad que representaba estar, al fin, en el frente. Les habían informado de que relevarían a la División 28º, a la que se cruzaron por el camino. Los soldados de la 28º parecían demacrados, con caras tiznadas y visiblemente preocupados.

—¿Sois los nuevos? —preguntó un chico joven con el uniforme destrozado.

—Sí —dijo James, que lo miró intranquilo por el aspecto desarrapado que presentaba y el desfallecimiento en su mirada.

—Suerte ahí afuera, la vais a necesitar.

—¿Hay algún consejo que puedas darnos? —preguntó Charlie, que lo detuvo justo antes de que se marchara.

—Mantened la cabeza agachada.

—¿Cómo es el frente? —quiso saber James.

—Horrible, amigo, horrible. —El joven no dijo nada más y se alejó con el aire de resignación del que ya ha visto demasiado.

—¿Qué ha querido decir con eso? —preguntó Ed sin querer derrumbarse.

—Que, a partir de ahora, nada será fácil —afirmó James.

Después del encuentro, los nuevos reclutas mantuvieron silencio y siguieron la marcha envueltos en sus propios pensamientos. Los dirigieron a un recinto cerrado donde tenían que registrase, y los chicos se fijaron en un grupo nutrido de hombres cargados de picos y palas con las caras y las manos manchadas de tierra y barro.

—Son los zapadores —les informó el sargento Moore, que se dio cuenta del interés de los muchachos—. Gracias a ellos, muchos de nuestros soldados siguen con vida.

—¿Por qué dice eso? —masculló Ed a James en un susurro.

El muchacho estaba a punto de contestarle cuando el sargento continuó con su disertación como si intuyera las dudas del soldado.

—Son los hombres que se encargan de excavar las trincheras, zanjas y cámaras subterráneas que probablemente tendréis que utilizar como refugios y, lo más importante, cavan los túneles en tierra de nadie, donde ponen cargas para provocar agujeros en las líneas alemanas o enterrar vivos a esos canallas. —Moore miró orgulloso al grupo de zapadores que se alejaba—. Son unos héroes. Es una lástima que los alemanes se nos hayan adelantado y hayan construido sus trincheras en los lugares más elevados.

—¿Por qué? —preguntó otro soldado de Accrington.

—¿No es obvio? —respondió el sargento molesto—. ¿Es que no habéis aprendido nada en estos meses? La altura les da ventaja tanto para el ataque como para la defensa. Además, cuanto

más altas están las trincheras, hay menos humedad. Las nuestras se inundan con facilidad cuando llueve.

El sargento Moore les fue indicando las diferentes dependencias del campamento y les informó que donde se encontraban era las llamadas trincheras de reservas en la retaguardia, donde los hombres podían asearse, descansar y dedicarse a trabajos diferentes a los que se les exigían en las trincheras de apoyo o en las trincheras de fuego, que eran las más peligrosas y en las que se libraba la verdadera batalla.

Los recién llegados tuvieron la oportunidad de descansar un par de horas antes de que los separaran y los distribuyeran en diferentes secciones.

A Charlie, James y Ed los llevaron junto a otros compañeros a primera línea de combate. El día era muy frío y, a pesar de que los tres llevaban chalecos de lana tejidos por las mujeres de Accrington, la humedad los calaba hasta los huesos. Les habían ordenado cargar con todo su equipo, y siguieron en silencio a un guía que se adentró en un laberinto de túneles excavados en la tierra.

—Estas serán las trincheras a las que se refería el sargento —dijo Ed, mirando a su alrededor con los ojos abiertos de par en par. ¿Creéis que tendremos que vivir aquí?

—Imagino que no todo el tiempo —respondió Charlie visiblemente desilusionado.

La moral de la tropa decaía a medida que avanzaban en los túneles húmedos, barrizales apestosos excavados en la tierra y forrados con maderas de las cajas de los obuses que intentaban recubrir las paredes y el suelo sin mucho éxito. La guerra había virado desde su inicio de una de movimiento a otra de posicionamiento, donde los hombres se alejaban de los avances rápidos y esperaban en largos frentes de batalla a los ataques sorpresas de los enemigos, o a alguna ofensiva aislada.

—¡Cuidado! No piséis el barro, os hundiréis —les dijo el soldado que los guiaba—. Intentad caminar por las tablas, es la única manera. El suelo es resbaladizo.

—Esto parece un laberinto. ¿Es que esos zapadores estaban borrachos cuando hicieron las trincheras? —dijo Charlie, haciéndose el gracioso.

El grupo de soldados dejó escapar unas carcajadas divertidas.

—Callad, idiotas —los amonestó el guía—. Se construyen en zigzag —se dirigió a Charlie —. Si ni siquiera sabes eso, serás un buen candidato para que te planten un tiro en la frente.

Todos dejaron de reír.

—Se construyen así para evitar que los obuses causen estragos. Si fueran rectas, podrían llevarse por delante a toda una fila de hombres. Nunca damos más de veinte pasos seguidos en la misma dirección. ¿Queréis ponérselo fácil al enemigo? Si nos asaltan, el que las trincheras sean un embrollo nos beneficia.

—También son un enredo para nosotros—dijo otro de los muchachos del batallón de Accrington, acelerando el paso para no perderse.

—Os acostumbraréis. Además, mirad, hay señales por todas partes.

James se paró a leer una de ellas: Picadilly Circus.

—¿Le habéis puesto nombres de lugares ingleses? —preguntó el muchacho.

—Por supuesto —respondió el guía—, solo tenéis que aprender qué significan. En algunas señales, los mensajes son más precisos, por ejemplo, en esa —señaló el hombre con el dedo.

El trozo de madera con letras en rojo rezaba: Cuidado con los francotiradores.

—Os hacéis una idea de por qué lo escribimos con claridad, ¿verdad? Así nadie puede decir que no se le ha avisado. Son las zonas más peligrosas de la trinchera, hay que tener cuidado si no

quieres que te vuelen la cabeza.

James tragó saliva y se agachó pensando en las balas. El grupo siguió caminando a paso acelerado, atravesaron las trincheras de apoyo bajo un ruido infernal de artillería que se intensificó sobremanera al llegar a las llamadas trincheras de fuego, las primeras antes de llegar a la temida tierra de nadie, y las que se tomaban al asalto de las bayonetas enemigas. Dos ratas gordas y lustrosas se pasearon a los pies de los soldados, y uno de los muchachos las apartó de un puntapié con cara de asco.

—Te recomiendo que empieces a olvidarte de remilgos. Las ratas son nuestras compañeras, conviven con los vivos y con los muertos. Será inútil que intentes quitarlas de en medio, porque siempre vuelven.

El muchacho que había pateado al animal miró al guía con cara de circunstancia, pero no lo rebatió.

El terreno que pisaban era un cenagal inmundo, sin embargo, James tuvo la impresión de que aquel complejo sistema de emplazamiento tenía vida propia. Una chaqueta colgada en la húmeda pared de tierra, una tetera burbujeante, restos de comida en el fango, una cama improvisada hecha de sacos y jóvenes como ellos fumando y en animadas charlas con los compañeros.

Ed se tapó los oídos, el estrépito de la guerra era tan cercano y real que se le antojaba insoportable. El guía lo observó divertido.

—Será mejor que te acostumbres. El ruido no cesará. Hay días en que se hace más llevadero, pero nunca para.

—¿Cómo se puede dormir así? —preguntó un compañero de la fábrica de ladrillos de Accrington que también se había apuntado en el ejército de voluntarios.

—Cuando estás al borde del colapso y tan cansado que no puedes seguir adelante, te aseguro que el sueño te vence. Reconozco que no es fácil habituarse, pero mira dónde estamos —dijo el guía, señalando con las manos abiertas—; no solo es el ruido lo que nos impide dormir, tampoco ayudan las ratas, ni estar mojados hasta las rodillas ni tener que soportar este hedor nauseabundo, sin embargo, lo hacemos. Créeme, te acostumbrarás.

La cara de Charlie estaba desencajada por el horror que veía a su alrededor, todo aquello no era más que un pozo de terror, la zona más árida e inhabitable que había visto en su vida. La guerra no era lo que había imaginado cuando se apuntó al ejército de Kitchener hacía más de un año. Se suponía que sería una contienda civilizada, pero esas trincheras estaban muy alejadas de esa imagen. Sin duda, había idealizado la guerra. Acababa de llegar y ya sentía que su patriotismo inicial se desvanecía dando paso a una incipiente desesperación que intentaba mantener a raya a toda costa.

El guía les presentó a su nuevo capitán, que tenía un pequeño cubículo privado excavado en la pared del que salió solo unos segundos para saludarlos. El hombre, un joven alto de porte adinerado, dijo que se llamaba Philip Montgomery y los recibió de manera fría y distante. James lo conocía, sabía que Cora trabajaba en su casa, y se preguntó si su novia había hablado de su compromiso con el capitán. Montgomery no pareció reconocerlo, no lo saludó ni tampoco lo felicitó, por lo que James intuyó que no estaría enterado de su próxima boda con una de sus doncellas o, quizá, ni siquiera sabía quién era él. A los reclutas, el capitán Montgomery les pareció altivo, un tipo poco amigable al que le importaba más su aspecto impoluto que sus hombres y que no tuvo ni el detalle de dedicarles unas palabras de aliento.

Una voz enérgica los sorprendió por detrás.

—Muchachos, bienvenidos a Francia. Soy el sargento Jones.

El hombre, de unos treinta y cinco años, bajo, con una cara ancha, rojiza y con marcado acento irlandés, echó un vistazo a cada uno de los nuevos reclutas que se cuadraron ante el suboficial.

—Bueno, ya veo que me han mandado un puñado de delgados y temerosos niños —masculló al tiempo que lanzaba una sonora carcajada—, pero no os preocupéis, que yo me encargaré de hacer de vosotros buenos soldados. Solo limitaos a seguir mis instrucciones y tendréis una posibilidad de sobrevivir. Ahora, buscad un sitio donde dejar vuestras cosas. Aprovechad para hablar con los compañeros que llevan aquí más tiempo, ellos os pondrán al día de las tareas que hay que hacer y lo que se espera de vosotros. Volveré dentro de una hora y os asignaré los puestos de vigilancia y trabajos que tendréis que cubrir hoy. ¡Ah! Imagino que ya os lo habrán dicho, pero mantened la cabeza gacha. Hay francotiradores por todos sitios. ¿Alguna pregunta?

Los chicos se mantuvieron en silencio, afectados, temerosos.

—Está bien, pues si está todo claro, os veré en sesenta minutos.

El sargento se dio la vuelta para alejarse, pero lo pensó mejor y se detuvo. Sabía muy bien cómo las trincheras y el ruido de la guerra podía impactar en los nuevos soldados y sentía que era su obligación decirles algo que les hiciera sentirse mejor. El hombre se volvió y los miró a la cara, todos eran muy jóvenes, apenas unos adolescentes.

—Sé por experiencia que este lugar puede llegar a provocar una gran conmoción, pero las trincheras son la única manera de mantenernos vivos. Aquí existe un gran ambiente entre los compañeros, una gran camaradería. Dentro de unos días, ya no os parecerá un sitio tan malo.

Jones abrió la boca para decir algo más, pero lo pensó mejor y se marchó dándoles la espalda. La realidad a la que tenían que enfrentarse era cruda y cruel y, cuanto antes se acostumbraran a ella, sería mejor para todos.

A pesar de que el estilo de Jones era muy diferente al del sargento Moore y al del coronel Rickman, a James le cayó bien. Parecía un hombre cordial y directo, les recibió con afabilidad y les demostró empatía y respeto. Solo los buenos líderes se comportaban así, y se alegró de que le hubiera tocado pelear bajo su mando. Después de la impresión de ver la guerra en primera persona, los chicos del batallón se fueron desperdigando en la trinchera. Algunos prefirieron deambular en solitario, otros, como Charlie, se presentaron a otros compañeros y hablaron animadamente entre ellos. Ed estaba aturdido, pero siguió a Charlie en su periplo social.

James prefirió observar el sitio donde los habían llevado. Triste, abrió su mochila y se sentó en unos sacos de arena a escribir una carta a Cora de la que no había recibido ni una sola letra en semanas. Quería pensar que la falta de correspondencia se debía a que la comunicación con la retaguardia era nefasta, sin embargo, tampoco quería engañarse. Sabía que ese motivo no era cierto. Había recibido cartas de Emily y Hattie en Egipto, Ed se había comunicado con sus padres, y hasta a Charlie le llegaron postales de chicas de Accrington a las que tenía enamoradas. ¿Por qué Cora no le escribía? ¿Le habría pasado algo? James alisó el papel amarillento y escribió las primeras palabras de amor pensando en la sonrisa sempiterna de Cora, pero no supo cómo continuar. Estaba realmente preocupado y, esa vez, el pensar en su novia no lo llenó de calma como en otras ocasiones, sino que le provocó un nudo de angustia y dudas que le oprimió el corazón. «¿Qué te ocurre, Cora?», preguntó al aire y, sin poder continuar con la carta, se levantó y se fue a charlar con los nuevos amigos que Charlie y Ed habían hecho.

13 UNA NOTICIA INESPERADA

1916

El capitán Montgomery volvió a casa a finales de diciembre, justo antes de que las tropas fueran enviadas a Egipto. Le gustaba el prestigio que el uniforme representaba, pero no tenía prisas por ir a la guerra. Nunca había participado en ninguna batalla y estaba decidido a alargar el momento de presentarse al servicio activo todo lo posible. El frente francés era escalofriante y no tenía ningún interés en vivir rodeado de ratas, barro y en agujeros inmundos excavados en la tierra por sus propios hombres.

Su visita a Accrington no fue una sorpresa, y su madre, Martha, preparó una gran recepción para recibirlo, y para ello contó con el constante apoyo de la señorita Sophie Flynn. Martha estaba dispuesta a que esa mujer dócil y amable fuera su nuera y no iba a cesar en su empeño.

—El salón está quedando precioso, señora Montgomery.

—Oh, querida, ¡cuántas veces tengo que decirte que puedes llamarme Martha! Si algún día te casas con mi hijo, seremos familia.

La muchacha se ruborizó de la cabeza a los pies. Sophie no tenía una personalidad fuerte, pero era una mujer bonita e inteligente. Sabía que Philip no la amaba, a pesar de lo mucho que ella había puesto de su parte por conquistarlo. En realidad, eso no le preocupaba, ¿cuántos matrimonios se casaban por amor? No conocía a ninguno, ni siquiera el de sus padres que, a pesar de no estar enamorados, vivían felices con cordialidad y respeto mutuo. Estaba segura de que, llegado el momento, ese no sería su caso. Si Philip le daba una oportunidad y llegaba a conocerla de verdad, se enamoraría de ella y podrían llegar a ser felices juntos. Estaba dispuesta a poner todo de su parte, esa boda era la más conveniente para ambas familias, y Philip no le parecía un mal hombre con quien compartir su vida. Sophie se tenía en buena estima, era buena conversadora, sabía varios idiomas, tocaba el piano y, sobre todo, pensaba por ella misma, con una agudeza mental que a muchos hombres les hubiera gustado poseer. Le preocupaba no entender de sexo, aún era virgen, pero estaba dispuesta a dejarse guiar por su futuro esposo y aprender de él. Su madre, Larisa, estaba de acuerdo en que Philip parecía un chico apuesto de buena posición social, y Sophie, incluso, contaba con el beneplácito de su futura suegra. ¡Qué más se podía pedir! Su padre, Stuart, a pesar de estar deslumbrado por el estatus de los Montgomery y lo mucho que podían subir en el escalafón social de Accrington con un matrimonio tan ventajoso como ese, tenía sus reservas. El chico no parecía un mal hombre, pero su madre, esa Martha Montgomery, era harina de otro costal. A pesar de ser amable con su hija, Stuart Flynn intuía que esa mujer no era totalmente sincera. Comprendía que la mayoría de los matrimonios eran transacciones entre familias para obtener mutuos beneficios, pero no quería hacer nada que dañara a su hija y deseó de corazón que la única aspiración de los Montgomery no fuera sanear sus finanzas con la fortuna de los Flynn. Stuart amaba a Sophie por encima de todo y pensar que pudieran hacerle daño con un matrimonio desdichado lo aterraba. Sin embargo, Larisa le quitó importancia a sus miedos alegando que a él jamás nadie le parecería lo suficientemente bueno para Sophie.

Cora entró en el salón con una bandeja llena de cubiertos, que dispuso en orden sobre la mesa de mantel blanco. Intentó ser discreta, pasar inadvertida, pero no pudo evitar mirar a la señorita Flynn con desprecio. Lo único en lo que esa mujer sobresalía sobre ella era en su dinero. Cora la observó con detenimiento: no era alta, tenía el cabello de un rubio desvaído, sus facciones eran tan comunes que no encontró ningún rasgo por el que se la pudiera recordar y sintió un gran rencor hacia ella. Desde que Philip se marchó en mayo, la señora Montgomery había invitado a la señorita Flynn todas las semanas a su casa a tomar el té, y no le cabía duda de que tramaba algo. Después de los años que hacía que trabajaba para ella, conocía bien a esa mujer y sabía que podía ser una bestia a la que no se debía despertar.

El baile que siguió a la cena hizo las delicias de las familias más pudientes de Accrington y las ciudades cercanas. Cora había temido que el anuncio del compromiso de Philip con Sophie se hiciera público esa misma noche, sin embargo, el capitán no prestó mucha atención a la muchacha, lo que visiblemente enfureció a la señora Montgomery, que tuvo una charla muy seria con su hijo. Por su parte, Philip prefirió dejarse llevar y disfrutar de los brazos de Cora que, como siempre, no lo defraudó.

Tras la partida del capitán, su madre anduvo por la casa muy enojada, y el servicio intentó por todos los medios alejarse de su camino para evitar encontronazos y castigos inmerecidos. Sin embargo, Cora se sentía feliz porque Philip impuso su voluntad al impedir que lo manipulara. El interés apremiante de la señora a que su hijo se casara era algo que a Cora le daba que pensar. ¿Por qué esas prisas? Philip aún era un hombre joven y, aunque los Flynn tenían dinero, su posición social era más baja que la de los Montgomery, en cambio, pronto se aburrió de pensar en un tema que no lograba entender y prefirió dejarlo estar.

Cora, por fin, se decidió a escribirle a James, que le demostraba su amor en cada letra, y también le escribió a Philip, al que trató de sonsacarle un compromiso que él no suscribió. En enero se sintió mal, y no tardó en darse cuenta de que estaba embarazada. Los cambios en sus pechos y las náuseas a primera hora de la mañana no podían significar otra cosa que el hecho de que un bebé estaba de camino. No se lo dijo a nadie, visitó a un médico de Rugeley y, solo cuando se aseguró del diagnóstico, le escribió a Philip para darle la noticia. Esperó hasta mediados de febrero una respuesta que nunca llegó y se sintió abandonada, sola y abatida. ¡¿Qué iba a hacer ahora?! Si Philip la rechazaba, siempre podía contar con James, pero no podría justificar el embarazo, ya que nunca habían mantenido relaciones y, al estar el chico en el frente, no era probable que tuvieran un encuentro íntimo pronto.

La tercera semana de febrero, cuando Cora había perdido todas las esperanzas de obtener una respuesta de Philip, la señora Montgomery anunció al servicio la llegada del capitán. No dio muchas explicaciones, solo que su hijo se quedaría solo un par de días y que deseaba que todo estuviera listo para él. La alegría de Cora se hizo palpable en su rostro, pero Martha no dijo nada y se marchó de las dependencias del servicio, donde había notificado el acontecimiento tan altanera como siempre.

Al día siguiente, Philip llegó muy tarde y solo tuvo tiempo de cambiarse para la cena. Cora no pudo verlo, le hubiera gustado darle un beso furtivo o conseguir una disculpa apresurada de su amante por no contestar a sus cartas, pero tendría que conformarse hasta que terminase la velada familiar para poder tener uno de sus encuentros íntimos de los que tanto disfrutaban. La campanilla del salón sonó con fuerza en el comedor del servicio.

—Voy yo —dijo Cora que, nerviosa, se arregló la cofia y se alisó el delantal antes de subir. Estaba exultante, Philip había vuelto por ella.

Había oído el timbre de la puerta, pero estaba tan atareada en la cocina que no reparó en quienes eran los invitados de los Montgomery. Cuando entró en el suntuoso salón de la casa, el capitán no la miró. Frente al magnífico reloj de pie, se encontraba la señorita Flynn con un vestido de gasa en tonos rosas y una sonrisa radiante. A su lado, sus padres, Stuart y Larisa, con sus mejores galas y, cerca de Philip, Martha y Albert Montgomery, que lucían resplandecientes y felices.

—¡Ah!, Cora, por favor, sírvanos *champagne* —ordenó Martha, mirándola directamente a los ojos con una sonrisa fría en los labios—. Nuestro hijo, el capitán Montgomery, se casa con la maravillosa señorita Flynn y…

La señora siguió hablando, pero Cora no escuchó nada más. Intentó buscar la mirada de Philip, el joven le dio la espalda para evitar sentir sus ojos clavados en él y optó por besar la mano de su prometida, que lucía un anillo con una preciosa piedra azul. Cora se quedó inmóvil sin saber qué decir en medio de aquel salón, que le pareció demasiado grande y frío. ¿Por qué Philip había cambiado de opinión con respecto a Sophie? ¿Le habría llegado la carta con la noticia de su embarazo? Deseaba desesperadamente hablar con él.

—Vamos, Cora, ¿a qué estás esperando? Ve a por *champagne*. Date prisa —ordenó la señora con frialdad.

La muchacha salió lo más rápido que pudo del gran salón con la cabeza baja, se quitó la cofia y se desató el delantal y, de repente, se sintió enferma. Bajó a la cocina y le pidió a Nina que siguiera ella.

—Lo siento, no me encuentro bien. Cúbreme, por favor. Hay que subir *champagne*, la señora lo está esperando.

—Últimamente siempre estás mal —dijo la chica de malhumor—. No podré hacer tu trabajo y el mío al mismo tiempo.

—Perdón —dijo Cora llorando—. Creo que voy a vomitar. —La muchacha abandonó la cocina y subió a la pequeña habitación que compartía con Nina.

—Yo te ayudaré —se ofreció Heather a Nina.

—¿Cómo vas a servir tú? Eres la ayudante de cocina —gritó la joven fuera de sí.

—Puedo arreglármelas sin Heather por una noche —agregó la señora Smith—. Toda la comida ya está hecha, y aquí estamos para ayudarnos los unos a los otros. Así que basta de quejas. Si alguien no se encuentra bien, tenemos que echarle un cable, no se hable más. Heather, ponte el uniforme de Cora.

—Usted sabe tan bien como yo por qué Cora está enferma, si es que a lo que tiene se le puede llamar enfermedad —insistió Nina con ironía.

—¡Cállate! —le reprobó Heather.

—¿De qué hablas, Nina? —preguntó la señora Abby, que llevaba siendo ama de llaves de la familia Montgomery por más de una década.

—No se preocupe —respondió la señora Smith—. Está enfadada. Vamos, Nina, date prisa y aprende a tener un poco más de compasión.

—¿Qué ocurre aquí? —dijo Martha Montgomery, plantándose en medio de la cocina de su casa—. ¿Es que hay una reunión sin que yo lo sepa? ¿Tal vez un pequeño motín?

—No, señora, nada de eso —respondió el ama de llaves—, solo una insignificante redistribución del servicio, Cora no se encuentra bien. Nina irá enseguida con el champán, déjelo de mi cuenta.

—¿Dónde está? —preguntó Martha, visiblemente enfadada.

—En su habitación —manifestó Nina con un mohín de disgusto en la cara. La señora Smith la fulminó con la mirada, pero fue demasiado tarde.

Martha Montgomery no se despidió, salió por donde había entrado y se dirigió al cuarto que Cora compartía con Nina. Abrió la puerta de golpe, sin preguntar, y vio a la chica arrodillada frente a un cubo vomitando. Martha se paseó por la pequeña estancia, lo observó todo con cuidado. Pasó uno de sus dedos largos y enjoyados por encima de la cómoda y sopló el polvo que se adhería a él.

—Este lugar está sucio.

—Lo siento —se apresuró a decir Cora, que se limpió la boca con el dorso de la mano y se puso en pie sin entender qué hacía allí la señora.

—¿Te ha gustado mi sorpresa?

—No entiendo qué quiere decir.

—Que no soy tan tonta como crees, pequeña zorra. Que he sido madre y me he dado cuenta de que lo que te ocurre no es otra cosa que un embarazo. ¿Me equivoco?

Cora se mantuvo en silencio, aunque hubiera querido hablar, no habría sabido qué decir. No se amedrantaba fácilmente, pero aquella mujer la intimidaba.

—No, por supuesto que no me equivoco. Al principio, pensé que tendrías algún novio en el frente y que con el miedo a que no volviera os habríais liado sin pensar en las consecuencias, pero cuando mi hijo me escribió para contarme tu estado y que lo acosabas para que se casara contigo —Martha hizo una pausa dramática y esbozó una sonrisa—, tuve claro lo que teníamos que hacer. Le ordené que se casara con Sophie y organicé está pequeña cena para que te quedara claro qué es lo que va a ocurrir a partir de ahora.

—Señora, yo…

—Cállate, ¿cómo te atreves a dirigirte a mí? Los sirvientes deben obedecer. No quiero saber tu opinión. Además, tengo prisa, la prometida de mi hijo y su familia me esperan arriba.

Cora bajó la mirada llena de ira.

—¿Creías que se iba a casar contigo?, ¿que podrías estropear la magnífica carrera de mi hijo? Conozco a las mujeres de tu ralea, que están orgullosas de liar a un caballero para que fornique con ellas. Despierta, eres una vulgar sirvienta, Philip es un Montgomery, y tú, una simple diversión para él.

—¿No le preocupa su nieto?

—Querida muchacha, para mí y mi hijo, ese pequeño es solo un bastardo del que te tendrás que encargar tú solita. No es nuestra responsabilidad. Tú sabías muy bien dónde te metías cuando decidiste jugar con fuego.

La mujer la miró de arriba abajo con desprecio. Le hubiera gustado explayarse con Cora, pero no podía hacer esperar más a los Flynn. Martha se dio la vuelta y puso la mano sobre el pomo de la puerta, pero, antes de marcharse, se dirigió de nuevo a ella.

—¡Ah!… Recoge tus cosas y vete, no quiero a gente como tú trabajando en mi casa. Estás despedida sin referencia ni salario.

—Pero ¿adónde voy a ir?

—Eso a mí no me importa. Espero que acabes en las calles, que es lo que te mereces.

—Señora, por favor, amo a su hijo.

—¿Y quién está hablando de amor? Despierta, en la vida hay que ser más lista. Un matrimonio no tiene que ver nada con el amor, es una transacción, y tú no vas a echar a perder la mía.

—Se arrepentirá de esto —aulló Cora con una voz llena de rencor, y Martha le cruzó la cara de un bofetón.

—Jamás vuelvas a amenazarme, porque la próxima vez acabaré contigo.

La señora la miró con odio, cerró la puerta de un portazo sonoro y dejó a la muchacha hecha un mar de lágrimas sobre la cama.

14 EL VALOR DE UNA MUJER

EJÉRCITO SERBIO, 1916

Hattie consiguió aprender el suficiente serbio como para poder comunicarse con más soltura, ya que durante los primeros meses con el ejército solo pudo conversar utilizando un rudimentario sistema de signos que la frustraba. Con la ventaja del idioma, no tuvo problemas para formar parte de una de las cuatro divisiones militares enviadas a Macedonia.

Le sorprendió que los soldados la acogieran tan bien y la considerasen como uno más. Una situación que jamás experimentó en Inglaterra, ni en el mundo civil ni mucho menos en el militar. Jelena Saulic, otra mujer que había tomado las armas como Hattie, le confirmó que la actitud de camaradería de los soldados serbios hacia las mujeres combatientes se debía al valor que ellas demostraron en las batallas en las que habían participado. Fue Jelena quien le habló por primera vez de las Vírgenes Juradas. Mujeres que no tenían el amparo de un hombre y querían convertirse en cabezas de familia o ser dueñas de sus propias vidas. A cambio, debían mantenerse al margen de cualquier relación sexual o sentimental con hombres. Muchas de estas Vírgenes Juradas vivían como soldados en las filas del ejército serbio entre balas y trincheras, y Hattie no pudo más que admirarlas a todas por su valor y coraje.

—¿Y qué pasa si algún día quieren casarse? —le preguntó intrigada a Jelena.

—Pues que dejan de ser Vírgenes Juradas y retoman una vida más femenina. No son esclavas de sus decisiones. Si alguna cambia de opinión o se enamora, puede emprender otra vida sin ningún problema.

—¡Ojalá el gobierno británico estuviera tan avanzado como el vuestro!

—No creo que se trate de eso, es conveniente para Serbia que las mujeres participemos en la lucha, nada más. Nuestra situación es crítica y se necesita a todas las personas que puedan disparar.

A Hattie no le resultó difícil integrarse entre sus compañeros. Al igual que había visto hacer a otras mujeres soldados, se vistió como un hombre, cortó su pelo oscuro para sentirse más cómoda en la batalla y empezó a fumar y a beber. Aun así, y a pesar de los estragos de la guerra, no perdió su fiera belleza ni su porte agraciado. Al principio, todos la llamaban la Inglesa, y tuvieron cierta reticencia a que una extranjera pasara a formar parte de sus filas, pero con los meses comprendieron que Hattie Knox, al igual que las mujeres serbias que peleaban junto a ellos, solo quería ayudar, por lo que empezaron a dirigirse a ella con el apelativo de Hermano, que era el que usaban entre los soldados como señal de buena voluntad.

Hattie demostró en las montañas macedonias tener un talento natural como soldado, aunque le resultó difícil matar. La primera vez que acabó con una vida humana, se le hizo un nudo en el estómago y en el alma que la atenazó durante días. Sin embargo, una vez que lo superó, enfrentarse a la muerte y a los peligros de la guerra le fue más fácil. Aprendió que era más sencillo si no miraba a su contrincante a la cara en los ataques, y solo se permitía pensar en que la causa que defendía era justa para evitar un mal mayor. No disfrutaba matando, pero lo justificaba como protección a sí misma y a sus compañeros.

El ejército serbio reorganizado se enfrentó a los búlgaros para liberar territorios conquistados. Una noche, la división donde se encontraba Hattie se paró a descansar e hicieron una hoguera frente a la que se congregó la mayoría de los soldados para relatar historias sobre sus experiencias en el frente de los Balcanes. Hattie se sentó en una gran roca algo apartada del grupo, ese día había recibido una carta antes de salir del campamento asignado, y aún no había tenido tiempo de leerla. Tenía frío y una ligera melancolía de su hogar se apoderó de ella. El matasello era de Accrington, y el remitente, como siempre, Emily. La muchacha se llevó la misiva al pecho antes de abrirla. Le dio un beso al sobre, con cuidado, sacó su contenido y empezó a leer. Emily, con su cuidadosa caligrafía, le narraba el accidente que había ocurrido en la fábrica de municiones y que se cobró la vida de muchas trabajadoras. No le daba detalles de la tragedia, pero le aseguraba que se encontraba bien. La segunda carta era de James. No había podido comunicarse con su hermano desde que lo enviaron a Francia, y el solo tacto del papel que él había tocado la llenó de emoción. Hattie deslizó los ojos por cada letra con esmero y no pudo evitar llorar.

—Te he estado observando, aunque no me he atrevido a hablarte —la sorprendió un chico joven en un inglés rudimentario—. Has sido valiente en las escaramuzas en las que hemos participado. ¿Cuánto tiempo te quedarás con nosotros?

Hattie lo miró sobresaltada y se apresuró a secarse las lágrimas, no quería aparentar debilidad. El muchacho había sido tan sigiloso como una gacela, y no se dio cuenta de que se había colocado a su lado. «Si hubiese sido el enemigo, ya estaría muerta», pensó.

—Me has asustado —dijo Hattie con sequedad.

—Lo siento, no era mi intención.

La chica lo miró con interés. El joven era apuesto, de pelo rizado y mentón afilado. Su cara dibujaba una amplia sonrisa que cautivó a la muchacha al instante.

—No tengo previsto irme a ninguna parte.

—Me alegro de oír eso, este ejército necesita a gente como tú. Soy Darko. —Le tendió una mano grande y áspera que Hattie apretó con decisión.

—Yo soy…

—Sé quién eres: la Inglesa, uno de nuestros hermanos. Hattie Knox.

La chica se echó a reír.

—Imagino que es difícil para una extranjera pasar desapercibida.

—Cierto —añadió Darko con una sonrisa torcida—. ¿Puedo sentarme contigo? —Hattie señaló la roca con la mano extendida y le dio un par de golpecitos invitándolo a sentarse—. ¿Correo de casa? —preguntó el muchacho, que miraba la carta que la chica tenía en las manos.

Hattie levantó la mirada y se concentró en las llamas de la hoguera que crepitaban, rompiendo el silencio de la noche, y al chico no le pasó inadvertido cómo apretaba la carta entre sus manos ahora encallecidas.

—¿Malas noticias?

—Mi hermano está en el frente occidental, en Francia, aquello es un horror. Me dice que a nuestros soldados les cuesta mucho conservar la cordura.

—¿Qué opina tu hermano de que tú pelees aquí en Macedonia?

Hattie bajó la cabeza, avergonzada, y hundió la mirada en el suelo. Darko se frotó las manos y la miró de reojo.

—No lo sabe, ¿verdad? ¿Por qué no se lo has contado? Solo podría estar orgulloso de ti.

Hattie se ruborizó y le regaló una sonrisa desangelada.

—Decidí participar en el servicio activo una vez que James se alistara en el ejército. No quise preocuparlo al contarle mis planes. A él le hubiera gustado que siguiera con mis estudios de enfermería, pero yo opino que soy más útil aquí.

—Ya veo. ¿Y qué te cuenta de Francia?

—Nuestros ejércitos no se mueven como lo hacemos nosotros aquí, están metidos en agujeros que son trampas mortales llenas de ratas y fango. Los hombres están infectados de piojos, tienen los pies mojados todo el tiempo, hambre y las infecciones se pasean a su antojo en las trincheras. Según James, los soldados están desesperados.

—La guerra es así —sentenció Darko.

—Sí, no hay belleza en ella, pero tú y yo al menos podemos movernos con mayor libertad. Ellos están atrapados en agujeros que sus mismos zapadores han excavado, rodeados de una tierra de nadie llena de cadáveres y alambres de púas —Hattie hizo una pausa y admiró las estrellas—. Respira hondo —ordenó.

—¿Qué? —preguntó el muchacho confundido.

—Respira hondo… ¿Qué hueles?

—A nada en particular: fuego, pinos, no sé.

—Dice mi hermano que en las trincheras el hedor a muerte es tan insoportable que a veces tienen que llevar unas máscaras para poder respirar. No pueden retirar todos los cadáveres, especialmente los enganchados en los alambres o los que se han hundido en el barro.

—Toda guerra es horror.

—Muy cierto, pero ¿tú qué oyes? —volvió a preguntar Hattie.

Darko supo interpretar lo que quería decirle.

—El crepitar del fuego, los hombres charlando, las aves nocturnas… Pero no siempre es así, y tú lo sabes. Nosotros también nos hemos enfrentado al ruido de las balas, los obuses y las bombas, y volveremos a hacerlo.

—Sí, lo sé. Tampoco lo hemos tenido fácil, una guerra nunca lo es, pero al menos tenemos algunos momentos de desconexión como el de esta noche. Mi hermano dice que el ruido del fuego de artillería es incesante y apenas pueden dormir. Déjame que te lea parte de su carta. —La muchacha alisó la hoja de papel y comenzó a leer—: «El ruido es, tal vez, lo peor a lo que tengamos que enfrentarnos, ya que no ha cesado desde que llegamos al frente en febrero».

Hattie se puso las manos en la cara, visiblemente preocupada.

—Seguro que estará bien —la animó Darko.

—Creo que esos agujeros son ratoneras que no sirven para nada. Mi hermano ha visto morir a muchos amigos por balas perdidas de francotiradores o explosiones de minas sin que ni siquiera hayan participado en ninguna batalla. Vidas truncadas de hombres que dan su juventud por un conflicto que los oculta en trincheras infestas. ¿A eso se le puede llamar en realidad guerra?

—¿Qué harías tú si tu enemigo está escondido y no te permite avanzar? —preguntó Darko.

—No lo sé —respondió Hattie, que se echó el pelo corto hacia atrás con un ademán inquieto —. Lo que sí está claro es que esta forma de combate no es efectiva. No es solo mi hermano, tengo otros amigos de los que también he recibido cartas y noto en ellos cómo el sentimiento patriótico con el que se marcharon los está abandonando. Están desilusionados.

—Toda guerra es mala, pero una estancada debe ser el infierno en la tierra —afirmó Darko —. Me alegro de que nosotros aún no estemos confinados en esos hoyos inmundos, aunque estoy seguro de que llegará el momento cuando tengamos que enfrentarnos a ello.

—¿Has participado en guerras de trinchera alguna vez?

—No. Todas han sido batallas abiertas, como la de Moravia, ayudé a volar el puerto ferroviario de Demir Hissar y he luchado para acabar con las divisiones búlgaras sin éxito. Pero no olvides que hemos marchado durante meses bajo la lluvia, entre el barro, sin comida y mal pertrechados. Los serbios también hemos perdido a miles de compañeros.

—Sí, pero la guerra que se está liberando aquí tiene más sentido que la que ocurre en Centroeuropa. Ejércitos enteros paralizados con hombres escondidos en pestilentes agujeros y que protegen posiciones que no se mueven ni un centímetro es una locura.

Hattie se levantó de la roca y se metió la carta de James en el bolsillo de los pantalones.

—¿Sabes que una de las cosas que más está matando a nuestros soldados es el pie de trinchera?

—No me extraña —afirmó Darko.

—Nuestro vecino, el pequeño Michael Smith, acaba de morir por eso. Tenía solo diecisiete años. Los pies se pudren por estar expuestos al frío y a la humedad reiteradamente. Si no logras calentarlos a tiempo, se te entumecen, empiezan los calambres, aparecen las úlceras y, en muchos casos, la gangrena. ¿Qué piensan los gobiernos? Dejan morir a nuestros hombres en esas madrigueras, y nadie hace nada por evitarlo.

Hattie no quería llorar y se tragó las lágrimas y el miedo que sentía por James, pero Darko, que intuyó sus sentimientos, le cogió la mano para reconfortarla.

—Si tu hermano es la mitad de soldado que tú, no tienes de que preocuparte. Estará bien.

Hattie no le soltó la mano, sino que lo miró intrigada y agradecida. Lo había visto luchar a su lado en alguna ocasión, pero no le había prestado más atención que a cualquier otro compañero, sin embargo, esa noche el muchacho logró captar su interés y sentía deseos de saber más acerca de él. Al fin y al cabo, ella no era una Virgen Jurada, solo otro soldado más que había nacido mujer.

15 PLAN B

1916

El capitán Montgomery puso un flamante anillo en el dedo de Sophie Flynn y se marchó al frente francés sin dirigirle la palabra a Cora. La señora le dejó claro que su hijo conocía lo de su embarazo y que Philip prefirió comprometerse con otra mujer antes de enfrentarse a ella, una sirvienta sin importancia.

Cora no pudo defenderse ni justificarse porque Martha Montgomery la echó de su casa la misma noche del anuncio de la boda. Sin tiempo para recoger sus escasas pertenencias, y abrumada por cómo la señora la había tratado, salió de la gran mansión a una noche lluviosa que la aterraba. No sabía a dónde ir. Su infancia la pasó en Clayton Lane, la misma calle donde James, Charlie y Ed vivían, pero sus padres hacía tiempo que murieron y consideraba la casa de los Montgomery como la suya propia.

Cora se sentó en uno de los escalones de la iglesia bajo la lluvia; tenía muchos conocidos, pero, en realidad, pocos amigos en Accrington, y no sabía adónde dirigirse. El escaso tiempo libre del que disponía hizo que el resto del personal de servicio de los Montgomery fuera con quienes estrechó lazos de amistad y, con la pérdida de su trabajo, también los perdió a ellos. Se le ocurrió que podría recurrir a Emily Benson. No mantenían una estrecha relación, pero la chica era muy amiga de Hattie y James, se conocían desde la infancia y tenía buen corazón. Estaba segura de que la ayudaría.

El timbre de la puerta de Emily sonó cuando ya estaba acostada, y la muchacha se levantó de la cama sobresaltada.

—¿Quién es? —preguntó asustada.

El hecho de pertenecer a la Unión Social y Política de Mujeres la había metido en problemas más de una vez, y siempre temió que la arrestaran. Su fundadora, la señora Pankhurst, fue encarcelada en varias ocasiones con otras sufragistas, y Emily se libró por los pelos en una de las protestas que organizaron donde rompieron cristales de escaparates.

—Soy Cora —masculló la muchacha con un hilo de voz.

Emily se apresuró a abrir la puerta sin entender qué hacía Cora en su casa a esas horas de la noche.

—¿Ha ocurrido algo? Estás empapada… Vamos, entra.

La chica se abrazó a ella llorando, y Emily esperó antes de preguntarle nada más. Le ofreció ropa seca y, mientras la muchacha se cambiaba, preparó dos tazas de té, las lágrimas de Cora le decían que las iban a necesitar.

—¿Te encuentras mejor? —la abordó Emily cuando la vio salir de la habitación secándose el pelo con una toalla.

—Sí.

—Tienes que contarme qué te ha ocurrido.

Cora se lo pensó un buen rato antes de contestar. Emily era gran amiga de James, y Hattie y no quería hacerla partícipe de su embarazo. No estaba segura de si podía confiarle su vida, ya que la lealtad de Emily estaba con su prometido y su hermana.

—Cora —insistió la joven—, ¿qué te ha pasado?

—La señora Montgomery me ha echado de su casa —arrastró las palabras como si le costara decirlo—. Hubo un malentendido, y no quiso escucharme.

—Pero llevas mucho tiempo trabajando allí. ¿Por qué no te ha dado una oportunidad?

Cora pensó rápido, sabía que Emily no cesaría en su empeño de averiguar la verdad.

—Ha sido el capitán Philip, quiso propasarse conmigo y, cuando he intentado explicárselo a su madre, no me ha creído. Además, ya sabes que pueden echarte cuando quieren sin darte explicaciones, esto no es una novedad. —Cora se puso las manos en la cara y lloró con sonoros hipidos—. No sé qué voy a hacer ahora.

—¡Maldito hijo de puta! —afirmó Emily enfadada, justo lo que Cora quería. Hablarle sobre los derechos pisoteados de una mujer surtió el efecto deseado y Emily mordió el anzuelo—. No hay más remedio que todas las mujeres nos unamos en la lucha. Si tuviéramos el voto y pudiéramos participar en hacer las leyes, cosas así no tendrían por qué pasar. Podríamos tener voz en los espacios públicos, participar en la toma de decisiones y denunciar a tipos como ese. Por eso debemos estar juntas para abogar por una militancia agresiva, es la única manera de conseguir el voto lo antes posible.

—Emily, no he venido a tu casa para que me alecciones con respecto al sufragio.

He venido porque necesito la ayuda de una amiga.

—Por supuesto, perdona —dijo la chica, que se había dejado llevar por la emoción del momento—. Puedes quedarte aquí el tiempo que quieras.

—Necesitaré un nuevo trabajo, ¿sabes si en la fábrica precisan de personal?

—Estoy segura. Siempre necesitan mano de obra. No te puedes ni imaginar la cantidad de munición que sale de allí cada día. Mañana vendrás conmigo, hablaré con el jefe de sección y puede, incluso, que te incorpores inmediatamente.

—Eso sería estupendo.

Emily la abrazó con ternura. Realmente no le gustaba Cora, su personalidad frívola y vanidosa no iba con ella, pero se conocían desde la infancia y, ahora que era la prometida de James y entraría a formar parte de la familia de su mejor amiga, debía demostrarle hospitalidad y cordialidad. No entendía qué veía James en ella, a parte de su exuberante belleza, pero la vida era así de caprichosa y, tras los últimos acontecimientos, donde habían anunciado públicamente su intención de casarse, Emily decidió enterrar para siempre sus sentimientos, seguir adelante con su vida y darle a Cora una oportunidad. Las chicas hablaron un rato más en el que Cora no paró de contar mentiras acerca de lo que le había ocurrido en casa de los Montgomery, hasta que Emily, cansada, sugirió que se fueran a dormir.

—Vamos, es tarde y tenemos que ir a la fábrica temprano. La cama es estrecha, pero estaremos bien.

Cora se acostó junto a ella. La sufragista se durmió enseguida, mientras que Cora, desengañada y traicionada por Philip, lloró en silencio hasta que la rindió el sueño.

Por la mañana, las dos chicas se dirigieron a la fábrica de municiones donde, tal y como Emily predijo, contrataron a la joven de inmediato. Las dos recorrieron la factoría, y Cora fue aprendiendo los entresijos y pautas básicas del trabajo, a pesar de que no demostró mucho interés.

—Te lo dije, los hombres están en el frente, y nos necesitan. No hay suficiente mano de obra, aquí estarás bien, y te apuesto que ganarás más que sirviendo en la casa de los Montgomery. Mira, esta es la gran sala de producción. —Señaló la chica con el brazo extendido

—. Ya han reparado los destrozos que el accidente provocó en la sala de relleno, pero no creo que hayan tomado medidas para que no vuelva a ocurrir. Es un trabajo peligroso, eso no voy a negártelo, pero a mí me satisface saber que ayudo a mi país.

Cora se mordió la lengua, ni le importaba el patriotismo del que todos hablaban ni lo que opinara Emily, pero la necesitaba y prefirió no decir nada que la pusiera en su contra.

Siguieron caminando entre pasillos y salas, en algunas, grandes proyectiles colgaban del techo y, en otras, se distribuían en orden por el suelo para que las mujeres con monos grises pudieran hacer con ellos sus tareas asignadas.

—Te estoy muy agradecida —dijo Cora, que quería atraerse la simpatía de Emily—. No sé qué hubiera hecho sin ti.

—No tiene importancia. Solo haz un buen trabajo y no tendrás problemas.

—Ahora tendré que buscar un sitio donde vivir —agregó Cora con intención.

Emily suspiró y clavó la mirada en el suelo mientras caminaban. Cora la hacía sentirse incómoda, no le agradaba, pero, si James se enteraba de que no le había echado una mano, podría romper su amistad con ella, y Emily no quería perderlo como amigo.

—De momento y, hasta que no encuentres otra cosa, puedes vivir en mi casa.

Cora dibujó una sonrisa de triunfo. En un solo día, había solucionado su problema de trabajo y vivienda. Recurrir a Emily fue, sin duda, la mejor elección.

—Me gustaría que no le contaras nada a Hattie ni a James de todo esto.

Emily frunció las cejas y la miró con recelo.

—¿Por qué? Pronto serán tu familia y les gustará saber cómo estás.

—No quisiera preocuparlos. Ambos están en el frente y tienen otras cosas más importantes en las que pensar.

A Emily, esa explicación la satisfizo.

—De acuerdo. Si es eso lo que quieres, no les diré nada.

Cora no quería dar explicaciones y necesitaba tiempo para elaborar un plan antes de volver a hablar con James. Tenía que pensar acerca de su embarazo y no quería precipitarse. Ya había perdido a Philip, y no quería perder también a su prometido. Pronto tendría que escribirle; desde que descubrió que iba a tener un hijo del capitán, no le había enviado ni una sola carta y, si quería seguir adelante con su relación, debía retomar una correspondencia regular con el soldado antes de que sospechara que algo no iba bien.

Emily guio a Cora a una habitación que hacía las veces de intendencia, donde tenían uniformes de diferentes tallas.

—Elige el que te venga bien y póntelo.

Emily la dejó sola, y Cora apareció a los pocos minutos con el mono gris y la gorra en la cabeza típicos del uniforme de la fábrica de municiones.

—Tarde o temprano, tendrás que cortarte esa melena tuya que tanto llama la atención, te aseguro que aquí es mucho más cómodo trabajar con el pelo corto. Por otro lado, los horarios son extenuantes, pero no creo que mucho más que los que hayas tenido hasta ahora como doncella.

—Eso no me importa. Estoy acostumbrada a trabajar. No puede ser más duro que limpiar los suelos de los Montgomery, batir la leche para hacer mantequilla hasta que se te entumezcan los brazos o restregar la madera con jabón y sílice, por ponerte un ejemplo. Nunca me he levantado después de las cinco de la mañana ni me he ido a dormir antes de las doce de la noche, así que estoy segura de que no tendré ningún problema en adaptarme a mi nuevo puesto.

—¿Por qué seguiste en ese lugar tantos años?

—Mis padres murieron cuando yo tenía quince años, los señores me daban comida y alojamiento, a pesar de que cobraba una miseria. En esa casa, encontré otra familia entre los criados, y hasta ahora no había tenido problemas.

Cora se guardó para sí misma el hecho de que había mantenido una relación con Philip desde que entró a trabajar para los Montgomery hacía ya cuatro años y que cobijaba la idea de que el joven se enamorara de ella tanto como ella lo estaba de él.

—Me resulta extraño que, si nunca has tenido problemas con ellos, ahora se hayan portado tan mal contigo.

—A mí no me sorprende. Al fin y al cabo, la señora querrá ocultar lo que ha hecho su hijo —dijo Cora mientras trataba de meter su pelo rebelde dentro de la gorra.

Emily aceptó la respuesta de Cora y dio por terminada la conversación. Con entusiasmo, acabó de mostrarle la fábrica, le indicó la sección donde debía trabajar y le presentó a sus nuevas compañeras.

—Bienvenida —anunció Emily solemnemente—, ahora eres una más de las Munitionettes, como se nos conoce en toda Inglaterra. Otra chica que ayudará a que ganemos la guerra.

Las demás trabajadoras vitorearon y aplaudieron las palabras de Emily, y Cora sonrió desganada ante el entusiasmo de las demás.

—Ahora debo irme, ¿estarás bien?

—Sí. No te preocupes.

Cora intentó relajarse, pero no consiguió apartar de su mente a Philip, la señorita Flynn y a la arpía de Martha Montgomery.

—Vamos —le amonestó la jefa de sección—, aquí no se viene a mirar las musarañas. ¿Qué haces ahí parada?

—Perdón —dijo Cora, que se afanó en seguir el ritmo de sus compañeras mientras maquinaba una solución a su embarazo y la venganza contra el capitán que se atrevió a abandonarla cuando más lo necesitaba. Enfadada por sentirse humillada y haber tenido que abandonar la casa que consideraba su hogar, masculló entre dientes:

—Te acordarás de mí, Philip Montgomery. No me conoces bien. Nadie juega con Cora Holder.

16 EL FRENTE OCCIDENTAL DE FRANCIA

1916

Hacía frío; la temperatura durante el día no subió de los dos grados centígrados y por la noche bajó tanto que las trincheras se volvieron gélidas tumbas inundadas. En aquel lugar olvidado, la lluvia incesante se había congelado en el interior de los agujeros, y los soldados ateridos tiritaban sin saber cómo refugiarse.

—Estoy helado —afirmó Charlie con las manos metidas dentro de los pantalones para calentarlas como les habían enseñado los soldados más veteranos.

—¿Quieres un cigarrillo? —preguntó James; Charlie lo rechazó para evitar sacar las manos de su entrepierna.

—Creo que mis dedos están tan congelados que no podría sostenerlo.

James no le prestó demasiada atención, estaba distraído escribiendo, como era habitual desde que llegó a tierras francesas. Se encargó de la creación de un periódico de trincheras que contenía poemas escritos por los soldados, informes deportivos y la columna más importante y esperada por todos, la de «Cosas que queremos saber». Allí se informaba a los camaradas en armas sobre los próximos pasos que iba a dar el batallón. Para James, retomar su pasión por la literatura era un bálsamo que le ayudaba a digerir y soportar los estragos de la guerra, y a enfrentarse, de alguna manera, a la censura a la que sometían a los soldados. Su decisión de crear un periódico para el batallón de Accrington la maduró después de caer en sus manos un ejemplar del *The Trotter's Journal* del regimiento Loyal North Lancashire. No soportaba estar de brazos cruzados en las horas muertas entre los ataques y, a pesar de que le escribía a Cora, a Hattie y a Emily, necesitaba hacer algo más que ocupara su mente. No resistía el aburrimiento, por lo que, en vez de jugar a las cartas o hablar de chicas, prefirió fundar el pequeño periódico que se hizo muy popular entre los soldados.

Ni Charlie ni Ed tenían madera de reporteros, por lo que no participaron en la iniciativa literaria. Para ambos, «la gran locura» de James, que sí reclutó a otros cuatro compañeros más para la edición del diario, era una auténtica estupidez. A veces, los chicos habían encontrado una imprenta o una máquina de escribir en algún pueblo y las utilizaron para hacer sus ejemplares. Sin embargo, la mayoría de las veces hacían copias a mano que circulaban por las trincheras, divirtiendo e informando a los hombres a partes iguales.

James se acurrucó, con sus papeles y sus lápices bien afilados, debajo de una manta para evitar que los alemanes vieran el resplandor de la vela que tenía encendida.

—¿Qué opinas del frente? ¿De la guerra en general? —preguntó Charlie, que se arrellanó junto a su amigo sobre unas mochilas apiladas.

James, absorto en su trabajo, no le contestó.

—Sé que estás ahí debajo. ¿Quieres dejar eso, aunque solo sea por un minuto? —le gritó Charlie, molesto, dando golpecitos sobre la manta.

—Descansa, dentro de nada relevaremos a Ed y a Murphy y tendremos que vigilar hasta el amanecer —contestó James, aún tapado, sin responder a las preguntas.

—Lo digo en serio, James, ¿qué opinas de todo esto? Es importante.

—¿A que no me vas a dejar en paz hasta que te haga caso?

James apagó la vela, abandonó la escritura y salió de debajo de la frazada con el pelo desordenado y la barba de unos días. Se encendió un cigarrillo Three Witches, la marca que el ejército proporcionaba a sus soldados.

—Esto está infumable —masculló—, tirándolo al suelo. ¡Ojalá tuviera Woodlines o, incluso, Player's! Cualquiera de esos pitillos sería mejor que la porquería que nos dan aquí.

Charlie se quedó en silencio, ya había formulado su pregunta dos veces, y esperó a que James se decidiera a contestarle.

—Por dónde empiezo… —resolvió por fin el muchacho—. Estamos siempre mojados, llenos de piojos, con hambre y sed, no tenemos ropa de repuesto y hace semanas que no he podido asearme, pero todo eso podría soportarlo si no fuera por el ruido del fuego nutrido o el hedor permanente a putrefacción. Creo que jamás lo olvidaré por mucho tiempo que viva. Es un olor a muerte que se mete por la nariz y se graba en el cerebro. ¿Quieres que siga?

—Sí, por favor —lo invitó Charlie.

—Está bien, pues este lugar es el mismo infierno en la tierra, nunca había visto nada igual. Tras el parapeto, solo existe una tierra muerta con una cortina de alambres de púa que nos separa de los alemanes, repleta de cadáveres de hombres y bestias. ¿Te parece suficiente? —dijo levantando la voz—. ¡¿Que qué opino de la guerra?! Que no es más que desolación y muerte, y que somos idiotas por haber venido.

—Creo que voy a aceptar ese cigarrillo ahora —afirmó Charlie con una sonrisa temblorosa. James le tendió la cajetilla.

—Puedes quedártela.

—¿Sabes que esta mañana perdimos a Travis? —agregó Charlie a bocajarro.

—Travis, ¿el pequeño de la señora Kent?, ¿la dueña de la tienda de ultramarinos del barrio? ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—¿Para qué? Ya es habitual perder a los amigos.

—¿Qué le pasó?

—Lo mandaron a las trincheras de apoyo a por más provisiones. Le volaron la cabeza. Estaba hablando conmigo cuando le dieron la orden. En principio, el sargento me lo exigió a mí, pero como tengo tantos problemas con los pies, pensó que Travis sería más rápido, y prefirió que fuese él.

—No te culpes por eso, Charlie. Quizá, a ti no te hubiera ocurrido nada. Aquí solo manda la suerte; los hombres tenemos un destino, y el de Travis era morir hoy.

—No puedo quitármelo de la cabeza. —Charlie se tapó los oídos, desesperado—. ¡Si por lo menos se detuviera este ruido infernal! A veces, pienso que sería mejor que nos cayera una de esas bombas alemanas que se empeñan en arrojar y terminase con todo esto de una vez. ¡Estoy tan cansado!

El muchacho se agarró las rodillas y puso la cabeza entre las piernas. James le revolvió el pelo.

—Y a ti, ¿qué te parece la guerra?

—Es una gran inutilidad, no sé lo que esperaba de ella, pero, desde luego, no era esto.

—¡Metralla! —gritó uno de los centinelas.

James y Charlie se echaron al suelo, cubriéndose con los sacos sobre los que habían estado sentados y, en menos de un par de segundos, los proyectiles explotaron en el aire, rociando de

balas a las tropas que se refugiaban en las trincheras. Una mina cayó muy cerca y creó un cráter enorme próximo al parapeto.

—¡Cuidado! —gritó el sargento Jones—. Preparen los rifles y las bayonetas. Los alemanes son rápidos, tenemos que evitar que ocupen el hoyo que han creado; está demasiado cerca de nosotros.

Los ingleses subieron a las barricadas empuñando sus fusiles. A pesar de todo, no pudieron evitar que los enemigos alcanzasen el agujero y bombardearan sus trincheras. Desde los puntos de vigilancia británicos, los soldados se afanaron en devolver el golpe, y los francotiradores acabaron con la vida de los ocho soldados alemanes que habían logrado traspasar la tierra de nadie.

—¿Alguna baja? —gritó el sargento con angustioso desasosiego.

—Smith y Cruise —bramó otro suboficial al oeste de la trinchera.

El sargento se masajeó los ojos y se dio un leve respiro antes de recomponerse y dar una nueva orden.

—Pónganlos en la despensa. Cuando amanezca, los llevaremos a la retaguardia.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el capitán Montgomery, que salió de su escondrijo con el uniforme impoluto y el pelo impecable.

—Los alemanes nos han bombardeado, señor —dijo el sargento.

—¿Muertos?

—De momento dos, señor, haré una ronda para ver si hay más heridos.

—Está bien. Hágame un informe y póngalo encima de mi mesa lo antes posible.

El sargento Jones lo miró con desprecio. Acababan de perder dos vidas jóvenes y, probablemente, hubiera más heridos, y al capitán solo le preocupaba el papeleo. Jones bajó la cabeza, enfadado, pero se abstuvo de dar un mal ejemplo a sus hombres o mostrar algún signo de insubordinación. Era un buen soldado, y sabía muy bien cómo funcionaba la cadena de mando. Haría ese maldito informe, pero antes se aseguraría de que sus hombres estaban bien y a salvo. A diferencia de Montgomery, Jones no provenía de una buena familia; había nacido en Londres y era un simple zapatero que sabía alemán. Lo aprendió de su abuela materna, y por eso lo habían elegido suboficial. No era una persona simpática ni jovial, pero estaba muy comprometido con sus soldados y trabajaba codo a codo con todos ellos, ayudándolos a soportar la terrible vida del frente. El capitán, por su parte, vivía encerrado en el pequeño cuartucho que habían excavado para él y pasaba las horas tratando de mantenerse seco, leyendo a Oscar Wilde y escuchando música en un gramófono que trajo personalmente desde Accrington.

—No sé qué es lo que hace aquí Montgomery —susurró James—. No le importamos en absoluto.

—Y eso que también es de Accrington —repuso Charlie—. Es un completo inútil.

—Sí, un inútil de cuyas órdenes dependen nuestras vidas. Eso es lo más peligroso. Menos mal que tenemos al sargento, creo que él sí es una buena persona.

Tras la muerte de los alemanes que habían atacado la trinchera, la situación se relajó, aunque Jones dio la orden de que siguieran atentos hasta el amanecer.

—No quiero correr riesgos —afirmó.

Un alemán, probablemente borracho, gritó desde su lado del campo de batalla una sarta de palabras que muy pocos comprendieron.

—¿Qué está diciendo, mi sargento? —preguntó Charlie con curiosidad.

—Que no nos pongamos cómodos porque tarde o temprano nos mandarán al infierno.

El sargento empujó la cabeza del soldado que tenía a su lado de un manotazo.

—Y lo van a conseguir si seguís haciendo estupideces como la de no mantener la cabeza gacha.

Ed bajó por una de las escaleras de madera que llevaban a la parte más alta de las barricadas donde estaban los puestos de vigilancia y se unió a sus amigos.

—Han estado cerca.

—¿Estás bien? —preguntaron James y Charlie a la vez.

—Sí, el ataque no ha sido en mi zona, sino unos metros más allá.

—¿Has podido ver algo? —preguntó James.

—Nada. Ya sabéis que ahí arriba nuestro campo de visión es reducido, a partir de ahí —señaló a un punto—, no se ve nada, y de noche es peor, ni siquiera hemos escuchado a los alemanes alcanzar el cráter. Hay que reconocer que son valientes.

Los soldados montaron guardia toda la noche, por si el enemigo decidía asaltarlos de nuevo, cosa que no ocurrió. Cuando el día clareó, el sargento Jones pidió cuatro voluntarios para que hicieran el traslado de los cuerpos a las trincheras de reserva, a lo que Charlie se presentó el primero. El trayecto era peligroso y poco seguro, y los reclutas intentaban evitarlo hasta que eran enviados a la retaguardia para trabajar o descansar.

—Soldado Drake, ¿está usted seguro de que quiere hacerlo? Sé que últimamente no se encuentra bien y que lo han tratado para evitar un pie de trinchera.

—Charlie, no tienes que hacer esto —susurró James—. Iré yo.

—No —se revolvió el muchacho.

—Está bien —dijo Jones—. Si me promete que no tiene ningún problema con caminar, no tengo inconveniente en que vaya.

—Estoy mucho mejor, señor, puedo hacerlo.

—Yo lo acompañaré —se ofreció James.

—Y yo —afirmó Ed.

—Está bien, elijan a otro compañero e id los cuatro. Lo siento, muchachos, pero solo os podréis quedar allí hasta mañana. Intentad descansar. Tened cuidado y caminad sobre los tableros. El barro es resbaladizo y está lleno de hombres y caballos muertos. No podremos hacer nada por vosotros si os hundís.

—No se preocupe, señor, lo conseguiremos —aseguró James.

El camino se hizo largo y tedioso. El peso de los compañeros muertos no ayudó para ir a mayor velocidad, y tuvieron que esquivar balas y cascotes mientras evitaban pisar el barro pegajoso que se adhería a sus uniformes y botas como pegamento. El peligro fue quedándose atrás a medida que se acercaron a las trincheras de apoyo. El contraste entre ellos y los soldados que se encontraban allí era demoledor. Los muchachos aprovechaban para lavarse, afeitarse o cortarse el pelo cuando estaban en las llamadas zonas seguras, por lo que la mayoría tenía mejor aspecto que los que estaban en las trincheras de fuego. Charlie, James y Ed llegaron con el uniforme roto, sucios y exhaustos. Una vez que dejaron los cuerpos en el almacén que había habilitado para ello, los chicos se dejaron caer en el suelo completamente exhaustos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ed.

—No sé tú, pero yo voy a bañarme —dijo James—. Aprovecharé para afeitarme, e intentar limpiar el uniforme. Mirad estos botones, ni se ven de tanto barro pegado.

—¿Para qué vas a perder el tiempo limpiando el uniforme? Mañana lo tendrás igual de sucio —intervino Charlie—. Yo voy a tomarme una cerveza e iré al burdel del pueblo, necesito

respirar otro aire.

—Cuidado, Charlie —apuntó Ed—. Peter aún sigue grave con la enfermedad que le pegó esa mujer en Egipto.

—Creo que voy a arriesgarme. Os veré mañana. —El muchacho les lanzó una amplia sonrisa y se marchó con alegría silbando una canción popular entre los soldados.

—¡Eh! —llamó James a uno de los soldados franceses que encontró a su paso—. ¿Tienes cigarrillos Woodlines? Te los cambio por una cajetilla de Three Witches.

El muchacho le lanzó un paquete.

—No hace falta que me los cambies por esa basura que os da vuestro ejército. Te los regalo, tengo más.

—Gracias —dijo James, abriendo el paquete y dando una calada a uno de los pitillos con placer.

—¡Esto sí que se puede fumar! Voy a tener que pensar que los franceses cuidan mejor a sus hombres que el gobierno de su Majestad a los suyos.

El comentario hizo reír a Ed, que siguió caminando junto a su amigo.

Los chicos se detuvieron para ver una pelea de boxeo y disfrutar del ambiente lúdico que se respiraba en la retaguardia. Un grupo de soldados australianos y canadienses jugaban a las cartas, ajenos al ruido de los bombardeos, mientras sonaba una música popular de fondo. Se les veía relajados, y a James le resultó curioso que parecieran tan despreocupados estando la muerte a tan solo unos pocos kilómetros de distancia. Otros chicos, sin embargo, trabajaban levantando letrinas, excavando refugios, construyendo raíles y trayendo y llevando municiones, provisiones y otros artículos de un lugar a otro. Todo dependía si te correspondía tiempo de descanso o algún trabajo asignado.

Una vez que se asearon, los dos amigos aprovecharon para dormir. El ruido era igualmente intenso fuera de la primera línea de fuego, pero el hecho de sentirse seguros, y no al alcance de las balas, los hizo descansar como no lo habían hecho en días. Cuando despertaron, Charlie aún no había vuelto, por lo que Ed y James decidieron comer algo.

—¡Eh, muchachos! ¿Qué hacéis por aquí? —les gritó un compañero también de Accrington, al que habían escogido como guardia de un grupo de prisioneros alemanes.

—Hacía tiempo que no te veía, Rob. Me alegro de que aún estés vivo —le dijo James.

Los chicos se acercaron a su amigo, que trabajaba con ellos en la misma fábrica de ladrillos.

—¿Cómo habéis estado? —preguntó Rob, que les palmeó la espalda a los dos.

—Ahí delante la situación es dura, ya lo sabes —afirmó Ed—. Anoche murieron dos más, y hay otros diez heridos.

—Y tú, ¿qué haces aquí?

—Llevo quince días de niñera. Siempre me toca a mí porque me defiendo con el alemán —afirmó el soldado, señalando a un grupo de prisioneros sentados cerca de él.

Los germanos eran incluso más jóvenes que ellos y los miraban con ojos de expectación.

—¿Habías conocido antes a algún alemán? —preguntó Ed, genuinamente interesado.

—No antes de esta maldita guerra. No son malas personas —añadió Rob—, son soldados valientes que también luchan por su país. Estos días he llegado a conocerlos un poco. Tienen familias como nosotros. Hans, por ejemplo —señaló a un muchacho algo mayor que ellos—, tiene una hermana pequeña. Me ha mostrado su foto, y es preciosa. Ese otro es carpintero, y aquel, el que está fumando, estudia en la universidad. Llegaron muy asustados, incluso más que nosotros diría yo, pero cuando han visto que no los vamos a matar, se han relajado.

Uno de los detenidos, que no tendría más de dieciséis años, dijo algo en alemán que James y Ed no entendieron.

—¿Qué está diciendo? —preguntó James, mirándolo a los ojos.

—Que está contento de que lo hayamos capturado, y que desea que todo esto acabe lo antes posible. Dice que quiere volver a su casa con su madre —tradujo Rob.

James se acercó a él y le ofreció un cigarrillo. El muchacho dudó un instante, pero finalmente lo aceptó dándole las gracias en alemán. Al chico se le veía desnutrido y en muy malas condiciones.

—¿Les damos de comer?

—Sí, Ed, aunque antes comemos nosotros y, a veces, escasean las provisiones. Pero, tranquilo, no los dejaremos morir de hambre.

—¿Y están siempre aquí sentados?

—No —repuso Rob—. Los han dividido por grupos, y trabajan como todos nosotros. Los utilizamos de camilleros y nos ayudan a traer a los heridos desde la primera línea, son gente fuerte estos alemanes.

Los muchachos dejaron a Rob con los prisioneros y se fueron a comer, cosa que habían pospuesto por su conversación. El día se les hizo muy corto, y debían descansar antes de volver a primera hora de la mañana a las trincheras de fuego, pero James no quería que terminase sin haberle escrito a Cora. La muchacha había reanudado su correspondencia con su prometido después de Navidades, pero, de nuevo, llevaba semanas sin saber nada de ella. Le preocupaba que Cora cambiara de opinión con respecto a su compromiso, la quería demasiado como para perderla, pero evitaba pensar en eso, ya que si lo hacía con frecuencia, temía volverse loco.

Con la barriga llena, se sentó en un banco de madera cerca de uno de los edificios de intendencia de escasa calidad. Sacó la agenda, que guardaba en su uniforme, y comprobó su testamento, en él le cedía todo lo que poseía en partes iguales a Hattie y a Cora, por si ocurría lo peor. Procuraba actualizar el cuaderno todos los días y se prometió escribir en él con sinceridad sus sentimientos, preocupaciones y lo que pasaba en el frente. «Si sobrevivía a aquella locura, sería un recuerdo bonito que dejar a sus hijos», pensó.

Sabía que debía tener cuidado. Ya le habían censurado una carta por haberle dicho a Hattie el movimiento que la tropa tenía pensado hacer. No lo había escrito con intención, pero el sargento Jones lo amonestó porque, según le había hecho ver, si la carta era interceptada por el enemigo, podrían descubrir las intenciones del destacamento y ponerlos a todos en peligro.

James sacó papel y lápiz, que siempre llevaba encima, e inició su carta a Cora:

Querida mía,

Con estas letras, quisiera decirte lo mucho que te echo de menos, aunque es imposible poner por escrito cuánto te amo…

James alzó la cabeza con el lápiz en la boca para pensar en qué quería decirle a Cora cuando reparó en la inmovilidad de Ed. El chico tenía la mirada perdida en el infinito. Lo había notado raro durante todo el día, y esa actitud tan pasiva le preocupaba. Le observó con cuidado, y le pareció que tenía un aire de resignación diferente, se le veía cansado y mucho más viejo de lo que era en realidad. El frente había hecho mella en todos ellos, parecían mayores, y esos meses en Francia no habían mitigado el sufrimiento, sino que, por el contrario, lo había agravado.

—¿Qué te pasa, Ed? Llevas un buen rato callado.

—Me ha impresionado conocer a los alemanes. Nunca había visto a ninguno tan cerca que no estuviera muerto. Son tan jóvenes como nosotros, James, y no me han parecido malas personas. Son gente decente, y ni siquiera parece que nos guarden resentimiento. —Ed le dio una

patada a una piedra que rodó por el suelo polvoriento—. Creo que esta guerra ha sido un engaño. Dijeron que sería una contienda rápida, que Dios estaría de nuestro lado, pero yo sigo viendo muertos de ambos bandos todos los días, y esto no parece que vaya a terminar pronto. Es una inutilidad.

James le pasó un brazo por el hombro y abandonó definitivamente la carta a Cora. Ed lo necesitaba.

—Lo sé, opino lo mismo, pero ahora no hay nada que podamos hacer. Vamos, no le des más vueltas, te invito a una cerveza, charlaremos y después pasaremos la noche a cubierto. ¿No te parece un buen plan? —Ed lo miró con una sonrisa congelada, gélida.

—Te quiero, James. Eres un buen amigo, siempre lo has sido.

—¿A qué viene tanta mojigatería? Vamos —dijo el soldado Knox, empujándolo entre bromas.

Ed subió la comisura de los labios y esbozó una leve sonrisa, pero enseguida se resguardó de nuevo en un silencio pesado y pastoso que preocupó a James.

—Vuelve a escribir tu carta, yo creo que me voy a dormir.

—Entonces, ¿no hay cerveza?

—No —respondió Ed—, no hay cerveza. Te dejo con tu enamorada. Te veo mañana.

James lo vio alejarse con los hombros caídos, triste, abatido, y un mal presentimiento recorrió su espalda.

—Espera…, ¿seguro que estarás bien?

—Pues claro —respondió Ed, levantando la mano—. Vamos, sigue con tu carta.

Por la mañana, Charlie volvió temprano. Se sentía aliviado y con las fuerzas renovadas. Imaginó que sus amigos aún estarían descansando, por lo que se dirigió al dormitorio de campaña más cercano. Allí solo encontró a James.

—Hora de levantarse, tenemos que volver —dijo, agachándose junto al chico que dormitaba en un colchón agradable y limpio—. ¿Qué tal, Casanova?, ¿cómo lo has pasado?

—Muy bien. El burdel era justo lo que necesitaba. He conocido a Margaret, una chica francesa preciosa que te recomiendo encarecidamente. ¿Dónde está Ed?

—No lo sé. Se acostó pronto. Comamos algo antes de irnos. Ed nos encontrará.

Mientras desayunaban, James y Charlie no echaron de menos a Ed, pero después de dos horas sin que el chico diera señales de vida, empezaron a preocuparse.

—¿Adónde se habrá metido ese idiota? —se preguntó Charlie fuera de sí—. A ver, cuéntamelo otra vez, ¿qué hicisteis ayer?

—No serviría de nada, ya te lo he contado mil veces.

—Pero ¿estás seguro de que no te dijo nada?

—Se impresionó con los prisioneros alemanes, hablamos de lo absurdo de la guerra, pero al igual que lo he hablado contigo.

—¿Nos queda algún sitio más donde mirar?

—No, lo hemos registrado todo.

Charlie suspiró con las manos en la cintura, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—James, ¿qué vamos a hacer si no vuelve? —Los amigos intercambiaron una mirada de preocupación.

—No lo sé.

—Yo lo siento mucho, pero no esperaré más —gritó el cuarto soldado que los había ayudado a transportar los cuerpos de los compañeros fallecidos el día anterior—. ¿Sabéis que nos pueden

acusar de deserción? No me gusta el capitán Montgomery, no me fío de él y no quiero enfrentarme a un consejo de guerra. Nos pueden tachar de traidores, y ya sabéis qué pena conlleva esa acusación.

—Tranquilízate, Andrew —dijo James—. Ed volverá pronto.

—¿Y si no es así? —aulló el chico asustado.

—Vete tú —bramó Charlie, cogiéndolo por el cuello—. Nosotros esperaremos a Ed.

—Vamos a calmarnos todos —los apaciguó James—. Todo esto tendrá una explicación plausible.

—Si Ed no vuelve, no os quedará más remedio que venir conmigo si no queréis que os fusilen. —Andrew dio un puñetazo al aire, enfadado—. Lo siento, solo esperaré media hora más, si no llega en treinta minutos, me iré y, si el sargento me pregunta por vosotros, no tendré más remedio que contarle lo que ha ocurrido.

—¿De verdad harías eso? —exclamó James. Ni siquiera sabemos si le ha pasado algo, si está herido.

—Pues más a mi favor, así habría más personas buscándolo, ¿o es que tienes miedo a que en realidad haya desertado?

—Ni se te ocurra decir algo así —gritó Charlie, enfrentándose al chico.

James los separó e intervino, suavizando la situación.

—Por favor, danos más tiempo —suplicó con voz queda.

—Media hora, Knox. Tenéis media hora. Después, me iré.

17 LA CARTA

1916

La carta llegó a casa de los Flynn sin matasellos. Hortensia, la criada, se encargó de ponerla sobre la bandeja de plata de la mesa de la entrada, como solía hacer cada día con el correo entrante. El señor Flynn pidió su correspondencia antes de desayunar, era habitual que la leyera una vez hubiera hojeado el periódico antes de que se levantara su familia.

—¿Alguien ha traído esta carta personalmente? —preguntó Stuart a la doncella, observando el sobre que tenía entre las manos.

—No, señor, pero han debido de echarla por debajo de la puerta, pues la encontramos en el vestíbulo esta mañana.

—Muy bien, déjeme solo —dijo el padre de Sophie, intrigado.

Stuart Flynn, un hombre adinerado, pero sin una alta posición social, abrió el sobre con recelo. Había nacido en Irlanda y se hizo de un gran patrimonio en América, adonde se fue de emigrante muy joven. A diferencia de la mayoría de los irlandeses, Stuart siempre quiso volver a Europa, y aprovechó la oportunidad que se le presentó hacía siete años cuando se puso en venta una de las mayores fábricas de ladrillos de Accrington que compró sin pensárselo dos veces. Su fortuna era lo que se conocía como de «nuevos ricos», por lo que el matrimonio de su hija Sophie con el capitán Montgomery le podría dar el espaldarazo que tanto necesitaba para ser aceptado por completo por las familias de más rancio abolengo con las que empezaba a relacionarse. Los Flynn aportaban el dinero, y los Montgomery el reconocimiento, el linaje y la nobleza con los que, sin duda, Stuart esperaba que las familias de estirpes más antiguas dejaran de mirarlos por encima del hombro. No obstante, el señor Flynn consultó con su hija si el enlace con Philip Montgomery le satisfacía, ya que nunca hubiera antepuesto sus intereses sociales o económicos por encima de la felicidad de Sophie. La amaba profundamente, la muchacha era su orgullo y su alegría, y no soportaría verla desdichada por una decisión impuesta por él. A la chica la cautivó el atractivo del capitán Montgomery, al que consideraba un hombre divertido y cortés, y a Larisa Flynn, su esposa, le parecía un muchacho correcto e interesante. Había algo en la señora Montgomery que la preocupaba, pero sus miedos se suavizaron al ver que trataba a su hija con cariño y amabilidad.

Stuart releyó la carta dos veces, y un gesto de preocupación anidó en sus facciones de rasgos duros.

—Esta gente no sabe a quién se están enfrentando —murmuró.

Se levantó del asiento de terciopelo donde se había sentado y dejó el desayuno a medio terminar.

—¿Ya ha acabado el señor? —preguntó Hortensia, que lo vio salir del salón con prisas.

—Estaré en mi despacho. ¡Que no me moleste nadie bajo ningún concepto! —gritó.

Hortensia asintió con la cabeza y se apartó del camino del señor, cuyo estado de ánimo cambió radicalmente tras la lectura de la carta.

Stuart se sentó en su escritorio con la intención de dar una respuesta a la misiva lo antes posible cuando se dio cuenta de que su pretensión era inútil porque no tenía remitente. La

persona que la redactó no se había ocultado, era más, se había identificado, pero no había ninguna dirección adónde enviar una contestación. Stuart valoró el involucrar a su esposa en el asunto; sin embargo, tras unos minutos de reflexión, pensó que sería mucho mejor que él mismo se encargara de manejar el tema y poner las cosas en su sitio. Devolvió la pluma y el papel al escritorio, de donde los había sacado, y ordenó al chófer que preparara el coche.

—Dile a la señora que he salido. Volveré enseguida.

No tardó mucho en llegar a una de las calles más señoriales de todo Accrington con casonas de columnas majestuosas y pavimento bien adoquinado.

—Espéreme aquí —ordenó a su conductor.

La casa de los Montgomery era grande y solemne, con una decoración de pilastras y hornacinas con algunas esculturas de jarrones enlazados por guirnaldas. El edificio era de ladrillos vistos con una concepción asimétrica con grandes ventanas pintadas en blanco con múltiples paneles de cristales y marcos de piedra.

El mayordomo, un hombre serio e insípido, que lo recibió en la puerta, estaba vestido con una librea negra y lo agasajó con una reverencia como muestra de cortesía.

—Por favor, espere aquí. Le diré al señor que ha venido.

—No lo moleste. He venido a ver a la señora.

—Muy bien. Si me acompaña a la biblioteca, podrá esperarla allí.

La señora Montgomery no se hizo esperar. Había demasiado en juego, y el hecho de que Stuart Flynn se hubiera presentado en su casa solo y a esas horas de la mañana no presagiaba nada bueno. «¿Querrá anular la boda?», pensó. Ese pensamiento la aterrorizó, aunque se obligó a tranquilizarse respirando hondo un par de veces.

Martha estudió su rostro en el espejo del vestíbulo antes de enfrentarse al señor Flynn. Se arregló el pelo y se atusó el vestido. No tenía la belleza fresca de antaño, pero pensó que aún se veía atractiva, aunque sus ojos delataban unas diminutas arrugas que los hacía parecer más pequeños. Se paró en la puerta de la biblioteca con la mano en el pomo sin atreverse a entrar. Nunca le había tenido miedo a nada, pero sabía Dios que la unión entre los Flynn y los Montgomery era vital para su familia, y no podía arriesgarse a perderla. Había maquinado mucho para que esa boda se hiciera realidad y no consentiría que nadie arruinara todo por lo que tanto había trabajado. Martha cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás para conferirse valor, se dio un par de segundos y tomó de nuevo el control de la situación, abriendo la puerta con frivolidad.

—Mi querido señor Flynn, ¿a qué debo el placer de tan maravillosa sorpresa?

La mujer trató de sonreír y mantener la compostura, pero era evidente que estaba preocupada. Stuart no se dejó engañar por su zalamería, sabía de más por qué la señora Montgomery estaba interesada en la boda del capitán con Sophie. No era la primera chica con quien había intentado casar a su hijo, pero sí la única que había mostrado interés en emparentar con su familia. El derroche de su esposo y las deudas de juego que acumulaba la familia del capitán eran un secreto a voces en Accrington, por más que Martha se afanara por ocultarlas, y a Stuart, incluso le informaron de que estaban a punto de perder la fábrica. La dote de Sophie era la única oportunidad que los Montgomery tenían para conservarla.

—Lea esto —dijo el hombre de mala manera, arrojando la carta encima de la mesa.

Martha se sorprendió por los modales tan rudos que Stuart se había atrevido a utilizar delante de una dama como ella, pero lo dejó pasar hasta estar segura del motivo de su visita. Con mano temblorosa, abrió el sobre y empezó a leer. Una vez que terminó, tomó asiento, sin dejar entrever sus sentimientos, en un diván estampado, y dejó la carta a su lado.

—Por favor, siéntese. No irá a creer que lo que esa mujer dice es cierto, ¿verdad?

—No me haga perder el tiempo, señora. Usted sabe tanto como yo que la señorita… —Stuart miró a Martha pidiéndole un apellido.

—Lo siento, solo sé que se llama Cora.

—Muy bien, ambos sabemos que Cora no miente. No tendría nada que ganar y mucho que perder.

Martha no fue capaz de mirar al hombre a los ojos, se puso en pie y le dio la espalda para evitar delatar sus pensamientos.

—Conozco el mundo de esa chica, le recuerdo que vengo de allí. —Martha sintió sobre ella los ojos penetrantes del hombre—. Me ha costado mucho salir del lugar donde nací y no daré jamás un paso que pueda apartarme del estatus que mi familia ocupa ahora.

La mujer tragó saliva, el señor Flynn cambió su tono de voz y se acercó tanto a ella que la asustó con su proximidad.

—Esa mujer habla de un embarazo. Soy hombre, y puedo entender que haya engatusado a su hijo, pero también dice en su carta que está dispuesta ir a juicio porque usted la ha despedido, quedándose con su salario y con toda su ropa. Le diré lo que usted va a hacer.

—¡Cómo se atreve a hablarme así! —exclamó Martha con actitud indignada y con la mano en el pecho—. ¿Quién se cree que es?

—Dejémonos de tonterías, mi querida señora, y seamos claros de una vez por todas. A mi familia le preocupa tener una buena posición social, es por alcanzarla por lo que voy a consentir esta farsa de boda y, sobre todo, porque Sophie sí está genuinamente interesada en su hijo. Yo jamás consentiría que mi pequeña fuera infeliz. Este matrimonio es un trueque perfecto, y usted también lo sabe porque ha sido la promotora más fiel y la mayor defensora de este matrimonio. Su familia no tiene dinero…

—¡¿Qué está diciendo?! —exclamó Martha, que se dio la vuelta indignada sin disimular una mueca de desprecio hacia su interlocutor.

—Por favor, no haga aspavientos ni pretenda hacerse la ofendida. Mi tiempo es oro, y no puedo perderlo con usted. Su familia no tiene dinero —afirmó de nuevo—, y me necesitan. No hace falta fingir más, lo he sabido siempre. A cambio, nosotros adquiriremos un mejor posicionamiento social y nos podrán introducir en su círculo. No quiero escándalos, ni que mi hija sufra por ese embarazo, y esa chica parece que está dispuesta a todo.

—Mi esposo es un hombre exitoso. ¡Cómo se atreve a calumniarnos!

—Puede seguir jactándose de los triunfos de su marido, pero sabe igual que yo que es un jugador. Tarde o temprano, los de su clase los someterán al más absoluto desprecio.

Martha fingió llorar y se secó las lágrimas con un pañuelo que sacó de una de las mangas de su vestido verde. Las palabras de Stuart le provocaban una opresión en el pecho que intentó disimular de la mejor forma que pudo.

—Esa Cora siempre con delirios de grandeza, queriéndose equiparar a los de nuestra clase al intentar borrar las barreras que nos separan —cambió de tema.

Stuart Flynn se sintió incómodo cuando la oyó hablar así, y Martha, que se dio cuenta, atenuó el tono para no ofenderlo.

—La acogimos como un miembro más de nuestra familia, le hemos dado un alojamiento digno, manutención y un salario, y así es como nos paga.

—Cora amenaza con querellarse contra los Montgomery, y le aseguro que, si eso pasa, la boda no tendrá lugar. Le repito que nada debe alterar la felicidad de mi hija, y un escándalo así lo

hará, así que páguele lo que le pide y zanje este tema. No quiero que ni mi esposa ni Sophie se enteren de este embrollo.

—Un embarazo incumple claramente sus obligaciones de obediencia y lealtad para con mi familia. Nos traicionó, rompió la fidelidad que nos teníamos, por lo que no puedo seguir otorgándole nuestra protección. Fue su conducta inadecuada la que me obligó a despedirla, y no trataré con una criada deshonesta y escandalosa que quiere forzarme a hacer algo que no me corresponde. Ni siquiera usted puede obligarme a hacerlo.

—Estoy de acuerdo y no pienso obligarla a nada, sin embargo, usted deberá decidir si quiere que la boda entre nuestros hijos siga adelante, porque lo que no voy a consentir es involucrar a mi familia en ningún altercado. Asegúrese de que mantiene la boca cerrada, páguele lo que pide y termine con este asunto lo antes posible si quiere que haya boda, es así de simple.

—No puede decirme lo que tengo que hacer, señor Flynn. La hemos compensado adecuadamente y nuestro trato hacia ella siempre ha sido ejemplar.

—Ya le he expuesto mis condiciones. Tiene que evitar que este asunto llegue a oídos de mi hija y que el alboroto nos salpique. Cora dice que ha sido explotada en esta casa, y yo no quiero verme envuelto en ningún lío entre ustedes. Le advierto que no consentiré que Sophie caiga en una profunda tristeza, o que esta situación la llene de celos, ira o amargura. La boda se celebrará solo si Cora mantiene la boca cerrada. Dele lo que pide y compre su silencio.

—No puedo —dijo Martha con vergüenza, y tragándose el orgullo—. No tengo el dinero.

Stuart Flynn la miró furioso y dudó si hacía lo correcto al emparentar a su única hija con una familia como los Montgomery. Abrió su cartera, sacó unos billetes, que a su juicio eran suficientes, y los puso encima de la mesa frente a Martha.

—Solucione el problema. No quiero volver a oír nada más de esa tal Cora en mi vida. ¡Ah! Y será mejor que mantengamos este asunto entre usted y yo, ni una palabra a mi familia.

El señor Flynn salió de la casa como alma que lleva el diablo, deseaba desprenderse del aire viciado de la biblioteca de los Montgomery, y Martha, profundamente humillada, maldijo el día en que había contratado a Cora en su casa.

18 IN EXTREMIS

1916

James miró su reloj, faltaban dos minutos para que se cumpliera el plazo que el soldado Andrew Walker les había dado. A pesar de buscar por todos los recovecos que se les había ocurrido, no encontraron a Ed. Charlie, incluso, volvió al pueblo por si se le había ocurrido visitar el prostíbulo y hubiera perdido la noción del tiempo. Sin embargo, todos los esfuerzos resultaron inútiles.

Andrew caminaba agitando los brazos con una mueca desencajada en su cara adolescente.

—Es la hora —sentenció—. Venid conmigo, os vais a meter en un problema si me ven aparecer a mí solo. Ya sabéis lo que ocurrió la semana pasada cuando un grupo de los de Sheffield desertaron.

Charlie y James guardaron un silencio sepulcral, y Andrew perdió los nervios.

—Yo fui uno de los que llamaron para que participara en el fusilamiento de mis propios compañeros —gritó—. ¿Es qué no os dais cuenta de que podemos morir?

—¿Lo hiciste? —preguntó James para ganar un poco más de tiempo.

—No pude. Me negué, le dije al capitán que no he venido a la guerra para matar británicos. No me obligaron, pero encontraron a otros con menos escrúpulos, y los soldados fueron fusilados igualmente. No quiero que me ocurra lo mismo, y es exactamente lo que nos va a pasar si no volvemos ya.

—Unos minutos más —suplicó Charlie con el corazón disparado.

—Lo siento —negó Andrew, llorando—, es mi vida o la vuestra, y no voy a arriesgarme.

El chico giró sobre sus talones y dio unos pasos.

—Espera —gritó James—, ahí está.

Ed se acercó a ellos lentamente, su cara reflejaba un sufrimiento espantoso, y James se abrazó a él conteniendo un sollozo que luchaba por salir de su pecho galopante.

—¿Dónde has estado? Nos tenías muy preocupados.

Charlie se acercó a Ed con ira y le lanzó un puñetazo en la cara que lo tiró de espaldas al suelo.

—¿Te has vuelto loco? —gritó James.

—Se lo merece, nos ha puesto a todos en peligro.

—Charlie, ¿cómo puedes hablarle así? —James le tendió la mano y tiró de Ed hacia arriba, que se levantó con el peso del mundo sobre sus hombros.

—Déjalo, James, Charlie tiene razón —dijo con un gesto taciturno y la barbilla temblorosa —. Soy un cobarde, me merezco todo lo que me pase.

—Hablemos por el camino, ya llegamos tarde —los instigó Andrew, que no creía que pudieran librarse de un buen castigo.

El soldado Walker lideró la marcha a través de las trincheras de reserva y las de apoyo hasta llegar a la primera línea de fuego. Caminaron deprisa evitando hundirse en el barro, agachando la cabeza para eludir a los francotiradores y sorteando granadas, cuyo ruido fue en aumento a

medida que se acercaban a su destino final. A pesar de la angustia que habían experimentado, se las ingeniaron para presentarse ante el sargento Jones con solo media hora de retraso.

—¿Qué os ha ocurrido? —gritó el hombre, aunque distinguió el desfallecimiento en la mirada de los muchachos e intentó calmarse para no ser excesivamente severo con ellos.

—Nos hemos quedado dormidos —aseveró James seguro de que el sargento se las haría pagar por su desobediencia.

—¿Los cuatro?

—Sí, los cuatro —afirmó Charlie sin mirar al suboficial a la cara.

El hombre caminó por la trinchera enlodada, llevándose las dos manos entrelazadas a la boca y dando la espalda a los soldados que se mantuvieron en fila detrás de él. Sabía que le mentían, pero eran buenos chicos, en los que se podía confiar, y la guerra ya era lo suficientemente dura como para que él la encalleciera aún más. Estaba seguro de que hubo algún problema en la retaguardia que no querían contarle, pero no quiso indagar. Como el retraso de los muchachos no había llegado al capitán Montgomery, cualquier decisión que tomara dependía solo de él.

—Está bien, hoy haréis doble guardia. Ahora quitaos de mi vista.

Andrew cerró los ojos temblando y mantuvo su formación incluso cuando el sargento ya se había ido.

—¿Lo ves?, te dijimos que no pasaría nada —lo sonsacó Charlie, que le dio una palmada en el hombro en señal de paz.

—Sabes que el sargento no nos ha creído, simplemente es una buena persona. Hemos estado muy cerca, y creo que con la artillería alemana tenemos suficiente, no es necesario que nosotros mismos nos metamos en problemas. No sé qué te pasa, Ed —dijo Andrew, que dirigió su mirada iracunda al soldado Carr—, pero ten cuidado. La deserción puede resultar muy peligrosa, especialmente si arrastras a otros contigo.

—¿Quién ha dicho nada de desertar? —se derrumbó James, que cogió a Andrew por el cuello del uniforme.

La tensión entre los dos se hizo evidente, y Charlie medió para que dejaran de llamar la atención.

—Estáos quietos. El sargento Jones aún podía cambiar de opinión y asignarnos un castigo mayor.

El soldado Walker se deshizo de las manos de James y prefirió no seguir adelante con el tema; resignado y enfadado, se marchó dejando solo a los tres amigos.

La noche se presentó helada y sin estrellas, y los muchachos, que se apresuraron a ocupar sus puestos de vigilancia, tiritaban de frío y miedo. A James le tocó compartir guardia con Ed, que parecía mucho más reservado de lo habitual, mientras otros compañeros se establecieron en sus posiciones cerca de ellos.

—No se ve nada, parece como si el mundo se hubiera roto y solo quedara el vacío de este páramo lleno de muertos —sentenció Knox, que miraba a través del periscopio—. ¿Qué ocurre allí? —se preguntó, de pronto, dirigiendo el aparato hacia su propia trinchera —. No puedo creerlo, Martin se ha vuelto loco.

—¿Qué pasa? —quiso saber Ed, que guiñó los ojos para observar la escena con más precisión.

—Está levantando la mano, quiere que lo hieran. Su compañero trata de detenerlo, pero… — La bala resonó en la oscuridad de la noche, y el grito de dolor de Martin no les cogió de sorpresa.

—Le han dado —dijo James—. Maldito imbécil. Se lo ha provocado él mismo. Un alboroto

rodeó el puesto de vigilancia anexo al de los amigos de Accrington, y Martin fue trasladado a la enfermería con la mano destrozada por el proyectil. James y Ed observaron al compañero del chico herido con admiración. A pesar de haber sido interrogado a viva voz por el sargento Jones sobre lo que le había sucedido a su compañero, el soldado no delató a su camarada, sino que respaldó la historia de que había sido un accidente. Solo cuando las cosas se calmaron y otros soldados ocuparon la línea defensiva de los dos anteriores, Ed se atrevió a hablar en un susurro.

—No es el primero que lo hace —sentenció—. Es una manera de alejarse del frente. No todos tenemos la misma resistencia de aguantar tanto tiempo en estos agujeros hediondos. Al pobre Martin se le agotaría el valor.

De reojo, James miró a Ed a su lado y calibró la posibilidad de iniciar una conversación sobre lo que había sucedido en la retaguardia. Le pareció que era un buen momento y resolvió enfrentarse a su amigo sin envites.

—¿Qué te pasó esta mañana ahí fuera?

La angustia de Ed se podía observar con claridad, las venas le palpitaban en su ancho cuello juvenil. Le devolvió una sonrisa temblorosa a su amigo y escupió el tabaco que hacía poco tiempo había aprendido a mascar.

—¡Habla conmigo, maldita sea! ¿Tienes miedo? —insistió James.

—Estoy cansado. Quiero recuperar la vida de antes de la guerra, volver a Accrington, a la fábrica de ladrillos, y olvidar todo lo que he visto aquí.

James bajó la cabeza, preocupado, Ed estaba más delgado, pálido y sus facciones, antes risueñas, se habían tornado en muecas demacradas y serias.

—¿Pensabas que podrías irte sin más? ¿Que tu ausencia no tendría consecuencias?

—Siento mucho haberos puesto en peligro.

—No es eso lo que he querido decir. Me refería a ti, pueden fusilarte, ya oíste a Andrew.

—¿Y qué más da morir ejecutado o por una bala enemiga? Aquí estamos sentenciados, no saldremos vivos de esto.

—No digas tonterías. Somos jóvenes, fuertes, podremos sobrevivir, solo hay que intentarlo.

—Yo no estoy tan seguro. Dios nos ha abandonado en este erial apartado, y se han abierto las puertas del infierno, que nos tragará en cualquier momento.

El frente retumbaba con el clamor de la guerra, Ed se puso las manos en los oídos, y James sintió pena por su amigo, que se veía quebrado y frágil. Unas voces furtivas en alemán se oyeron en las trincheras enemigas, y ambos se tensaron de momento.

—¿Sabes? —dijo Ed—. No siento odio por esos soldados, siento la misma compasión que tengo por mí mismo y por todos nosotros. Ellos también son víctimas de esta guerra inútil que no nos llevará a nada. Esta mañana pensé que ya había tenido suficiente. Me fui al pueblo con la intención de no regresar jamás, pero pensé en vosotros, estaba seguro de que no me abandonaríais, por eso volví. Soy un cobarde, pero os quiero demasiado.

—No eres un cobarde, Ed —afirmó James con contundencia—. Estamos viviendo una situación extrema, difícil de asimilar, y todos estamos desesperados.

—Pero vosotros no habéis intentado huir.

—Que no te quepa duda de que todos queremos hacerlo, pero no somos tan valientes como para ponerlo en práctica. Conocemos las consecuencias, los castigos ejemplares que dan para mantenernos a raya, y si no ha habido un motín o más fugas es porque tenemos miedo. Tú eres el valiente, Ed, el que quieres poner límites y anteponer tu dignidad a esta sinrazón. Yo también creo que con esta guerra no conseguimos nada, nos están sacrificando y, aunque tengo fe en

volver a casa con vida, de alguna manera, siento que nos han condenado —James hundió la mirada en el suelo—. ¿Puedo pedirte algo?

—Claro que sí.

—Prométeme que no lo intentarás de nuevo. Eres demasiado valioso para todos los que te queremos como para que te expongas de esa manera.

Ed le sonrió con una mueca extraña, y James comprendió que trataba de contener el llanto.

—¿Qué haríamos Charlie y yo sin ti? ¿Qué harían tus padres? Tienes que mantenerte vivo. Prométemelo. El objetivo es alargar nuestras vidas, no acortarlas de golpe.

—No lo volveré a hacer. Te lo juro.

—Bien. De acuerdo.

James devolvió la mirada al horizonte oscuro que se abría frente a él durante un largo rato, la luna iluminaba sin fuerzas la tierra de nadie, y los alemanes, después del incidente con Martin, parecían haberse sosegado. Tras un tiempo callados, James volvió a romper el silencio y se dirigió a Ed, que seguía a su lado sin pestañear.

—Hay una cosa positiva que sí sacaremos de todo esto. —Ed lo miró expectante—. Un sentimiento fraternal más fuerte que nuestra propia vida. Incluso si nos matan, hay una cosa que jamás podrán arrebatarnos, y es la solidaridad que estamos viviendo en las trincheras; aquí nos ayudamos, nos arropamos, compartimos y nos protegemos con la vida si hace falta. Eso es algo que quedará dentro de nosotros pase lo que pase y de lo que podremos sentirnos muy orgullosos siempre.

—Estoy de acuerdo, por eso volví esta mañana. Sin embargo, daría cualquier cosa por poder mitigar el miedo que siento. No me importa reconocerlo. Hasta ahora me habían bastado las ideas religiosas y de lealtad hacia Gran Bretaña que habíamos traído aprendidas desde casa. Después de lo que hemos visto en estos últimos meses, esas ideas ya no son suficientes, y solo me queda un temor constante a la muerte. No me importa que me tachen de antipatriota, es lo que siento.

—No eres el único —afirmó James—. Creo que es un sentimiento compartido. Todos tenemos miedo, preocupaciones, ansiedad, por eso es tan importante que hablemos entre nosotros y que compartamos nuestras sensaciones, así podríamos evitar acciones como la que has intentado hoy. No estás solo.

—Te equivocas, James, no todos somos iguales. Aquí hay hombres como Charlie que no le tienen miedo al peligro, y se ha cubierto de una especie de insensibilidad que lo hace impulsivo y suicida; otros, como tú, que mantienen el temor a raya gracias al entrenamiento militar, aficiones y tienen una voluntad de hierro que consigue controlar sus nervios. Hay un tercer grupo, dentro del que me encuentro; somos los pusilánimes, que solo aguantamos aquí por el deber hacia los amigos o porque nos sentimos observados y obligados. Esa es la realidad de esta guerra, y debemos aceptar en qué categoría nos encontramos cada uno. Han sido tantos los peligros a los que nos hemos enfrentado desde que llegamos a Francia que me imagino a mí mismo como un hombre muerto. Hasta puedo oír la bala que penetra mi pecho y no puedo refrenar el miedo, no solo a mi muerte, sino a cómo vivirán mis padres sin mí, vosotros, mis amigos. Ese pensamiento es un bucle que me atrapa y del que no puedo salir.

—Eso es solo una posibilidad, Ed. Hemos visto morir a tantos compañeros que por eso te sientes así, pero no hay una seguridad absoluta de que no regresarás a casa.

—No es una posibilidad, para mí es una certeza, una realidad. Toma, quiero que me guardes esto.

—¿Qué es?

—Una carta de despedida para mis padres.

—No lo haré, guárdala tú.

—Por favor, James, toma la carta. No les cuentes nunca lo que hemos pasado aquí.

—Tú le podrás contar lo que quieras.

—Hasta ahora, solo les he escrito cosas buenas del frente, para evitarles sufrimiento. No quiero que se preocupen, por eso nunca he entrado en los detalles horribles de esta violencia inútil. Quiero que siga siendo así, prométemelo. —Ed siguió con la carta en su mano extendida, y sus ojos eran tan suplicantes que a James no le quedó más remedio que aceptar lo que su amigo le pedía y meter el sobre en el bolsillo de su chaqueta—. Gracias —dijo el soldado Carr con evidente alivio.

James guardó silencio y volvió a mirar hacia la meseta oscura que se ensanchaba delante de él llena de cadáveres, alambre de espinos y agujeros de metralla. Sabía que Ed tenía razón. Mientras terminaba su guardia, pensó en lo que su amigo le había dicho y concluyó que él no le tenía tanto miedo a las balas, como era el caso de Ed; sin embargo, le aterraba perder la fe en la naturaleza humana, en no creer de nuevo en sí mismo y, sobre todo, no volver a encontrar lo bueno que el mundo podía ofrecerle. Un sentimiento de asfixia se apoderó de James y una urgencia de escribir a casa lo llenó por completo. Las cartas a Hattie y a Cora le servían para desahogarse y mantener la moral alta al pensar en su hogar, ahora escribir no se le antojó un pasatiempo, sino una necesidad de la que se veía incapaz de escapar.

19 DECISIÓN

1916

Martha Montgomery, atemorizada por la amenaza del señor Flynn, se puso en contacto con Cora a través de su abogado, Paul Fox. La chica, a quien ella consideraba una mujerzuela sin escrúpulos, no merecía que se rebajara a volver a hablarle; por lo que le envió un sobre lacrado con el escudo de los Montgomery en el que metió una carta amenazante que el letrado escribió personalmente y el dinero que Stuart Flynn le dio para saldar la deuda con la doncella. Sin dar ninguna clase de explicación, envió a Nina a devolverle un par de vestidos que Cora guardaba con sumo cuidado y que fueron suyos antes de cedérselo a la criada hacía ya unos años.

Martha salió del despacho del señor Fox derrotada, con prisas por regresar a su hogar elegante de clase alta y dejar el turbio asunto de Cora detrás. Lo único que le preocupaba era salir airosa de todo aquel despropósito y que la boda de su hijo se celebrara nada más regresara del frente. El pavor que experimentó el día de la conversación con el padre de Sophie en su biblioteca se había atemperado, pero no así el rencor que sentía hacia Stuart Flynn por haberla amenazado y humillado de una manera tan apabullante. Ahora lo necesitaba, pero, cuando su hijo se casara con Sophie, podrían cambiar las tornas, y ella se encargaría de difamarlo hasta que nadie volviera a invitarlo a ningún evento social en Accrington. Esa sería su venganza, que los Flynn nunca gozaran del prestigio que tanto ansiaban.

El señor Fox se hizo con la dirección de Emily Benson, donde sabían que la doncella se había refugiado y a dónde llevó en persona la carta sin remitente. Esa noche, Cora regresó antes que Emily, que había asistido a una de sus reuniones sufragistas. El letrado echó la misiva por debajo de la puerta y, al entrar, Cora pudo leer en una pulcra ortografía su nombre estampado en el sobre que descansaba en el suelo. La cogió con manos temblorosas. ¿Quién podría saber que vivía allí? Observó la carta con detenimiento y la abrió con calma, evitando romperla. Lo primero que le llamó la atención fue el número de billetes que contenía el sobre. No era una cantidad excesivamente elevada; sin embargo, con su escueto sueldo, le hubiera costado mucho tiempo poder ahorrarla. Sacó la nota escrita con la misma escritura de trazos finos y fuertes y la leyó con interés.

Tras el recibo de este dinero y el envío de sus pertenencias, que le llegarán a esta misma dirección mañana por la mañana, toda relación entre usted y la familia Montgomery queda rescindida, por lo que le sugerimos que no contacte a ninguno de sus miembros ni a los de la familia Flynn si quiere evitar graves consecuencias. No pondremos objeción para que finalice su problema; sin embargo, debe hacerlo fuera de Accrington y evitar calumniar a toda costa con mentiras maliciosas al capitán Philip Montgomery. Si no se atiene a estas exigencias, la denunciaremos por difamación.

La carta estaba firmada por el bufete de abogados de los famosos hermanos Fox. Cora arrugó el papel y lo mantuvo en el puño antes de tirarlo al suelo llena de ira. La amenaza que ella misma inició había surtido efecto, ya que la familia aceptaba pagarle, incluso más de lo que en realidad le debía, y le iban a devolver sus vestidos, pero no consiguió la ruptura del compromiso entre el capitán y Sophie Flynn. Al menos, en la carta no se mencionaba nada acerca de ese

asunto. Sentía como si la que hubiera perdido en esa guerra fuera ella y no los Montgomery. Philip no había tratado de contactarla, y Martha se la quitaba de encima como a un insecto molesto antes de que se atreviese a picar.

Cora se dejó caer al suelo llorando, se había hecho ilusiones con qué algún día pudiera tener a Philip a su lado. Ahora veía con claridad lo estúpida que había sido. Estaba furiosa y dolida, pero en su interior siempre había sabido que esa unión era imposible, por eso dejó que la historia con James llegara tan lejos. Miró la carta con odio y se convenció de que, sin duda, debía seguir adelante con la relación que mantenía con el soldado, aunque antes tendría que ocuparse del problema que el capitán le había regalado.

Si se hubiera acostado con James antes de su partida al frente, hubiera sido más fácil ocultar la verdad, pero no había sido el caso, por lo que solo le quedaba una opción si quería seguir adelante con la farsa. Se tocó el incipiente vientre, y pensó en el niño que llevaba dentro. ¿Qué pasaría si decidiera quedárselo? Pronto apartó esa idea de su cabeza. Una mujer soltera con un bebé, lo más probable era que la echaran de la fábrica de municiones, incluso si conseguía mantener su trabajo, ¿quién cuidaría del niño? ¿dónde vivirían? Su sueldo no era suficiente ni para ella misma; sería imposible estirarlo para criar a un bebé. Cora se levantó del suelo y recogió la carta, no quería que Emily la encontrase ni que sospechara nada. Se sentó en una silla destartalada que había en la cocina y trató de dibujar un plan en su mente. Tenía la opción de buscar a un médico clandestino que le practicara un aborto, pero no conocía a nadie, ni siquiera sabía a quién dirigirse con un tema tan delicado. Si se decidía a hacer algo así, tendría que ser con un doctor o matrona fuera de Accrington. Además, no creía que nadie hiciera ese tipo de prácticas en su ciudad. Se planteó el escribirle a Hattie, decirle que el bebé era de su hermano…, pero le pareció una idea absurda y la abandonó rápidamente. Tal vez, Emily podría ayudarla, tenía muchos contactos a través de la Unión Social y Política de Mujeres. Ellas no la juzgarían, y sería lo más seguro, pero si Emily decidía contarle todo a James, sabría que se había acostado con otro hombre y se arriesgaba a perderlo, y no estaba dispuesta a exponerse. Cora se preparó una taza de té, y pensó con la vista perdida en un punto fijo hasta que el pálido líquido se quedó frío. Después de un buen rato, encontró una solución, pero tenía que reunir las fuerzas para llevarla a cabo.

A Cora, la tarde le había resultado incómoda, tenía frío y decidió acostarse temprano. Emily no llegaría hasta más tarde, y no quiso esperarla, no tanto porque tuviese sueño o estuviese cansada, sino para evitar cualquier conversación que pudiera delatarla. Había resuelto llevar a cabo su plan al día siguiente, se le empezaba a notar el embarazo y no podía aplazarlo por más tiempo. Se tumbó en la cama vestida e intentó recordar lo que le había oído decir a Heather en casa de los Montgomery sobre lo ocurrido a una chica de Downham. La muchacha se había autoinducido un aborto y, a pesar del riesgo que supuso para ella, sobrevivió al llevar a cabo una técnica infalible que siempre funcionaba. Heather les había dado detalles de cómo la chica llevó a cabo el procedimiento hasta que fueron sorprendidas por la señora Smith, que les recriminó que hablaran de cosas tan íntimas y prohibidas en una casa decente.

Cora llevaba dos semanas intentando deshacerse del bebé, levantando más peso del recomendado en mujeres en su estado, se había masajeado el abdomen con fuerza, e, incluso, había consumido canela, semillas de zanahoria, infusiones de azafrán y había introducido en su vagina tallos de perejil y berzas que decían eran perjudiciales para las embarazadas. Sin embargo, nada había funcionado. Pensó en tragarse algunas pastillas, pero no sabía cuáles podrían funcionar ni qué dosis debía tomar para no poner en peligro su vida, por lo que, después

de darle muchas vueltas, se decidió por el método que Heather les contó una tarde lluviosa en la cocina de los Montgomery.

Cora era ambiciosa, no permitiría que un error arruinara su vida, y el aborto era la única solución para evitar el estigma social de criar sola a un niño condenado a la marginalidad. Se puso el camisón y se metió en la cama que compartía con Emily preocupada y deseando que aquella pesadilla terminase lo antes posible. Desde que se instaló en esa casa, tuvo mucho cuidado de cambiarse de ropa en la oscuridad y dormir siempre dándole la espalda a Emily para que no advirtiese que su vientre se estaba abultando por día.

Se quedó un tiempo mirando al techo, no podía conciliar el sueño e, incluso, oyó llegar a Emily, que se quitó los tacones para evitar despertarla cuando entró en la habitación. Cora se hizo la dormida, no tenía ganas de hablar, su cabeza era un hervidero de pensamientos desordenados que temía que Emily descubriera. La chica se puso el camisón, se metió en la cama sin hacer ruido y se durmió al rato. Cora, por el contrario, no pudo pegar ojo y visualizó en su mente, una y otra vez, las posibilidades de éxito o fracaso de su plan.

Por la mañana, Emily se levantó temprano, la sirena de la fábrica sonaba a las seis, y tenían un largo trecho que caminar hasta llegar allí. Cora no se movió.

—Vamos, date prisa, perezosa, llegaremos tarde.

—Lo siento, no me encuentro bien. Creo que he comido algo en mal estado y tengo nauseas.

—Acabas de empezar a trabajar, deberías hacer un esfuerzo. No creo que al jefe le guste que faltes tan pronto.

—Tienes razón —dijo, y fingió una arcada con la cabeza sobre la escupidera que había al lado de la cama—, pero en estas circunstancias ya ves que no puedo ir. Si me mejoro, me presentaré en la fábrica sin demora, te lo prometo. Lo último que quiero es crearte problemas —añadió.

Emily la miró sopesando si Cora le decía la verdad, pero no logró dilucidar nada que contradijera a la muchacha.

—Hoy intentaré no decirle nada al señor Newman, te cubriré, pero tendrás que trabajar mañana, de lo contrario, te descubrirá.

Cora aparentó toser con violencia.

—Gracias, te debo una, mañana estaré allí como un clavo.

Emily terminó de vestirse, se despidió desde el dintel de la puerta del dormitorio y se marchó con prisas para empezar su turno. Cora se apresuró a levantarse de la cama y, a través de la ventana, vio cómo su amiga se alejaba calle abajo. Cuando la perdió de vista, respiró profundo e intentó tranquilizarse, esa era la señal para que las ruedas del engranaje se pusieran en marcha, y ya no había manera de retroceder. La decisión estaba tomada. Cuanto antes acabara con el aborto, mejor. No sabía cuánto tiempo le llevaría la recuperación, de eso Heather no había dicho nada, pero le pidió a Dios estar lo suficientemente recuperada para poder incorporarse al trabajo al día siguiente sin que nadie sospechara nada.

Se apartó de la ventana y preparó lo que iba a necesitar. Aún con el camisón puesto, se tumbó en el suelo del dormitorio y mordió un trozo de cuero que había conseguido para la ocasión. Si el dolor era más intenso de lo que pensaba, el pellejo amortizaría sus gritos. Antes se quitó la ropa interior y le echó un chorreón de *whisky* a la aguja de punto que había guardado para su objetivo. Respiró profundo y pensó en Philip, lo maldijo por lo que la estaba obligando a hacer, y sin más dilaciones, introdujo el filamento en su vagina con decisión y profundidad. El dolor fue tan intenso que ni siquiera el cuero pudo mitigar los aullidos, y perdió el conocimiento

al mismo tiempo que la vida se le escapaba en un reguero de sangre que teñía de rojo el suelo enladrillado de la habitación de Emily Benson.

20 DARKO

EJÉRCITO SERBIO, 1916

Cuando Darko Matić tenía apenas dieciocho años, entró a formar parte de la organización Joven Bosnia a favor de una gran Serbia. Había sido un muchacho enclenque y pequeño, no obstante, de brillante inteligencia, por lo que, gracias al gran sacrificio de sus padres, logró salir de su pueblo natal y estudiar en Sarajevo. Allí se encontró una ciudad provinciana y atrasada, pero a la vez, apacible, romántica y que bullía de un nacionalismo efervescente.

Darko soñó, como otros miembros de su generación, con la creación de una Gran Serbia tras la independencia del país de Estambul, e imaginaba la creación de una patria para los eslavos del sur que habían quedado desperdigados por Europa tras la ruptura del Imperio Otomano. Fueron sus sentimientos nacionalistas los que lo llevaron hasta Belgrado, la ciudad más inflamada de independentismo, y decidió abandonar la organización Joven Serbia para unirse a otra mucho más radical: La Mano Negra.

Darko disparaba al enemigo austríaco con Hattie a su lado, hacía un mes que habían iniciado una relación secreta, no es que a ninguno de los dos les importase que su amor se hiciera público, pero querían evitar cualquier consecuencia marcial o que los separasen confiriéndoles destinos diferentes. No eran una pareja al uso, su relación se basaba en estrategias militares y protección mutua fuera y dentro del campo de batalla más que en besos, abrazos y muestras de afecto. Antes de llegar a su destino final, las trincheras entre la vegetación y las montañas macedonias, tuvieron la oportunidad de conocerse en profundidad. Siempre andaban juntos y aprovechaban cada minuto en los que no estaban envueltos en escaramuzas y combates para contarse sus vidas. Incluso pudieron hacer el amor un par de veces escondidos de las miradas de sus compañeros mientras estaban acampados en los alrededores del valle del río Vardar.

Desde que la guerra en Serbia se convirtió en una de trincheras como ocurría en el frente occidental, ya no tuvieron más libertad para besarse, buscar sus cuerpos con ansias ni robarse abrazos furtivos. Sin embargo, se consolaban con la compañía mutua y las conversaciones que se alargaban hasta el amanecer cuando coincidían en turnos de guardia.

—La noche está apacible —dijo Darko, que acariciaba con el dorso de la mano la cara de Hattie que vigilaba a su lado—. Me gustaría poder besarte y gritarles a todos que estoy enamorado de ti.

La muchacha sonrió satisfecha. Nunca había experimentado ese sentimiento nuevo donde su corazón se hinchaba hasta el punto de hacerla creer que explotaría en cualquier momento. Estaba segura de que eso debía de ser amor verdadero y se sintió feliz de tener a Darko a su lado.

—Ojalá nos hubiéramos conocido en otras circunstancias —añadió el chico—, en un lugar entre Serbia e Inglaterra donde pudiéramos pasear cogidos de la mano sin ocultarnos de nada ni de nadie. No quiero que nuestro amor esté condenado al fracaso, y esta guerra lo somete a un peligro constante que me aterroriza.

—Pues yo creo que el destino de las personas está echado y que tenía que ser aquí y ahora donde se entrelazaran nuestras vidas. Era inevitable.

—Antes yo no tenía miedo —masculló Darko, que miraba fijamente por encima del parapeto.

—¿Y ahora lo tienes? —preguntó Hattie sorprendida de la confesión del muchacho que siempre demostró ser un hombre arrojado que no se amilanaba ante nada.

—Sí, pero no por mí, por ti. No quiero perderte, aunque jamás te pediría que volvieras a Inglaterra o no participaras en la guerra. No obstante, desde que te conocí, no dejo de pensar que esta guerra es culpa mía, y que si te ocurriera algo, no me lo perdonaría jamás.

—¿Qué dices, Darko? ¿Cómo que la guerra es culpa tuya?

—Te he contado muchas cosas sobre mí, pero no lo que ocurrió en Sarajevo cuando formaba parte de la Mano Negra.

La noche era tranquila, casi placentera, los austrohúgaros debían de estar tan agotados como los serbios porque en el páramo que compartían separados por alambradas solo se oían algunos disparos dispersos y silencio; reinaba la calma.

—En la organización, casi todos éramos jóvenes menores de veinte años —continuó Darko —, idealistas llenos de pasión nacionalista. Queríamos hacer algo que dejara huella para lograr crear la gran nación Serbia en la que creíamos, y se nos ocurrió que un atentado terrorista llamaría la atención del mundo y tomarían en serio nuestras reclamaciones.

Hattie lo dejó hablar y observó, con desconcierto, como las lágrimas del muchacho se desbordaron de sus ojos oscuros.

—¡Desearía no haber participado en aquella locura! —sentenció con culpabilidad.

—¿De qué locura hablas? —preguntó la chica vigilando la tierra de nadie que terminaba en las zanjas enemigas.

—Hablo del atentado al archiduque Francisco Fernando, del principio de esta realidad sucia y amarga.

Hattie lo contempló, enamorada, Darko estaba delgado, no obstante, a pesar de su barba descuidada y los ojos hundidos, le parecía atractivo y cautivador. Intuyó que necesitaba desahogarse y le cogió la mano para animarlo a seguir con su discurso.

—Conocí a Gavrilo Princip en la organización.

—¿El autor del atentado? —Ese nombre captó la atención de Hattie.

—Exacto, a pesar de ser menor que yo, es un apasionado del nacionalismo serbio. Todos creíamos actuar en justicia y estar en poder de la razón frente al Imperio Austro Húngaro que nos flagelaba. Cuando nos enteramos de que el heredero a la corona visitaría Sarajevo en junio de 1914, lo tomamos como una señal para actuar.

—¿Te refieres a qué participaste en el atentado del archiduque?

—Sí, eres la primera persona a la que se lo he dicho. Después de aquello, preferí dejar la Mano Negra, a pesar de que mis sentimientos nacionalistas no han cambiado. Sin embargo, ahora creo que se puede luchar de otra manera, no con atentados terroristas.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Hattie, que intuyó en la mirada de Darko un desfallecimiento que le llegó al corazón.

—Se había publicado en la prensa el itinerario de la comitiva, nos fue fácil organizar un plan donde seis de nosotros ocuparíamos diferentes puestos en la avenida Appel contigua al río. Íbamos cargados con pistolas y bombas. Si el primero de nosotros fallaba el atentado, el segundo podía intentarlo de nuevo, y así sucesivamente.

—El ataque a Francisco Fernando fue solo el detonante de esta contienda, estoy segura de que la guerra no se hubiera podido evitar, con o sin el atentado. El mundo que conocíamos estaba

viciado y tenía que cambiar de alguna manera.

—Tal vez, pero nosotros aceleramos ese cambio, y ahora tú estás aquí combatiendo conmigo y desearía volver en el tiempo para poder evitar lo que ocurrió —Darko se puso la mano en la frente y empezó a narrar lo sucedido en el atentado. Su apasionamiento era tan grande que a Hattie le pareció que, en su mente, había regresado al día del incidente, al preciso momento donde atacaron en Sarajevo.

»El primer compañero encargado de tirar una granada no la sacó a tiempo, según me contaron después, y no ocurrió nada. Yo era el segundo. Cuando la comitiva llegó hasta donde yo estaba apostado, me acobardé y no pude actuar. Hacía poco que pertenecía a la organización y no estaba preparado. El tercero del equipo lanzó una bomba que alcanzó a otro coche, y fue cuando se organizó el caos. Si el archiduque y su esposa se hubieran marchado de la ciudad en ese instante, no les hubiera pasado nada, pero decidieron quedarse. Yo quería una gran Serbia libre, pero no a costa de esta guerra. Me siento culpable por tantas personas movilizadas en frentes paralizados y, sobre todo, por los miles de muertos que llevo en mi conciencia.

—Darko, yo no digo que el atentado estuviera bien, pero tú no declaraste la guerra, fue Austria Hungría quien la declaró a Serbia. Tampoco tuviste la culpa de que el emperador no tuviera en cuenta las posibles consecuencias internacionales ni el sistema de alianzas de los países. Creo que Maximiliano creyó que las demás potencias permanecerían al margen y no harían nada, por eso declaró la guerra. No debes juzgarte tan duramente.

—Cuando no pude ejecutar el plan —continuó Darko sin escuchar a Hattie—, me di cuenta de que estaba equivocado, de que un atentado no era la manera de conseguir la unión de los eslavos, y me fui de la avenida colmada de policías que protegían a la comitiva hasta el ayuntamiento. Mis compañeros también se dispersaron.

—Y si os fuisteis, ¿por qué mataron al archiduque?

—No lo presencié, me lo contaron más tarde, pero Gavrilo, frustrado, se fue a una tienda cerca de la avenida Apple para comer algo. Francisco Fernando insistió en ir al hospital para ver a los heridos del atentado, y aunque cambiaron de itinerario, no informaron a los chóferes del cortejo. Cuando el gobernador, que viajaba con el archiduque y su esposa Sofía, se dio cuenta de que el coche seguía la misma ruta, ordenó que diera la vuelta, así fue como Gavrilo se encontró parado ante sí el vehículo del heredero. Me contaron que disparó sin mirar, pero las balas alcanzaron a Francisco Fernando y su esposa, que murieron poco después.

Darko estaba muy alterado, sus ojos eran un pozo de tristeza y culpabilidad, y Hattie sintió una profunda pena por él. De repente, los disparos rompieron el silencio de la noche, y una granada se abrió paso entre las trincheras alojándose en una de las paredes enlodadas del agujero. Darko no tuvo tiempo de cubrir a Hattie con su cuerpo, el proyectil explotó cerca de ellos, y vio cómo otros compañeros saltaban por los aires dejando un reguero de sangre y extremidades en el profundo hoyo que el obús había provocado. La confusión se hizo patente en medio de los gritos de los soldados, que se apresuraban en empuñar las bayonetas para abatir a los austríacos que habían incursionado en sus trincheras.

Sin apartar la vista del enemigo, Hattie buscó a Darko tanteando con las manos la oquedad.

—Darko, ¿dónde estás? Contéstame.

No hubo respuesta. Recorrió con la mirada lo que quedaba en pie de la trinchera; no lo vio, el caos era brutal. Los austrohúngaros remataban a los serbios que con fiereza se revolvían y les plantaban cara.

—Darko —gritó.

El chico había desaparecido, a pesar de que hacía un momento estaba luchando a su lado.

Hattie no notó el dolor de inmediato, solo la sangre que manchaba su uniforme le confirmó que le habían dado y sintió cómo las fuerzas la abandonaban, trastabilló y cayó al suelo, enlodado.

—Darko —susurró esa vez.

Extendió el brazo para buscarlo, el obús había dejado un gran agujero desprotegiendo a los soldados, y comprendió que la situación era grave. Intentó incorporarse y ponerse a cubierto, pero las heridas se lo impidieron, obligándola a permanecer en la posición en la que estaba. Cerró los ojos, derrotada, y con el último aliento que le quedaba, le habló a la noche estrellada.

—Darko, te quiero —masculló una vez más antes de que la negrura se lo tragara todo en la zanja hedionda de Macedonia, donde un proyectil austríaco la había alcanzado.

21 SECRETO

MARZO DE 1916

Emily se abrochó el abrigo verde en la cintura, hacía frío, y con paso apresurado se dirigió a la fábrica. Ya estaba llegando cuando, de repente, se paró en seco. Le había prometido a Grace que esa misma noche, tras el trabajo, asistirían a una asamblea de la Unión Social y Política de las Mujeres y había olvidado unos papeles que debía entregar en la oficina de propaganda del movimiento.

Las cosas se habían calmado desde el estallido de la guerra en la organización feminista. Justo antes del conflicto, Emily, Hattie, Grace y muchas sufragistas más acudieron a discursos electorales por parte de políticos a los que interrumpían con gritos exigiendo el voto para la mujer. Usaron carteles y megáfonos para hacerse oír, incendiaron edificios, vagones, dañaron obras de arte, participaron en el corte de cables de telégrafos y hasta llevaron a cabo huelgas de hambre. Con la guerra, la situación había cambiado y, aunque seguían con la lucha, concedieron su apoyo al ejército británico e hicieron patente a través de su trabajo la importante labor que las mujeres llevaban a cabo en ausencia de los hombres. La mayoría de las sufragistas estaban convencidas de que eran ellas las que hacían que el país siguiera funcionando.

Emily no podía creer que se hubiera olvidado los documentos y se debatió entre volver a su casa para recogerlos o continuar su camino hasta la fábrica. El reloj de la torre le aseguraba que aún le faltaban quince minutos para empezar su turno, pero no estaba segura de si serían suficientes para deshacer el camino y llegar a tiempo. Los papeles eran importantes, así que no le dio más vueltas. Con un mohín de fastidio, volvió sobre sus pasos, y corriendo, regresó por donde había venido, maldiciendo su mala cabeza. Llegó a su casa agitada, con el corazón desbocado, que luchaba por salírsele del pecho, y abrió con la llave que, por un segundo, se quedó trabada en la cerradura.

—¿Dónde demonios he dejado esos papeles? —se preguntó, enfadada—. Cora, no te asustes, soy yo, se me ha olvidado algo. Me voy enseguida, nada más pueda desenganchar esta maldita llave y encontrar lo que he venido a buscar.

La muchacha no respondió.

—Cora, ¿estás dormida?

Emily logró liberar la llave y entró agitada en su diminuto salón; sobre la mesa reposaban los papeles olvidados.

—Aquí estáis, malditos —murmuró, y tomó las cuartillas con una sola mano—. Cora, no te molesto más, me marcho, llego tarde.

Emily se dirigió de nuevo a la puerta, pero antes de cerrarla, tuvo un mal presentimiento. La casa era muy pequeña, era totalmente imposible que Cora no la hubiera oído entrar.

—¿Estás bien? —preguntó con una mano en el dintel y la otra en el pomo de la puerta.

Cora siguió en silencio. Si hubiese estado dormida, ya la hubiera despertado con sus gritos, pensó Emily, que se dirigió con miedo al único dormitorio donde había dejado a su amiga solo unos minutos antes.

—Cor…

Las palabras quedaron prendidas a su garganta, suspendidas en el aire. El charco de sangre donde reposaba la chica, de un rojo brillante y aterrador, envolvía su vientre y sus piernas. Emily no pudo evitar un grito y se arrodilló junto a ella, poniendo su oído junto a la boca de Cora para comprobar que aún estaba viva. Su respiración era muy tenue, casi un suspiro, pero se percibía sin ningún género de dudas. A Emily se le olvidó su turno en la fábrica y los papeles que, manchados de la sangre de Cora, permanecían desperdigados alrededor de la muchacha. Horrorizada, intentó pensar con rapidez; tenía que buscar ayuda y parar la hemorragia. Observó a la muchacha para comprobar de dónde salía tanta sangre, y no tardó mucho en adivinar que venía de su entrepierna, donde aún quedaba clavada una aguja de hacer punto. Emily se puso las dos manos en la boca. «¿Por qué no has acudido a mí?», se preguntó completamente hundida. Con cuidado, sacó la aguja de las entrañas de Cora, que estaba helada, y puso dentro de su vagina una toalla para evitar que saliera más sangre. La cubrió con una manta y salió a la calle como alma que lleva el diablo, rezando para que siguiera viva cuando regresara.

No conocía a ningún médico de confianza, pero sí a una matrona, ya mayor, que había asistido al parto de la mayoría de las mujeres de la calle. Gloria Streep era también de carácter liberal y, aunque no pertenecía a ninguna organización sufragista, la había oído apoyar el voto femenino. A pesar de todo, Emily no sabía si la denunciaría cuando le dijera que Cora había intentado provocarse un aborto, pero resolvió que ya pensaría en eso más tarde, Cora no tenía tiempo.

Con la cara desencajada, tocó al timbre de casa de Gloria esperando con toda su alma que se encontrase allí. Una chica robusta con un cuidado delantal blanco la recibió en la puerta. Era Diane, la ayudante de Gloria. Emily pensó que, si no podía convencer a la matrona para que la ayudara, arrastraría a la joven hasta su casa, aunque fuera lo último que hiciera en su vida.

—¿Está la señora Streep? —preguntó de manera azorada.

—Está preparándose para atender un parto.

—¡Oh! No, no, no, no… Tiene que venir conmigo ahora mismo. Es una emergencia.

—Lo siento, tendrás que buscar a otra comadrona. —Emily apartó a Diane de un empujón y entró en la casa a trompicones.

—¿Gloria? ¿Gloria Streep? —gritó enérgicamente.

La mujer salió desconcertada de una de las habitaciones, sorprendida por el griterío que había en su casa.

—¿Qué sucede? ¿Qué pasa, Diane? —Emily no dejó hablar a la protegida de Gloria.

—Tiene que venir conmigo, es cuestión de vida o muerte. —La mujer no tuvo que preguntar nada más para entender la gravedad de la situación que se veía reflejada en la cara descompuesta de Emily.

—Está bien. Tendrás que encargarte tú del parto de la señora Hoffman —ordenó Gloria a Diane, a la que se le demudó el semblante y protestó al oír esas palabras.

—¡¿Yo?! Pero… no estoy preparada, no sabré hacerlo.

—Lo harás perfectamente —la tranquilizó la partera mientras se preparaba y cogía un maletín de cuero con sus herramientas—. Me lo has visto hacer cientos de veces, estarás bien.

La muchacha, una adolescente de unos quince años, intentó aguantar el llanto delante de su maestra, pero no pudo evitar temblar como una hoja otoñal cuando la vio abandonar la casa con Emily.

—Diane, no olvides tu maletín —le pidió antes de cerrar la puerta—. Y date prisa, que los niños no suelen esperar.

Por el camino, Gloria no preguntó nada, su carrera como matrona era tan extensa que pudo intuir de qué se trataba la emergencia. Si estaba en lo cierto, incluso podía ser ya demasiado tarde. Entraron en casa de Emily atropelladas, la muchacha se había asegurado de dejar la puerta entreabierta para evitar que de nuevo se atrancara la llave. Cuando llegaron al dormitorio, Gloria estudió la situación que tenía delante de ella con pena, pero lejos de amedrantarse, ordenó a Emily que hirviera agua y le trajera sábanas y toallas. Se apostó junto a Cora y percibió su respiración pausada, casi ausente, y un pulso tan débil que Gloria se temió lo peor.

—Está viva —gritó para que la escuchara Emily, que ya volvía junto a Gloria con lo que le había pedido.

—Aquí tiene —dijo Emily sin saber qué hacer.

La matrona la agarró del brazo con autoridad.

—Quédate, necesitaré tu ayuda.

—¿Podrá salvarla?

—No lo sé, pero te juro que voy a intentarlo.

Después de varias horas de carreras en las que Gloria se temió lo peor, Cora pudo finalmente descansar en la cama. Emily y la partera salieron al salón, extenuadas, limpiándose la sangre de las manos, sin hablar. La primera apoyó los codos en la mesa y dejó caer la cabeza sobre los brazos, la segunda se quitó los manguitos blancos de su uniforme, se apartó el pelo de la cara sudorosa y se dejó caer en otra silla, masajeándose el cuello.

—¿Vivirá? —susurró Emily superada por los acontecimientos.

—Aún es pronto para saberlo. Puede que le vuelva la hemorragia o que contraiga una infección. Los abortos clandestinos no solo provocan la muerte del feto, sino que la mayoría de las veces también dejan lesiones y graves secuelas en las mujeres. No creo que Cora pueda volver a tener hijos, aunque eso lo tendrá que determinar un médico. Conozco a uno que tendrá que visitar, yo no puedo hacer más.

—Pero… ¿es seguro?

—Tranquila, el doctor Fleming es de confianza, con él estaréis a salvo, no os denunciará.

Emily hundió la mirada en el suelo y pensó en James mientras lanzaba un profundo suspiro al aire. Cora no le había dicho que el capitán Montgomery la hubiese violado, por lo que dedujo que el bebé sería del joven Knox. Sabía que al muchacho le gustaban los niños y que siempre había soñado con tener una familia numerosa. ¿Por qué se le habría ocurrido a Cora hacer una cosa así? ¡James la quería! Emily estaba segura de que no le hubiera importado saber que iba a ser padre, se hubiera hecho cargo de Cora sin ninguna duda.

—Siento mucho que la haya involucrado en un asunto tan turbio —susurró Emily volviendo a la realidad—, aunque le agradezco mucho que nos haya ayudado. Ahora haga lo que tenga que hacer. Lo comprenderé.

—No puedo informar, si es a eso a lo que te refieres. Las penas en los procesos abortivos están contempladas no solo para las madres sino para todos los que participen en la práctica. Las autoridades nunca creerían que no he tenido nada que ver con todo esto, perdería mi licencia y acabaría en la cárcel. Además, no lo hago solo por eso, creo en los derechos de la mujer, y el aborto me parece uno de ellos. He visto demasiados niños malviviendo en la miseria para acabar muriendo de hambre, frío o descuido de sus propios padres. Una mujer debería poder elegir.

—Sabía que no me equivocaba con usted —dijo Emily, que se abrazó a Gloria con ternura.

—Te prometo que por mí nadie sabrá lo que ha ocurrido.

—Gracias —masculló la joven, que se secó las lágrimas con alivio—. Espero que la vida de

tu amiga no corra peligro, ha debido de estar muy desesperada para hacer esa barbaridad que casi acaba con ella.

—Tendremos que esperar para ver cómo va pasando el día. Los abortos mecánicos son sumamente peligrosos. En la mayoría de los casos, la aguja provoca la perforación del saco y también del útero, de ahí la gran hemorragia. Eso es lo que le ha ocurrido a Cora. He intentado asegurarme de que no quede ningún resto de tejido que derive en una infección, o incluso en la muerte, pero no podremos estar seguras de que lo hemos conseguido hasta dentro de unos días. De momento, lo que necesita es mucho reposo, no podrá trabajar en semanas, y volver a una vida normal depende de cómo sea su recuperación. Bueno, ahora debo irme, tal vez, llegue a tiempo al parto de la señora Hoffman antes de que a Diane le dé una apoplejía.

Emily sonrió limpiamente y volvió a abrazar a Gloria con agradecimiento.

—Tome —ofreció la chica, sacando unas monedas de su monedero ajado.

—No me ofendas, por favor, entre nosotras tenemos que ayudarnos. Guarda ese dinero para medicinas, las necesitará.

Emily aceptó la oferta de la matrona y la dejó ir, orgullosa de que existiesen mujeres como esa, a la que no le importaba exponerse para ayudar a otra mujer.

Se acercó a la habitación donde descansaba Cora con una tez tan lívida como la nieve, y la observó con profunda preocupación. Emily apretó los labios y se retorció las manos, intranquila. Sabía que la chica aún no estaba a salvo y sintió mucha pena. La muchacha pareció advertir su presencia porque se removió en la cama. Emily se acercó a ella un poco más y, con cuidado, le cogió las manos entre las suyas. Le pareció que Cora estaba muy débil. La joven carraspeó y quiso decir algo, pero no logró pronunciar ni una palabra, y Emily tuvo que tranquilizarla con cariño.

—Shhh… Descansa, todo está bien. Estás a salvo.

Cora insistió, inquieta. Emily puso el oído cerca de su boca para tratar de entender qué pretendía decirle.

—No le digas nada a James ni a Hattie. Prométemelo.

La sufragista la miró sorprendida. No entendía por qué habría que ocultarle el aborto al padre de la criatura, sin embargo, no estaba claro que Cora fuera a sobrevivir, y no quería ser ella quien la contradijera. Se le había pasado por la cabeza escribir a Hattie para ponerla al corriente de lo sucedido, al fin y al cabo, el bebé hubiera sido su sobrino, pero tras aquella súplica de Cora, prefirió esperar.

Emily besó con suavidad la mano de su amiga, le acomodó las almohadas lo mejor que pudo, y con dulzura, le susurró en el oído:

—Está bien, no diré nada. Será nuestro secreto.

22 HOSPITAL DE CAMPAÑA

1916

Tras la dura batalla del Somme, James despertó tumbado en una cama de sábanas blancas rodeado de cientos de soldados de edad parecida a la suya. Tenía la boca pastosa, le dolía la cabeza y, a pesar de que lo intentó con todas sus fuerzas, no pudo abrir los ojos de párpados pesados. Se sentía mareado, y una arcada amarga llegó de manera inesperada a su garganta que logró contener en el último momento.

—¿Cómo se encuentra?

La voz que le hablaba era dulce y femenina, pero no pudo determinar a quién pertenecía. Se removió en la cama e intentó incorporarse, enarcó las cejas y logró que le respondiera uno de sus ojos, que parpadeó acomodándose a la luz. Se llevó la mano a la cara y, mareado, comprobó que estaba completamente vendada, solo su ojo izquierdo quedaba fuera de las gasas en las que también habían dejado un agujero que le permitía respirar por la boca.

Su visión turbia y distorsionada advirtió a una enfermera que lo observaba con cara satisfecha. James miró a su alrededor; la sala rectangular albergaba catres con jóvenes qué, como él, yacían delgados, demacrados y vencidos. No pudo discernir si conocía a alguno de ellos, la mayoría ocultaban sus heridas tras vendas y apósitos, y otros exhibían unos ojos tan abiertos que rayaban la locura. Intentó levantarse de nuevo, un dolor lacerante en la cabeza lo paralizó, y lanzó un bufido de frustración mientras dejaba caer su peso sobre uno de sus codos.

—Por favor, no se incorpore. Se puede hacer daño —aseveró la suave voz femenina.

La enfermera, una chica inglesa de cabellos rebelde y sonrisa dulce, se acercó a él y lo obligó a tumbarse de nuevo.

—¿Dónde estoy? —preguntó James, que se llevó las manos a la cara vendada—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde están mis amigos?

—Todo a su debido tiempo, soldado, ahora debe descansar —dijo la joven mientras le metía los brazos de nuevo bajo las sábanas.

La chica aleteó la mano llamando la atención de uno de los médicos que trabajaba sin cuartel en el hospital de campaña que se había instalado solo a quince kilómetros de la orilla del río Somme.

—Doctor, el soldado Knox ha despertado. Creo que debe ser usted quien le dé la noticia.

—Está bien, Nancy, iré en cuanto pueda.

El doctor Hoover, un hombre joven de naturaleza atlética, daba órdenes al personal de la sala para que se dieran prisa en su trabajo, mientras atendía a pacientes con heridas de todo tipo. Tenía la cara arrebolada, y el sudor le resbalaba por las mejillas angulosas, no obstante, y a pesar de estar ocupado, derrochaba amabilidad con los pacientes, que agradecían su gesto con sonrisas desganadas. Al cabo de un rato, el médico se acercó a James, quitándose unos guantes manchados de sangre.

—¿Están aquí los reclutas Edward Carr y Charlie Drake? —preguntó el joven con mucha dificultad.

—¿Cómo está soldado? —dijo el facultativo sin darle una respuesta—. Lo felicito, ha tenido mucha suerte, aún está vivo; además, es uno de los pocos que no sufre disentería, malaria o tifus, ¿qué le parece? —agregó en tono jovial.

Las palabras del médico retumbaron en la cabeza de James, que no logró comprenderlas con claridad. Llevaba cinco días inconsciente y ni siquiera le quedaba claro dónde se encontraba ni cómo había llegado hasta allí.

—¿Dónde estoy?

—En Francia, en un hospital cerca del frente, pero pronto será trasladado a Inglaterra.

—Mis amigos…, la batalla…

—Lo sé, lo sé… La ofensiva fue terrible. No le voy a mentir, ha habido miles de bajas, pero también hay muchos heridos, así que no debe perder las esperanzas de encontrar a sus compañeros con vida. Se están preparando unas listas que podrá consultar en cuanto esté más recuperado. Ahora, lo que más me preocupan son sus heridas —continuó Hoover—, hemos temido por su vida, aunque ha demostrado ser una persona fuerte.

James observó al médico asustado, se miró los brazos y suspiró al darse cuenta de que estaban intactos. Sentía un dolor en el pecho que le molestaba al respirar y estaba seguro de que tenía la cabeza y la cara vendadas, pero sus piernas también seguían sin daños.

—Doctor Hoover, lo necesitamos aquí —gritó una enfermera rubia de cara ancha y ojos pequeños que le inyectaba un medicamento a un chico nuevo que acababa de llegar.

—Vendré a visitarlo más tarde. Ahora, descanse. —El hombre hizo amago de marcharse, pero James lo sujetó con una fuerza inusual para un hombre en sus condiciones.

—Dígame, ¿qué me ha ocurrido? —carraspeó con una voz viscosa que le provocó un ataque de tos.

El médico se quedó mirándolo un segundo y sintió una inmensa tristeza por él. «Otro chico joven con una vida sesgada por culpa de la guerra», pensó. Cada día llegaban más soldados con heridas terribles debido a los grandes proyectiles o a los explosivos que despedazaban sus cuerpos. Los destrozos eran tales que, si las lesiones no acababan con ellos, quedaban tullidos de por vida. Hoover estaba harto de dar malas noticias a hombres que de por sí ya venían al hospital traumatizados por lo que habían experimentado en el frente, pero no le quedaba elección: debía ser sincero. ¡Cuántos brazos, piernas o caras, desgarrados o colgando en tiras, tendría que recomponer o amputar! Estaba cansado, y la presión de la llegada incesante de heridos no ayudaba para que pudiera hacer su labor con calma y dar a cada chico lo que necesitaba. El médico se puso los dedos índice y pulgar en el puente de la nariz y se frotó el entrecejo sin poder ocultar el agotamiento.

—Ha perdido mucha sangre, soldado Knox, menos mal que lo operamos a tiempo, de lo contrario, no hubiera sobrevivido; necesitó más de una transfusión y…

Los gritos y lamentos de los soldados retumbaban en la sala donde habían ubicado a James junto a jóvenes de su mismo rango. La resolución de distribuir a los heridos por rango hacía que los muchachos no tuvieran que preocuparse por mostrar angustia, dolor o miedo antes sus compañeros de hospital, todos se sentían más cómodos y libres de expresar sus sentimientos ante sus iguales. Solo los médicos imponían su autoridad, y los hombres no tenían que pensar en la férrea disciplina militar mientras estaban convalecientes.

James miró al médico expectante. ¿Qué era lo que le costaba tanto decirle?

—Lo siento mucho —dijo Hoover sin darle más vueltas—, hemos tenido que hacerle una operación de emergencia para reconstruirle el rostro…

James se echó las manos a la cara, y el médico lo detuvo.

—No, por favor, no debe tocarse los vendajes. Ha perdido un ojo y… su cara…

—Doctor, por favor —Lo reclamó la enfermera de ojos pequeños.

—Hablaremos en otro momento. No debe preocuparse, pronto llegará a Inglaterra, allí están haciendo maravillas con las cirugías de reconstrucción en el Tercer Hospital General de Londres, y es exactamente adónde le vamos a enviar.

James se estremeció, la noticia le provocó un escalofrío de terror que recorrió su espina dorsal en cuestión de segundos. No estaba seguro de qué quería decir Hoover con cirugía de reconstrucción, le había entendido que le faltaba un ojo, pero ¿había algo más? Le sobrevino un terror visceral y no pudo seguir escuchando al médico, apretó el párpado del ojo que le quedaba y hundió la cabeza en la almohada deseando que todo fuera una pesadilla de la que pudiera despertar lo antes posible.

—Sé que no es lo que quería escuchar —dijo Hoover—, pero créame, no es el fin del mundo, está vivo y se recuperará.

El médico lo miró un instante y abrió la boca para hablar, pero la misma sanitaria lo volvió a reclamar.

—Doctor…

—De veras que lo siento, tengo que irme.

Hoover había dado tantas malas noticias desde que se alistó como médico de guerra que debería haberse habituado, sin embargo, siempre era angustioso tener que informar a los soldados, la mayoría solo algunos años menor que él, de que no volverían a caminar, oír, ver o tener sexo. Era algo a lo que los buenos médicos nunca se acostumbraban. Al principio de la guerra, había tratado con muchos amputados, pero cada vez venían más soldados con destrozos horrendos en las caras que quedaban expuestas en las trincheras al estar en posición vertical para vigilar al enemigo. Esas heridas eran las que más le impresionaban porque, si los soldados lograban sobrevivir, tenían que enfrentarse al rechazo social y a profundas depresiones difíciles de tratar. El doctor Hoover, como médico de campaña, no podía hacer mucho por ellos, solo la primera operación para recoger colgajos o reparar lo más urgente, su trabajo terminaba ahí. Sus colegas en Francia y Londres recogían el testigo y sometían a los soldados a un sin número de operaciones posteriores con el sufrimiento físico y psicológico que eso conllevaba. El médico echó un último vistazo a James, que seguía con la cara hundida en la almohada, y le apretó el hombro para reconfortarlo, no obstante, el volumen de trabajo era tal que se dirigió hacia donde lo solicitaba la enfermera y siguió con su labor sin demora.

James mantuvo el ojo que le quedaba cerrado durante un tiempo indeterminado, las visiones repetidas de amigos caídos con las tripas abiertas y los cráneos partidos le parecieron agonizantes e intentó enfocarse en su hogar, en Cora y en un tiempo más feliz. Sin embargo, su pensamiento volaba una y otra vez al páramo francés lleno de cadáveres donde habían combatido, y se preguntó si Ed y Charlie seguirían vivos. Lloró de impotencia no solo por él, también por sus compañeros de Accrington y por el resto de los soldados con los que había compartido aquella nefasta batalla. «¿Habrá alcanzado el Ejército Británico el objetivo de controlar la ciudad de Serre?», se preguntó, desilusionado, y resolvió que nada de esa guerra tenía ya sentido para él. Recordó la ilusión con la que se alistó junto a sus amigos, jóvenes que creían en la lucha por el honor de Gran Bretaña, por la protección de sus familias y la patria. Ahora veía claramente la cruda realidad, aquella guerra no era más que una carnicería, la pérdida de miles de vidas jóvenes que no importaban a nadie. La pérdida de toda una generación.

Al cabo de unas horas, James no lograba tranquilizarse, y la enfermera de voz melodiosa tuvo que darle un calmante que lo rindió en un sueño medicamentoso del que despertó más tarde con Charlie a su lado.

—¡Eh! No me ha resultado fácil encontrarte, maldito seas, —masculló el chico sentado en una silla metálica cerca de la cama de su amigo—. ¿Es que no había mejor manera de conseguir un billete de vuelta a casa que el que te dejaras matar?

James sonrió debajo de las vendas, agradecido de verlo vivo, sin embargo, lo notó cambiado, lo conocía demasiado bien como para dejarse engañar por su tono jocoso. La mirada de Charlie ya no reflejaba la inocencia y frescura que siempre lo habían acompañado, sino una desolación y un desfallecimiento que lo hacían parecer vulnerable.

—Charlie —murmuró James, extendiendo la mano para tomar la de su compañero—. ¡Me alegro mucho de que estés aquí! Pensé que no volvería a verte —dijo con una voz ronca casi inaudible.

El joven se acercó más a la cama.

—¿Cómo estás, amigo?

James desvió la mirada y se tocó la cara; lágrimas gruesas rodaron por su rostro dañado.

—Ya ves… —masculló—, creo que he perdido un ojo, pero no estoy seguro de lo que me ocurre. El médico ha hablado de cirugía de reconstrucción…

—Dicen que los hombres no deben llorar —manifestó Charlie, que arrastró las palabras con desidia—, aunque supongo que quien haya hecho esa afirmación nunca ha vivido una guerra. Estás vivo, James, eso es lo que importa. Los médicos sabrán qué hacer.

Charlie volvió a agarrar la mano de su amigo y la apretó con fuerza, no era una persona afectuosa, pero, dadas las circunstancias, pensó que la ocasión lo requería. Desconocía la gravedad que revestían las heridas de James, pero del modo que tenía vendada la cabeza y la cara dedujo que serían severas, y una gran angustia atenazó su corazón de por sí destrozado.

—No debes preocuparte, ahora estoy aquí contigo.

Milagrosamente, el joven de Accrington no había resultado herido de gravedad en la batalla del Somme, solo unos cortes y magulladuras desdibujaban su cuello y cara, sin embargo, a James le pareció vencido y cansado; otra persona. Su delgadez, la barba descuidada y las ojeras púrpuras le conferían un aspecto afligido, casi atormentado, y James tuvo dificultad en encontrar a su amigo debajo de esa apariencia ajada.

—Me alegro de que estés aquí —masculló el soldado Knox, aguantando el llanto—. ¿Dónde está Ed?

—Yo solía ser optimista —empezó Charlie, evitando la mirada de James que lo seguía con su único ojo de un negro intenso —, ahora no creo en nada, ni en la humanidad, ni en la patria ni en Dios. Esta guerra me ha cambiado y se ha llevado con cada bala mi inocencia. Ya no soy el niño que jugaba a ser soldado; eso quedó atrás.

James nunca había escuchado hablar a Charlie de una manera tan profunda. Siempre fue una persona voluble, impulsiva y feliz. Algo se había roto en él, y James no supo discernir si le asustaba más sus palabras o su mirada desquiciada.

—¿Dónde está Ed? —preguntó con su nueva voz ronca y flemática.

—Esta guerra es un engaño inútil, un horror que solo ha servido para desgastarnos a todos. El gobierno nos convenció para participar en este conflicto por el bien del país, pero nos traicionaron, y solo somos unos imbéciles que nunca tuvimos una oportunidad. —A James le pareció que Charlie hablaba para sí mismo—. ¿Qué crees que pensarán en casa de lo que está

ocurriendo aquí? Nadie conoce la verdad, están entusiasmados y orgullosos de que sus hijos peleen por su país, pero esto no es una lucha, es una masacre.

—¡Charlie!, por favor, ¿sabes dónde está Ed?

El chico miró hacia otro lado y evitó a James.

—¡Charlie!

—Tirado en tierra de nadie —gritó—. En el páramo, con un tiro en las entrañas y sirviendo de carnaza para las alimañas —escupió un puñado de palabras encadenadas con un timbre de voz chirriante muy diferente al suyo.

James cerró su ojo sano y no pudo contener los sollozos que acompañaron a sus lágrimas; quería a Ed y, aunque habían hablado de la muerte, en realidad, nunca pensó enfrentarse a la pérdida de ninguno de sus más íntimos amigos. Sintió un nudo en el pecho que le impidió respirar y se dio cuenta de que su mundo, tal y como lo había conocido, se acababa de desbaratar para siempre.

—¿Qué pasó? —logró articular—. ¿Tú estabas con él cuando murió? —su voz llegaba amortiguada a través de las vendas.

Charlie apoyó los codos en el borde del camastro y dejó caer la cabeza en sus manos.

—Todo salió mal —murmuró—. Era evidente que el plan del general Rowlison había fracasado, y que el fuego de artillería que lanzamos durante días no sirvió para nada; los alemanes salieron como ratas de sus trincheras para contener nuestro ataque. Ed no dejaba de llamarte, te buscamos mientras corríamos entre la lluvia de balas de las ametralladoras enemigas, pero no logramos dar contigo y nos imaginamos lo peor. Es gracioso —dijo, esbozando una sonrisa sarcástica—, he oído que nuestras tropas consiguieron penetrar en las posiciones alemanas en el sur en una pequeña zona insignificante que no cambiará el curso de la guerra. Han muerto miles de hombres por un puñado de tierra que no sirve para nada —rio Charlie con ganas—. Ni siquiera hemos sido capaces de romper el frente alemán. Éramos unos niños con fusiles, un ejército inexperto, y a nadie le importó enviarnos a esa matanza. El cobarde del capitán Montgomery ha demostrado ser el más inteligente de todos nosotros al quitarse de en medio en cuanto pudo antes de salir a luchar. Por el contrario, los demás luchamos sin retroceder, ni siquiera, rompimos las filas para intentar volver a las trincheras.

Charlie se pasó la mano por el pelo rojo, que echó hacia atrás en un gesto desesperado.

—¿Qué se sabe del resto de los muchachos de Accrington: Smith, Williams, Brown? —preguntó James angustiado.

—Smith y Brown fueron pulverizados por un obús; me lo confirmó el sargento Jones. El proyectil cayó en el agujero donde se habían metido, y solo quedó de ellos una masa sanguinolenta mezclada con madera, metal y telas de uniformes. Hasta ayer que se pudo negociar una tregua, no recogieron ese amasijo de carnes y las enterraron cerca de las trincheras. No hay nada que devolver a sus familias. Ha habido tantos muertos en ambos bandos que los alemanes han aceptado un aplazamiento de los bombardeos para poder enterrar a los cadáveres, y sobre todo, prestar ayuda a los heridos. Muchos compañeros han tenido que esperar días agonizando, tirados sin ayuda, hasta que hemos podido recogerlos.

»No creo que pueda volver a dormir jamás, sigo oyendo los alaridos de los hombres, viendo trozos de cuerpos desperdigados a mi alrededor y tripas enredadas en los alambres de púa. A veces, el corazón me palpita tan fuerte que puedo sentirlo en la cabeza, y me quedo paralizado solo con pensar que tendré que volver al frente. Tú eres afortunado, James, ¡ojalá me hubieran herido a mí también! Pero lo peor es cuando veo a Ed caminando a mi lado, gritando de miedo, y

no puedo protegerlo. Lo intenté, lo juro —levantó la voz—, pero no pude hacer nada por salvarlo.

—Lo sé, Charlie, no debes culparte —apuntó James agitado—. Yo también estuve ahí fuera, y era imposible correr, disparar, evitar las balas y cuidar de nuestros amigos al mismo tiempo. También tuve que dejar a muchos hombres heridos detrás. Solo pensaba en avanzar y ponerme a cubierto como nos habían enseñado.

—Pero ¡estamos hablando de Ed! —gritó Charlie, que perdió los nervios—. Cuando le alcanzaron, le rogué que siguiera corriendo, no podíamos pararnos en aquella meseta expuesta, no había donde refugiarse. Yo iba delante y le supliqué que me hablara. «No voy a conseguirlo», me dijo. «Claro que sí, vamos a sobrevivir», le contesté, pero ni yo mismo lo creía. Intenté resguardarlo poniéndome delante de él, fue inútil. Después de un rato, solo hubo silencio. Volví la cabeza, y ya no estaba allí. Se quedó detrás enredado entre otros cuerpos. Quise volver a auxiliarlo, pero el sargento Jones me lo impidió. Me cogió del brazo, y me dijo que él mismo me dispararía si me daba la vuelta. No tuve tiempo de pensar, solo de seguir y dejarlo allí tirado en el lodo pisoteado por los miles de hombres que nos seguía.

—Alguien tendrá que decírselo a sus padres.

—Probablemente, lo habrán hecho ya —masculló Charlie sin levantar la vista de la cama de su amigo—. Hace dos noches, antes de la tregua, organicé una partida con algunos chicos de Accrington y Sheffield para recuperar algunos cadáveres. Iba a ir yo solo porque el riesgo era enorme, finalmente, otros compañeros decidieron venir conmigo.

—¡Os habéis expuesto mucho!

—No podía dejar a Ed tirado ahí fuera, pudriéndose en el barro. Conocía el lugar dónde le habían dado y pensé que, si lo encontrábamos, al menos, le podría dar una sepultura individual y evitar que lo metieran en una fosa común.

—¿Lo conseguisteis?

—Saltamos el parapeto y, como pudimos, enterramos a cuatro compañeros, entre ellos a Ed.

Charlie se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Cogí esto de su chaqueta —dijo tendiéndole a James una tarjeta de identidad y una foto del muchacho con sus padres—. Creo que a su madre le gustará tenerlo. Tuve que dejarlo allí —dijo cabizbajo—, no pude hacer más. Lo envolví en una manta y puse una cruz con su nombre sobre la tierra removida cerca de nuestra trinchera.

James apretó su único ojo y suspiró con cierto alivio.

—Cuando acabe esta locura, sus padres te lo agradecerán. Podrán recuperar a su hijo, no será un desaparecido más.

—Yo también lo creo. Siempre es mejor tener una tumba a donde ir a llorar que imaginar que tu ser querido se pudre en algún lugar desconocido.

Charlie se restregó los ojos cansados.

—¡No sabes cómo me alegra haberte encontrado con vida! ¡Te he buscado durante días, con el corazón encogido, esperando la noticia de que te había perdido a ti también! Es un gran alivio volverte a ver, amigo. Prométeme que no te morirás, que no me dejarás solo.

James, emocionado, revolvió el pelo de Charlie, que tenía la cabeza apoyada en su cama, intentó demostrar entereza, pero el día había sido muy duro y, en realidad, estaba aterrado. No solo había tenido que enfrentarse al destrozo de su cara, sino también a la muerte de uno de sus mejores amigos. Sintió que se asfixiaba, y un ataque de claustrofobia lo envolvió por completo.

Quiso arrancarse el vendaje, y Charlie tuvo que avisar a la enfermera para que lo ayudaran. La muchacha de voz melodiosa le inyectó un medicamento para que se durmiera.

—Por favor, soldado —le pidió a Charlie—, este hombre necesita descansar. Su presencia aquí lo ha alterado mucho, debe irse.

James seguía revolviéndose, intentando quitarse los apósitos, y la chica no tuvo más remedio que amarrarlo a la cama.

—¿Qué le ha dicho? —se volvió enfadada—. ¿Es qué no se da cuenta de la gravedad de sus heridas? Este hombre tiene la cara destruida y aún está muy débil.

—Lo siento —adujo Charlie, arrepentido de compartir con James la muerte de Ed y sus angustiantes sentimientos.

—Váyase de inmediato. Seguro que hay otro sitio donde sea de más utilidad.

El joven miró a su amigo, al que parecía que empezaban a hacerle efecto los somníferos, y se despidió con un hilo de voz, arrepentido de haberlo trastornado.

—Gracias por estar vivo. Recuerda, sé fuerte y no me dejes solo.

—Prometido —respondió el soldado Knox con la voz pastosa por los vendajes y el sueño—. No tengo ninguna intención de morirme. Los dos volveremos a Accrington y viviremos por Ed.

23 DESAPARECIDO

1916

Hattie aún tenía secuelas de las heridas provocadas por el asalto austríaco a su trinchera. No sabía cómo había salido viva de aquel ataque brutal cuerpo a cuerpo al que los soldados enemigos sometieron a las tropas serbias y francesas durante horas. Sin embargo, no eran sus heridas lo que más le preocupaba, sino la desaparición de Darko. Los días se habían convertido en semanas, las semanas en meses y, a pesar de todos sus esfuerzos, no consiguió localizarlo.

Desde el combate, Hattie aprovechaba su poco tiempo libre en la retaguardia para reclamar a las autoridades militares noticias sobre el soldado. Darko no le había hablado mucho sobre su familia, solo que era hijo único, y que sus padres vivían en Sarajevo, pero se aseguró de que el ejército serbio les mandara una carta con la noticia de su desaparición. Con la ayuda de un compañero que dominaba el inglés, ella misma también les había escrito contándoles lo que había ocurrido con su hijo. Le resultó muy difícil terminar esa carta porque no estaba segura de lo que había pasado aquella terrible noche cuando fueron atacados. Al muchacho parecía como si se lo hubiera tragado la tierra, se había volatizado sin más. Hattie recordaba que habían estado vigilando juntos, y de repente…, se desató la locura; las explosiones, las arremetidas con bayonetas, los gritos, los destrozos y la oscuridad más absoluta. Se preguntó mil veces si Darko estaría muerto, pero las autoridades militares se negaban a expedir un certificado de defunción sin que el cuerpo estuviese localizado y, aunque había hablado con su superior jerárquico, solo consiguió que la dirigieran a la oficina de desaparecidos sin ofrecerle más información.

Hattie estaba desesperada, se aferraba a la idea de que el muchacho siguiera vivo y no quería darse por vencida hasta no tener una prueba fehaciente de que su fallecimiento fuera real. Esa mañana, se hizo el relevo de tropas en el frente y, como de costumbre, el grupo saliente abandonó las trincheras para dirigirse a la retaguardia. Allí podían tomar un respiro de la batalla, descansar y trabajar en otras tareas. Hattie aprovechó para dirigirse, como hacía cada vez que abandonaba la primera línea de fuego, a la oficina que se había habilitado con el fin de contabilizar a los heridos y muertos. Hacía meses que había adoptado esa rutina, a pesar de que nunca le daban información sobre Darko, ella no se rendía y, ni mucho menos, había perdido las esperanzas.

—Hola, Andrej. ¿Alguna novedad?

Un joven alto y con barba la miró malencarado. Le empezaba a fastidiar esa inglesa que no hacía más que meter el dedo en la llaga y hacer preguntas estúpidas acerca de su amigo. ¿Cuándo, de una vez por todas, iba a aceptar que Darko estaba muerto?

—Hattie, ya te he dicho que no es necesario que nos visites más, será mejor que nosotros te avisemos si nos enteramos de algo nuevo.

—Y yo te he dicho a ti que seguiré viniendo hasta que me deis alguna respuesta.

—Darko no va a parecer porque tú vengas a preguntar cada cuatro días. Ya han pasado muchos meses, deberías ser más realista.

Hattie lo miró con una mueca de enfado y los ojos llenos de rabia. Andrej era el mejor amigo de Darko, y le molestaba que se rindiera tan pronto a la posibilidad de hallarlo con vida.

—Está desaparecido, no muerto —escupió hastiada de la situación y enojada con el chico.

—¡Cayó un obús en vuestra trinchera! —gritó Andrej, desesperado—. Un obús. ¿Es que eso no te da una pista de lo que pudo ocurrir?

—Sí, pero yo estoy viva. Además, estoy segura de que los austríacos también hicieron prisioneros. ¿Qué me dices a eso?

El chico suspiró exasperado.

—¿Y no crees que ya nos hubiéramos enterado si tuvieras razón?

Con el puño, Hattie dio un golpe en el mostrador que los separaba y le lanzó a Andrej una mirada furiosa.

—¿Por qué siempre tienes que ponerte en lo peor? Nuestro caso fue uno de esos donde el enemigo manda tropas especiales en una operación organizada por sorpresa para capturar prisioneros. Estoy segura, y nadie va a convencerme de lo contrario.

—Eso no es lo que dicen tus compañeros. Fue un ataque para ganar posiciones, con obuses y granadas, para no dejar a nadie con vida.

Hattie frunció los labios hasta que solo una pequeña línea blanquecina apareció en su cara.

—Eso no es verdad, tú no estabas allí —gritó, enfadada.

—Sé realista, todos dicen que fue una limpieza de trincheras. Ya sabes lo que eso significa: matar al mayor número de enemigos. ¿Por qué te empeñas en hacer lo blanco negro? Esto es una guerra, y morirse no es la excepción, es lo habitual.

—¿Y cómo explicas que algunos saliéramos con vida si fue una limpieza de trincheras como dices? Tú también eres soldado y sabes tan bien como yo que en un combate es difícil saber si el enemigo ha hecho prisioneros o no, más aún cuando nos bombardearon sin piedad antes del asalto. Que hayan capturado soldados es una posibilidad real.

Andrej negó con la cabeza, harto de tanta resistencia, y fijó la mirada en el suelo deseando que lo que Hattie planteaba fuera cierto. Había estudiado con Darko, eran buenos amigos y daría cualquier cosa por que estuviera vivo, pero después de todo lo que había visto en las luchas balcánicas, y ahora contra los austrohúngaros, no le cabía duda de que eso era imposible. No quería decir nada de lo que se pudiera arrepentir, pero Hattie lo sacaba de sus casillas, además, sabía que Darko estaba enamorado de la Inglesa y no le gustaba herirla. Su amigo no se lo perdonaría. Andrej se puso las manos en la cintura, se recompuso y trató de hablar con amabilidad.

—Solo lo digo por tu bien, Hattie, te estás haciendo daño al agarrarte a una esperanza que no existe.

—No me digas lo que tengo que hacer, y menos aún, lo que debo pensar. Existen muchas posibilidades, a pesar de que, evidentemente, tú ya te has cansado de barajarlas. ¿No es Darko tu mejor amigo?

—Lo era —gritó el chico, que le mantuvo la mirada.

—¡No hables de él en pasado! —lo amonestó la chica—. El estrépito de los bombardeos fue tan fuerte aquella noche que puede que sufra una conmoción y tenga algún tipo de amnesia. Hemos tenido casos así.

—Si eso fuera como dices, ya lo hubiéramos encontrado, como pasó con Aleksandar, al que hallamos desnudo y despavorido hace unas semanas después de un combate, pero Darko hace meses que está desaparecido, tu teoría no es plausible.

Los ojos de Hattie se anegaron en lágrimas, apoyó la cabeza en el mostrador y se echó a llorar. Estaba cansada y no podía soportar tanta obstinación.

—Puede que esté herido en un campo neutral esperando un canje por otro soldado, o incluso, si se ha recuperado, quizá lo hayan mandado a un campo de prisioneros. Necesito una esperanza —susurró, abatida—, ¿es que no lo comprendes? Necesito que Darko esté vivo.

—Lo sé —intervino Andrej, que le acarició el brazo intentando ser amable—. Torturarte no lo traerá de vuelta; debes aceptar la realidad. ¿Por qué no vuelves a Inglaterra?

Hattie levantó la cabeza y lo miró frustrada. Darko jamás le hubiera hecho esa petición. Estaba claro que Andrej no la conocía.

—Tienes que ser sincera contigo misma. Los proyectiles que entraron en las trincheras pulverizaron a muchos compañeros, ¿no es lógico pensar que Darko fuera uno de ellos? Incluso si logró sobrevivir, puede que fuera alcanzado en el estrépito de la batalla, y su cuerpo esté ahí fuera, pudriéndose en tierra de nadie. Hemos podido hacer pequeñas incursiones y rescatar algunos cadáveres, pero aún quedan más en el campo. Quizá su cuerpo ya esté descompuesto, y nunca podamos identificarlo. Siento ser tan brusco, pero alguien tiene que abrirte los ojos.

—Darko está vivo. Lo sé —sentenció la chica con una voz fría y distante.

—Pues si estás tan segura, ¿por qué sigues haciendo preguntas acerca de él? Ya aparecerá —bufó Andrej, irritado—. ¿No te das cuenta qué no estoy de acuerdo contigo y me haces daño? Darko era mi amigo, lo echo de menos, y no regresará, así que no vuelvas más por aquí.

Andrej respiró profundo sin apartar la mirada de la chica. Necesitaba aire fresco, Hattie lo había sacado de sus casillas, por lo que se dio la vuelta y la dejó sola en la pequeña oficina envuelta en un mar de lágrimas. Estaba furioso y necesitaba unos minutos para tranquilizarse antes de seguir hablando con ella.

La muchacha se secó las mejillas con la mano y no se acobardó; le daba igual lo que pensara Andrej, y se prometió a sí misma que volvería a la oficina en cuanto tuviera otro día libre para preguntar de nuevo por Darko. Sabía que las cargas explosivas que atormentaban a los soldados sin piedad hacían desaparecer secciones enteras de trincheras y dejaban enormes agujeros con cuerpos machacados y profundamente destrozados. No obstante, prefería aferrarse a una ilusión. En la batalla que los enfrentó a los austríacos, estos no habían utilizado lanzallamas, responsables de la desaparición de muchos compañeros, y eso era una buena noticia. Se masajeó las sienes y pensó en que era posible que hubieran enterrado a Darko en una de las muchas inhumaciones apresuradas que se producían de cuerpos sin identificar, pero su corazón le decía que ese no era el caso.

Andrej volvió a entrar en el diminuto gabinete, que era más bien una casucha construida con madera y ladrillos sin ningún tipo de accesorios, y la miró con hastío, cansado de la insistencia de la chica. Tenía que buscar una fórmula para descorazonarla y que no volviera a interrogarlo acerca de su amigo. No lo soportaba más. Él ya se había hecho a la idea de que lo había perdido para siempre, y la Inglesa no paraba de recordarle lo duro que era vivir sin él.

—¿Aún sigues aquí? —preguntó de malos modos al verla plantada frente al mostrador.

—Sí, y volveré la semana que viene y la otra hasta que me deis una respuesta. —Andrej bajó la mirada y exhaló profundo, cambió de táctica e intentó ser más cordial.

—Eso es imposible, Hattie. ¿Por qué no lo comprendes?

—¿Y qué me dices de su placa de identificación?

—¿Qué quieres decir? —preguntó el chico, poniéndose las manos en el cuello y echando la cabeza hacia atrás.

—Que no la hemos recuperado. Si estuviera muerto, ya estaría registrada.

—El sistema de identificación no es fiable, y lo sabes, tiene muchos fallos. Puede que Darko

esté en una fosa común y no le hayan quitado la placa de identidad de su muñeca, o puede que no la tuviera cuando lo enterraran, si es que lo han enterrado. Son placas de mala calidad. No quiero jugar al abogado del diablo, pero ya te he dicho que prefiero ser realista.

—Pues yo prefiero aferrarme a la duda. No hay cuerpo, no hay muerto. Ningún tribunal ha pronunciado una sentencia declaratoria de defunción, así que aún hay esperanzas.

Andrej salió de detrás del mostrador de malos modos, la chica había agotado su paciencia, agarró a Hattie por el brazo y la empujó fuera de la oficina.

—¿Qué crees que estás haciendo?

El soldado la arrastró hasta una pequeña ladera fácil de escalar y se paró en la cima apretando con fuerza el brazo de la muchacha.

—Me haces daño.

—¿Qué ves ahí al fondo? —gritó enojado, señalando con la mano extendida una línea de cruces blancas a lo lejos, cerca del frente.

—Cruces, pero…

—Exacto —declaró Andrej de mal humor—. Cruces. Tú has estado allí, los compañeros respetan a los muertos, no pueden tolerar verlos pudrirse sin sepultura, hombres que han vivido y peleado con ellos. Lo han hecho lo mejor que han podido, pero, a veces, tardan demasiado en inhumarlos y no pueden identificarlos. Son muertos, pero a la vez, desaparecidos porque no se puede confirmar su fallecimiento, ya que no se sabe quiénes son. Eso es lo que le ha pasado a Darko, ¿lo entiendes? Está muerto, muerto, ¡maldita sea!

Hattie se liberó de Andrej con un movimiento brusco y se masajeó el brazo, segura de que la fuerza del agarre del chico le habría dejado marcas. Bajó de la loma, airada, con un sentimiento de dolor y desesperación aún mayor que cuándo había entrado esa mañana en la oficina. A pesar de la angustia, el hecho de que no la hubieran informado de la muerte de Darko, sino de su desaparición, le producía un alivio esperanzador. No le importaba lo que pensaran los demás, mientras no hubiera otro comunicado, lo imaginaría herido y, quizá, acogido por las líneas enemigas, prisionero o con amnesia, pero no muerto. Se ajustó la chaqueta del uniforme, se secó las últimas lágrimas y tragó saliva. «Darko no está muerto», se repitió a sí misma. A pesar de que la incertidumbre y las dudas socavaban su confianza, se aferró a ese pensamiento que la reconfortaba. No está muerto.

24 NOTICIAS DEL FRENTE

1916

Timothy Brooks tenía solo quince años cuando entró a trabajar en la oficina de correos de Accrington. El trayecto habitual que recorría para repartir las cartas era sencillo, mecánico, y lo hacía en su bicicleta en un par de horas, si no se le planteaba ninguna complicación. Esa mañana calurosa de finales de julio llegó pedaleando al edificio de correos que tenía una puerta de un rojo brillante y entró silbando con la despreocupación que reclamaba su adolescencia.

Nada más llegar, comprendió que el ambiente de la oficina no era el de todos los días. El señor Fossy, el cartero más veterano, estaba sentado en una silla de anea con la cabeza baja y los hombros caídos; parecía devastado. Las dos chicas de recepción, Silvia y Rossy, con las que Timothy siempre flirteaba, lloraban con gemidos sonoros y, ni siquiera se dignaron a saludarlo.

—¿Qué ocurre? —preguntó petrificado entre el umbral de la puerta y el pasillo, sin atreverse a entrar por completo.

—Ven aquí, muchacho —dijo el señor Fossy, que carraspeó para aclarar su garganta antes de hablar—, hoy tendrás que ser valiente. Tenemos mucho trabajo, pero no te preocupes, que yo te acompañaré.

El hombre le echó el brazo sobre los hombros y le palmeó la espalda.

—Puedes hacerlo. Estarás bien.

Timothy no entendió lo que el señor Fossy quería decir con eso de «estarás bien», y lo miró con los ojos muy abiertos, extrañado de tanto misterio.

El viejo cartero hacía tiempo que se dedicaba a hacer el papeleo en la oficina de correos, ya no cargaba con las pesadas bolsas llenas de cartas, y Timothy se preguntó por qué querría acompañarlo esa mañana.

El chico se quitó la gorra de paño y se rascó la cabeza; clavó los ojos azules en sus compañeros, estudiándolos, con una mirada de interrogación y súplica.

—¿Qué significa todo esto? ¿Por qué lloran Rossy y Silvia?

—Será mejor que te sientes —insistió el señor Fossy, que se acercó al muchacho y lo hizo entrar con delicadeza.

—¿Por qué quiere usted venir conmigo? —lo interrogó el chico cada vez más angustiado.

Timothy fijó su mirada en la correspondencia dispuesta ordenadamente sobre el mostrador y no le pareció más abultada que de costumbre, estaba seguro de que podría hacer el trabajo solo.

—No será necesario que me acompañe —agregó, mirando las cartas—, puedo hacerlo solo.

El señor Fossy removió el pelo del chico con su mano apergaminada y le regaló una sonrisa sincera. Sus ojos reflejaban una gran tristeza, su cara enjuta y huesuda estaba demudada, y a Timothy no le cupo duda de que había ocurrido algo malo, pero no pudo descifrar qué.

—Eres un buen chico, haces bien tu trabajo, pero hoy me vas a necesitar.

El muchacho, exasperado, clavó la mirada en Rossy y en Silvia en busca de respuestas, pero las jóvenes evitaron sus ojos y agacharon las cabezas claramente devastadas.

—Debemos darnos prisa —exigió el señor Fossy, inquieto, metiendo las cartas en dos carteras de piel marrón—. No debemos retrasarnos. Hoy no.

—Pero ¿qué es lo que ocurre? —gritó Timothy, frustrado con sus tres compañeros—. ¿A qué viene tanto secretismo? ¿Qué ha pasado?

—¿Ves este abultado montón de cartas? —señaló Rossy, con una voz dulce y bien timbrada, a una pila detrás del mostrador en la que Timothy no había reparado—. Son notificaciones del ejército. —La chica se puso el puño en la boca y volvió a romper en llanto.

—¿Notificaciones? —preguntó Timothy con miedo y se inclinó sobre el mostrador para verlas mejor—. ¿Y eso qué significa?

—A que hoy muchas familias de Accrington recibirán muy malas noticias —intervino el viejo cartero—. Nada que no esperásemos después del desastre de la batalla del Somme, pero jamás podríamos haber imaginado la magnitud de la catástrofe para nuestra ciudad.

Timothy volvió a mirar la correspondencia, esa vez, con nuevos ojos.

—Son muchas cartas —dijo en voz baja con la cara blanca—. ¿Son todas para Accrignton?

—Ya sabes que sí —respondió el señor Fossy, que cerró los ojos negando con la cabeza—, aunque también he llamado a las oficinas de correos de Burnley, Chorley y Blackburn y están tan desbordados como nosotros.

—Mi hermano lucha en Francia… —susurró Timothy, que se estremeció al mismo tiempo que contenía el aliento. Los ojos se le llenaron de lágrimas al reparar en la magnitud de la tragedia.

—Todas esas cartas… son… ¿muertos?

El muchacho, que hasta ese momento no se había dado de bruces con la realidad, se dejó caer en un pequeño banco de madera que había en la oficina con la cabeza entre las piernas. Se sintió mareado, su mente acababa de procesar lo que el señor Fossy, Silvia y Rossy trataban de decirle, y unas náuseas amargas se le alojaron en la boca del estómago.

—¿Ha-hay… alguna carta para mi familia? —tartamudeó con la cara demudada y una mueca de horror en la boca.

Las chicas miraron suplicantes al señor Fossy, rogándole sin hablar que fuera él quién contestara a la pregunta. Timothy era un buen muchacho, y ninguna se sentía capaz de darle la noticia que cambiaría su vida para siempre.

—¿Señor Fossy? —volvió a preguntar el chico, con la barbilla temblorosa y los ojos anegados en lágrimas.

—Lo siento mucho; hay una carta para tus padres. Sé que solo tienes un hermano en la guerra, por lo que será algo referente a él. Puede que solo esté herido, pero no puedo asegurártelo.

—Deme esa carta —gritó Timothy, que ya lloraba sin tapujos—, tengo que leerla.

—Sabes que no puedo hacer eso. No va dirigida a ti.

—Claro que sí, ¡quiero saber qué le ha ocurrido a Paul!

El chico se abalanzó por encima del mostrador y empezó a leer los nombres de los destinatarios de las cartas enviadas por el ejército.

—Spencer, Cooper, Grant, Brooks… Aquí está —aulló, tirando las notificaciones a su alrededor.

Silvia se abrazó a él llorando, y Rossy, petrificada, se tapó la cara con las dos manos.

—Tranquilo —intentó calmarlo el cartero, que lo abrazó por detrás con cariño y, junto a Silvia, lograron que se detuviera—. Sabes que son tus padres quienes deben abrir esa carta, no tú.

—Timothy, será mejor que te vayas a casa —le recomendó Silvia—. Si hace falta, yo acompañaré al señor Fossy a repartir las cartas. —La muchacha, unos cinco años mayor que el

chico, le tomó la mano con ternura, como haría una hermana mayor—. No tienes que repartirlas tú.

El muchacho la miró con agradecimiento, se hincó de rodilla y, abrazándose a sí mismo, sollozó con profundos lamentos.

—Paul es mi único hermano —masculló más para él que para los compañeros que lo rodeaban.

—Démosle un minuto —propuso el señor Fossy, que se recompuso para hacerse cargo de la situación y metió el resto de la correspondencia en la bolsa de piel marrón—. Ven conmigo, Timothy, iremos primero a tu casa. Después, te tomarás el día libre y acompañarás a tus padres. Te necesitarán.

El muchacho, aún en el suelo, se balanceaba sobre sí mismo, y Rossy tuvo que tomarlo de los brazos para ayudarlo a ponerse de pie.

—Haz lo que dice el señor Fossy, Timothy. Ve a casa y cuida de tu familia.

El muchacho se levantó en silencio y, con los hombros hundidos y el corazón encogido, siguió al viejo cartero fuera de la oficina de correos. No sabía muchas oraciones, sin embargo, durante todo el trayecto hasta su casa, rezó pidiendo que todo fuera una burda equivocación y que su hermano siguiera vivo.

Después de llevar la peor de las noticias a casa de los Brooks, el señor Fossy insistió en visitar en solitario al resto de los domicilios donde debía entregar las notificaciones oficiales del ejército, por lo que dejó a Timothy con su familia. Con todo el peso del mundo sobre sus hombros y con la mayor dignidad y respeto que pudo reunir, llamó a las puertas de las familias de Accrington que el azar había querido unir con esos macabros mensajes.

Cuando llegó a Clayton Lane, se paró un momento para contabilizar las cartas que tenía que entregar. «Once», se dijo a sí mismo. Once vidas truncadas, once familias destruidas y una sola calle. Tragó saliva y cerró los ojos con fuerzas, no quería estar allí, conocía a la mayoría de esos chicos muertos, y para él no eran un nombre en un papel, sino muchachos a los que había visto crecer. El señor Fossy se dio unos segundos para reunir el ánimo necesario para enfrentarse a las familias y enfiló la calle con el corazón roto. «Las malas noticias hay que darlas sin demora, con rapidez, es la única manera de que los malos tragos pasen cuanto antes», le había dicho siempre su padre, y ese día, más que ninguno, estaba dispuesto a seguir ese consejo al pie de la letra.

La mañana veraniega de julio propiciaba el juego de los niños en la calle, unos pocos chavales corrían tras una pelota de trapo que se movía a trompicones entre la chiquillería, y el señor Fossy tuvo que esquivarla para no caerse de bruces. Los pequeños huyeron despavoridos esperando una reprimenda, pero el cartero no se inmutó. Unas niñas, unidas por las manos, habían formado un corro casi perfecto que se movía al ritmo de una canción infantil, y el hombre las observó con una sonrisa. Una mujer regordeta tendía la ropa blanca detrás de su casa en un tendedero fabricado con maderas y cuerdas, algunos ancianos sentados al sol en sillas de maderas charlaban animadamente y dos chicas jóvenes paseaban coquetas cogidas del brazo. Fossy cerró los ojos y grabó todas esas imágenes en su retina, las imágenes de un día perfecto, de un día normal, un día en el que, a pesar de la guerra, todos eran felices, porque sabía que, después de la entrega de las cartas, la cotidianidad de la calle, los juegos infantiles y la alegría se verían interrumpidos por gritos y llantos que cambiarían las vidas de los vecinos para siempre.

El cartero maldijo su suerte por tener la responsabilidad de destruir aquel bonito día, pero no tenía otra opción. Ese trabajo era su obligación, y se sintió triste y angustiado. Esperó unos

segundos y sacó de la bolsa solo las cartas correspondientes a Clayton Lane, se las llevó al pecho y las abrazó con ternura.

—Ya estáis en casa, muchachos —susurró—, yo os llevaré con vuestras familias.

El hombre se secó una lágrima con la manga de la chaqueta y meneó la cabeza para despejar sus pensamientos. Miró los nombres de los destinatarios en los sobres, respiró hondo y con paso decidido se dirigió a casa de los Carr.

Mary, la madre de Ed, había oído el timbre, pero no acudió a abrir la puerta porque su marido estaba en casa. Se encontraba cosiendo en el comedor y siguió con sus labores como si nada. No pasaron ni dos minutos cuando un ruido seco le llegó desde el vestíbulo, y Mary se puso en pie sobresaltada. Dejó el costurero que tenía en la falda a un lado y se dirigió a la entrada precipitadamente. Su esposo, Norton Carr, estaba sentado en el suelo mientras el viejo señor Fossy, agachado a su lado, trataba de consolarlo. Mary no necesitó nada más para comprender lo que ocurría. Su mente voló a la infancia de Ed, a su adolescencia, a su precioso pelo rubio, a sus intensos ojos azules, a su sonrisa cálida…, y su corazón de madre se rompió en tantos pedazos que supo que jamás podrían ser reparados. Un grito animal, que no reconoció como suyo, salió de su garganta y, con las manos en el pecho, se dejó caer en medio del pasillo comprendiendo que nunca volvería a abrazar a su único hijo.

25 UNA SORPRESA DESAGRADABLE

1916

Cora tuvo que quedarse en cama durante unas semanas después de su aborto, pero ya se había reincorporado al trabajo. Si no hubiera sido porque se necesitaba urgentemente mano de obra para las constantes municiones que demandaba el ejército británico, el señor Newman nunca le hubiera permitido regresar a su puesto después de tanto tiempo sin aparecer por la fábrica. Sin embargo, era tal esa necesidad que la empresa no pudo prescindir de ella.

Le debía la vida a Emily, que la había encontrado desangrándose tirada en el suelo de su habitación, pero también a los cuidados meticulosos de Gloria, la matrona, que no dejó de visitarla ni un solo día hasta que se aseguró de que estaba fuera de peligro. Fue ella la encargada de contactar con un viejo doctor, amigo de su infancia, que, a pesar de su aspecto enclenque y desaliñado, demostró tener un profundo conocimiento de medicina y evitó que la infección incipiente que la chica se había provocado no anidara en sus entrañas y acabara con su vida.

—Bueno, señorita —dijo el médico, uniendo sus manos y refregándolas con ímpetu—, hoy será el último día que tenga que volver por aquí. Se ha recuperado muy bien y ya no me necesita.

El hombre tenía una apariencia acogedora y amable, con una expresión que transmitía calidez y tranquilidad, y su bata gastada y sus zapatos sin brillo le provocaron a Cora una gran confianza. El médico la observó con dulzura, casi como si fuera una niña indefensa.

—No sabe cuánto se lo agradezco, doctor, le aseguro que le pagaré todo lo que le debo, solo necesito ahorrar un poco más.

—No se preocupe por eso. Lo que sí me gustaría es hablarle de un asunto delicado antes de que se marche. —El hombre se ajustó los anteojos al tabique de la nariz y la dejó sola para que se vistiera—. La esperaré en mi despacho.

Cora se incorporó de la camilla donde la había explorado el médico con el pelo alborotado y las mejillas encendidas, ya había recuperado su lozanía después de su convalecencia y estaba preciosa. Se acomodó la hirsuta falda larga, se atusó el cabello, recogiéndoselo con horquillas, y entró donde el médico la esperaba detrás de una mesa de madera carcomida por polillas.

—Por favor, tome asiento.

Cora había estado solo dos veces en ese consultorio, ya que el hombre tuvo la amabilidad de visitarla en casa de Emily mientras estuvo convaleciente. Al principio, el lugar le resulto algo lúgubre y oscuro, pero pronto se dio cuenta de que todo estaba limpio y cuidado, y se sintió segura. La única ventana del despacho estaba tras la mesa del médico y por ella se colaban unos tenues rayos de luz que se reflejaban en el del pelo de la chica haciéndolo brillar.

—Me temo, señorita Holder, que tras las últimas pruebas, puedo confirmarle que no podrá tener más hijos. Siento mucho ser tan brusco, pero no hay otra forma más delicada de exponerlo. Usted es muy joven, y estoy seguro de que no era esto lo que quería conseguir cuando se provocó…, bueno…, cuando hizo lo que hizo, pero las heridas que se produjo fueron graves y los desgarros y las infecciones que, gracias a Dios, hemos mantenido a raya, han tenido unas consecuencias devastadoras dentro de usted.

Cora desvió la mirada y se quedó en silencio apretando el ala del sombrero, que aún no se había puesto, entre las manos. A pesar de que había contemplado la posibilidad de no volver a ser madre, nunca creyó que el desenlace de sus acciones llegara hasta ese punto. Ahora que sabía que era algo inevitable, la noticia no le dolió tanto como había imaginado. Lo que más le preocupó era cómo se lo tomaría James. Había expuesto su vida por ocultarle su embarazo y por no perderlo, y ahora el contratiempo de la imposibilidad de una maternidad podía hacer que el chico cambiara de opinión con respecto a su relación. Suspiró, preocupada, y el médico, erróneamente, dedujo que estaba devastada por la noticia.

—Podrá encontrar otras tareas a las que dedicar su tiempo. No debe flagelarse.

La chica disimuló sus verdaderas emociones y se secó una lágrima ficticia con el dorso de la mano. La verdad era que nunca le interesó ser madre, a pesar de que era lo que se esperaba de una buena chica en aquella sociedad hipócrita en la que vivía. Ella prefería, sin embargo, tener asegurado un futuro junto a un hombre que la cuidara y dejar, por fin, de trabajar. Quería disfrutar de la vida, lo de los niños era secundario.

—¿Está usted completamente seguro?

—Sí, joven, no tengo la menor duda. Lo siento mucho.

El médico se levantó y se acercó a ella poniéndole una mano en el hombro y, con una sonrisa de compasión y cariño, la ayudó a que se levantara.

—Le deseo mucha suerte, señorita —dijo el hombre acercándose a la puerta—. Hay muchos niños ahí fuera que necesitan cariño, y muchos orfanatos que estarán encantados de contar con la ayuda de una muchacha joven como usted.

—Gracias, doctor, lo tendré en cuenta.

El hombre acompañó a Cora a una diminuta salita de estar con solo tres sillas en la que esperaban una mujer rubicunda y una expectante Emily que, nerviosa, se puso en pie nada más verlos aparecer.

—¿Cómo ha ido todo? —preguntó.

—Gracias por haber cuidado tan bien de Cora —masculló el médico—. Su amiga le contará todo con calma, quédese a su lado y dele mucho cariño. Ahora, si me disculpan… Señora Bank —anunció el médico, que señaló a la oronda mujer que entró en la consulta tras el aleteo de la mano que la invitaba a pasar.

A pesar de la amabilidad del hombre, Emily intuyó que algo no iba bien, aunque Cora tenía un buen semblante y parecía feliz.

—Ya no tengo que volver más —anunció la chica con alegría.

—¿Estás curada por completo?

—Lo suficiente como para volver a mi vida normal.

—¿Y? —Emily no se atrevía a formular la pregunta—. ¿Tendrás algún problema en el futuro? Me ha parecido ver algo de preocupación en la cara del doctor.

—¿Para tener hijos? —Cora la miró sonriente mientras Emily bajó la mirada avergonzada—. No tengo ningún problema, aunque ya sabes que esas cosas están en manos de la naturaleza y de Dios —mintió.

—Entonces, ¿todo está bien? —insistió Emily.

Cora se sintió escrutada e, incómoda, miró a su amiga molesta.

—¡Claro que sí! —afirmó de malos modos.

Cora conocía la buena relación existente entre Emily y los hermanos Knox y no quería que metiera las narices en sus asuntos. No tenía la más mínima intención de publicar su nueva

esterilidad a los cuatro vientos, y si en un futuro no concebía un hijo, siempre lo podía achacar a la mala suerte. Su prometido no tenía por qué enterarse ni de lo que había hecho ni de que no podría ser madre.

—¿Piensas contarle a James lo de tu aborto alguna vez?

Cora se quedó muda. Desde que interrumpió su embarazo, nunca había vuelto a hablar de ese tema con Emily. Después de no haber conseguido al capitán, no quería perder también a James, y le asustaba que todo ese sórdido asunto llegara a oídos de su novio, especialmente porque aquel niño nunca había sido de él.

—Me dijiste que sería nuestro secreto, ¿puedo seguir confiando en ti?

Emily la miró confundida.

—Sí, sí —tartamudeó—, es un tema muy íntimo en el que no voy a meterme, pero es que no lo comprendo. ¿Por qué deshacerte de tu hijo? ¿Por qué no consultarle al padre, que es el hombre que amas y con quién te vas a casar? ¿Seguro que tu hijo era de James y no del capitán Montgomery?

—¡Emily! ¿Por quién me has tomado?

—No me entiendas mal. Dijiste que quiso abusar de ti.

—Exacto, quiso, pero jamás pasó nada —mintió—. Es que no quiero preocupar a James, eso es todo. Tú de entre todas las mujeres deberías comprenderme más que nadie.

—¿Por qué yo?

—Porque siempre has defendido los derechos de la mujer, ¿no es así?

—Sí, pero…

—De peros, nada —agregó Cora, enfadada—. Además, no creía que fuera el momento para tener un hijo en medio de una guerra. ¿Quién me garantiza que James volverá del frente? No quiero criar a un hijo sola, ¿es eso tan malo?

Cora fingió llorar, y Emily la abrazó disculpándose.

—No seré yo quien te juzgue, solo me pareció extraño que no lo compartieras con el padre del niño, nada más.

—Entonces, ¿puedo fiarme de ti? ¿Mantendrás el secreto? No creo que James aprobase lo que he hecho, es por eso por lo que no quiero contarle nada.

Emily lo pensó cabizbaja. No le gustaba mentir, y menos a Hattie y a James, pero el argumento que Cora le había dado era coherente y ya no había vuelta atrás. El aborto estaba hecho. Resolvió que, de momento, mantendría la boca cerrada, al fin y al cabo, no era asunto suyo, pero si alguna vez sus amigos le preguntaban abiertamente, no mentiría por Cora.

—Está bien, no diré nada —afirmó al fin.

—Pues cambiemos de tema, no soporto seguir hablando de esto.

—Entonces celebremos la magnífica noticia de que estás totalmente recuperada —se alegró Emily con sinceridad—. Hoy es domingo, y toca la banda municipal en la plaza de la iglesia, ¿qué te parece si nos damos un paseo y asistimos al concierto? Se ha levantado una brisa y hace muy buen tiempo, nos vendrá bien un poco de sol y aire fresco.

—Sí, de acuerdo, vayamos al concierto.

Las muchachas se dirigieron al centro del pueblo. Emily enfundada en un vestido de chaqueta gris perla, y Cora en otro azul, que había pertenecido a la señora Montgomery. La primera era rubia, de complexión esbelta, elegante, que atraía por sus facciones amables y dulces. La segunda era mucho más voluptuosa y curvilínea; solo con su contoneo de caderas levantaba pasiones y daba la impresión de ser una mujer mucho más salvaje y cruel que Emily.

A pesar de que Cora llevaba un mes en casa de su amiga y de que se conocían desde niñas, las muchachas no habían llegado a consolidar una amistad cercana de afecto sincero. En principio, Emily lo achacó a que Cora era la prometida de James, el hombre al que ella también amaba, pero con el transcurso de los días, pensó que no era solo James quien las separaba, había algo más oscuro en Cora que no podía discernir con claridad y que le inspiraba dudas acerca de su amistad. Cuando ese pensamiento le rondaba la cabeza, intentaba desoírlo y se enfadaba consigo misma por sentirse así, pero no podía evitarlo. Algo en Cora no le inspiraba confianza. A pesar de que sus convicciones le decían que las mujeres debían ayudarse entre ellas, no dejaba de pensar que Cora le ocultaba algo.

Las chicas llegaron a la plaza en el cruce de las calles principales de Accrington. Edificios de ladrillos ocres y grises se alzaban en cada esquina, la mayoría de líneas rectas y serias. La hora para el comienzo del recital estaba fijada para las doce de la mañana. Se había levantado un escenario en el centro de la glorieta decorado con lazos rojos, azules y blancos, haciendo un guiño a la bandera británica, y los músicos ya empezaban a ocupar su lugar. Muchos vecinos asistieron a la cita, y Emily tuvo que saludar a mucha gente antes de sentarse para disfrutar del concierto. Las chicas se colocaron delante de una construcción que resaltaba sobre todas las demás, más estilizada, con relieves de columnas y guirnaldas que le imprimían movimiento, y un frontón curvo coronado por un adorno de piedra que le imprimía más altura, por lo que todos lo llamaban «el edificio alto».

—¿Cuánto tiempo falta para que empiecen a tocar? —preguntó Cora, despreocupada, disfruntando del gentío a su alrededor.

Emily miró el reloj de la iglesia, marcaba las doce menos cuarto.

—Un cuarto de hora.

—Pues voy a por dos limonadas a ese puesto de allí. —La muchacha señaló un quiosco con un techado de tela, vasos de colores y jarras llenas del líquido amarillo azucarado.

—Está bien, yo me quedaré guardando nuestros asientos.

Cora se acercó al tenderete contoneando las caderas y con una gran sonrisa en su boca sensual. Sabía que levantaba expectación y le encantaba que la mirasen. El tañido de las campanas de la iglesia llamaron su atención y, de pronto, la sonrisa se le borró de la cara de golpe. De un coche imponente, una chica menuda vestida de novia bajó del brazo de su padre. No había duda, era Sophie Flynn. A Cora le temblaron las piernas, sintió una opresión en el pecho que le impidió respirar, su estómago se removió de puro vértigo y su corazón palpitó tan deprisa que parecía un caballo desbocado corriendo al galope. Intentó no mirar, girar sobre sus talones y darse la vuelta, pero no pudo y se quedó clavada en la acera en la que se había parado oculta tras un seto. Sobre las escalinatas de la iglesia, estaba Philip Montgomery, impecablemente vestido con su uniforme militar, acompañado por sus padres. Dos lágrimas gruesas rodaron por las mejillas de Cora, y su estado de ánimo se azoró tanto que no creyó posible volver con Emily después de aquella escena.

Desde el principio, supo que su relación con el capitán no era más que una quimera, que se engañaba a sí misma, pero no pudo evitar hacerse ilusiones de que en realidad la quería y que la salvaría de una vida solitaria e insulsa. «¡Has sido una estúpida, Cora!», se dijo. Intentó apartar la mirada de la iglesia, pero no pudo dejar de clavar sus ojos en Philip, que esperaba a su flamante novia con su bigote bien recortado y su pelo rubio engominado hacia atrás. Estaba muy atractivo, y Cora envidió a Sophie y maldijo la mala suerte que la había hecho nacer pobre.

Los señores Montgomery y los Flynn estaban muy elegantes acompañando a sus respectivos

hijos en un día tan señalado, y los invitados portaban sus mejores galas para participar probablemente en uno de los eventos más importantes de la temporada en Accrington. Cora se quedó un rato más en la esquina donde estaba agazapada, pensativa, sin moverse, a pesar de que los novios y la comitiva ya hacía rato que habían entrado en el templo. Sentía el corazón mortificado por la pena y la envidia. Los ojos se le anegaron en lágrimas, que resbalaron por sus mejillas sonrosadas, y que ella apartó de un manotazo. Odiaba a los Montgomery, pero, sobre todo, a la señora, que la había obligado a terminar su relación con Philip y era la causante de todas sus desgracias.

El inicio de la música la devolvió a la realidad y se apresuró a volver donde la aguardaba Emily, aunque abatida por el acontecimiento que había presenciado, olvidó comprar las limonadas. Los lugareños ya ocupaban sus asientos, y Cora tuvo que pedir permiso para reunirse con su amiga. Cuando llegó a su asiento, estaba azorada y se sintió incapaz de mirar a Emily a los ojos, por lo que disimuló alisándose el vestido.

—¡Cuánto has tardado! ¿Te ha pasado algo?

—Nada —dijo cortante, intentando que no le temblara la voz.

—¿Y las bebidas?

—Se les han terminado —sentenció Cora y, sin más, se concentró en mirar hacia delante. Pretendió escuchar la música con el alma cargada de un torbellino de rencor y tristeza, mientras Emily, atónita, dedujo que le había ocurrido algo que no quería compartir con ella.

26 LAS PEORES NOTICIAS

1916

La noticia de la llegada de miles de notificaciones de los fallecidos en el Somme corrió como la pólvora por Accrington y los pueblos colindantes. La muerte de tantos vecinos cayó en las ciudades y pueblos como las bombas que impactaban en el frente arrasándolo, y llenó de dolor y angustia a la mayoría de las casas británicas. Eran muy pocas las familias que no habían sido alcanzadas por la atroz tragedia, y los vecinos, aturdidos ante un mazazo de tal calibre, bajaron sus persianas, se sumieron en un profundo duelo y se vistieron de un riguroso luto para mostrar su desconsuelo.

El capitán Montgomery salió ileso de la carnicería que tuvo lugar en Francia y que acabó con miles de vidas inglesas simplemente porque no participó en ella. Había aducido enfermedad la noche anterior al ataque en el Somme y lo tuvieron que sustituir por otro oficial antes del combate. Sus vecinos no le perdonaban que abandonara a sus hijos en el campo de batalla y, consternados por su presencia en la ciudad, mientras sus familiares seguían en las trincheras, lo criticaron abiertamente y lo acusaron de cobarde. En verdad, tenían razón, ya que a Philip le gustaba el uniforme, el cargo que le confería y el trato que la sociedad le daba a un oficial. Sin embargo, carcomido por el miedo, decidió que la guerra no era para él y encontró la forma, sin ningún tipo de remordimiento, de evitar la ofensiva y abandonar la primera línea del fuego antes de la gran batalla.

—Es un amilanado, un miedoso, gallina —se murmuraba en Accrington y en los demás municipios cuyos parientes tuvieron que salir a un campo de batalla para obedecer un plan suicida mientras que el capitán, respaldado por su cargo y sus galones, pudo escabullirse de tan temida operación.

Philip nunca conectó con sus hombres y tampoco con sus suboficiales, que lo tachaban de pusilánime, a pesar de no decírselo a la cara por miedo a ser acusados de insubordinación. Cada vez que tenían que enfrentarse a cualquier combate, el capitán Montgomery hacía lo indecible para no acudir a la trinchera y empuñar su fusil y, por supuesto, nunca se había enfrentado con el enemigo cara a cara ni utilizado su bayoneta. En muy raras ocasiones, el oficial se atrevió a salir de su cuchitril, un agujero bajo tierra bien habilitado para su comodidad donde gozaba de cocinero, libros, música y un camastro más cómodo de lo habitual para las condiciones de guerra en las que vivían. Tampoco intentó nunca animar a sus hombres con arengas o discursos positivos y motivadores, sino que prefería pasar el tiempo con su cara metida en los mapas, pretendiendo estudiar los planes de ataque, leyendo, o escuchando música.

—Es una sabandija, una cucaracha que se esconde y nos pone a nosotros de parapeto. Somos su escudo perfecto —afirmaban los soldados.

Desde que Philip se enteró de que una gran ofensiva tendría lugar a principios de julio, hizo todo lo que estuvo en su mano para que lo apartaran de aquel lodazal putrefacto y lo devolvieran a la retaguardia. Poco antes del ataque, consiguió su objetivo al fingir que estaba enfermo y lo enviaron de vuelta a casa ileso y sin sufrir los embates de la guerra. Fue entonces cuando

aprovechó su buena suerte para contraer matrimonio con Sophie, y cuando el resto de los vecinos de Accrington lo condenaron de por vida.

A pesar de que los periódicos declararon la batalla del Somme como un desastre nacional, nadie estaba preparado para aceptar la cantidad de pérdidas de hijos, maridos, hermanos o amigos a las que tuvieron que enfrentarse; parecía como si hubiera caído de golpe sobre los hombros de los vecinos el peso de los años, la angustia contenida y la más absoluta oscuridad. Los soldados en el frente que temían que sus cartas no se enviaran si escribían algo comprometedor, escribían a sus familias sin dar explicaciones sobre la gran ofensiva que se preparaba. La censura hacía que los muchachos en las trincheras fueran a ciegas con respecto al devenir de la guerra y estaban poco informados de lo que ocurría en los diferentes frentes, si la victoria se decantaba de su lado, o si las bajas habían sido enormes en los campos de batalla. Por eso y, a pesar de que la comunicación entre los soldados y la retaguardia funcionaba con corrección, y los gobiernos intentaban agilizar el lazo entre los soldados y sus familiares para levantar la moral de los chicos, nadie en Accrington entendía qué era lo que había pasado.

Hattie, en Macedonia, no había oído hablar del desastre ocurrido en el Somme, estaba ocupada intentando sobrevivir a sus propios combates contra los austrohúngaros y los turcos, decididos a recuperar posiciones a toda costa, y absorta en las angustiosas pesquisas sobre la desaparición de Darko que aún no había dado señales de vida.

La carta de Emily le llegó a finales de julio, como siempre, sintió un gran consuelo al tener entre sus manos ese trocito de papel que venía de su hogar. Hattie besó el sobre amarillento y se lo llevó al corazón. Se arrellanó sobre un montículo de barro dentro de su trinchera, el ruido de la artillería se escuchaba a lo lejos más amortiguado que de costumbre, sacó un pitillo del bolsillo de sus pantalones y le dio una honda calada antes de empezar a leer. Había comenzado a fumar desde que conoció a Flora en el frente, le gustaba aquel regusto amargo que el tabaco le dejaba en la boca y la sensación de placidez y calma que le proporcionaba el humo al revolotear cerca de su nariz, y pensó que sería una costumbre difícil de abandonar cuando volviera a casa. Una rata gorda se paseó entre sus pies, y Hattie la apartó con una patada suave. Ya no les tenía miedo, solo asco, era casi imposible atraparlas y volvían a salir de todas partes como agua de un manantial de montaña. Los animales campaban a sus anchas por las trincheras, se alimentaban de los muertos y, a pesar de que los soldados lo intentaron todo para exterminarlas, su esfuerzo resultó inútil, por lo que no les quedaba más que convivir con ellas.

La primera línea que había escrito Emily con su cuidadosa y delicada ortografía ya la puso en alerta: «Ha ocurrido algo». La chica no le daba pistas en esa frase de lo que en realidad pasaba, pero a Hattie se le vino el mundo encima. Conocía a su amiga y comprendió que esas tres palabras implicaban la inevitabilidad de un hecho grave. Le dio una última calada al cigarro que tenía entre los labios y lo tiró a un charco que lo apagó inmediatamente. Los ojos de Hattie se movían con ansia entre los renglones y, cuando terminó, agarró el puñado de hojas que su amiga había escrito y las apretó con fuerza. Hattie no pudo y tampoco quiso retener el reguero de lágrimas que rodaron de sus ojos oscuros.

Emily la informaba de un gran desastre ocurrido donde el batallón de Accrington tenía su base. Donde James estaba destacado.

No ha habido nada que haya hecho cambiar de opinión al general Joseph Joffre de llevar a cabo una gran ofensiva a través de la línea del río Somme. Ha sido un ataque conjunto francobritánico para controlar a los alemanes. Todo ha salido mal, muy mal, quizá ya te hayas enterado, pero yo no puedo engañarte.

El cuerpo de Hattie se tensó como un arco y se llevó el puño a la boca en un acto reflejo; un escalofrío de terror recorrió su espalda y un miedo atroz prensó su corazón, estrujándolo.

Según cuentan los periódicos, la operación ha sido una masacre sin precedentes —continuaba Emily—***, un rotundo fracaso que han pagado nuestros muchachos. Hay miles de muertos, desaparecidos y aún no se sabe nada de James, Charlie o Ed.***

Hattie, que aguantaba la respiración, exhaló aliviada. Aún no había nada seguro, pensó, pero enseguida la intranquilidad se apoderó de ella, ya que aunque ninguna notificación aclaratoria sobre lo que les ocurrió a los chicos había llegado a Accrington cuando Emily escribió la carta, quizá, la situación ya hubiese cambiado. No pudo evitar que se le nublara la vista y se prohibió pensar en la posibilidad de no volver a abrazar a su hermano. Intentó ser racional, pero sus sentimientos tomaron el control de su cuerpo y lloró con un temblor de terror acompañado de sollozos. «James no puede morir», se dijo a sí misma. No había previsto abandonar Macedonia ni dejar el ejército, pero la situación había cambiado. Si su hermano seguía vivo y la necesitaba, era su deber estar con él.

Hattie escudriñó el matasello de la carta, era de hacía una semana, por lo que se dirigió a su sargento, decidida a obtener información acerca de lo ocurrido en Francia. Tenía que tomar una decisión acerca de lo que debía hacer.

—Señor —dijo, cuadrándose frente al suboficial—, necesito comunicarme con Inglaterra.

—Y yo tomar el té con el rey —dijo sarcástico el hombre, un serbio robusto de cabello rizados y de modales rudos.

Hattie respiró hondo e intentó explicarse mejor.

—Señor, acaban de informarme de que hubo un desastre en el Somme, en Francia, mi hermano estaba destinado allí. No sé si está vivo o muerto, si está herido o ha desaparecido. Necesito comunicarme con Inglaterra. Allí están poniendo las listas de bajas y, tal vez, puedan decirme algo más.

—Entiendo —afirmó el sargento escueto, esa vez, sin rastro de socarronería en la voz—. Sin embargo, me temo que eso será imposible; todas nuestras líneas telegráficas han sido cortadas. Los austríacos son muy hábiles en eso. ¿Está usted segura, soldado, de que las noticias que le han llegado son de fiar? Hay muchos sucesos escabrosos y con falta de rigor que circulan solo con la intención de desanimar tanto a los soldados como a los civiles.

—No hablaría con usted si tuviera alguna duda, señor. He recibido una carta desde mi casa en Inglaterra, las bajas son muy abultadas. El hecho ya es oficial. Necesito saber si mi hermano está bien.

—Me temo que sus únicas opciones son esperar a una nueva carta de su hogar o viajar a Inglaterra. Usted es voluntaria, puede irse si lo desea. Tal vez, en el camino, encuentre alguna manera de comunicarse con su país.

A pesar de que le temblaba la barbilla, Hattie pudo aguantar el llanto delante del sargento y agradeció sus palabras con una leve inclinación de cabeza.

—Si me da permiso, creo que me iré y, cuando averigüe como está mi hermano, volveré. Se lo prometo.

—No haga promesas que, quizá, no pueda cumplir, soldado Knox. Los tiempos que vivimos son difíciles, y es imposible saber dónde estaremos mañana. Vaya y resuelva sus asuntos. A pesar de todo —carraspeó el sargento antes de volver a hablar—, aquí siempre será bienvenida; es usted un soldado excepcional.

La muchacha se lo agradeció cuadrándose ante él.

—Gracias, señor.

—La echaremos de menos, Inglesa, pocas mujeres tienen tantas agallas como usted —aseguró el suboficial, que se dio la media vuelta y la dejó sola con sus pensamientos.

Hattie estaba aturdida, pensó en Darko, no quería abandonar su búsqueda, pero tampoco podía desatender a James, y esa dicotomía la mataba. Resuelta, agarró su mochila, recogió sus escasas pertenencias y, después de una corta despedida a los compañeros que la habían acogido como a un hombre más, se dirigió a través de las trincheras de conexión hacia la retaguardia, donde esperaba encontrar la manera de comunicarse con Emily. Mientras corría con la cabeza agachada para evitar a los francotiradores, rogó para que James siguiera vivo. La pérdida de Darko era lo suficientemente devastadora como para que también se confirmara la muerte de su hermano. Eso la destruiría.

«James —se repitió a sí misma como una letanía—, ni se te ocurra morirte».

Emily llamó al timbre de la casa de los Carr. Los dejó para el final porque quería pasar más tiempo con Mary, a la que tenía un especial cariño. No hubo respuesta. Indecisa, se quedó parada en la puerta bajo una fina lluvia de julio que la caló hasta los huesos. La muerte de Ed le dolió especialmente porque desde pequeños eran buenos amigos. Estaba segura de que el matrimonio estaría devastado y no quería dejarlos solos en un momento así. Ya había visitado a todos los vecinos de su calle, cuyos familiares fallecieron en el Somme, eran tantas las familias afectadas por esas pérdidas irreparables que le pareció que el pueblo nunca se repondría ni volvería a ser como antes. En todas las casas en las que se presentó, encontró el mismo dolor, la misma oscuridad y el mismo miedo. Accrington, al igual que un gran número de localidades británicas, estaba de luto. La pérdida de miles de sus jóvenes los afectó a todos de manera colectiva, y hombres y mujeres se movían como muñecos desmadejados por las calles de la ciudad impactados e incrédulos con la magnitud de la noticia.

Finalmente, la puerta de los Carr se entreabrió, y Emily pudo ver la cara ajada de Mary, que había envejecido cientos de años en pocos días. La señora Carr tenía el semblante demudado, ojeras moradas circunvalaban sus ojos rojos y desorbitados y sus labios estaban tan apretados que daban la impresión de que aguantaba el llanto. Emily sintió una gran angustia, y la pena la invadió por completo.

—Mary, ¿cómo se encuentra?

La mujer no le respondió, dejó la puerta abierta y, dándole la espalda, se dirigió hacia la cocina. Emily la siguió. El mobiliario era escueto: una mesa, tres sillas y un aparador de madera clara. La mujer se sentó y, con la turbación prendida en la cara, señaló otra silla para que Emily la imitara. La chica la entendió a la perfección y aceptó sus directrices sin rechistar. Esperó unos minutos y luego se decidió a hablar.

—Lo siento mucho —murmuró tomando de la mano a Mary, que se dejó hacer.

La señora Carr era una mujer bella, pero Emily no encontró ningún rastro de la antigua Mary en esa nueva persona. «El dolor sabe cómo atormentar el alma», pensó.

Mary clavó sus ojos grises en ella, pero se mantuvo en silencio.

—Lo siento —masculló Emily de nuevo—. Yo quería a Ed, era un gran muchacho, y lo echaré mucho de menos. Por favor, dígame si puedo hacer algo por ustedes.

—¿Podrías devolverme a mi hijo? —preguntó Mary con las cejas fruncidas y la boca arrugada en un rictus de ira.

Su comentario no fue justo con Emily, cuya intención solo había sido ayudar, pero ¿quién le podía tener en cuenta ese ataque de cólera a una madre que acababa de perder a su hijo?

—¡Ojalá pudiera! —afirmó la joven que sacó un pañuelo del bolso y se enjugó las lágrimas con él.

—Todos lo hemos matado —afirmó Mary furiosa—, el gobierno, el pueblo de Accrington con todas esas tonterías sobre el amor a la patria, sus amigos llenándole la cabeza con ideas absurdas sobre la guerra, nosotros consintiendo que se fuera… todos. Mi hijo no era un soldado, solo un niño que jugaba a luchar. ¿Cómo han podido dejar que algo así suceda?

Mary se echó a llorar, y Emily la abrazó con fuerza.

—No tengo palabras para consolarla…, lo siento mucho, de veras.

Mary se levantó despacio, dejando a Emily agachada en el suelo, y se dirigió al aparador de la cocina, de donde sacó una carta.

—Léela —conminó. Emily hizo lo que la mujer le ordenó, y sus ojos se inundaron de nuevo con lágrimas que no pudo retener.

—Es la notificación del fallecimiento de Ed.

—Sí, ahí dicen que mi hijo es un héroe, que murió para proteger a su familia, pero eso no es así, y a mí no me convencerán haciéndome creer que esta guerra tiene una lógica, porque no la tiene. Yo no quería que se fuera, no justifiqué nunca que esos muchachos tan jóvenes se marcharan para luchar de manera voluntaria. Un verdadero país debe tener un verdadero ejército. Uno profesional, y no arrastrar a sus ciudadanos más jóvenes, que nunca han empuñado un fusil, a una leva envuelta en mentiras. Ahora dicen que levantarán un monumento en honor de todos los muertos y que habrá una ceremonia en la catedral. ¿Sabes lo que yo digo?

Emily no respondió.

»Que se guarden esas estupideces y que me devuelvan a mi hijo. Nunca podrán conseguir que mi tristeza se convierta en orgullo. Jamás.

—¿Dónde está su marido? —preguntó Emily, realmente preocupada. No quería dejar sola a Mary en esas condiciones.

—Norton se deja timar por la palabrería de los que nos gobiernan. Se ha ido a dar el pésame a otros padres.

Emily no sabía qué decirle para que se sintiera mejor y volvió a repetirse.

—Lo siento mucho, de verdad que lo siento. Por favor, si puedo hacer algo por usted, no dude en decírmelo.

—El tiempo es solo una quimera. Nada es seguro —la oyó bisbisear con la mirada perdida —, sin mi hijo, ya no hay presente ni futuro, solo un pasado amargo y doloroso. Un pasado en donde Ed estaba vivo. Sin él, ya nada importa.

Mary parecía aturdida, como enloquecida, y su rostro era el reflejo de la más absoluta desolación. Emily no sabía qué hacer, y deseó tener las palabras adecuadas para consolarla. Sin previo aviso, la señora Carr empezó a gritar y a golpearse la cabeza.

—¿Por qué ha tenido que morir mi Ed? —chilló con unos alaridos desgarradores que dejaban entrever un alma rota y atormentada.

Emily se sobresaltó y se acercó a ella para abrazarla aún más fuerte.

El cerrojo de la puerta principal, que Emily echó al entrar, se desplazó con un ruido metálico y seco, y la muchacha suspiró aliviada suponiendo que sería el señor Carr.

—Estamos en la cocina —indicó al visitante a viva voz.

Norton Carr se tensó cuando observó la escena desde el umbral de la puerta. De un vistazo, comprendió exactamente lo que ocurría y se apresuró para darle el relevo a Emily abrazando a Mary. Desde el anuncio de la muerte de su hijo, su esposa vivía atormentada y él solía salir a

diario para no enfrentarse a su dolor. La amaba demasiado para verla sufrir así. Sin embargo, en ese momento, viéndola tan frágil e indefensa, se arrepintió de haberla dejado sola, Mary lo necesitaba, y él no podía fallarle. El señor Carr respiró profundamente, se sentía impotente, él también estaba destrozado, pero era el hombre de la casa y debía hacer algo por ayudar a su mujer.

—Muchas gracias por venir —le dijo a Emily con un rictus de desconsuelo en la boca—, ahora, si le parece, yo me encargaré.

Emily se deshizo del abrazo de Mary e intercambió posiciones con Norton.

—Por favor, cuenten conmigo para lo que necesiten.

Emily acarició el pelo de Mary y, preocupada, abandonó la casa de los Carr, y dejó al matrimonio compartiendo el mismo sentimiento de aflicción por la muerte de su único hijo.

27 VUELTA A CASA

1916

A principio de agosto, todo Accrington y los pueblos colindantes ya conocían los nombres de los jóvenes inocentes y valerosos que murieron en combate en el Somme, los que estaban desaparecidos y los heridos de gravedad.

A Hattie, que había logrado comunicarse con Emily, le llegó también la noticia de que James, aunque malherido, estaba vivo y que pronto volvería a casa para poder recuperarse. Emily no tenía mucha más información, y en sus escuetas notificaciones solo pudo informarla de que su hermano tenía lesiones graves.

Hattie había intentado llegar a casa antes de que lo hiciera James, sin embargo, no lo consiguió, puesto que los terribles combates que se llevaban a cabo en suelo francés la retrasaron. Había comprado un billete para viajar en un carguero maltés que tenía previsto atracar en las islas británicas, pero cuando supo que su viaje se demoraría más de una semana, no le quedó más remedio que telegrafiar a Emily y rogarle que cuidara de su hermano mientras el barco no anclara en suelo inglés y ella pudiera hacerse cargo.

Los soldados llegaron a la estación Victoria en Londres en oleadas masivas, jóvenes lesionados, heridos, algunos sin piernas ni brazos y cuyos familiares, afortunados por tenerlos aún con vida, los esperaban con ansias y desesperación.

A pesar de que Cora intentó conseguir algún día libre para ir a recibir a James, la fábrica le negó cualquier tipo de permiso debido a las semanas que no había asistido a su puesto de trabajo tras su aborto, por lo que Emily, en ausencia de Hattie, acudió sin compañía a la capital para esperar al joven. Estaba decidida a no dejarlo solo y no entendió cómo Cora, a pesar de la amenaza de la factoría con la pérdida inmediata de su trabajo, prefirió quedarse en Accrington. Si ella hubiera estado en su lugar, nada la hubiera detenido para recibir con los brazos abiertos a su novio herido, que probablemente la necesitaría más que nunca. Pero Cora había vuelto a ser la misma de siempre, voluble, frívola y extrovertida nada más se recuperó, y Emily presentía que, en realidad, no estaba enamorada de James y que se decantó por él a falta de un partido mejor. Le revolvía el estómago guardar el secreto del aborto a Hattie y a James, pero le hizo una promesa a Cora y debía cumplirla. Sería mejor que ese asunto lo arreglaran entre ellos, además, ahora que el joven estaba herido, no debía llevarse sobresaltos que pudieran empeorar su estado.

Emily no tenía ni idea de la envergadura de las heridas de James y estaba muy preocupada, por lo que decidió que, si tenía que quedarse junto a él hasta que Hattie llegase a Londres, lo haría con gusto. Desde que le dieron su puesto en la fábrica de municiones, había ascendido hasta jefa de sección, era buena en lo que hacía y estaba segura de que la empresa no prescindiría de ella con facilidad, pero si así fuera, no le importaba perder el trabajo. No lo dejaría solo.

La muchacha eligió un sencillo traje azul plomo y un discreto sombrero de paja con un lazo beige para ir a esperar a James. Era la mejor vestimenta que tenía, y pensó que el chico se merecía verla guapa y alegre para paliar en lo posible la tristeza que seguramente tendría. Se restregó las manos nerviosa sin quitar la vista del reloj que colgaba de una de las paredes de la gran estación y se mezcló con el resto de los familiares de los soldados, que entusiasmados

estiraban el cuello para ver si se acercaba algún tren por las vías. Intentó calmarse y se sentó en un banco de madera ocupado por señoritas bien ataviadas e igualmente nerviosas, pero no aguantó mucho tiempo y se levantó enseguida para recorrer de arriba abajo la estación. El revuelo de la muchedumbre con sonrisas y llantos prendidos en sus rostros llamó su atención, el tan deseado tren se acercaba al andén número 4, y Emily corrió para posicionarse en primera fila. Los soldados fueron saliendo del ferrocarril, abatidos, algunos por su propio pie, pero la gran mayoría en camillas o ayudados por el personal médico o sus propios compañeros. Algunos jóvenes intentaban ocultar sus miembros mutilados, mientras otros tenían una mirada tan fija y perdida que impresionaron a sus familiares. Las escenas de llantos y alegría mezcladas con tristeza se sucedieron una tras otra, y Emily pensó en Ed y en todos los chicos que no habían sido tan afortunados como para regresar a casa. Reparó en el rostro de los muchachos, eran hombres vencidos, y sus cicatrices, en algunos casos atroces, parecían menos dolorosas que las que debían llevar por dentro.

La chica se movió de sitio un par de veces y escrutó las diferentes puertas de salida de los vagones sin localizar a James.

—Emily —oyó una voz robusta a su espalda.

Se volvió, alarmada, y se topó con Jeremy, el hijo menor del señor Carter, el mejor carpintero de Accrington. La muchacha se abalanzó a su cuello obviando cualquier tipo de protocolo social; se conocían desde niños, y estaba genuinamente feliz de verlo con vida.

—Me alegro de que hayas vuelto sano y salvo —dijo, secándose las lágrimas—. ¿Estás bien? —El chico se abrió la casaca y le mostró que había perdido un brazo.

—Es un precio pequeño en comparación al que han pagado la mayoría de mis compañeros.

Emily le rozó el rostro con el dorso de la mano y lo volvió a abrazar con ternura.

—Me alegro de que pienses así.

—¡Hijo!

Un grito roto se escuchó desde el fondo del andén, y Jeremy reconoció en él la voz de su madre. El muchacho dejó de hablar, se dio la vuelta y corrió a su encuentro.

—¿Has visto a James Knox? —le gritó Emily antes de perderlo totalmente de vista.

—Estaba en el vagón 9, lo sacarán en camilla.

Jeremy siguió su camino, y Emily se quedó a contemplar cómo se fundía en un abrazo con su madre, que lloró desconsolada al estrecharlo contra su pecho. Los Carter ya habían perdido a otros dos hijos mayores, y recuperar a Jeremy con vida los reconfortó.

Emily corrió hacia donde el joven le había indicado con el corazón desbocado y la mirada acuciante; se puso de puntillas para poder atisbar por encima de las cabezas del público congregado en el andén y, en menos de dos minutos, creyó localizar a James. No estaba segura, no podía verlo con claridad desde su posición, pero dos sanitarios con impecables uniformes blancos portaban una camilla que bien podría tratarse de la del soldado Knox. Emily corrió por entre la gente, perdió el sombrero en la carrera y se agachó a cogerlo justo antes de que una señora vigorosa lo pisoteara.

—¡James! —gritó.

Cuando llegó a la altura de los enfermeros, se paró en seco. El muchacho tumbado tenía el pelo de James, sus manos, su cuello… Ella había estudiado su anatomía de sobra como para reconocerlo, pero su rostro estaba destrozado. Le faltaba el ojo derecho y no tenía perfil, una gran parte de la nariz había desaparecido y tampoco existía una de sus orejas. Sus labios, antes

carnosos que ascendían hasta dibujar la sonrisa más bonita que Emily había visto jamás, ahora eran finos con gruesos costurones que los sostenían a la cara.

—James —insistió Emily, esta vez con palabras atragantadas. El muchacho no se había percatado de su presencia y, cuando volvió la cabeza para ver con el único ojo que le quedaba sano, se cruzó con la mirada azul de la chica arrasada en lágrimas.

—Vete, por favor, ¿por qué has venido? —pudo pronunciar con su nueva voz viscosa—. No quiero que nadie me vea así. ¿Está Cora aquí? Llévatela.

—Cálmate, James —lo tranquilizó Emily—. Cora y Hattie no han podido venir, te lo explicaré más tarde.

—Soy un monstruo, déjame solo, no me apetece ver a nadie. —Emily caminó junto a su lado mientras los sanitarios manipulaban la camilla con dificultad entre el público concentrado en la estación—. Ya no soy yo.

Emily se recuperó de la primera impresión que el rostro de James había dejado en su corazón y se sobrepuso. No le importó su aspecto maltrecho, sino la reacción y el desánimo del muchacho.

—No digas tonterías, no me iré a ninguna parte. Tú no eres solo tu cara, eres mucho más, y tu familia y tus amigos estaremos aquí para recordártelo cada día en caso de que lo hayas olvidado.

El chico volvió el rostro hacia el lado opuesto a dónde Emily se había posicionado y empezó a llorar. A la chica se le desgarró el corazón, en verdad, sus heridas eran muy severas, y James no se merecía lo que le había pasado. Le tomó la mano con suavidad y el muchacho la apartó de un manotazo.

—¿No te doy asco? Porque yo sí me lo doy a mí mismo. Vete, no necesito a nadie aquí.

—Tú nunca me darás asco —afirmó Emily con una sinceridad que hizo que el muchacho se estremeciera.

La joven volvió a intentarlo de nuevo y le cogió la mano por segunda vez, James dejó que se la apretara y, cansado, relajó su cuerpo desmadejado. Desde que Charlie lo visitó, no había tenido ningún contacto humano que no fuera el de médicos y enfermeras y agradeció la dulzura de su amiga. Ese pequeño gesto de empatía y consideración lo llenó de esperanzas y pensó que, quizá, aún no estaba todo perdido.

Antes de llegar a Inglaterra, el doctor Hoover lo sometió a una operación desesperada para salvarle la vida. No había sido estética ni reconstructiva, el médico solo ajustó los jirones de piel como pudo dejando profundos agujeros y cicatrices en su rostro malherido. Su ojo era una cuenca vacía, no había rastro de su oreja, de su nariz quedaba una pequeña porción y su boca era una amalgama de tejidos que le proporcionaba un rictus crispado muy diferente al suyo habitual. Sin embargo, no lo dejó marchar sin la promesa de que hablaría con su colega, el doctor Harold Gillies, que acababa de abrir su propia unidad de cirugía plástica en el Tercer Hospital General de Londres.

—Todo se arreglará, muchacho, debes tener confianza en mí —afirmó.

A pesar de todo, James no albergó muchas esperanzas en que pudieran hacerle una reconstrucción facial, el daño de su rostro era muy severo. Incluso llegó a pensar que cuando el doctor Gillies lo viera, ni siquiera lo intentaría. Estaba desmoralizado y hundido. Sin embargo, la inesperada reacción de Emily lo hizo pensar en que tenía que procurar seguir adelante y que, quizá, ese fuera el camino para recuperar su vida anterior. Apretó con más fuerza la mano de la chica, agradeciéndole en silencio que hubiera ido a recibirlo y rezó para que Cora y Hattie

también lo apoyaran. Quería con todas sus fuerzas volver a ser el de antes del Somme. Cerró su único ojo intacto y, por primera vez en mucho tiempo, respiró más tranquilo mientras sentía en su mano el contacto suave de la piel de Emily.

28 LOCURA

1916

Charlie volvió a pelear tras la dura ofensiva del primer día en la batalla del Somme; sin embargo, ese espíritu de amistad y camaradería con el que se alistó en el ejército de voluntarios de Kitchener lo abandonó para siempre. La pérdida de Ed, muerto en combate, y de James, herido de gravedad, lo dejaron solo y, a pesar de conocer a la mayoría de los muchachos de Accrington que luchaban junto a él, sin sus amigos más cercanos ya no deseaba seguir participando en esa maldita guerra.

Tras un episodio en el que un obús impactó muy cerca de su posición en la trinchera y había hecho papilla a cuatro compañeros que charlaban animadamente cerca de él, el muchacho tuvo un ataque de nervios y no hubo más remedio que evacuarlo al hospital de campaña más cercano donde un mes antes estuvo James.

Charlie llevaba más de una semana en la clínica cuando el comandante Sach fue a visitar a su hijo, que yacía en la cama justo a su lado. El joven había tenido la mala fortuna de cruzarse con una bala alemana que lo hirió de gravedad en el brazo, sin embargo, la pericia del doctor Hoover logró salvárselo evitando que el muchacho aumentara el innumerable grupo de tullidos de guerra, aunque aún no estaba claro que pudiera volver a utilizar esa extremidad.

El comandante era un hombre soberbio, severo, chapado a la antigua y poco cariñoso que había educado a sus hijos en una férrea disciplina castrense. Los dos mayores, que estudiaron en prestigiosas academias militares, gozaban de los rangos de capitán y teniente respectivamente, mientras que el menor, por tener solo dieciocho años, aún era un simple soldado al que su padre empujaba para que llegara a más dentro del ejército. Se alegraba de que su vástago estuviera vivo, pero prefería no dejárselo saber. El hombre lucía un bigote fino bien arreglado y el pelo cano lo llevaba peinado hacia atrás. No se sentó junto a su hijo, solo le palmeó el hombro y se limitó a darle la enhorabuena por haber cumplido con su deber en el campo de batalla. El comandante estaba a punto de marcharse cuando reparó en Charlie, que estaba tumbado en el catre de al lado sin ninguna herida aparente.

—¿Y a usted que le pasa, soldado?

Charlie no respondió y se mantuvo con la mirada fija en un punto lejano con un leve matiz de enajenación en sus ojos. El comandante se sintió insultado, el recluta estaba obligado a contestarle y tendría que haberle demostrado respeto, la jerarquía así lo requería.

—Doctor Hoover, venga aquí —ordenó con un tono displicente en la voz.

El médico se acercó cansado, harto de los oficiales. Sabía que la inflexión en las palabras del hombre denotaba problemas y no tenía tiempo para tonterías, tenía mucho trabajo, vidas que salvar como para perder el tiempo con el comandante. Sin embargo, no quería enfrentarse a él sin ni siquiera darle la oportunidad de expresarse.

—Buenos días, señor —dijo Hoover, mirando al joven Sach—. Me alegro enormemente de que su hijo se recupere tan bien. Es un buen muchacho.

—No necesito que me hable de mi hijo, tengo ojos en la cara y sé que ya está mejor. Dentro de poco estará de nuevo en el frente —lo amonestó colérico—. Es este soldado quien me interesa

—sentenció señalando a Charlie con el dedo.

—Perdone, señor, no lo entiendo —apuntó Hoover—. ¿Quiere decir que su hijo no le interesa, pero que este otro soldado sí? —preguntó con toda la intención.

—No se haga el listo conmigo, doctor.

El médico dio un suspiro profundo y se obligó a echar marcha atrás. En su hospital mandaba él, se dijo Hoover, pero el comandante podía hacerle la vida muy difícil y era lo último que necesitaba en ese momento.

—Lo siento si lo he ofendido, señor. No ha sido mi intención —mintió.

—Dígame, ¿quién es este muchacho? —insistió el militar.

—Es el soldado Charlie Drake, del batallón de Accrington.

—¿Y qué hace aquí? No me parece que tenga nada grave; puedo ver la silueta de sus dos piernas, sus brazos, su cabeza e incluso he levantado su manta y no tiene heridas ni en el torso ni en el abdomen.

—A veces las heridas de guerra no se ven, señor.

—¡Ah! Ya veo… Es usted uno de esos médicos.

—¿Qué quiere decir con «uno de esos médicos»?

Sach parecía furioso, y Hoover comprendió que estaba tensando la cuerda demasiado. A veces, la buena voluntad de los oficiales facilitaba la llegada de medicamentos o toma de decisiones en los hospitales que beneficiaba a los enfermos, ya se había ganado varios enemigos entre los altos mandos y no quería buscarse otro más, pero la manera de hablar de Sach lo enfurecía y tuvo que hacer un ejercicio de autocontrol para no mandarlo al diablo. Hoover volvió a respirar profundo y contó hasta diez para calmarse. Sus pacientes lo esperaban, y ese hombre le hacía perder el tiempo.

—Sabe muy bien a lo que me refiero. Seguro que ahora me dirá que este soldado está sufriendo de… ¿cómo lo llaman ustedes? Síndrome del corazón del soldado o *shock* de las trincheras.

—También podríamos llamarlo neurosis de guerra o de combate, fatiga de batalla…

—Basta —exigió Sach, que perdió los nervios—. ¿Es que se burla de mí? —El comandante tenía la cara arrebolada y frunció las cejas hasta dibujar un marcado entrecejo de claro enfado.

—En absoluto, señor, nada más lejos de mi intención es que los síntomas que padece el soldado Drake causados por la fatiga de batalla tienen todos esos nombres.

—Déjese de sandeces, doctor, este hombre no es más que un cobarde y un pusilánime, y exijo que me dé sus datos completos ahora mismo. Informaré al alto mando para que lo castiguen o le hagan un consejo de guerra.

—Señor —dijo el doctor Hoover, reuniendo toda la paciencia que pudo encontrar dentro de él—, con todos mis respetos, este hombre no muestra falta de valor, se lo aseguro, tampoco es un antipatriota y ni siquiera está aquí para conseguir abandonar el frente. —El médico miró a Charlie con preocupación, sin embargo, el recluta seguía callado con la vista perdida en el infinito.

—Está fingiendo, ¿es que no lo ve? No tiene absolutamente nada.

—Comandante, le aseguro que la fatiga de batalla es una enfermedad cierta y seria, con síntomas muy señalados como pérdida del habla, espasmos faciales, pesadillas, falta de sueño y, como en el caso del soldado Drake, mirada perdida de loco. Es conocida como la mirada de las cien yardas; la distancia aproximada, como usted sabe, entre las trincheras y el enemigo.

El comandante clavó sus ojos azules en los de Hoover; era un hueso duro de roer y no daría

su brazo a torcer fácilmente.

—¿Cómo un médico de su categoría puede creer en algo así y considerarlo una enfermedad?

—Porque realmente lo es, señor. Es uno de los problemas más graves de todos los ejércitos, no solo del británico. Cuando los hombres aquejados con la fatiga de guerra son apartados del frente, del incesante ruido, se ha probado que mejoran. Usted tiene razón en algo: no tiene ninguna herida física, aun así, le aseguro que es incapaz de seguir luchando. Por lo menos, de momento —añadió complaciente—. El soldado Drake no es el único en pasar por una situación como esta. Si lo desea, le puedo mostrar más hombres con el mismo cuadro médico. Todos han sufrido traumas que le han afectado a la razón.

—Si es verdad lo que dice, ¿por qué no todos los soldados sufren de esta neurosis de combate? ¿Y cómo los médicos sois capaces de distinguir entre los cobardes y los que sufren esta enfermedad como se empeña en llamarla? —gritó el hombre con la boca fruncida y los ojos guiñados formando dos pequeñas líneas horizontales.

—No todos tenemos la misma fortaleza mental, comandante. Los soldados están sometidos a muchos trastornos emocionales y neurológicos causados por las explosiones y los combates, pero no todos los hombres las gestionan de la misma manera.

—Jamás nos pondremos de acuerdo usted y yo, Hoover.

Charlie hundió la cara en la almohada y comenzó a llorar, y el joven Sach se removió incómodo en su camastro avergonzado.

—Padre, por favor…

—¿Cuántas veces te he dicho que me llames comandante?

El muchacho dejó de hablar de inmediato, atemorizado, y no volvió a abrir la boca en presencia del militar. Sabía cómo de duro podía ser su padre y no quería tener que enfrentarse a ninguna represalia por su parte.

—Por favor, señor, si me permite, está alterando a los pacientes. ¿Sería tan amable de marcharse? Le prometo que le mantendré informado acerca de la evolución de su hijo. Déjeme a mí al soldado Drake, le aseguro que si descubro que no padece de fatiga de guerra, seré yo mismo quien lo arrastre al frente.

El comandante Sach lo miró con odio; sabía que el médico había ganado aquella discusión y, sin despedirse de su hijo, se dirigió a la puerta y abandonó la sala lleno de ira.

El doctor se acercó a la cama de Charlie, le preocupaba que la conversación que había mantenido con el comandante lo trastornara aún más, y eso lo enfurecía. Hoover estaba enfadado no solo con Sach, sino consigo mismo por no haber sabido ser más contundente y saber acallar al hombre a tiempo. Al fin y al cabo, eran los sanitarios los que mandaban en los hospitales, aunque fueran de campaña.

—¡Eh, Charlie! ¿Cómo estás? —le preguntó al chico con una voz suave y amistosa.

El muchacho no lo miró.

—Charlie —intervino el recluta Sach, que se apoyó sobre un codo en la cama para incorporarse—, mi padre es un estúpido, no debes prestarle atención, le gusta hablar, pero estoy seguro de que no hará nada contra ti. No debes tener miedo. Es un hombre ocupado, y soldados como tú y como yo, en realidad, no le importamos un pimiento. El doctor y yo sabemos que no eres un gallina. Mi padre no ha estado en el frente, creo que no se ha manchado su precioso uniforme en toda la guerra, pero yo sí he estado allí y te comprendo.

—Charlie —insistió Hoover—, todo lo que he dicho es cierto. No eres un cobarde, padeces una enfermedad. Esta guerra es nueva para todos, no se resuelve a golpe de cañonazos o espadas,

sino con metralletas, obuses, carros de combates y gases tóxicos. Sois conejos asustados en las trincheras a la espera de una bala enemiga que os destroce y habéis visto imágenes que ningún ser humano debería presenciar jamás: muertes de amigos, cuerpos humanos reducidos a carne chamuscada o amasijo de sangre y huesos de vuestros compañeros.

El joven se tomó su tiempo para mirar al doctor con unos ojos como platos, desquiciados. El médico le puso una mano en el brazo.

—Es normal tener miedo. Mira —señaló a otro chico dos camas más allá—, ese es George, también padece del *shock* de trincheras. Para él, según me cuenta, lo peor es escuchar el silbato que os ordena ir a la batalla. Es un buen chico, no es ningún miedoso, simplemente no está bien. Habéis soportado demasiados días en condiciones infrahumanas, y eso ha resultado en que muchos hayáis perdido la razón momentáneamente.

—No puedo dormir —masculló Charlie con un hilo de voz—, creo que jamás podré hacerlo de nuevo. Las pesadillas son tan aterradoras que lucho por quedarme despierto, lo prefiero antes que enfrentarme a las visiones. —El muchacho temblaba de pies a cabeza, y el médico le apretó el brazo con más fuerza para infundirle valor—. ¿Me curaré?

—Muchos hombres mejoran bastante cuando se alejan del frente. Cuando regresan de nuevo, caen en esta neurosis motivada por el ruido, por el temor a muerte inminente en la batalla, sin embargo, todos los médicos trabajamos para que os sintáis mejor.

Chrarlie comenzó a llorar.

—Ahí fuera morimos sin sentido —murmuró.

El soldado Sach, que escuchaba la conversación, asintió con la cabeza y se limpió una lágrima furtiva con el dorso de la mano.

—Y de las formas más salvajes —añadió el hijo del comandante—, las armas que utilizamos en esta guerra son devastadoras, miradme a mí, un tullido. Para mí, lo peor es el ruido de los obuses; fue uno el que me destrozó el brazo.

—Tienes razón —dijo Hoover—, pero sigues vivo, así que alégrate por eso. Y a ti, ¿qué es lo que más te preocupa, Charlie? Quizá, si logras dilucidar qué es lo que te inquieta y lo compartes conmigo, pueda ayudarte. ¿Qué es lo que te da más miedo? ¿De qué quieres huir?

El chico bajó la barbilla y apartó su nueva mirada demente del médico de manera brusca, y Hoover tuvo el presentimiento de que le ocultaba algo, sin embargo, no quiso insistir, la salud del joven estaba tan quebrada que un mal comentario podría llegar a romperla por completo. No debía arriesgarse a que algo así ocurriera.

—No tenemos que hablar hoy, si no te apetece —agregó el médico amablemente—, ya tendremos tiempo. No eres el único en esta situación y no estás solo. A muchos de tus compañeros, esta condenada guerra también les ha trastocado las emociones, pero se puede salir adelante, ya lo verás.

Charlie bajó la mirada y su flequillo rojo cayó sobre su frente empapada en sudor.

—Si vuelvo al frente, no sé si sabré hacer lo que se espera de mí.

—Eso no debe preocuparte ahora. Solo recuerda que debes descansar, tus nervios te lo agradecerán. Eso va por ti también, Sach. —El chico aludido esbozó una leve sonrisa que desapareció de su cara enseguida.

El doctor Hoover sintió el desánimo de los jóvenes, que luchaban en una guerra estancada que se había alargado mucho más de lo que todos habían imaginado y no supo cómo alentarlos. Esperó un momento sin decir nada y finalmente decidió despedirse.

—Mañana vendré a veros de nuevo. Espero que, para entonces, soldado Drake, tengas más

ganas de hablar y puedas contarme qué es lo que te asusta. Ese será el principio de tu terapia. Hablar de ello te vendrá bien.

El joven tiritó con un espasmo explosivo y ladeó la cara para evitar la mirada del médico, que se extrañó de su reacción y al que ya no le cupo la menor duda de que Charlie Drake, aparte de padecer fatiga de batalla, le escondía algo más.

29 UN ASOMBROSO CAMBIO DE PLANES

1916

Cora sabía que no podía dilatar en el tiempo visitar a James en Londres. En realidad, lo había intentado, pero la negativa de la fábrica a darle más días libres frenó su empeño. Todavía vivía en casa de Emily y, aunque la mano de obra femenina era necesaria y estaba muy demandada, la amenazaron con la pérdida de su empleo si lo volvía a sugerir.

Londres, en el sur del país, no estaba cerca de Accrington. El trayecto requería tomar un tren durante varias horas, por lo que Cora necesitaba, al menos, dos días para tener tiempo suficiente para estar con su prometido. Lo pensó con detenimiento y resolvió que no quería tener un problema con James por no ir a verlo. Había perdido a Philip Montgomery, definitivamente no estaba dispuesta a que James la abandonara por no haberse portado bien con él. El muchacho ya estaba desilusionado y molesto por las pocas cartas que Cora le había escrito mientras estuvo en el frente y, en más de una ocasión, le preguntó en su correspondencia si seguía enamorada de él. Decidió no arriesgarse e ir ese mismo domingo a visitarlo, aprovechando que tenía el día libre. Preparó el viaje con sumo cuidado, si salía el domingo temprano, podría estar de vuelta el lunes por la tarde y solo perder unas horas de trabajo; además, estaba decidida a no pedirle permiso a su jefe. Si él la descubría, se aventuraría a apelar a su corazón patriótico y, quizá, así conseguiría no perder el empleo.

A pesar de que Cora no estaba enamorada de James, se alegraba de que siguiese vivo, no como Ed, que había perdido la vida en algún lugar inmundo de Francia. En verdad, se consideraba afortunada de tener a su prometido con vida porque, tras los diferentes combates, especialmente la batalla del Somme, Accrington se había quedado desabastecida de hombres, y ella quería casarse. Cora no estaba interesada en absoluto en las ideas absurdas que abanderaban las mujeres como Emily, Hattie o Grace, donde defendían acaloradamente el voto femenino, los derechos de la mujer y un millar más de pamplinas que no comprendía; y pensaba que las bobas que opinaban como ellas se quedarían solteras para siempre.

Esa mañana tomó el primer tren a Londres, se levantó muy temprano y se puso el vestido azul marino, que había pertenecido a la señora Montgomery y que tan bien le sentaba. Quería impresionar a James, aunque sabía que el muchacho estaba tan loco por ella que cualquier prenda que llevase le parecería maravillosa. El traje tenía un cuello blanco que reposaba sobre sus hombros, hacía resaltar el rojo de su pelo y estaba abotonado delante ciñéndose a su pequeña cintura. Había sido largo hasta los tobillos, pero Cora se encargó de acortarlo para dejar ver sus zapatos de un tacón medio, como demandaban los modistos más modernos. Acompañó su indumentaria con un sombrero de ala corta que le daba un aire de intelectualidad que, en realidad, no poseía, y que la hacía parecer interesante y preciosa.

La muchacha llegó a la estación Victoria sin ningún contratiempo. La sorprendió el bullicio y el devenir de los transeúntes que caminaban con prisas cargados con bultos y maletas. Solo había visitado Londres una vez en su vida con su familia, y de eso hacía ya mucho tiempo, por lo que todo le resultó nuevo y extraordinariamente excitante.

Emily le indicó el nombre del hospital donde habían llevado a James en un escueto telegrama dónde no le dio explicaciones acerca del estado del muchacho, pero le rogó que fuera a visitarlo de inmediato. Cora abrió su monedero y contó las monedas; el hospital no estaba cerca, por lo que resolvió coger el metro. Nunca había montado en semejante medio de transporte, pero Grace, que también trabajaba en la fábrica de municiones, tenía un hermano en la capital y le contó todo acerca de ese tren que circulaba bajo tierra. Aunque le inspiraba respeto y hubiera preferido coger el tranvía, Grace le comentó que era la manera más rápida y segura para llegar a cualquier lugar, por lo que se dejó aconsejar y siguió las instrucciones.

El edificio del hospital donde se encontraba James fue construido en 1859 como orfanato para las hijas de soldados o marineros que lucharon en la guerra de Crimea. Con el inicio de la confrontación internacional que Gran Bretaña estaba viviendo, las niñas habían sido recolocadas con familias, y el orfanato transformado en hospital para acoger a soldados heridos. A pesar de que el inmueble fue sometido a importantes alteraciones, en agosto de 1914, ya estaba listo y con el personal sanitario preparado para recibir a los pacientes que venían del frente.

Cora se quedó de pie en las escaleras externas observando la impresionante fachada de piedra. La construcción ocupaba toda una manzana y tenía tres plantas con torreones cuadrados en cada esquina. A la chica le pareció un palacio más que un hospital, era realmente majestuoso, en Accrington no había nada parecido. Entró apresurada y se palpó el anillo de compromiso que James le había regalado. No solía ponérselo para el trabajo, pero se esforzó en recordar que debía llevarlo en su encuentro con el muchacho. Desorientada, se dirigió al primer mostrador que vio en el inmenso vestíbulo donde una enfermera de cierta edad contaba unos medicamentos.

—Buenos días, vengo a visitar a una persona. ¿Me indicaría dónde podría encontrarlo?

La mujer levantó la vista y la observó seria por encima de sus anteojos dorados.

—¿Uno de los soldados que llegaron el viernes?

—En efecto. Su nombre es James Knox.

—¿Sabe qué tipo de herida tiene?

La pregunta desconcertó a Cora, en verdad desconocía dónde habían alcanzado a James y se sintió avergonzada de no poder responder con contundencia.

—No, ¿es eso importante? —dijo, poniéndose a la defensiva.

—Pues claro que sí —respondió la mujer en un tono desagradable—. ¿Es que piensa que no mantenemos ningún orden cuando distribuimos a nuestros pacientes? Hay salas de cirugía, salas oftalmológicas, otras para enfermos que sufren de locura, un asilo para nuestros oficiales, más allá de este edificio hay un campamento para enfermos infecciosos, una sesión de neurología e, incluso, nuestra tienda de narices de estaño. Ya ve usted, señorita, este edificio y las dependencias colindantes son enormes, por lo que tendrá que ser más precisa.

Cora no supo qué decir, quizá debería de haberse interesado más en obtener una información fehaciente sobre lo que le había ocurrido a su prometido.

—¿Qué es eso de la tienda de las narices de estaño?

—Lo siento, no tengo tiempo de estar aquí de cháchara con usted, dígame el nombre del paciente de nuevo, y veré que puedo hacer. Espere allí —añadió la enfermera condescendiente, que la miró por encima del hombro.

Cora tomó asiento en una de las sillas de madera que habían dispuesto en filas para la espera de familiares. La mujer, que desapareció en un pasillo lleno de grandes ventanales sin cortinas, regresó a los diez minutos y se plantó delante de ella con un papel en la mano. Lo releyó de un vistazo y se lo guardó en el bolsillo de su uniforme blanco.

—Siga recto por el mismo corredor por el que yo he venido, doble a la derecha hasta que no pueda seguir caminando y encontrará al fondo una sala diáfana. Es la habitación A. El soldado Knox está en la cama veintidós a la izquierda de la galería.

—Gracias —dijo Cora escueta y, sin pararse a más conversación, se dirigió a donde la enfermera le había señalado.

El pasillo que tuvo que recorrer era largo y ancho, con mármol avetado en el suelo y altas ventanas góticas a ambos lados por donde se colaban oblicuos y brillantes rayos de sol. La joven siguió las instrucciones al pie de la letra y llegó a una sala imponente y silenciosa; se paró un momento en el marco de la puerta y se cercioró de que no se había confundido. Sala A, rezaba un letrero de madera. Cuando comprobó que había llegado al lugar correcto, se dirigió al interior de la habitación contoneándose. Le llamó la atención que las camas estuvieran separadas por mamparas improvisadas construidas con sábanas, pero como nunca había estado en un hospital militar, no le dio importancia. Como los catres no estaban numerados, empezó a contar en voz baja hasta pararse delante del número veintidós.

—¿James? ¿Emily? —susurró antes de abrir las cortinas.

Su amiga salió del cubículo deprisa, con la ropa arrugada y la cara demacrada.

—¡Emily!, ¿has dormido aquí? —preguntó sorprendida—. Me alegro de verte, ¿está James ahí?

Cora puso la mano en la cortina para descorrerla, y Emily se lo impidió interponiendo su cuerpo entre la chica y el visillo blanco.

—Creo que antes de que veas a James tenemos que hablar.

—¿Por qué? —preguntó, molesta.

Hacía tiempo que Cora sabía de los sentimientos de Emily hacia James. Aunque ella nunca se los había confesado, una mujer siempre se daba cuenta de esas cosas, por lo que no le gustó que le pusiera trabas para poder ver a su novio. Cora dio un paso atrás y miró a Emily con ojos nuevos. ¿Qué intentaba hacer?

—Debes saber que sus heridas son devastadoras y puede que te causen impresión.

—Pero ¿de qué estás hablando? —la muchacha volvió a intentar abrir la cortina, pero Emily la agarró del brazo y la arrastró lejos de allí.

—Calla, James nos puede oír, y es lo último que necesita ahora. Lo que precisa es de mucho cariño y, sobre todo, de comprensión.

—Emily —Cora levantó la voz—, he venido desde muy lejos a ver a James y tengo muy poco tiempo. Apártate de mi camino.

—Pero, Cora, debes escucharme, sus heridas son… Sus heridas…

—¡Oh! Déjame pasar de una vez, me exasperas.

Emily se tapó la cara con las dos manos, abrumada por la situación, por James, y comenzó a llorar con tristeza. Había intentado hacerse la fuerte delante del muchacho y ahora con Cora allí no pudo evitar derrumbarse.

—¡Ah! —bufó su amiga, enojada—. Quítate de en medio.

La chica abrió la cortina y nada más hacerlo deseó no haber puesto la mano en ese dosel improvisado. Su cara se demudó al instante, el pulso se le aceleró en las muñecas y el aire se le escapó en un gritó de sorpresa que perfiló su boca en un círculo perfecto. Ahora comprendía por qué las camas estaban separadas por cortinas y por qué Emily había intentado prevenirla. Volvió a correr la colgadura y con la mirada vacía se quedó inmóvil delante de ella aguantando la respiración.

—Estaba intentando advertirte —masculló Emily, que le puso una mano en el hombro para animarla—. Debes recomponerte antes de hablar con James. Ha preguntado por ti.

A Cora no le salían las palabras y se admiró de la resignación que prevalecía en los ojos azules de Emily. ¡Cómo podía estar tan tranquila! Solo había visto a James unos segundos, pero fueron suficientes para darse cuenta de que le faltaba un ojo, parte de la nariz y su cara solo era una amalgama de carne sujeta con hilvanes mal cosidos.

—Es mejor de lo que parece.

Cora se volvió y clavó sus ojos en Emily con rabia. ¿Qué quería decir esa loca con que era mejor de lo que parecía? ¡Nada podía ser peor que aquello!

—James está vivo —dijo su amiga con alegría.

Cora seguía sin poder pronunciar palabra, su mirada se tornó sombría, a pesar de que no era habitual verla superada por ninguna situación, y un brillo irascible apareció en su rostro salvaje.

—¿Qué le ha ocurrido?

—La metralla, supongo. No se acuerda muy bien de lo sucedido, pero no debes desanimarte porque los médicos me han confirmado que ya ha salido de lo peor. En Francia, le hicieron las primeras operaciones para que pudiera recibir agua y algún tipo de alimentos, y tengo una buena noticia…, he hablado con el doctor Harold Gillies y puede operarlo para que…

—Calla —estalló Cora—. Es un monstruo y siempre seguirá siendo un monstruo.

—¡Por Dios! No digas eso, nos puede oír. —Emily, horrorizada, la agarró del brazo y la llevó fuera de la sala—. Comprendo que estés conmocionada, yo misma lo estuve al principio, pero te aseguro que hay muchas posibilidades de recuperación.

Cora no pudo disimular una mueca de desprecio y un pavor irracional se instaló en su estómago, provocándole nauseas.

—No seas necia, Emily, nunca podrá volver a ser el chico de ojos negros, de gran belleza y nariz perfecta. ¿Has visto cómo está? —gritó.

—¿Y qué importa eso? Sigue siendo James, ¿no te das cuenta? El doctor Gillies se ha demostrado como un estupendo cirujano y trabaja con nuevas técnicas especialmente para este tipo de pacientes con heridas faciales tan importantes. ¡Hasta dirige su propia unidad de cirugía plástica en este hospital!

—Es un monstruo —sentenció Cora.

Emily la miró en negación, le soltó el hombro sobre el que había apoyado su mano y se apartó de ella con asco.

—Ni siquiera me has preguntado cómo está —dijo con voz neutra—. ¿No te importa? Ahora es cuando más te necesita, yo no puedo darle el amor que él requiere de ti.

—Tengo que irme —sentenció Cora.

—No irás a ningún sitio —afirmó Emily, cortándole el paso—. Ya te he dicho que ha preguntado por ti, es lo que lo mantiene vivo, y tienes que ayudarlo.

—Me repugna.

Emily la agarró por los brazos y la zarandeó con rabia.

—Está hundido, Cora, tienes que dejarle saber que estás ahí y que no lo abandonarás. Las cosas se arreglarán, te lo prometo.

—Debo irme.

La chica se dio media vuelta y se dirigió hacia el pasillo.

—Puta egoísta —bramó Emily y, agarrándola por la melena suelta, la obligó a detenerse—. Si crees que te vas a ir sin hablar con él, estás muy equivocada, porque te obligaré, aunque sea lo

último que haga en mi vida. Miéntele, por favor, eso se te da muy bien. Puedes dejarlo cuando esté más recuperado si lo deseas, pero ahora lo hundirías y no podría soportarlo. Su salud es aún muy delicada.

Cora la miró con ojos gélidos y vacíos.

—Si le hablo, ¿me dejarás en paz?

—Lo prometo, pero debes comportarte y disimular la reacción que su cara te ha provocado.

Emily era más alta que ella y bloqueaba la única salida hacia el pasillo, por lo que a Cora no le quedó más remedio que aceptar su imposición. Se alisó el vestido con la repulsión grabada en su bonita cara y, tras un hondo suspiro, se decidió a hablar.

—De acuerdo —dijo secamente.

—Te lo agradezco. No sabes lo importante que eres para él. Creo que has sido tú quién lo has mantenido vivo desde que lo hirieron.

Cora no la escuchó. Se dirigió con paso decidido a la cama número veintidós, quería acabar con aquella farsa lo antes posible y alejarse de allí. Descorrió un poco la cortina y miró a través de ella, James parecía tranquilo, y Emily, que la seguía de cerca, respiró aliviada al comprobar que el chico no las había escuchado hablar. Cora no se atrevió a entrar en la pieza, por lo que una vez más fue Emily quien tomó la voz cantante.

—James, ¡mira quién ha venido a verte! Es Cora.

El muchacho se echó las manos a la cara instintivamente, y Emily se las apartó con suavidad.

—Ya sabes que el doctor Gillies te ha dicho que no puedes tocarte.

Cora permaneció de pie, en silencio, a los pies de la cama, con un rictus de asco que la hacía levantar su pequeña nariz.

—Cora —musitó el muchacho con su nueva voz pegajosa—. Siento que me veas así. Lo siento mucho.

La chica no se inmutó, y a Emily le dio la impresión de que habían colocado una estatua de hielo en el cuarto y hasta creyó sentir el frío que Cora desprendía de su cuerpo y de su alma.

—Cora —lloró James—, no te veo bien, ¿puedes acercarte?

Emily la miró con ojos suplicantes y el corazón roto. Si él la hubiera elegido a ella, no tendría que rogarle que se acercara porque ya le tendría cogida la mano y lo hubiera llenado a besos. En ese momento, odió a Cora con todo su corazón. En sus manos estaba el poder de aligerar el dolor de James y se negaba a hacerlo.

—Por favor, Cora —le imploró el muchacho.

—No puedo —gritó la chica al borde del colapso y como pudo se quitó el anillo de compromiso atorado en su dedo corazón.

—Lo siento mucho, James, yo no soy mujer para ti —musitó—. No puedo mirarte a la cara.

—¡Cora! —exclamó Emily indignada—. ¿Cómo puedes hablarle así?

—Es cierto. No podría vivir con un hombre como… como tú —dijo al fin—. ¿Qué harás cuando salgas de aquí con la cara desfigurada? Todos nos mirarían por la calle y yo, yo… no podría besarte, ni… Perdóname —bramó—, pero no es la vida que quiero tener.

La chica tiró el anillo de compromiso sobre la cama y salió corriendo del habitáculo, donde dejó a James completamente hundido. Emily la siguió de cerca y le dio alcance gracias a que tiró de nuevo de su preciosa cabellera rojiza. Cora trastabilló y se paró en seco rascándose el lugar de la cabeza donde Emily le había arrancado un mechón de pelo.

—¿Cómo has podido? Tú eras su esperanza y te has comportado de manera cruel y

despiadada. No tienes corazón.

—Me da asco, y ni tú ni nadie me obligará a pasar el resto de mi vida con un tullido.

Emily la miró con los ojos arrasados en lágrimas sin poder creer su insensibilidad. No le gustaba Cora, pero jamás imaginó que pudiera ser tan dura e implacable.

—Si le ocurre algo a James, caerá sobre tu conciencia. Eres una persona malvada y te doy veinticuatro horas para que recojas tus cosas y abandones mi casa. ¡Ah!, y vete buscando otro trabajo, porque me encargaré de contarle al señor Newman qué tipo de mujer eres. En la fábrica no queremos a nadie como tú, allí somos madres, hijas, hermanas esposas, novias y amigas de soldados y no tratamos a nuestros hombres como tú lo has tratado hoy a James.

—Pero, Emily, ¿adónde iré? —gritó.

—Eso ni lo sé ni me importa, pero no quiero volver a ver tu estúpida cara en lo que me queda de vida.

Cora entrecerró los ojos y dibujó con sus labios una línea fina y apretada.

—No puedes forzarme a que esté con un hombre desfigurado.

—Esa no era mi intención, solo quería que lo animaras hasta que estuviera mejor. Te creí con más corazón; lo has destruido y no había necesidad de hacerle daño.

—Siento que pienses así, pero es mejor decir las cosas con claridad. James debe saber que jamás me casaré con él. ¿Cómo podría vivir con un hombre al que no puedo ni mirar a la cara? Me da asco.

—Eres mala y egocéntrica. Nunca debí ayudarte.

Emily se enjugó las lágrimas que no paraban de rodarle por su rostro ovalado.

—¡Ah! Y una cosa más.

—¿Qué? —preguntó Cora desafiante.

Emily no le contestó, solo se limitó a abofetearla en la mejilla, dejándole la marca de la mano en la cara.

—Esto es por Hattie, que odiará saber que le has hecho daño a su hermano.

Emily se giró sobre sí misma y, sin decir nada más, se apresuró en volver junto a James. Cora se quedó acariciándose la cara dolorida y tragándose su orgullo herido sin poder perdonar a Emily por haberle puesto una mano encima.

30 EQUIVOCACIÓN

FINALES DE 1916

Tras la batalla del Somme, Philip Montgomery regresó al frente solo para conseguir meses después su objetivo de que lo enviasen definitivamente a casa. Lo hirieron en la trinchera, y la lesión lo dejó temporalmente incapacitado de una mano. El valeroso Ejército Británico necesitaba hombres que pudieran luchar con sus facultades al cien por cien, y una guerra ya no era lugar para un herido. Sus superiores no se inmutaron por su marcha ni lo despidieron con honores, ya que Philip había demostrado ser un oficial inepto con pocas dotes de mando, además de odiado por sus subordinados y por la tropa.

En Accrington, se rumoreaba que la herida que sufrió se la había provocado él mismo, porque Sam Smith, un chico del batallón, que también regresó a casa aquejado de un caso grave de pie de trinchera, había presenciado cómo el oficial se disparaba con su propia arma. Montgomery no se percató de que lo habían pillado in fraganti en un acto tan pusilánime como vergonzoso, y el soldado prefirió guardar silencio por no tener pruebas para enfrentarse al capitán. Al joven le hubiera gustado denunciarlo, le daba asco la gente tan cobarde, sin embargo, era un simple recluta al que podían ajusticiar por perjurio o traición, y solo tenía su palabra contra la del oficial. Sin embargo, cuando Sam regresó a Accrington, Montgomery no pudo impedir que contara su versión de los hechos y el runrún del amilanamiento de Philip llegó a todas las esferas de la sociedad, llevando la vergüenza a su familia y a la de los Flynn.

Sophie no se alegró del regreso de su esposo. Su matrimonio era un completo desastre, y el capitán se encargó de dejar bien claro, con desplantes y malos tratos, que no tenía el más mínimo interés en que funcionase. Lo que más le dolía a Sophie era que Philip no se molestó en conocerla porque, aunque sabía que no poseía un atractivo llamativo, sí se consideraba inteligente, divertida y con buena conversación.

La joven y su madre, Larisa, al igual que muchas mujeres inglesas, eran más inquietas que el resto de las europeas y se interesaban por las actividades fuera del hogar. Estaban a favor de la consecución del voto femenino y asistían con regularidad a innumerables reuniones, marchas y conferencias sufragistas. No eran radicales como Emily o Hattie, no rompían escaparates ni hacían huelgas de hambre, pero estaban interesadas en el progreso femenino al igual que ellas. Philip, sin embargo, desconocía ese lado combativo e interesante de Sophie, al igual que muchos otros rasgos de su personalidad, ya que nunca se interesó en indagar acerca de su verdadero carácter. Lo cierto era que la consideraba una estúpida y, aunque la muchacha intentó despertar el interés de su esposo acicalándose para parecer más bonita y derrochando amabilidad, ninguna estrategia le funcionó.

El joven matrimonio Montgomery solo tuvo sexo una vez, y aunque Sophie no tenía experiencia, el acto le resultó breve y decepcionante. La noche de bodas, su doncella, Sue, la ayudó a arreglarse; le cepilló el pelo pajizo hasta conseguir sacarle un brillo inusual y se lo soltó dejándolo reposar sobre sus hombros desnudos.

—Está usted preciosa —balbuceó la chica con admiración.

Sophie estaba nerviosa, sabía que Philip había tenido relación con otras mujeres, su fama le precedía en la ciudad y no quería defraudarlo. Sue le puso maquillaje en las mejillas y los labios y la ayudó a vestirse con un camisón, mucho más atrevido de lo que solía usar, con encajes y trasparencias que dejaban adivinar la silueta de su cuerpo pequeño. Sophie estaba desasosegada, y el temblor que recorrió su cuerpo la hizo tiritar.

—Tranquila, señora, con esta camisola nada puede salir mal —convino la doncella guiñándole un ojo.

Ambas tenían casi la misma edad, se conocieron hacía siete años cuando los Flynn llegaron a Accrington, y Sue pasó a engrosar el numeroso cuerpo de sirvientes de la casa. Las chicas congeniaron desde el principio y desarrollaron un lazo de amistad poco común entre criadas y señoras.

—¿Tú crees? Espero que tengas razón porque estoy muy nerviosa.

Sin embargo, Sue se equivocó, y Philip fue brusco desde que entró en la habitación, donde no reparó en el esfuerzo que Sophie había hecho por verse espléndida para él. Subió a la alcoba de su esposa borracho, tras la recepción nupcial que el padre de la novia había pagado, la tiró en la cama con brusquedad, y sin más demora, la penetró en un acto rápido que a Sophie le pareció un mero trámite. Tras el encuentro, Philip no le dirigió la palabra, se limitó a vestirse e irse a su habitación dejando a la chica con el corazón roto y los ojos inundados en lágrimas.

La señorita Flyn se preguntó durante semanas por qué su marido se había comportado así, sabía que no era especialmente bella, sin embargo, poseía un buen cuerpo de piel sedosa, muslos torneados y pechos proporcionados que su esposo no apreció. Al principio, se culpó al pensar que había hecho algo mal, que no había estado a la altura de lo que se esperaba de una esposa joven y ardiente. Sin embargo, pronto comprendió que no se trataba de ella y que nada de lo que hiciera sería suficiente para complacer a Philip. Se sentía herida y desencantada y no comprendía por qué su marido, en las escasas ocasiones en las que se dirigía a ella, rezumaba odio y rencor.

Incluso antes de su baja definitiva del ejército, Philip se las apañó para estar más tiempo en Accrington que en el frente, por lo que Sophie tuvo oportunidad para estudiarlo de cerca y comprender que su matrimonio era un completo fracaso. Intentó ser más cariñosa y sensual, superando la vergüenza que eso le provocaba, pero el capitán no se había inmutado, y ni mucho menos,la había correspondido. No obstante, lo que la hacía realmente desgraciada no era las pocas muestras de cariño de su marido, podría vivir sin ellas si él se mostrara amable, si la respetara, pero el hombre le había revelado una cara violenta que nunca imaginó que poseyera antes de casarse.

Una mañana, Philip la abofeteó tras una discusión, y Sophie, que se revolvió como un tigre enjaulado, respondió arañándole la cara y dejando al capitán sin palabras. Philip nunca se imaginó una reacción así de su esposa y salió de la habitación desconcertado, a la vez que se acariciaba la mejilla rasguñada. Sophie podía soportar que no fuera tierno, pero jamás que le volviera a poner una mano encima.

La joven era la única hija de Stuart y Larisa Flynn, y sus padres, que venían de una clase social media y a los que les costó mucho esfuerzo llegar a ocupar una posición más elevada, se prometieron que a su pequeña nunca le faltaría de nada. A pesar de todo, su madre se encargó de que no fuera una niña mimada, insistió en que su hija estudiara en buenos colegios y que aprendiera a pensar por sí misma, le inculcó el valor que tenían las mujeres y lo justo que era el hecho de que luchara por sus derechos. Por eso, Sophie, que había crecido en un ambiente feliz y

en un hogar lleno de armonía donde sus padres jamás le levantaron la voz, no estaba dispuesta a aceptar el comportamiento de Philip.

Tras la bofetada, la muchacha se planteó hablar con sus padres, pero no quería preocuparlos, ahora era una mujer casada y debía resolver los problemas por ella misma, por lo que decidió esperar, aunque se prometió que, si había una segunda vez, recurriría a ellos. A pesar de todo, sus progenitores la conocían bien, y su semblante lánguido y preocupado les hizo sospechar que algo no iba bien.

—Creo que Sophie no es feliz —afirmó Stuart una tarde en la biblioteca de su mansión donde tomaba el té con su esposa.

—¿Tú también te has dado cuenta? —preguntó Larisa una vez despidió a Hortensia con un gesto suave de la cabeza. Una conversación sobre su hija era algo demasiado privado como para compartirla con los sirvientes.

—Si su tristeza se debe al idiota de Philip, juro que le daré una paliza para hacerlo entrar en razón.

—Cálmate, Stuart. —La mujer vertió el líquido caliente en dos tazas de porcelana blancas con una fina línea dorada en el borde y le tendió una a su marido.

—Esa Martha Montgomery nos la ha jugado bien al endosarnos a su hijo, que ha resultado ser un cobarde del que todo el mundo habla.

Larisa advirtió que Stuart estaba furioso y prefirió dejarlo hablar antes de intervenir.

—Ese estúpido, apocado, no solo ha manchado su nombre, sino también el nuestro y además de costarnos dinero, ahora estamos en boca de todos.

—¿Es eso lo que en realidad te preocupa? —lo interpeló la señora Flynn.

La mujer se puso de pie y, acercándose a su marido, que observaba el devenir de los viandantes a través de un gran ventanal con cortinas pesadas, le puso la mano en la espalda.

—Ya sabes que no —confesó Stuart, que negaba con la cabeza.

Larisa le apretó el brazo, satisfecha. A pesar de que el hombre no era el amor de su vida, era un buen padre y amaba a Sophie por encima de todas las cosas, y eso la hacía enorgullecerse de él.

—Tengo que contarte algo —confesó el señor Flynn, que se encendió un puro que sacó de una caja de plata labrada que reposaba sobre una gran mesa de madera maciza.

La preocupación en sus facciones alarmó a Larisa, que no estaba acostumbrada a ver a su esposo tan meditabundo.

—¿Qué ocurre?

—Antes de la boda recibí una carta, era un chantaje de una antigua doncella de Martha Montgomery.

—¿Y qué tiene eso que ver con nosotros?

—Ese capitán de pacotilla dejó embarazada a la chica que amenazaba en denunciarlo a él y a toda su familia. En su carta decía que Philip la forzó y que la despidieron sin sueldo para acallar los rumores.

La señora Flynn volvió a sentarse, esta vez en una otomana color verde, que hacía juego con el color de sus ojos. Estaba molesta de que su esposo no la hubiera hecho partícipe antes de esa situación, pero guardó silencio.

—Fui a ver a la señora Montgomery, y le dije que Sophie no debía enterarse de nada y que tenía que pagar a la muchacha para evitar el escándalo. Debí consultarte, lo sé y lo lamento. Tenía mis dudas acerca de ese hombre, pero no quise darme cuenta de que esa familia no era

buena como para que nos emparentáramos con ellos. Me pudo la vanidad de ser aceptado por las familias nobles de esta ciudad y no pensé en nuestra hija.

Stuart bajó la mirada y hundió los hombros, apesadumbrado, y siguió con su discurso.

—Sé que hay muchos hombres que caen en las garras de mujeres despiadadas que quieren sacar partido de su dinero o de su posición, pero… ¿y si Philip Montgomery es un canalla, y Sophie no consigue ser feliz con él?

—En verdad —dijo, por fin su esposa—, deberías de haberlo compartido conmigo, pero acepto tus disculpas.

—Tal vez, nos precipitamos con este matrimonio —masculló Stuart.

—Tal vez, pero debes recordar que fue Sophie quien tuvo la última palabra. Nos confirmó que estaba enamorada de Philip y, sin duda, no la forzamos a casarse. Cuando le propusimos al capitán como posible candidato para ser su esposo, ella aceptó feliz.

—Pues ahora no lo es —sentenció Stuart, que apagó con fuerza el cigarro en un cenicero de metal—. Tampoco hemos conseguido nuestro objetivo de ser aceptados por las familias más prominentes, especialmente después de probarse la cobardía del Capitán en el frente. ¡Hasta yo me siento avergonzado de estar emparentado con un asqueroso gallina! Si no hubiera sido por mi edad y mi salud delicada, combatiría en el frente, pero ese hijo de perra hasta se ha herido a sí mismo por evitar la guerra.

—¿Crees que son verdaderos los rumores que corren por ahí?

—Estoy seguro de ello. Ese maldito es capaz de eso y más.

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó Larisa, preocupada, mirando a su esposo que, aunque apuesto, ya había perdido el lustro juvenil.

—Hablaré con él. Le exigiré que me cuente lo que pasa entre él y Sophie y, si no se aviene a razones, lo arrastraré y le sacaré los ojos si hace falta, pero juro por Dios que no hará una desgraciada a mi hija.

—No, Stuart, no debemos hacer nada sin consultar primero con Sophie. No debemos precipitarnos. Estoy segura de que nuestra hija no nos mentirá, al contrario, nos aclarará la situación; luego ya tendrás tiempo de hacer lo que quieras con Philip.

El hombre frunció las cejas pobladas y dibujó un mohín de enojo en la cara. No le gustaba ese estúpido capitán, quería partirle la cara a ese canalla que, no le cabía duda, hacía daño a su pequeña, además de arrastrar con su cobardía a su familia al ostracismo y la vergüenza. Sin embargo, y a pesar de lo que le gritaba el corazón, aceptó la propuesta de su esposa, que era una mujer inteligente y no solía equivocarse con sus intuiciones.

—Está bien —convino—. Tienes un día para hablar con Sophie, después seré yo el que converse con ella y te juro que, si ese inútil le ha hecho algún daño, lo mataré.

Stuart Flynn terminó su taza de té de un solo sorbo y abandonó la biblioteca con brusquedad, dejando a su esposa inquieta y preocupada.

Larisa intentó relajarse, conocía bien a Stuart y sabía que no toleraría que hirieran a su hija, a pesar de que rondaba los cuarenta y cinco años, era un hombre arrojado, y era capaz de cualquier cosa. Si era cierto que Sophie odiaba su matrimonio, estaba segura de que Philip Montgomery tendría muchos problemas. Larisa pudo oír cómo su esposo se preparaba para marcharse en el vestíbulo. El hombre, ayudado por el mayordomo, se encajó su bombín de fieltro, un elegante abrigo de tres cuartos y agarró con fuerza su bastón favorito.

—Volveré más tarde, querida —anunció—. Necesito dar un paseo.

Cuando oyó que la puerta se cerró a su espalda, Larisa se levantó de la otomana y se alisó el

vestido verde oliva. Ya no era una mujer joven, pero conservaba una belleza alegre y jovial muy distinta a la de Sophie, que solía pasar más desapercibida. La mujer se detuvo un momento a acomodar un arreglo floral de campanillas de uno de los jarrones de la biblioteca y pensó en su hija. Sabía que Sophie no tenía una belleza espectacular, pero había otras virtudes en una mujer, y ella las tenía todas: era alegre, muy inteligente, encantadora…, y un sentimiento de irritación se le instaló en la boca del estómago. No había criado a su pequeña para que viniera ningún mequetrefe a hacerle daño. Salió de la biblioteca sumida en sus pensamientos cuando la sobresaltó el timbre de la puerta. Cody, el mayordomo, la abrió sin demoras mientras Larisa esperó al pie de la escalera intrigada.

—Hola, Cody. —La señora Flynn oyó la voz de Sophie, pero no pudo verla desde su posición.

—¿Qué le ha ocurrido, señorita? ¿Quiere que llame a un médico?

Larisa salió corriendo hacia la entrada sin perder un minuto. A su hija le pasaba algo, pero ¿qué?

—Sophie —gritó con un mal presentimiento en sus entrañas. La muchacha estaba quitándose un sombrero oscuro con flores, y su madre no pudo verle la cara. Cody parecía nervioso y su mirada se movían angustiada entre Larisa y la muchacha sin saber qué hacer o qué decir. Cuando la señora Flynn reparó en su hija, abrió mucho los ojos y se llevó las dos manos a la boca para ahogar un grito.

—¿Qué te ha ocurrido? —farfulló, lanzándose a los brazos de la joven.

—¿Está papá? Necesito hablar con los dos.

—Contéstame, ¿qué te ha pasado? —exigió Larisa contundente, levantando la voz.

El mayordomo se quedó parado cerca de las dos mujeres con el abrigo y el sombrero de Sophie en la mano.

—Cody, no te quedes ahí como un pasmarote y llama al doctor Robinson. Dile que la señorita Flynn lo necesita. —El doctor la conocía desde niña, era el médico de la familia, y Larisa estaba segura de que haría todo lo posible por no demorarse una vez que le dieran el aviso.

—No, mamá, no necesito un médico.

—Pero ¡estás sangrando! ¡Tu labio está partido y tu ojo morado! —Larisa rompió a llorar—. ¿Ha sido el necio de tu marido?

Cody intervino.

—Señora, ¿debo buscar al doctor o no?

—No —aseguró Sophie, mirando a su madre—. Por favor —rogó con un hilo de voz.

—Está bien, Cody, puedes retirarte. Dile a Hortensia que traiga gasas, agua caliente y algún desinfectante. Estaremos en el salón.

—Está bien, señora.

El hombre las dejó solas y desapareció por un pasillo lateral dándose toda la prisa que pudo. Sophie era muy querida en su casa y la noticia de que la habían golpeado y, probablemente, el causante hubiese sido su propio esposo corrió como la pólvora entre los criados que indignados, no pararon de murmurar sobre el tremendo atropello sufrido por la señorita.

Hortensia dejó el agua, las gasas y un bote de desinfectante encima de una mesita de té y salió de la habitación a petición de la señora Flynn, que se encargó de curar a su hija personalmente. Una vez las dos estuvieron más calmadas, Larisa volvió a llamar a Hortensia y le pidió que les sirviera dos copas de oporto.

—¿No es muy temprano para eso, mamá?

—Creo que nos vendrá bien un poco de vino.

Las mujeres saborearon el líquido dorado, y Larisa tomó la mano de su hija con suavidad.

—¿Qué ha ocurrido, cariño? —preguntó mientras intentaba tragarse las lágrimas para que Sophie no la viera llorar de nuevo. Ella era la madre, debía ser la fuerte, su hija la necesitaba, pero no podía evitar sentir un odio visceral por la persona que había osado ponerle un dedo encima a su pequeña.

—Es Philip.

En la voz de Sophie, su madre no encontró un atisbo de miedo, más bien, intuyó determinación y coraje, y esas cualidades animaron a Larisa, que apreció el valor de su hija.

—Lo sabía, es un ser ruin y rastrero. Debemos tener cuidado en cómo se lo decimos a tu padre. Matará a Philip y él se meterá en un buen lío.

—Nada de eso —dijo la chica con serenidad—. Ya no estamos en el siglo XVIII, el divorcio es legal en Inglaterra desde 1857, y es eso lo que pretendo hacer.

—¿Divorcio? —preguntó Larisa confusa y orgullosa al mismo tiempo con la actitud y serenidad que su hija demostraba.

—Exactamente, mamá, divorcio. Este matrimonio ni es justo, ni íntimo, ni apasionado, por lo que no voy a perder ni un minuto más de mi vida con un hombre que ni me ama ni me respeta. Podría perdonarle que no estuviera enamorado de mí, pero que me maltrate, eso no se lo perdonaré jamás. No tengo por qué soportarlo.

—¡Por supuesto! —intervino su madre—, hasta ahí podríamos llegar. Además, no lo necesitas, no dependes de él ni económica ni socialmente. Tu padre y yo estamos aquí. Mandaré a Cody ahora mismo a que recojan tus cosas y las traigan de nuevo a casa.

—Yo sabía que Philip no me quería —confesó Sophie con la vista clavada en el suelo alfombrado del salón—, pero pensé que entre nosotros podría desarrollarse una camaradería, una buena amistad como la que existe entre tú y papá. Tampoco entiendo mucho de sexualidad, pero estoy segura de que no puede ser lo que he vivido con él.

—¿Te ha forzado ese canalla? —levantó la voz Larisa, encolerizada, y llevándose una mano al pecho.

—No, todo lo contrario. Le doy tanto asco que solo consintió estar conmigo una sola vez y fue horrible.

Larisa negó con la cabeza.

—Lo siento, cariño, siento mucho que hayas tenido que pasar por todo esto.

La señora Flynn abrazó a su hija con dulzura, y Sophie se fundió en sus brazos buscando el sosiego que tanto necesitaba.

—En esta sociedad, los hombres aún son tan poderosos que tendremos que pensar bien qué adolecerás en el juicio por divorcio —alegó la madre que se había puesto de pie mientras caminaba de arriba abajo de la habitación.

La estancia era cómoda y agradable, las paredes pintadas de un verde claro invitaban a la calma, y los cuadros de paisajes campestres complementaban el efecto. La señora Flynn se apoyó pensativa en la chimenea de mármol que aún no habían encendido.

—Les diré la verdad, que en este matrimonio hay una gran falta de amor, compañerismo e intimidad emocional y física, y que mi marido me ha golpeado.

Larisa sonrió y miró a su hija con orgullo y, de pronto, estuvo segura de que pasase lo que pasase, Sophie estaría bien.

—Creo que tienes razón, siempre es mejor ir por la vida con la verdad por delante. —La puerta del salón se abrió de repente e interrumpió la conversación entre madre e hija. Stuart apareció como un vendaval con un rictus de ira fijado en la cara.

—Sophie, ¡Cody dice que estás herida!

—Estoy bien, papá.

Las palabras se quedaron atoradas en la garganta del señor Flynn nada más posó los ojos en ella.

—¿Ha sido él?

—Cariño —intervino Larisa—, tranquilízate… —Stuart no la escuchó.

—Sí, estoy seguro, ha sido ese hijo de perra. ¿Te duele mucho?

El hombre se acercó a su hija, le acarició el pelo dorado y no pudo evitar que le temblara la barbilla, gesto que intentó ocultar al llevarse una mano a la boca.

—¡¿Cómo se ha atrevido ese miserable a tocarte?!

Stuart no dijo nada más, salió a toda prisa al vestíbulo y llamó a Cody a voces para que le diera el abrigo y sombrero que se acababa de quitar.

—¿Adónde crees que vas? —gritó Larisa detrás de él.

—Te dije lo que haría si ese tipo hacía infeliz a Sophie. Esto es mucho peor.

—Papá, detente, por favor, no hagas una locura.

Stuart se puso el tapado con furia mientras su mujer le rogaba que se detuviera sin éxito. Sophie se acercó a su padre y le tomó las manos.

—Escúchame. —La muchacha lo miró a los ojos con los suyos llenos de lágrimas—. Ya no estamos en la edad de los duelos, no merece la pena. No quiero perder a mi padre o que vayas a la cárcel por hacer una locura, quiero otra cosa.

Stuart la miró con fijeza y la vio pequeña, como cuando era niña y jugaban a correr en el jardín, pero no desvalida. La Sophie que tenía delante era toda una mujer que exudaba decisión, y se sintió satisfecho por haberla criado tan bien.

—¿Qué es lo que quieres?

—Apartarme de un ser tan débil, arrogante y cobarde como es Philip Montgomery. Quiero el divorcio.

Su padre clavó sus pupilas azules en las de Sophie y la miró con admiración; vaciló por un instante lleno de rabia, pero la chica se abrazó a su cuello con fuerzas y lo desarmó.

—Por favor, papá. —Larisa no intervino, sabía de sobra que si alguien podía detener a su marido en esos momentos sería Sophie.

—Pero… te ha hecho daño —adujo el señor Flynn, llevando un dedo tembloroso al labio partido de su hija.

—Y nosotros le devolveremos el golpe, pero no como tú quieres, papá, no con la fuerza. —Larisa aprovechó para quitarle el abrigo a su esposo y devolvérselo a Cody, que esperaba con la boca abierta y con los ojos como platos en el vestíbulo de la casa.

—Así está mejor, mi amor —dijo la mujer, que se unió a su esposo e hija en un fuerte abrazo familiar.

Cuando se hubieron tranquilizado, se dirigieron al salón, donde Hortensia ya había encendido la chimenea, y conversaron acerca de cuáles serían los próximos pasos a seguir para liberar a Sophie de ese maldito matrimonio.

31 REENCUENTRO

1916

A Hattie le había costado mucho más de lo previsto llegar a Inglaterra. Se alegró de saber, a través de un telegrama de Emily que recibió justo antes de salir de Macedonia, que su hermano estaba ingresado en el Tercer Hospital General de la capital, ya que Londres se encontraba más cerca del puerto de Calais, donde atracaría su barco, que Accrington. Una vez en la ciudad, sin demora, y a pesar de que la travesía había sido dura y peligrosa, se dirigió a la clínica para encontrarse con James.

Hattie estaba nerviosa, la incertidumbre la carcomía por dentro, entendía que James debía de estar malherido si lo habían enviado a casa, pero desconocía la gravedad de sus lesiones o si se recuperaría de sus heridas. Se aseó como pudo en uno de los lavabos de la estación Victoria, atrás había dejado su indumentaria masculina y volvía a llevar ropa de mujer; quería que su hermano la viera con un aspecto impecable y esmerado, lo más parecido a la Hattie de antes de la guerra. Había cambiado mucho desde que se vieron por última vez, ya no llevaba su melena larga y rizada, sino un pelo cortado a navaja con trasquilones, estaba más delgada y su expresión se había endurecido debido a los estragos de la vida en el frente. Hattie se miró en el espejo del baño y no reconoció a la jovencita inglesa que James dejó atrás cuando se marchó a la guerra, y cerró los ojos, preocupada. Le hubiera gustado poder hacer algo más para cambiar su aspecto, sabía que disgustaría a su hermano y eso la apenaba, pero aparte de peinarse, lavarse la cara y alisarse el vestido, poco más podía hacer. Respiró profundo apoyada en el lavabo frente al espejo y se infundió fuerzas, no debía demorarse más, ni siquiera sabía si a su hermano le quedaba poco tiempo. Un estremecimiento recorrió su columna de arriba abajo y se abrazó a sí misma para animarse. «No debes pensar eso», se dijo, moviendo la cabeza, se puso muy derecha y salió de la estación con paso ágil.

Un mozo le indicó la mejor manera para llegar al hospital e hizo el mismo recorrido en metro que había hecho Cora un par de semanas antes.

Emily tuvo que volver a Accrington un par de días y hablar con el señor Newman, gerente de la fábrica de municiones, para poder quedarse en Londres con James. El hombre, que la apreciaba como trabajadora y como persona, consintió en que se tomara el tiempo que necesitase, pero sin sueldo. Lo único que pudo hacer por ella fue asegurarle que su puesto de trabajo la esperaría cuando volviese. Emily tomó la decisión de no dejar solo a James y, aunque no tenía muchos ahorros, aceptó la propuesta de su jefe para quedarse al lado del soldado y cuidarlo. Durante esos días, entabló una buena amistad con el doctor Gillies, y este le permitió que viviera y durmiera en el hospital mientras James se recuperaba. La buena voluntad del médico fue un verdadero alivio para Emily, que no tuvo que gastar dinero en ningún hostal ni tampoco en transporte.

Hattie llegó a media tarde, la luz tenue de la calle cubría de una claridad amarillenta el vestíbulo del hospital. Una joven enfermera le indicó dónde se encontraba su hermano, y Hattie hizo un gran esfuerzo por mantenerse tranquila todo el pasillo que recorrió hasta llegar a la sala. En la puerta, se encontró a Emily, que había salido a por un vaso de agua, y las dos amigas se

fundieron en un abrazo mudo. Las lágrimas de Hattie se mezclaron con las de Emily, que se la llevó a parte para informarla de todo lo que le había pasado a James.

—¡Cuánto me alegro de verte sana y salva! —dijo Emily de corazón sin dejar de mirar a su amiga—. Pero has cambiado mucho, estás más, más…

—¿Famélica? —preguntó Hattie, que intentó ser graciosa.

—Sabes a lo que me refiero. ¿Qué le ha pasado a tu pelo?

—Me estorbaba para disparar. —Las dos chicas sonrieron con nostalgia y se volvieron a abrazar.—. Cuéntame, ¿cómo está James?

Emily bajó los ojos y entrelazó las manos, nerviosa. Sus ojeras profundas y el descuido de su ropa y su pelo le aseguraron a Hattie que llevaba días sin dormir.

—Te estoy profundamente agradecida. Gracias por haber cuidado de James.

Emily levantó la cabeza y alzó la comisura de los labios, que dibujaron una breve sonrisa.

—No tiene importancia, lo he hecho con gusto, pero estoy muy preocupada por él.

—¿Corre peligro su vida? —preguntó Hattie, temerosa de la respuesta de su amiga.

—No, pero está tan desfigurado que no tiene ganas de vivir.

—¿Desfigurado?

—Sí, tienes que estar preparada para lo que te vas a encontrar. James presenta importantes lesiones faciales. La batalla debió de ser brutal. Ha perdido un ojo, una oreja, parte de la nariz y los labios y tiene la mandíbula dañada. Ya ha sido operado, pero necesitará muchas operaciones más.

Hattie abrió mucho los ojos impresionada por la noticia.

—Pero… ¿qué pasó? —balbuceó.

—Él no recuerda nada, pero el doctor Gillies dice que ese tipo de heridas son producidas por explosiones de obuses con metralla.

Hattie apretó los ojos, se llevó las dos manos a la boca y respiró hondo.

—Quiero verlo.

—Lo harás, pero déjame que te explique todo lo que los médicos me han contado para que tengas la misma información que yo. Todo no está perdido, a pesar de que él piense que sí. Creo que tu visita le puede venir bien, aunque no quiere ver a nadie. Se avergüenza de su aspecto y siente repulsión de sí mismo.

—Yo le quitaré todas esas tonterías de la cabeza —dijo Hattie, resuelta, adentrándose en la sala. Emily la detuvo justo a tiempo.

—Espera, por favor, escúchame. Ha ocurrido algo más que tienes que saber.

La hermana de James se paró en seco y le clavó a Emily una mirada interrogativa.

—¿Más aún?

—Se trata de Cora.

—¿Está aquí? —preguntó Hattie.

—No, y ese es el problema.

—¿A qué te refieres?

—A que la muy zorra rompió su compromiso con James cuando ha visto que estaba desfigurado. Además…

—¿Qué? —preguntó Hattie, horrorizada—. ¿Ha roto su compromiso precisamente ahora?

—Sí, pero tengo que contarte algo más, hace tiempo que quiero hacerlo y no me he atrevido. Cora me hizo prometer que no os diría nada. James aún no lo sabe, pero ahora que ya no es su novia, no creo que tenga que ocultarlo por más tiempo.

—¿Qué es, Emily?

—Cora se provocó un aborto mientras James estaba en el frente. No le he dicho nada a él porque creo que sería hacerle un daño innecesario.

Hattie volvió a mirar a Emily, incrédula, y sintió una oleada de odio visceral hacia Cora.

—¿Que ha hecho qué?

—Se provocó ella misma un aborto en mi casa. Es un milagro que esté viva —repitió Emily —. Lo siento, Hattie, pero me hizo prometer que no os contaría nada. Me dijo que no quería preocupar a James mientras estaba en el frente, ni tampoco criar a un hijo sola si tu hermano no volvía de la guerra. Insistí en que debía informarlo, al fin y al cabo, él era el padre del bebé, pero no conseguí que Cora cambiara de opinión. No debí escucharla, lo siento. Tendría que haberos avisado a los dos.

—Esa mujer está completamente loca, aunque ahora mismo lo del aborto es lo que menos me interesa, a pesar de que me irrita que no haya compartido con mi hermano lo de su embarazo. Sin embargo, lo de romper su compromiso y abandonarlo cuando más la necesita no se lo perdonaré jamás. Si vuelvo a verla, la mataré con mis propias manos.

—Ya le di yo una bofetada por ti —dijo Emily, y Hattie esbozó una sonrisa de agradecimiento—. Cora no merece la pena, ahora lo importante y en lo que debemos centrarnos es en James, que no ha superado lo que le ha ocurrido ni el desplante de esa arpía y tenemos que animarlo como sea. Me da miedo que pueda cometer alguna locura, por eso no me he atrevido a dejarlo solo.

Los ojos de Hattie se achicaron de puro odio y tuvo que respirar hondo un par de veces para tranquilizarse.

—Nunca podré pagarte todo lo que has hecho por nosotros —le aseguró a Emily, que se limpió una lágrima con el dorso de la mano.

—Para eso están los amigos.

—No. Seamos sinceras por una vez. No es solo la amistad lo que te ha movido a quedarte, ¿verdad?

Emily bajó los ojos, avergonzada. Nunca habían hablado de su amor por James y creyó que Hattie no se había dado cuenta.

—¡Ojalá te hubiese elegido a ti! —Emily la miró con los ojos aguados y la abrazó con fuerza.

—¡Ojalá! —dijo Emily, bajando la cabeza.

—Bueno, basta ya de charla y vamos a ver a James.

Hattie besó a Emily en la mejilla y de la mano las dos se dirigieron a la cama donde yacía el muchacho.

—El doctor Gillies es maravilloso —comentó Emily, cambiando de tema-—. También trabaja en el Queen’s Hospital de Sidcup al este de Londres, se divide como puede, porque hay muchos soldados que requieren de sus conocimientos y expertas manos. Te darás cuenta, Hattie —continuó Emily—, de que en esta sala no hay ningún espejo, están totalmente prohibidos porque todos los muchachos tienen heridas deformes que los médicos no quieren que vean hasta estar más recuperados. Es por eso por lo que la habitación está en penumbra, para evitar que puedan observar sus reflejos en las ventanas.

Hattie se detuvo para mover la cabeza de lado a lado.

—Desearía que esto me hubiese ocurrido a mí en vez de a James. Yo podría soportarlo mejor.

—Las cosas son como son, no debes atormentarte por eso. Además, dentro de lo que cabe, tenemos suerte. El doctor Gillies ha estudiado en París con el mejor, Hippolyte Morestin, de quién ha aprendido nuevas técnicas quirúrgicas. Tiene en este hospital su propia unidad de cirugía plástica y, además, trabaja mano a mano con el capitán Derwent Wood.

—¿Quién es ese capitán?

—Es escultor y profesor de arte. Te preguntarás qué tiene que ver un artista en todo esto, ¿verdad? Yo me hice la misma pregunta.

—Sí, ¿también es médico el capitán Wood?

—No, y ahora viene lo bueno. Es el director del Departamento de Máscaras para desfigurados faciales.

Hattie no daba crédito a lo que oía.

—¿Departamento de Máscaras? —repitió sin comprender.

—Exacto —añadió Emily—, el trabajo del capitán Wood empieza cuando termina el de los cirujanos. A James aún le queda mucho camino por recorrer, ya que, como te dije antes, necesitará muchas más operaciones. Según el doctor Gillies, todavía tendrá que curar las heridas, apoyar tejidos con injertos óseos y cubrir el área afectada con piel, será un camino duro. Cuando todo eso haya terminado, el capitán Wood hará una máscara exclusiva para él que se parecerá lo máximo posible a cómo era James antes de sus heridas.

Hattie enarcó mucho las cejas en un gesto de pura sorpresa y admiración.

—Dios mío, los adelantos que estamos viendo con esta guerra son increíbles.

—¿A que sí? —dijo Emily maravillada—. Eso es lo que he intentado trasmitirle a tu hermano, pero parece que ni la idea de la máscara lo anima.

—Está bien, déjame eso a mí, ahora entremos a verlo.

Emily se colocó en un prudente segundo plano y dejó que Hattie descorriera un poco las cortinas que separaba el camastro de James del resto de los pacientes. El muchacho tenía la cabeza vendada, pero no tanto como para que su hermana no pudiera observar los estragos de las heridas en su rostro. Hattie se quedó helada, apretó los ojos y sintió cómo un nudo se le instalaba en la garganta, dificultándole la respiración. Dio un paso atrás y sintió cómo se le aflojaban las piernas. Emily tuvo que sostenerla y a duras penas consiguió mantenerla en pie. La impresión de ver el rostro de James le resultó implacable, pero era una mujer inteligente y sabía que necesitaba reponerse por el bien de su hermano. Emily, que se había dado cuenta del impacto que las heridas del chico provocaron en su amiga, la agarró con fuerzas para animarla. A Hattie las lágrimas se le escaparon de los ojos oscuros sin querer, y las espantó deprisa con un rápido movimiento de la mano. Su dulce y bello hermano estaba desfigurado, ahora solo podría mirarla con uno de sus grandes ojos negros, y sus labios, de sonrisa pícara e irresistible, ahora delineaban otra grotesca y cruel. Su expresión traviesa y alegre había desaparecido, al igual que la mayor parte de su nariz respingona, y Hattie no pudo evitar sentirse completamente abatida. Se permitió unos segundos para tranquilizarse, en silencio contó hasta tres, llenó su pecho de aire y se obligó a esbozar una sonrisa exagerada en su cara. Ya habría tiempo de pensar en todas esas cosas en otro momento, su hermano la necesitaba, y ella debía de estar a la altura.

—Me han dicho que lo encontraría aquí, soldado Knox —anunció con voz serena llena de cariño.

—¡Hattie! —exclamó James, que cerró el único ojo que conservaba—. Por favor, no entres, vuelve a casa y llévate a Emily. Es una tozuda que no atiende a razones. No quiero que nadie

esté aquí conmigo. —El muchacho ladeó la cabeza para evitar que su hermana pudiera verlo con claridad.

—Eso va a ser imposible —afirmó la chica tajante—. Ni Emily ni yo vamos a ir a ninguna parte, así que puedes ir acostumbrándote.

—¡Mírame! —exclamó James con su nueva voz, áspera y seca—. ¿No me encuentras repulsivo?

—No mucho más que antes.

El comentario dibujó una ligera sonrisa en la boca deforme del chico, y su hermana, intuyendo que aún había una esperanza, se acercó para abrazarlo.

—Te he echado mucho de menos —le susurró en el oído bueno—. No te dejaré solo, ¿me has oído? No te dejaré solo.

—Yo también te he echado de menos a ti —James comenzó a llorar, y Emily, que no se había atrevido a entrar en el cubículo para respetar la intimidad de los hermanos, se puso de espalda a las cortinas y lloró en silencio, aliviada de que Hattie estuviera con ellos.

—Siento lo que te ha pasado, pero juntos lo superaremos. Un obús con metralla no podrá detener a los Knox, ¿estás de acuerdo?

James no le contestó, y Hattie sintió una punzada de tristeza y miedo por el cambio operado en su hermano. No había en él ni el más mínimo atisbo del antiguo James. Estaba muy delgado, su cara, de mandíbula perfilada, estaba afilada y enjuta, su lustroso pelo moreno ahora se veía desvaído y con menos cantidad, y sus heridas… Hattie se restregó las mejillas y se limpió las lágrimas; su hermano no la vería llorar, se prometió.

—Tendré que estar aquí mucho tiempo —susurró James.

—El que haga falta —le aseguró Hattie—. Tenemos algunos ahorros, y Londres es una ciudad fascinante.

—Y cuando volvamos a Accrington, tendré que volver para las curas y nuevas operaciones.

—Muy bien, y yo te acompañaré.

—Y yo —agregó Emily.

—Soy un engendro —balbució, al fin.

—¡Eh! —lo cortó Hattie tajante—, nadie habla de mi hermano de esa manera. No eres ningún monstruo, y todo se va a arreglar.

—Cora no opina lo mismo.

La expresión de Hattie se volvió iracunda, frunció el entrecejo y su expresión reflejó todo el rencor que sentía por la chica.

—No merece la pena ni hablar de ella. Si Cora piensa así es que no es buena persona, y ni mucho menos te merece.

James se llevó una mano a la cara, y los sollozos estremecieron su pecho, que se movió arriba y abajo con violencia.

—Habrá otras mujeres, James. Eres una gran persona y tienes mucho que ofrecer. Sé que ahora te cuesta verlo, pero créeme que te digo la verdad. Superarás esto y volverás a encontrar tu camino.

—¿Tú estás bien? —preguntó James sin estar convencido de las palabras de su hermana—. Estás distinta, noto que has sufrido.

—¿Y quién no ha sufrido en esta guerra? Estoy bien, aunque me hubiera gustado venir antes, pero ya te habrá contado Emily que no estaba en el país.

James levantó la mirada y movió la cabeza en negación.

—¡Cómo pude ser tan necio de pensar que te quedarías en Accrington! —añadió el muchacho rendido a la fuerza vital de su hermana.

—Solo un tonto como tú se lo hubiera creído y no puedes decir que no te di señales.

El muchacho esbozo algo parecido a un amago de sonrisa, y una luz de esperanza afloró en el corazón de Hattie, que lo besó en la cabeza.

—Emily me ha contado que has estado en el frente serbio de Macedonia y, gracias a Dios, no estás herida. Al final, has resultado ser mucho mejor soldado que yo.

Hattie se echó a reír, y James volvió a dibujar una sonrisa extraña que iluminó la cara de Emily, que había esperado en silencio al lado de las cortinas abiertas mientras los hermanos hablaban.

—Me alegro mucho de verte más feliz —intervino la joven sin poder evitarlo. Desde la visita de Cora, había hecho lo indecible por animar al muchacho, sin embargo, no tuvo los mismos resultados que Hattie en solo unos minutos, y se sintió satisfecha de verlo algo más alegre.

James alargó la mano y tomó la de Emily con dulzura mientras con la otra apretaba la de Hattie.

—Gracias a las dos por estar aquí. Creo que sin vosotras hubiera preferido morir.

—Pues déjate de tantas estupideces y concéntrate en recuperarte. Aún tenemos muchas cosas que hacer, y te prohíbo que me dejes sola —masculló Hattie.

—Yo no te prohíbo nada, pero te agradecería que pusieras de tu parte y no te rindieras. Somos muchos los que te queremos y no sabríamos vivir sin ti.

A James las palabras de Emily le llenaron el corazón de felicidad. Levantó la vista, miró a la chica con ojos nuevos y lo invadió un sentimiento de afecto y ternura que no supo interpretar. Confundido, no quiso precipitarse y ponerle una etiqueta a aquella nueva sensación, pero presintió que la compañía de Emily a lo largo de aquellas semanas había hecho cambiar algo dentro de él. Se preguntó si ella podría llegar a amarlo y rechazó la idea al pensar en el esperpento en el que se había convertido. Borró enseguida la imagen de una posible relación de su cabeza. Tenía que rendirse a la evidencia de que jamás volvería a amar ni a ser amado, y no consentiría que nadie, ni mucho menos Emily, que se merecía a un buen hombre que la hiciera feliz, cargara con un lisiado deforme como él.

32 AIRES DE CAMBIO

1917

Con la ayuda de su padre, Sophie consiguió divorciarse de Philip Montgomery. No resultó fácil, no porque el capitán presentara una dura batalla para evitar perder a su esposa, sino porque su madre no quería soltar el flujo de dinero que saneaba sus arcas desde que su hijo se había casado con la muchacha.

Stuart Flynn se encargó personalmente de contratar los mejores abogados de Accrington para representar a su hija, que demostraron con suma facilidad el adulterio y el maltrato cometidos por Philip, por lo que el trámite finalizó en poco tiempo. Sophie abandonó la casa solariega de los Montgomery y volvió contenta a su hogar, donde continuó siendo la misma chica alegre e inteligente de siempre. Aunque había sufrido un gran desengaño, su matrimonio no duró lo suficiente como para que el abatimiento anidara en ella; más que afligida, Sophie se sentía enfadada y se prometió que jamás dejaría que ningún hombre volviera a ponerle una mano encima. Philip no solo le provocaba repulsión, sino que lo visualizaba como a un ser insignificante que no tenía cabida en su vida, un insecto al que aplastar sin pensar.

Los Flynn retiraron todo su apoyo económico a los Montgomery, y el escándalo del divorcio, que se sumó al rumor de la cobardía del capitán, sumió a los segundos en una situación económica y social precaria. Martha evitaba salir a la calle y dejarse ver en los eventos importantes de la ciudad, sin mencionar que ya no los invitaban a fiestas privadas donde los Flynn eran bien acogidos. La mujer le retiró la palabra a su hijo y se sentía perdida y vulnerable, rasgos que no eran compatibles con su personalidad altanera. Albert Montgomery, que rozó la posibilidad de no perder su fábrica con la inyección de capital que recibió tras la boda, se sumió de nuevo en el juego, que era lo único que lo evadía de las habladurías y los problemas, y a eso sumó un consumo de alcohol muy elevado que no hizo más que intensificar las desgracias familiares.

Al padre de Sophie le costó sangre no retorcerle el pescuezo a su yerno; no soportaba el pensar que hubiese pegado a su hija, pero su esposa y los abogados que contrataron para el divorcio hicieron un gran trabajo de persuasión para que no cometiera ninguna tontería que le acarreara problemas innecesarios.

—Deberían irse de la ciudad —afirmó Stuart una tarde donde las gotas de lluvia golpeaban con rabia los cristales de las ventanas del salón de su casa.

La familia Flynn se disponía a tomar el té en el saloncito de paredes verde claro con colgaduras de cuadros campestres. El delicioso aroma de la bebida llenaba la estancia, y Sophie, que había extrañado esos momentos de paz en familia, se encontraba feliz. La chica se sentó junto a su madre en un sofá de madera tapizado en tela estampada a la moda francesa mientras su padre prefirió mantenerse de pie junto a la cristalera. A todas luces, se le veía preocupado.

—¿A quién te refieres, papá?

—¡A quién voy a referirme! —manifestó con indignación—. A los Montgomery.

—Déjalo ya, querido —intervino Larisa, que extendió su taza de porcelana para que Hortensia la llenara con un té exótico y aromático que guardaban de antes de la guerra.

—¡Cómo puedes decir eso! —Se volvió Stuart, enojado.

—Porque ni siquiera salen a la calle. ¿Te los has cruzado alguna vez después del divorcio de Sophie?

—No —respondió el hombre con un gesto de enfado y se volvió irritado de nuevo hacia la ventana.

Stuart no quería discutir. La lluvia había arreciado, y su golpeteo en los cristales le confirió un sentimiento de calma.

—¿Lo ves?, me estás dando la razón —dijo Larisa, que lo persuadió para que se sentara.

—A pesar de todo, no quiero que vivan en la misma ciudad que nosotros.

El hombre tuvo que hacer una pausa para recobrar la compostura, no le gustaba pensar en los Montgomery, pero no podía evitarlo, le habían hecho daño a Sophie y no los perdonaría jamás.

—No debes preocuparte, creo que pronto tu deseo se hará realidad —añadió Larisa al mismo tiempo que le daba un pequeño sorbo a su té.

—Explícate —pidió Stuart.

—La señora Mortimer me comentó que intentan vender la fábrica. Tal vez, es la oportunidad que buscas. Si la compramos, se irán antes y eso te hará sentirte mejor.

—No —dijo rotundo—. Es un negocio en bancarrota. No es rentable. Además, no quiero nada de esa gentuza. Son unos sinvergüenzas. —El señor Flynn inició una retahíla de exabruptos que Sophie cortó en seco.

—Papá, ¿podríamos hablar de otra cosa?

El hombre se envaró al instante, no había reparado en que ese tipo de conversación no era agradable para su hija, y se maldijo por su torpeza.

—Lo siento, cariño. Tienes razón.

Stuart intentó tranquilizarse, se sentó al lado de su familia en una silla de un terciopelo verde apagado y cogió su taza de té humeante de la mesita que había delante de él. Seguía irritado, y llevaba semanas buscando una forma de vengarse de esa gente, que para él era solo chusma, pero no encontraba la manera de hacerlo. Decidió dejar el tema por el momento y repasó el periódico con la esperanza de que la lectura distrajera su mente.

—¿Cómo va la guerra? —preguntó Sophie para rebajar la tensión.

—Según la prensa, tuvimos un gran éxito en la batalla de Arrás.

—No creo que haya sido para tanto —anunció Larisa con contundencia, lo que hizo que su esposo e hija volvieran la cabeza hacia ella sorprendidos de su afirmación.

—¿Qué quieres decir? —añadió el señor Flynn con sorpresa—. No sabía que ahora te interesaras tanto por la guerra.

—No me ofendas, querido, siempre me interesan los temas de actualidad. Lo que digo es que la prensa exagera y miente, lo sabes de sobra, no es ninguna novedad. Al hijo de la señora Mortimer lo hirieron en esa batalla, está de vuelta en Accrington, y su opinión es muy distinta a la que dan los periódicos.

—¿Y cómo se encuentra? —preguntó Sophie, genuinamente interesada.

—Bien, querida, recuperándose, pero el combate fue realmente duro y se perdieron muchas vidas.

—Aquí dice —leyó Stuart, sujetándose los anteojos al puente de la nariz con el dedo índice — que nuestro objetivo era romper las defensas alemanas y penetrar hacia el interior. Se quería establecer un combate, una guerra de movimiento con el ejército enemigo, y se ha conseguido.

Además, los canadienses capturaron la cresta de Vimy, y nosotros hemos hecho avances. ¿Qué más se puede pedir?

—Está bien, querido, se ve que hoy quieres discutir. Solo digo que el chico de los Mortimer le comentó a su madre que los avances que hicieron nuestras tropas no fueron tan importantes como la propaganda nos quiere hacer creer y que tampoco se habla de las innumerables bajas que tuvieron para el poco terreno conquistado.

Stuart guardó silencio, sabía que Larisa tenía razón. La prensa casi nunca era clara y siempre aumentaba las hazañas y los logros del ejército disminuyendo sus fracasos.

—De todas formas, la noticia del día no es la batalla de Arrás, sino la entrada en la guerra de los Estados Unidos —agregó su esposa para amortiguar la tensión que se había instalado en la sala de estar.

—Eso se veía venir —dijo Sophie con convencimiento.

Stuart la miró con media sonrisa, sabía que su hija no se quedaría solo con esa frase, sino que les daría una argumentación, como hacía siempre desde pequeña. Realmente la quería de verdad, por eso estaba tan enfadado con los Montgomery. No hubiese cambiado a Sophie por un hijo varón por nada del mundo. Era una mujer inteligente con la que se podía conversar, y el señor Flynn pensó que esa personalidad curiosa definitivamente no la había sacado de él, sino de su madre.

—El hecho de que hayan decidido participar en la contienda lo ha provocado la guerra marítima. —Ahí estaba la aclaración, pensó Stuart. Sophie no tardó ni un segundo en fabricarla, y ver de nuevo la esencia de la personalidad de su hija lo hizo cambiar de humor.

—¿De veras? —preguntó Larisa mientras se metía en la boca un pequeño pastel de chocolate.

—Claro que sí. Los alemanes se empeñan en hundir todos los buques de camino hacia aquí, y no reparan en si son barcos de pasajeros o de países neutrales, como hasta ahora lo había sido Estados Unidos.

—Espero que su incorporación cambie el rumbo de la guerra a nuestro favor —dijo Larisa.

—No me cabe duda de ello —insistió Sophie—. Los alemanes no podrán con todos nosotros.

—Bueno, basta ya de hablar de guerra. Si has acabado, debes darte prisa, Sophie, llegamos tarde —la apremió Larisa, que sacudió algunas migajas que el pastel había dejado en la falda de su vestido verde.

—¿Adónde vais? —preguntó Stuart, cansado de que las mujeres de su casa nunca lo informaran de nada.

—A una reunión sufragista.

—Creí que con la guerra las mujeres habíais aparcado ese tema del voto femenino.

—Y así es —añadió Sophie—, pero nos gusta seguir con las reuniones de vez en cuando.

—Me parece bien que las mujeres voten —añadió el hombre—. Y me enorgullece que las mujeres Flynn sean *suffragettes*.

—No, papá, te equivocas. Mamá y yo no estamos de acuerdo con la violencia. Creemos que romper cristales en el Parlamento o incendiar buzones retrasará nuestra consecución del voto; somos feministas, pero no *suffragettes*.

—Exacto —dijo Larisa—. Como decía Millicent Garret Fawcett: «Hay que reformar sin violencia, sin matar gente, o volar edificios». Ella sí que sabía ser feminista, una mujer sabia.

—El lema de las *suffragettes* es distinto al nuestro —dijo Sophie, que rodeó a su padre con

los brazos y colocó un beso en su mejilla.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Y cuál es ese lema? Si puede saberse —preguntó Stuart feliz de volver a sentir la alegría de su hija.

—¡Acción sí, palabras no! Creo que buscan lo mismo que nosotras, pero sus métodos son más radicales, aunque me parece que esa consigna no las llevará a conseguir el voto antes, sino todo lo contrario.

Hortensia tocó a la puerta suavemente con los nudillos interrumpiendo el discurso de Sophie.

—Señor Flynn, ha venido un joven que quiere verle.

—¿Un joven? —preguntó el hombre, sorprendido—. ¿Le ha dicho qué quiere? No esperábamos a nadie.

—No, señor, pero dice que es importante.

—Está bien, dígale que pase.

Al cabo de unos minutos, un muchacho empapado y totalmente desaliñado se presentó en el saloncito verde de los Flynn.

—¡Por Dios! —exclamó el hombre al ver a su empleado, Steven Lampert, chorreante y mojando la alfombra turca que decoraba la habitación.

Stuart se puso de pie de golpe.

—Steven, ¿qué hace usted aquí un domingo por la tarde? ¿Ha ocurrido algo?

El joven de cara afilada y nariz aguileña se disculpó al instante. No era mucho mayor que Sophie, y se conocían desde que llegaron a Accrington hacía ya siete años. Steven había demostrado ser un hombre resolutivo e inteligente y se convirtió en poco tiempo en la mano derecha del señor Flynn en la fábrica. A Sophie, la situación de verlo empapado frente a ellos le habría resultado divertida, si no hubiera sido porque la expresión inquieta y apremiante en los ojos oscuros del joven gritaba que algo urgente había ocurrido.

—Señor —anunció el muchacho, que respiraba entrecortadamente, era evidente que había corrido para llegar hasta allí—. Tiene que acompañarme de inmediato. Hay fuego en la fábrica.

—¿Fuego?

El señor Flynn no preguntó nada más, no había tiempo que perder, ya le contarían los detalles de lo sucedido más adelante. Salió como un rayo de la sala de estar donde hasta ese momento habían disfrutado de una agradable velada familiar; Larisa y Sophie lo siguieron con premura, y Steven hizo lo propio.

—Esperadme aquí, no vayáis a la reunión de las sufragistas, tal vez os necesite.

—De eso nada —dijo Larisa con rotundidad.

Su hija leyó el pensamiento de su madre e hizo llamar a Hortensia para que fuera a buscarles los abrigos.

—Vamos con vosotros, papá. La fábrica es de la familia y nos interesa a todos. No te vamos a dejar solo.

El hombre miró emocionado a su mujer y a su hija y se lo agradeció con un gesto suave de la cabeza. Con apremio, los cuatro salieron a la calle, donde ya les esperaba el coche que el eficiente Cody había mandado llamar.

La calle estaba mojada, y la lluvia era tan torrencial que apenas se veía nada. Steven tomó del brazo a Sophie y la ayudó a subir al coche.

—Tranquila, señorita Flynn, puede que esta lluvia sea todo lo que necesitemos para que se apague el fuego —le dijo para sosegarla, y Sophie le apretó el brazo, agradecida por sus

palabras.

El joven había sufrido una gran decepción cuando la muchacha contrajo matrimonio con el capitán Montgomery. Siempre estuvo enamorado de ella, pero nunca encontró el momento de declararle su amor, y su falta de iniciativa hizo que la perdiera para siempre. Desde que Sophie se divorció, había vuelto a recobrar la esperanza y se prometió a sí mismo que, aunque lo rechazara, no dejaría escapar esa nueva oportunidad que le había brindado la vida para confesarle cuánto la amaba.

33 NUEVA VIDA

1917

El rechazo de Cora sumió a James en una profunda depresión. La mujer se demostró tan superficial y voluble que ni siquiera se dignó a visitarlo de nuevo. Solo la compañía de Hattie y el interés de Emily en su recuperación evitaron que intentara suicidarse. Lo pensó en más de una ocasión. ¿Para qué quería seguir viviendo lisiado y sin Cora? Pero el cariño que le demostraron los médicos, las enfermeras y, sobre todo, su hermana y Emily, que no se separó de él desde que llegó de Francia, le hicieron comprender que su vida era más valiosa que lo que opinara una mujer que a todas luces no lo merecía. Con el paso de los días, James llegó a la conclusión de que si la guerra lo había dejado vivir no sería él quien acabara con su vida. Tenía suerte, aún respiraba, tenía un futuro por delante, mientras que Ed yacía bajo el fango en algún lugar cerca del Somme. Sus amigos muertos no se merecían que él se rindiera.

En el tiempo que estuvo convaleciente, pensó en Cora, en como lo había tratado y en lo fácil que le había resultado abandonarlo, y todo el amor que había sentido por ella se esfumó poco a poco envuelto en una sensación de profunda decepción. Más que enfadado con la chica, lo estaba consigo mismo, ya que no lograba entender cómo había podido enamorarse tan ciegamente de una mujer tan frívola y fría como ella. A pesar de todo, supo encajar su derrota, y se alegró de haber visto la verdadera cara de la muchacha antes de casarse.

Su recuperación resultaba complicada, cada operación era más dolorosa que la anterior, aunque sus heridas estaban cicatrizando a buen ritmo. James no había recuperado su bella sonrisa de antaño, ni la armonía de su mandíbula angulosa y pómulos altos, pero Emily seguía amándolo por quien era, y el muchacho empezó a descubrir a la maravillosa mujer que lo acompañaba a diario. Se habían separado muy poco desde que lo hirieron en el frente y habían llegado a conocerse en profundidad tras horas de charlas. Todos los días, James esperaba su visita con expectación y se sentía agradecido de tenerla en su vida.

En abril, lo mandaron de vuelta a Accrington. Los amigos más íntimos reaccionaron bien a su nuevo rostro, no obstante, James se dejaba ver poco por la ciudad. A muchas personas, su cara desfigurada les provocaba un enorme rechazo, y el chico no soportaba los cuchicheos ni las miradas disimuladas que se clavaban en él, escrutándolo. Aún no había intentado buscar trabajo, el doctor Gillies se lo desaconsejó, pero sabía que no quería volver a la fábrica de ladrillos.

—Necesitas más tiempo, muchacho —le ordenó el médico—. Ahora debes descansar hasta que estés totalmente recuperado.

Emily hizo todo lo que estaba en su mano para conseguir que a James le hicieran una de las innovadoras máscaras que se estaban creando para los soldados con heridas faciales. Sabía que eso le daría la confianza que había perdido y no dejó de insistirle al doctor Gillies que lo tuvieran en cuenta para el programa de confecciones de máscaras que se llevaba a cabo en el Tercer Hospital General de Londres.

A mediados de mayo, el médico lo citó en Londres para presentarle al capitán Derwent Wood. A pesar de que habían oído hablar de los logros profesionales de Wood, James no tenía el placer de conocerlo personalmente, y los chicos estaban nerviosos por el encuentro. Hattie no

pudo acompañarlos, pero la emoción de Emily compensaba por las dos. La muchacha, que se había vestido con un primaveral vestido blanco y sombrero a juego, se retorcía las manos en la sala de espera del doctor Gillies, levantándose y volviwedo a sentarse sin poder disimular su nerviosismo. A su lado, estaba James, que aparentaba estar tranquilo.

—Me estás poniendo nervioso —dijo con su nueva y extraña voz.

—Lo siento, no puedo evitarlo. Estoy deseando conocer al señor Wood. Este es un día importante.

Para su sorpresa, la puerta de la consulta se abrió de golpe y acabó con la conversación de los jóvenes de sopetón que volvieron las cabezas para mirar al médico.

—¡Cuánto me alegro de volver a verlos! Señorita. —Gillies hizo una pequeña reverencia ante Emily—. Señor Knox, las cicatrices están muy bien. —El doctor le cogió la barbilla con dos dedos y le escudriñó el rostro moviéndole la cabeza de lado a lado. Se sintió satisfecho de su trabajo—. ¿Cómo se encuentra?

—Me siento bien —respondió el chico.

—Creo que usted ha tenido mucho que ver con eso, ¿no cree, doctor? —añadió Emily realmente agradecida.

El médico se ruborizó y agradeció las palabras con una tenue sonrisa y con un gesto de la mano les indicó que pasasen a su despacho.

—Vengan, quiero que conozcan al señor Wood.

Un hombre de nariz afilada y larga, poco pelo y cara cuadrada los esperaba de pie apoyado en la mesa de madera del despacho.

—Les presento al capitán Derwent Wood, que está a cargo del Departamento de Máscaras para desfigurados faciales. Ya le he puesto al tanto de su caso, James, y, con mucho gusto, quiere colaborar con nosotros.

—Señor Wood, no sabe cuánto nos alegramos de conocerlo, hemos oído mucho acerca de su trabajo —exclamó Emily, extendiendo la mano para saludarlo.

—Gracias, señorita —respondió el hombre con tono afable—. Y usted debe ser el soldado Knox. El doctor Gillies me ha hablado mucho de usted.

Wood le apretó la mano con fuerza y logró transmitirle a James una gran confianza.

—Sí, señor —afirmó el chico—, el mismo que viste y calza.

—Como saben —empezó el hombre—, no soy médico, pero he trabajado con el cuerpo sanitario en la guerra y he visto muchas heridas como la suya. Eso fue lo que me inspiró a hacer lo que hago, las máscaras para los soldados con lesiones en el rostro. Soy escultor y mi trabajo empieza cuando termina el del cirujano.

El señor Wood sonrió a Gillies, que le devolvió la sonrisa en un gesto de complicidad.

—Me temo que aún necesitaremos algunos meses para que Derwent pueda trabajar con usted —afirmó el médico—. Aún hay un período de curas que debe soportar, y una nueva operación de la que tendrá que recuperarse, pero le aseguro que ya estamos casi terminando el proceso.

James se masajeó la frente, cansado, y Emily le tomó la mano con dulzura.

—Ya lo has oído, casi estamos llegando al final —dijo la chica, que intentaba sonar optimista.

—Tomen asiento, por favor, así charlaremos mejor —ofreció Gillies, indicando unas sillas blancas y metálicas que no resultaron nada cómodas.

Los jóvenes se sentaron, y el capitán observó a James, intrigado, estudiando sus facciones

con minuciosidad.

—¿Puedo acercarme a usted? —pidió permiso.

—Por supuesto.

El hombre lo diseccionó con la mirada y tocó sus cicatrices y los huecos que habían dejado la metralla en el rostro del muchacho. Le movió la cabeza para observar su perfil y, mordiéndose el labio, añadió:

—No me cabe duda de que podremos hacer una buena máscara para usted.

Emily simuló tocar las palmas, emocionada, y James la observó con cariño. Se la veía tan feliz que su actitud lo conmovió y lo llenó de esperanza.

Desde hacía semanas, se sentía confundido, nunca había mirado a Emily con ojos de enamorado, pero ahora se descubría a sí mismo contemplándola en silencio. Le encantaba como se recogía algunos mechones de pelo rubio que le caían a la cara cuando le leía, su mirada azul y alegre llena de luz, su sonrisa que dibujaba dos hoyuelos en sus mejillas sonrosadas, y lo enternecía verla llegar todos los días a su casa por el simple hecho de pasar tiempo con él. Se preguntó en más de una ocasión si lo que sentía por Emily era amor, y su corazón siempre le respondía que sí. No era el mismo sentimiento arrebatado e irracional que había experimentado por Cora, sino un amor más sereno, más dulce, menos sensual y, a la vez, mucho más bello. Sin embargo, estaba convencido de que Emily se merecía un hombre de verdad, un hombre mejor y entero, no un mutilado como él.

—Hay muchas maneras de hacer las máscaras, ¿lo sabían? —masculló Wood sacando a James de sus pensamientos—. Yo no trabajo con goma, sino con metal. Si me permiten, les explicaré el proceso. Lo primero será hacer un molde con arcilla y plastilina.

—¿Han traído las fotografías que les pedí? —interrumpió el doctor Gillies.

—Sí, aquí están. —James sacó tres fotos del bolsillo interior de su chaqueta y se las entregó a Wood.

En la primera, se veía a un elegante James de pie con un traje oscuro. En otra, estaba con Hattie, se la habían tomado poco antes de que lo enviaran a Egipto. En ella, Hattie aparecía sentada, y James, de pie, la rodeaba con un brazo que caía con gracia sobre los hombros de su hermana. La tercera foto estaba partida por la mitad, en ella aparecía James serio y preocupado, y Emily intuyó que Cora debía de haber estado fotografiada en la parte que faltaba del retrato. El escultor guiñó los ojos y se mordió el labio, concentrado, para contemplarlas con interés.

—¿Para qué necesita las fotos? —preguntó el joven.

—Verá, mi objetivo es conseguir una careta que se parezca lo máximo posible a su aspecto anterior, antes de las heridas. Los retratos son un fiel reflejo de su rostro original y me guiarán en mi trabajo.

—No creo que pueda devolverme mi cara anterior.

—Cierto —dijo Wood—, pero puedo hacer una máscara muy parecida, se lo aseguro, por eso es tan importante estudiar las fotografías. Una vez que tengamos el molde, construiremos una prótesis con una fina hoja de metal de cobre galvanizado. Se la probaremos varias veces y no se la llevará hasta que le resulte cómoda. Una vez que usted esté satisfecho, pintaremos la máscara con su tono de piel y se la colocaremos sobre el rostro con cintas o incluso podemos probar con unas gafas, dependerá de lo que sea más confortable. Eso podemos ir viéndolo sobre la marcha.

—¿Qué le parece, James? ¿Está dispuesto? —intervino Gillies.

—Por supuesto, doctor, cualquier cosa para recuperar mi aspecto anterior, para recuperar mi vida… —dijo con un hilo de voz.

Gillies le notó una inflexión en las palabras que lo preocupó. Miró a Emily en busca de respuestas, pero la chica tenía los ojos clavados en el suelo. A pesar de que James era un hombre fuerte, su situación no solo era devastadora físicamente, sino también moralmente.

—¿Está saliendo usted de casa, señor Knox?

—No mucho —respondió el chico, que se movió inquieto en la silla, incómodo con la pregunta.

—Sé que nada de esto es fácil —dijo Wood—, por eso la máscara le ayudará a recuperar su autoestima.

El muchacho no respondió.

—¿Hay algo de lo que deba preocuparme? —insistió el médico.

—Hablemos claro, doctor. ¿Me está preguntando si voy a suicidarme? No, no voy a hacerlo —dijo hastiado.

—Sí, a eso me refiero.

—Lo he pensado, pero he decidido que no voy a hacer ninguna locura.

Emily se puso las dos manos en la cara y comenzó a llorar.

—He dicho que no voy a hacerlo, Emily, te lo prometo.

James la abrazó sin pensarlo, y ambos se sorprendieron por el espontáneo gesto del chico, que hundió su cara dañada en el cuello de la muchacha y la mantuvo así durante unos segundos.

—No me gusta salir a la calle porque siento vergüenza al mostrarme en público —sentenció James—. La gente no quiere verme, y yo no quiero que me vean.

Emily se irguió en la silla de metal, no era mujer de llantos, y se tragó el resto de las lágrimas quitándose las que le quedaban en el rostro con las palmas de las manos.

—Me da la sensación de que soy un recordatorio de una guerra que ya ha durado demasiado —continuó James—, y de la que todos estamos cansados. La gente prefiere olvidar el horror que estamos viviendo, y mi cara se lo recuerda. Hubiera preferido perder una pierna, un brazo, creo que la gente sentiría menos repulsión hacia mí y me respetaría más, sería un héroe de guerra. Ahora solo soy un deforme al que evitan mirar. Aun así, aprecio demasiado la vida como para hacerme daño.

—Me alegra oírle decir eso, muchacho —afirmó Gillies—, porque estoy seguro de que aún le queda mucho por hacer. Es muy joven para rendirse y, como Wood le ha comentado, aquí podemos ayudarlo, solo debe tener fe y confianza en nosotros.

—Les estoy muy agradecido —afirmó James—, ojalá el resto de la gente me mirara de la misma forma que lo hacen ustedes, para ellos solo soy un esperpento.

—No digas eso —gritó Emily—. Tú no eres y nunca serás un esperpento.

—Pues yo creo que sí, ya no sé quién soy, no tengo identidad. Estoy perdido.

Emily volvió la cara hacia él y lo miró fijamente, sin miedo.

—Yo te ayudaré a encontrarte de nuevo, porque tú puedes que te hayas olvidado de quién eres, pero yo nunca lo haré.

Por unos segundos, nadie rompió el silencio, y fue Wood quien se atrevió a hablar de nuevo.

—Estudiaré las fotografías con minuciosidad —les prometió—, y cuando termine con su nueva operación, estaré aquí esperándolo para empezar el proceso de la creación de su máscara. Vamos a conseguir grandes resultados, se lo prometo.

—Y yo volveré ilusionado para ponerme en sus manos.

Esa respuesta satisfizo a Emily, que le regaló a James una sonrisa sincera iluminada por sus hoyuelos.

Los chicos se despidieron del médico y del escultor y salieron al pasillo del hospital en silencio. Recorrieron un corredor largo y angosto y desembocaron en un patio porticado con columnas de un mármol veteado en blanco y negro. Los rosales de diferentes colores llenaban el lugar de una fragancia suave y sutil que embriagó el corazón de Emily.

—Estoy muy orgullosa de ti —afirmó, deteniéndose en seco.

La muchacha se acercó a James, que se mantuvo de espalda a ella, y le apoyó las manos en los hombros. El chico no se volvió.

—¿Puedo confiar en ti? ¿De verdad que no te harás daño? —susurró.

La muchacha tenía los ojos anegados en lágrimas y no pudo evitar estremecerse con los sollozos. Lo quería demasiado como para, ni siquiera, pensar en perderlo.

—No puedes quitarte la vida —sentenció—. ¿Y sabes por qué? —Emily sujetó a James con más fuerza y le dio la vuelta con cuidado, dejando su rostro dañado frente al de ella.

—No —musitó el muchacho con la barbilla pegada al pecho.

—Porque te amo, te he amado siempre y te seguiré amando, y no me importa si tienes heridas en la cara o llevas máscara. Tú eres tú, James Knox, mi gran amor, y no permitiré que olvides lo maravilloso que eres.

A pesar de las heridas, el apósito en el ojo que le faltaba y las grades cicatrices de los labios, Emily lo besó. Fue un beso breve, dulce y expectante, pero se sintió dichosa de haber dejado salir, por fin, lo que sentía por James.

El muchacho levantó la mirada, sorprendido, y le acarició el pelo lacio y rubio.

—No quiero que estés conmigo por pena.

—Tengo muchos sentimientos hacia ti, Knox, pero la pena no es uno de ellos —dijo con contundencia—. Te amo, ya es hora de que las mujeres también podamos decir lo que nuestros corazones gritan, y el mío se desgañita diciendo que te quiere. Entiendo que yo no sea la persona que tú buscabas, pero…

James no le dio tiempo a que siguiera hablando, la agarró por la cintura y la atrajo hacia él.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida y siento haber estado tan ciego.

El muchacho pegó sus labios desfigurados a los de Emily, y se fundieron en un cálido beso que los llenó de cariño y pasión.

—¿Estás segura de que no te asquean mis heridas?

Emily lo miró con ternura, le cogió el rostro con las dos manos y lo llenó de besos con cuidado de no hacerle daño.

—Espero que esto conteste a tu pregunta.

34 NO TODO ESTÁ PERDIDO

1917

La carta llegó a casa de Hattie una mañana templada de junio de la mano del joven Timothy Brooks, que pedaleó sin pausa desde la oficina de correos para entregársela. El remitente era el joven sargento Andrej Tomic, y el corazón de Hattie se desbocó al leer su nombre estampado en el sobre amarillento. Lo abrió con urgencia, como si su vida dependiera de ello. Cuando sacó el contenido del sobre, el corazón le bombeaba tan rápido que tuvo que detenerse para darse un respiro. Sentía los latidos en las sienes y le flaquearon las piernas, se apoyó en la pared del pasillo, intentó recobrar el aliento y cerró los ojos para tranquilizarse.

—Hattie, ¿quién era? —preguntó James desde el salón donde desayunaba con su hermana. La chica no le contestó.

A Hattie le temblaban las manos, y lágrimas saladas le rodaron por las mejillas redondeadas. Al igual que Emily, no era una mujer que solía llorar con facilidad, pero sabía que esa carta solo podía informarla de dos cosas. Una la destrozaría por completo, y la otra la liberaría del sufrimiento en el que estaba sumida desde que Darko desapareció en las trincheras.

—Hattie, ¿estás bien?

—Sí, un momento. Ya voy.

Durante la convalecencia de James, los dos hermanos tuvieron tiempo de hablar sobre sus experiencias en el ejército. Compararon el modo de actuar de los serbios con respecto a los británicos, y concluyeron que la guerra era igual de feroz y horrenda para todos, no importaba en qué punto del globo se llevara a cabo. Los dos soldados Knox compartieron lo que habían aprendido, los métodos de ataque y defensa, la camaradería entre los compañeros, procedimientos de lucha y, sobre todo, hablaron sobre los lugares en los que habían vivido.

James estaba muy orgulloso de Hattie, a pesar de que hubiera preferido que se quedase en casa y no ponerse en peligro en el campo de batalla, entendió sus argumentos para alistarse y le perdonó que se lo hubiese ocultado. Hattie incluso se atrevió a hablarle de Darko. No se extendió demasiado, pero sí informó a su hermano que estaba enamorada de un hombre que desapareció en combate. James se sintió abatido por ella. Nunca la había visto tan ilusionada por nadie, pero cuando hablaba de ese serbio, le cambiaba el timbre de voz y una luz inusual se apoderaba de su mirada. Ella le insistía en que sabía que Darko estaba vivo, pero después de su experiencia en la guerra, James no estaba seguro de si eso era posible, aunque se negó a arrebatarle la esperanza a su hermana al contradecirla.

Hattie apareció en el salón donde había dejado a James sentado a una mesa redonda con un mantel blanco. A pesar de que en Inglaterra existía el racionamiento, la joven se las ingenió para conseguir algo de jamón que desayunaron junto a tostadas con mantequilla que les supo a gloria.

—¿Quién era? —insistió el joven, desconcertado por la expresión de su hermana.

—Me ha llegado una carta…, es de Andrej.

—¿Quién es Andrej?

—El mejor amigo de Darko. Le dejé nuestra dirección para que me informara si había alguna novedad.

James se encontraba mucho mejor, había terminado con su última operación y se recuperaba con éxito. El doctor Gillies logró cerrar la mayoría de sus heridas y pronto acudiría al hospital para ponerse en las hábiles manos de Wood. El chico se levantó de la silla tapizada en rojo y se acercó a su hermana.

—¿Qué te dice?

—No sé, aún no la he leído.

—¡Oh, Hattie! Por favor, siéntate aquí —dijo, retirando otra silla al lado de la que él mismo ocupaba.

La muchacha se dejó llevar por James y, cerrando los ojos, se acercó las hojas de papel al pecho.

—Sé cuánto significa ese muchacho para ti.

Hattie miró a su hermano, agradecida. Le había hablado de Darko, pero no se había extendido en lo que sentía por él, más bien, se centró en lo interesante de su vida, de que estuvo involucrado en el atentado al archiduque de Austria-Este Francisco Fernando, le habló del excelente soldado que era, de su camaradería y de lo mucho que la ayudó en el frente. Sin embargo, no hizo falta que le diera detalles para que él comprendiera cuánto le importaba el serbio.

—¿Quieres que la lea yo? —se ofreció James.

—No. Lo haré yo.

El chico extendió la mano y tomó la de su hermana.

—Recuerda que, pase lo que pase, yo siempre estaré aquí para lo que necesites.

Hattie lo besó en la mejilla y no se demoró más. Leyó en voz alta.

Querida Inglesa:

Esta vez, no me cuesta decirte que tenías razón, y que el gran necio y equivocado siempre fui yo; un estúpido sin fe ni esperanza. Darko está vivo. Me gustaría contarte que ha regresado con nosotros, pero no es así. Sabemos, sin embargo, que fue hecho prisionero por las fuerzas austro húngaras.

Siento mucho haber dudado de ti, mi comportamiento fue el resultado de la pena y el miedo por creer que había perdido a mi mejor amigo. Espero que sepas disculparme.

Estoy seguro de que esta noticia, además de llenarte de felicidad, también puede angustiarte, pero confiemos en que el enemigo respete las Convenciones de la Haya donde se estipula que los retenidos tienen que ser tratados con humanidad. Según la Agencia Internacional para los Prisioneros de Guerra, se encuentra en un campo alemán, y ya hay delegados de la Cruz Roja que están hablando con los presos e intentan ponerlos en contacto con sus familias. En Macedonia, se rumorea que los utilizan como mano de obra, pero por eso no debes preocuparte, ya que Darko es fuerte y saldrá de esta situación. Todos los gobiernos se han comprometido a dar alimentos, alojamiento y vestuario a sus cautivos, confía en que así será. Te volveré a escribir nada más tengamos nuevas noticias, pero creí que te gustaría saber que nuestro Darko sigue vivito y coleando.

Vuelve pronto, Inglesa, aquí nada es igual sin ti.

Andrej Tomic.

Hattie, que tuvo el corazón encogido durante la lectura, se echó a llorar incontrolablemente. James la miró, atónito, nunca había visto a su hermana demostrar tanto derroche de emoción y comprendió cuánto amaba a Darko. El muchacho abrazó a Hattie con fuerza y le acarició el pelo corto y, por un segundo, echó de menos su melena salvaje y rizada perdida a causa de la guerra.

—Bueno, tu amigo está vivo. Deja de llorar, es una gran noticia.

—¿Qué crees que le ocurrirá? —preguntó Hattie, aliviada, pero sin poder dejar de sollozar. Había soportado muchos meses de tensión sin que nadie la informara sobre lo que le había ocurrido a Darko, y ahora con las nuevas noticias se sentía nerviosa, ilusionada y feliz.

—Lo más probable es que lo obliguen a hacer trabajos forzados.

Hattie apoyó la cabeza en el hombro de su hermano.

—¿Crees que sus captores lo tratarán con dignidad?

—Eso espero.

—Esperas, pero no lo crees, ¿verdad?

—Tú eres soldado, como yo, no creo que lo traten entre algodones. Este tema es complicado. Esta guerra ha provocado que se detengan a muchas personas simultáneamente. Es un gran problema porque los países que retienen a los prisioneros no saben muy bien qué hacer con ellos, y los que tienen a sus soldados retenidos fuera de sus fronteras se enfrentan a la opinión pública, que quiere saber qué ha pasado con sus familiares. En mi opinión, esta es una de las razones de que la guerra se alargue tanto. En realidad, no creo que ni nosotros ni ningún otro país estemos preparados para cuidar a la cantidad de personas que están detenidas. No hay suficiente comida para la población civil, imagínate para los prisioneros.

—Debe de ser horrible sentirse olvidados por todos en esos campos de trabajo a expensas de lo que quieran hacer contigo, sin control sobre tu propia vida.

—Nosotros también capturamos a alemanes mientras estuvimos en Francia. Estaban más asustados que nosotros sin saber si, en cualquier momento, les volaríamos la tapa de los sesos. No debe ser fácil estar detenido en contra de tu voluntad. Muchos de esos soldados que apresamos cayeron en una profunda depresión, se les podía ver en los ojos. Extrañaban a sus familias, sus casas, y nosotros, los captores, también sentíamos lo mismo. Todo en esta guerra ha sido una locura.

Hattie apoyó los codos en la mesa de mantel blanco y dejó caer la cabeza sobre sus manos.

—El trayecto hasta llegar al campo de prisioneros debió de ser horrible —dijo la chica con voz entrecortada—. Imagino que si los han paseado a través de las ciudades enemigas, la población civil los habrá insultado o escupido, observado como a diablos que luchan contra sus hijos.

—Puede ser, Hattie, pero no lo sabes, así que no debes atormentarte con esa idea.

Como te decía, los Estados han acordado medidas de reciprocidad para sus prisioneros, han firmado acuerdos para mantener unas mínimas condiciones de vida para esos soldados. Tal vez, Darko haya tenido suerte. Seguro que estará bien —afirmó James para animarla.

—Sí, eso espero —agregó la chica con una sonrisa—, pero… me gustaría poder hacer algo más por él. Me siento tan impotente.

—¿Por qué no te pones en contacto con el CICR?

—¿Qué es eso?

—El Comité Internacional de la Cruz Roja. Si hay alguna institución que está jugando un papel definitivo en la ayuda a los soldados prisioneros son ellos. He oído que van a los campos a visitarlos e informan a los familiares sobre el estado de los hombres.

—¡Qué fantástica idea! —dijo Hattie, entusiasmada—. Eso será lo primero que haga. —Su hermano consiguió darle un poco de esperanzas—. Pero no quiero volver a engañarte, James. Tú ya estás mejor, tienes a Emily, y Darko está en peligro. Tengo que viajar para encontrarlo yo…

—Tú volverás a Serbia o irás a la misma Alemania donde está detenido si hace falta, ¿estoy

en lo cierto?

Hattie lo miró con cariño y los ojos aguados. Quería profundamente a su hermano y nunca lo abandonaría si estuviera solo, pero presentía que ahora Darko la necesitaba más que James, lo amaba y no quería arriesgarse a perderlo sin haber hecho todo lo que estuviese en su mano por ayudarlo.

—Efectivamente, pero primero hablaré con el Comité e intentaré buscar información acerca de dónde lo tienen retenido. Cuando tenga recopilado todos los datos necesarios, me iré.

—No esperaba menos de ti. Si no lo hicieras, me defraudarías.

La joven se abrazó a su hermano y le dio gracias al cielo de que la guerra no se lo hubiera arrebatado para siempre.

—Gracias. Eso era lo que necesitaba oír. Te quiero, James.

—Y yo a ti, hermanita. Y yo a ti.

35 LA VISITA

1917

Cora consiguió trabajo en la mayor fábrica textil de Accrington. La mano de obra era escasa, y las industrias que habían hecho negocios con el gobierno necesitaban desesperadamente trabajadores que sacaran adelante su producción. La manufacturera se había beneficiado de la guerra al negociar a buen precio la producción de uniformes para los soldados, y Cora no tuvo ningún problema en ser contratada. Sabía coser y entendía de tejidos, pero el manejo de la maquinaria tuvo que aprenderlo sobre la marcha.

Emily hablaba en serio cuando amenazó a Cora al decirle que intervendría para que la echaran de la fábrica de municiones, y el señor Newman, harto de las ausencias de la joven y la mala integración con sus compañeras, decidió prescindir de ella sin más preámbulos, una vez que Emily habló mal de ella a su jefe.

Después de la visita a James, y la ruptura de su compromiso, Cora no perdió el tiempo, decepcionada por el nuevo aspecto de su novio, volvió a Accrington y abandonó la casa de Emily. Con el dinero que había conseguido sonsacarle a los Montgomery, pudo registrarse en una pensión cerca de la estación del ferrocarril. Las industrias que se habían creado en la ciudad a raíz de la guerra propiciaron la llegada de viajeros y nuevos hostales y hoteles aparecieron para satisfacer tanta demanda. Cora sabía que el dinero no le duraría mucho, por lo que tenía que maquinar un plan para encontrar otro alojamiento lo antes posible. Su situación era desesperada y no le quedaban muchos amigos a los que recurrir después de que se corriera la voz de su comportamiento con James. Se sentía sola y preocupada por su futuro, pero lo cierto era que no estaba en su carácter acobardarse y se animó a sí misma diciéndose que ya se le ocurriría algo para salir adelante.

Ese domingo lluvioso, la muchacha llegó empapada a la puerta del hostal; de su flequillo chorreaban gotas que se le metieron en los ojos y su abrigo de paño, mojado, se podía exprimir.

—Buenas tardes, señora Taylor —saludó, sacudiendo los zapatos en el felpudo—. Hace un tiempo horrible. ¿Aún le queda algo de su estupendo té? Me vendría bien una taza.

La mujer la miró con cara neutra, conocía los rumores que corrían en la ciudad sobre Cora, y no le gustaba tenerla en su casa que, según ella, era un lugar decente, a pesar de acoger como huéspedes a individuos de sospechosa ralea. Sin embargo, como buena metodista, la señora Taylor no cerraba sus puertas a ningún necesitado, y menos si le pagaban por adelantado.

—Tiene una visita, señorita Holder.

—¿Una visita? —preguntó la chica, extrañada. No le había dado su nueva dirección a nadie y no podía imaginar quién querría buscarla.

—Está en el salón de té —sentenció la señora Taylor con un rictus de enojo—. Ya sabe que en esta casa no permitimos visitas después de las seis de la tarde. Le queda poco más de media hora.

—Voy a cambiarme y lo recibiré enseguida, ¿sabe de quién se trata?

—Yo le agradecería que no se detenga en tonterías y hable lo antes posible con esa persona y, si es posible, fuera de mi casa.

Cora miró a la mujer con los ojos muy abiertos. ¿Qué quería decir con que hablara fuera de su casa?

—¿No pretenderá que vuelva a salir con la que está cayendo?

—¡Oh! Está bien —dijo la mujer, que hizo un gesto displicente con la mano—. Pero dese prisa y sea discreta.

Cora estaba confundida, se quitó el abrigo oscuro, se apartó el pelo de la cara y, con paso decidido, se dirigió al pequeño salón del hostal. La estancia era acogedora, un rinconcito de amplios ventanales y cortinas drapeadas que se llenaba de luz en los días soleados. Ese domingo, sin embargo, la impetuosa lluvia oscurecía los vidrios dejando la estancia en penumbras. Varias mesas redondas ocupaban la habitación con sus correspondientes sillas de madera con adornos de volutas y una alfombra turca, que había visto días mejores, le aportaban calidez. La muchacha no llegó a entrar cuando se quedó parada bajo el marco de la puerta con una actitud desafiante. El hombre estaba sentado, distraído, hacía tiempo que no lo veía, pero seguía siendo el mismo sinvergüenza bien parecido de siempre. Una punzada de anhelo se le clavó en el estómago y palideció de la conmoción, estuvo tentada de volver por donde había venido, pero cambió de opinión y se adentró en la sala.

—¿Qué haces tú aquí? —declaró de malos modos sorprendiendo a su visitante, que se giró para mirarla con cara de satisfacción.

—¿Es así como piensas recibirme?

—¿Y qué esperabas?, ¿que me lanzara a tus brazos?

Philip Montgomery obvió el sarcasmo y le dedicó una amplia sonrisa que a Cora le pareció maravillosa. Era un hombre extremadamente atractivo, vestía de manera impecable y sus ojos azules no habían perdido ni pizca de su brillo juvenil. La chica, a falta de afecto e intrigada por lo que Philip tuviera que contarle, decidió escucharlo.

Cora sabía que el capitán ya no era un hombre casado. Su matrimonio duró tan poco que no se habría dado cuenta de que había tenido una esposa si no hubiera sido por los problemas que Sophie y los Flynn le causaron. Desde su divorcio, todo se había torcido. Su madre no le dirigía la palabra porque lo consideraba el culpable de los males de su familia, actitud que Philip consideró muy injusta, ya que él nunca quiso formar parte de ese matrimonio fraudulento que Martha le había organizado. El capitán pensaba que su madre debería de estar más enojada con su padre, que había derrochado el dinero aportado por los Flynn para pagar sus deudas de juego. La fábrica de la familia, al borde de la bancarrota, tuvo que quedarse en un segundo plano, ya que Albert consideró que salvar su vida era una prioridad más apremiante. Los matones de los tugurios a los que solía acudir para jugar lo tenían amenazado y tuvo que pagar lo que debía antes que atender a los salarios y necesidades de la empresa.

A Philip, al que sus padres le habían ocultado la verdadera precariedad financiera de la familia, le quedó claro que sin los Flynn no podrían mantenerse a flote mucho más tiempo. Todo hubiera resultado más fácil si la estúpida de Sophie hubiera mantenido la boca cerrada, pero, por el contrario, inició los trámites de divorcio acusándolo de maltrato y adulterio. En el fondo, tenía que admitir que se alegraba de deshacerse de una mujer que no soportaba y le avergonzaba lucir a su lado. En su opinión, él se merecía otra cosa.

Aún recibía su salario como capitán. Nadie pudo probar que la herida que recibió en el frente fue autoinfligida, por lo que el ejército tuvo que seguir manteniéndole la paga. A pesar de todo, estaba realmente disgustado con su situación y pensó que, tal vez, ya era hora de irse de Accrington y empezar de nuevo en otro lugar. Los rumores de su cobardía lo habían acompañado

desde que volvió y estaba harto de que lo miraran por encima del hombro soldados de rango inferior que, como él, también habían regresado a casa. Su vida se había vuelto tediosa y aburrida, ya nadie lo invitaba a fiestas ni a bailes, y sus salidas sociales habían mermado tanto que, a veces, se llevaba semanas encerrado en casa. Odiaba sentirse prisionero y, más aún, odiaba esa situación de ostracismo a la que las grandes fortunas de la ciudad lo habían arrastrado.

—Si te soy sincero, no sé qué esperaba —contestó Philip con un tono que a Cora le pareció de súplica—. Ven, siéntate a mi lado, me he tomado la libertad de pedirle a la señora Taylor que nos prepare dos tazas de té. Aún están calientes.

No estaba seguro de cómo la chica lo recibiría, ya que no terminaron en buenos términos. Sin embargo, Cora era la única mujer que lo entendía y, aunque seguía sin estar enamorado de ella, la echaba de menos. Por las noches, solía soñar con sus curvas sinuosas, con sus pechos redondos y grandes y con su melena rojiza que le caía con fiereza sobre sus hombros desnudos. Extrañaba su cuerpo y su brío, su pasión y su arrebato. No tenía dudas de que la chica lo amaba y creía poder embaucarla de nuevo, por lo que resolvió enfrentarse a ella antes de darla por perdida completamente. Antes de visitarla, dedicó varios días a investigar dónde trabajaba, cuáles eran sus costumbres y dónde se encontraba su nuevo domicilio, y dedujo que sería más fácil interceptarla en el hostal que en la calle a la salida de la fábrica. Cora era temperamental y deslenguada, y estaba seguro de que no tendría ningún reparo en montarle un escándalo si le apetecía; sin embargo, dentro de la pensión, se controlaría por miedo a que la echaran, por lo que decidió que esa era su mejor opción.

—¿Cómo se te ha ocurrido pensar que podríamos hablar tomando un té como si nada hubiera pasado?

Cora levantó la voz, y la señora Taylor asomó la cabeza por la puerta del salón. La mujer puso sus anteojos al filo de su nariz respingona y los miró con desdén, pero se abstuvo de decir nada.

—Baja la voz si no quieres que esa bruja nos eche de aquí —dijo el capitán con una actitud de conciliación.

Cora tenía la cara encendida y los ojos guiñados llenos de rabia. Sabía que Philip tenía razón, a la señora Taylor le encantaría encontrar una excusa para poder echarla, y eso solo le haría un flaco favor. Con la rabia contenida, exacerbada por un sentimiento de indignación, se sentó a la mesa que tenía las dos tazas de té y un plato de pastas.

—¿Qué quieres? —espetó en voz baja.

—Nada, solo verte de nuevo. Te he echado de menos.

—No quisiste verme cuando te escribí para decirte que estaba embarazada, y cuando accediste a casarte con Sophie, ni te dignaste a darme una explicación. Has sido un cobarde y no quiero que vuelvas a molestarme jamás.

A pesar de que las palabras de Cora eran contundentes, a Philip le dio la impresión de que estaba a punto de echarse a llorar y subió imperceptiblemente la comisura de los labios con aire de triunfo.

—No tuve elección —agregó, sabiendo que eso no era totalmente cierto. Era verdad que no eligió a Sophie, pero tampoco se hubiera comprometido con Cora a pesar de su embarazo.

—Pero podrías haber actuado de otra forma. Comportarte como un caballero, aunque después de lo que has hecho en la guerra, ya veo que esa palabra te viene grande.

A Philip le molestó el comentario. Ya había soportado suficiente desprecio de sus vecinos, amigos y conocidos como para también aguantar esa altanería de una simple sirvienta. Su

expresión se volvió airada.

—No he venido aquí para que me insultes.

—Pues, entonces, ¿a qué has venido? ¿Qué quieres de mí?

—Vengo a proponerte algo.

Cora lo miró con displicencia y se levantó de la silla sin haber probado el té.

—Te lo hubieras pensado antes, ahora no tienes derecho a proponerme nada.

La muchacha se echó el pelo hacia atrás con un gesto encantador que encendió a Philip, se dio la vuelta y se dirigió a la puerta, dejándolo con la palabra en la boca.

—Espera, Cora. Hablo en serio. Si sabes lo que hice en el frente, también sabrás que me he divorciado de Sophie. Ese matrimonio siempre fue idea de mi madre, y tú lo sabes.

—Sí, pero fuiste tú el que te comportaste mal conmigo, el que no contestó a mis cartas, el que no vino a buscarme cuando la señora Montgomery me echó de su casa. —Philip detectó un leve temblor en la barbilla de Cora y supo que le estaba comiendo terreno. Tenía que seguir por ese camino si quería convencerla.

—Lo sé y lo siento —mintió con voz trémula—, por eso estoy aquí. He pensado mucho en ti, te amo y te he echado mucho de menos. Siento no haber estado a la altura y no haberme impuesto a mi madre. Nunca debí abandonarte. ¿Podrás perdonarme?

Cora no esperaba una declaración de amor, y realizó un gran esfuerzo por mantenerse impasible. Siempre estuvo enamorada de Philip y su desprecio empezaba a resquebrajarse.

—Verás —empezó a decir el capitán—, ya no me ata nada a Accrington. Mi reputación está destruida y mis padres arruinados. Tenemos familia en Londres, tendrán que vivir de su caridad hasta que se repongan económicamente. Yo no quiero saber más de ellos, estoy harto de que me manipulen y he decidido vivir mi vida por separado.

Cora lo miró extrañada, no sabía si Philip le decía la verdad, pero deseaba que así fuera. Su situación no era mucho mejor que la del capitán, y siempre quiso que él formara parte de su vida. Desde la ruptura de su compromiso con James, muchos la habían insultado por la calle por abandonar a un héroe de guerra herido. Perdió su trabajo en la fábrica de municiones, con el que ganaba un sueldo mejor que en la factoría textil, y casi no le quedaban amigos. Philip la hizo sufrir, no podía olvidar que casi perdió la vida con el aborto que tuvo que provocarse para deshacerse de su hijo, pero, quizá, pensó, podía escucharlo e incluso darle una oportunidad. Se sentía muy sola, y la única verdad era que siempre había amado al capitán, todo lo demás siempre fue una cortina de humo, un segundo plan. Ahora Philip volvía a ella suplicante, y no se veía con fuerzas como para rechazarlo.

—He pensado en irme a Aldershot, está lo suficientemente lejos de Accrington como para que no me conozca nadie. Allí podré empezar una nueva vida y gozar del reconocimiento que le conceden a los excombatientes y heridos en combate. En Aldershot me tratarán como un héroe de guerra y podré volver a gozar de mi estatus social. ¿Qué me dices, Cora?

—¿Qué te digo a qué?

La chica seguía enfadada, pero se la notaba más relajada, estaba bajando sus defensas, y eso animó a Philip a seguir hablando.

—¿Vendrías conmigo? Tengo un amigo del ejército que necesita a alguien capacitado que lleve sus negocios. Paga bien, y sería un trabajo interesante para comenzar de nuevo, lejos de esta ciudad llena de víboras. Por fin, podríamos estar juntos. Nadie tendría que enterarse de que fuiste doncella en mi casa. No estaríamos muy lejos de Londres y, quién sabe si, con el tiempo,

podríamos instalarnos en la capital. Te ofrezco una vida juntos, Cora, ¿no es eso lo que siempre habías deseado?

La joven volvió a sentarse. Estaba muy bella con un vestido azul pálido que favorecía sus facciones y realzaba su figura. Bajó la cabeza y hundió la mirada en el té ya frío. Philip aprovechó para acercarse a ella y acariciarle la mejilla con el dorso de la mano.

—De veras que siento todo lo que has tenido que pasar. He sido un necio y te prometo que no volverá a ocurrir.

—Y que lo digas —masculló, ofendida—. ¿Sabes que he estado a punto de morir por deshacerme de tu hijo?

Philip fingió ternura y la abrazó rodeándola con los dos brazos.

—Lo siento mucho, mi pequeña Cora, pero, si me das otra oportunidad, no te abandonaré jamás. Podríamos casarnos.

La chica se removió inquieta en la silla brocada y se deshizo del abrazo del capitán. Se sentía dividida, su cerebro le gritaba que Philip Montgomery era un embaucador y un embustero, y su corazón se desgañitaba por convencerla para que se rindiera a sus abrazos.

—Suéltame, la señora Taylor estará vigilándonos y, si nos ve en actitud comprometida, me pedirá que me marche.

—No te hace falta esa pécora —insistió Philip, que se acercó más a ella y la besó en el cuello.

Cora tuvo solo unos segundos para sopesar su situación y, rendida, giró la cabeza para encontrarse con la boca húmeda del capitán. Al principio, el hombre rozó sus labios con delicadeza y luego los besó con rabia, dejándose llevar por las ganas contenidas. Cora empujó a Philip que, enardecido, no podía apartar las manos de su joven cuerpo y volteó la cabeza para ver si la dueña del hostal los espiaba.

—¿Crees que podremos subir a tu cuarto?

—Solo si distraemos a la señora Taylor.

—Intentémoslo.

La mujer, que estaba en la cocina, se quedó más tranquila cuando oyó al capitán despedirse de Cora con un simple hasta luego, y el portazo le aseguró que el hombre se había marchado. No le gustaban las visitas en su casa y, como se acercaba la hora de la cena, siguió con sus tareas sin pensar más en el joven Montgomery.

Mientras tanto, los enamorados, entre risas apagadas, subieron a la habitación de Cora cogidos de la mano.

36 FUTURO

1917

Desde el primer momento, para Stuart Flynn fue evidente que el fuego de su fábrica había sido provocado, aunque no se pudo determinar con seguridad. Los bomberos de Accrington, alertados por Steven Lambert, no tardaron en acudir y, a pesar de que sus mangueras demostraron no tener suficiente potencia, pudieron hacerse con la situación en cuestión de horas, gracias, también, a la lluvia de aquella noche que, sin duda, contribuyó positivamente a la extinción del incendio. Los daños resultaron no ser tan graves como habían pensado, más bien estructurales, afectando a algunas partes del edificio que fueron fácilmente reparadas; por lo que los trabajadores pudieron volver a la producción solo unas semanas después de que se hubiera declarado la tragedia.

Stuart no tenía ninguna duda de que los Montgomery estaban detrás de todo aquello, pero carecía de pruebas que los implicase. Algunos amigos del señor Flynn, y dueños de otras fábricas de la ciudad, atribuyeron la desgracia a una colilla mal apagada de algún trabajador olvidadizo. Los empleados, por su parte, creían que el fuego podía haberse debido a una chispa en una de las máquinas. Sin embargo, ninguna de esas posibilidades hizo a Stuart cambiar de opinión y siguió pensando que el fuego no fue fortuito.

Gracias a Dios, las llamas no se propagaron de manera alocada convirtiendo la fábrica en una ratonera para los empleados. El señor Flynn era un hombre honrado, y su empresa gozaba de mangueras, escaleras, puertas de evacuación y alarma contra incendio, elementos que demostraron ser de máxima utilidad en un momento tan delicado como el que habían vivido. Además, el siniestro se inició el domingo por la tarde, cuando la mayoría de la plantilla gozaba de tiempo libre, un hecho que contribuyó a que no se produjeran víctimas mortales.

Stuart siempre siguió a rajatabla las normas que regían la seguridad en el trabajo. Tenía la conciencia tranquila y estaba seguro de que el desencadenante de la catástrofe no había sido el resultado de ninguna práctica laboral abusiva; ni de un mal funcionamiento de ninguna de sus máquinas, que cada año pasaban por un proceso minucioso de mantenimiento e inspección, por lo que no estaba preocupado por tener que enfrentarse a ningún juicio por faltar a los derechos de los trabajadores. Sin embargo, lo que lo corroía por dentro era el no poder probar que alguien sin escrúpulos había incendiado su fábrica.

—Estoy seguro de que han sido los Montgomery —le había explicado a Larisa—, Philip o su madre. No creo que el padre estuviera lo suficientemente sobrio como para diseñar un plan de tal magnitud.

—No empecemos, Stuart. No sabes si eso es así.

—Efectivamente, y no puedo atestiguarlo, pero voy a hacer algo mejor.

El señor y la señora Flynn conversaban mientras daban su paseo diario por el bosque de Blackburnshire, conocido por sus grandes alcornocales que llenaban de sombra los caminos llenos de guijarros.

—¿Qué quieres decir con algo mejor? No quiero más problemas. ¿No has tenido suficiente con el divorcio de Sophie?

—Es precisamente ese maldito divorcio y el daño que le han hecho a nuestra hija lo que me molesta —dijo con un fuerte sentimiento de agravio.

—No, Stuart, Sophie está bien. Philip no era el amor de su vida, y aunque ha pasado unos meses horribles, se ha repuesto. Eres tú el que parece no poder superarlo. Olvida ya a los Montgomery, y prosigamos con nuestras vidas.

—Ahora no, Larisa, lo siento. Atentaron contra nuestra fábrica, y eso no puedo dejarlo pasar. He hablado con el abogado de los Montgomery para hacerles una oferta secreta por su fábrica. Es la única condición que he puesto, no deben saber quién es el comprador.

—¿No decías que era un negocio en bancarrota y que no debíamos adquirirlo?

—Sí, pero les he hecho una oferta ridícula que tendrán que aceptar. Nadie les comprará la fábrica, ya sabes lo que opinan de ellos en Accrington. Me gustaría verlos en la cárcel por lo que han hecho. Como eso no será posible, me aprovecharé de su situación de precariedad monetaria.

—Odio tu lado vengativo —dijo Larisa.

—A mí tampoco me gusta que te muestres tan sumisa. Ha sido una suerte que no perdiéramos nuestra fábrica, y solo fue porque la lluvia jugó a nuestro favor. La policía no quiso escucharme y ni se molestó en investigar que el fuego pudiera haber sido provocado. Creo que estoy en mi derecho de sacar partido con la compra de su empresa. El precio que pague será tan ridículo que será un negocio ventajoso, ya que me quedaré con sus maquinarias y ampliaré nuestra empresa.

—Está bien, haz lo que quieras —agregó Larisa de mal humor—, pero una vez que hayas cerrado el trato, no quiero volver a saber nada más de Philip ni de su familia, ¿entendido?

—Entendido —afirmó Stuart, satisfecho con su plan, y cambió de tema para no enojar más a su esposa.

Desde la noche del incendio, Steven Lambert acudía a casa de los Flynn con más frecuencia. No era un desconocido en sus vidas, ya que, como mano derecha de Stuart, los había visitado con mucha asiduidad y era considerado como parte de la familia. Su interés por Sophie era evidente para Larisa, que veía con buenos ojos a ese muchacho apuesto para su hija y no perdió la ocasión para invitarlo a cenar más seguido con la excusa de agradecerle lo mucho que los había ayudado la noche del incendio. Conocía a Sophie y sabía que ella también disfrutaba de la compañía de Steven, así que un pequeño empujón por su parte no podía venirles mal para que iniciaran una relación.

Esa noche la cena se sirvió a las seis en punto en el salón de la casa solariega de los Flynn en una de las calles más céntricas de la ciudad. Steven asistió solo, era un joven bien parecido, de pelo moreno y lacio peinado hacia atrás. Era poseedor de una sonrisa blanca de dientes bien alineados, y sus ojos oscuros enmarcados por pestañas pobladas tenían una mirada tierna y bondadosa. Hortensia le cogió el sombrero y lo hizo pasar a la biblioteca, donde los Flynn, Sophie y el matrimonio Penn lo esperaban con copas en la mano.

—Bienvenido, mi querido Steven —dijo Larisa mientras se acercaba a él tendiéndole la mano enguantada—. Aquí tenemos al héroe de nuestra familia —les explicó a los Penn, que le devolvieron una sonrisa amable de cortesía—. Si no hubiera sido por Steven, tal vez, en estos momentos no gozaríamos de nuestra fábrica, y quién sabe si tendríamos que lamentar alguna desgracia personal.

El muchacho bajó la cabeza, avergonzado, y Sophie se colocó a su lado para protegerlo de las palabras de su madre que lo sonrojaban.

—Vamos, mamá —agregó—. ¿No será mejor que vayamos a cenar?

—Por supuesto, solo estaba dándole a Steven el reconocimiento que se merece.

—¿Habéis oído que han fusilado a Mata Hari en Francia? —añadió Sophie para desviar la conversación al mismo tiempo que le hacía un guiño a Steven, que se mordió el labio para evitar la risa.

—¡Sí! —exclamó la señora Penn—. Probablemente esa espía glamurosa ha obtenido lo que se merecía.

—Tonterías —dijo Sophie—. Yo no creo que esa pobre mujer fuera una espía.

—¿Sabéis que se casó con un capitán del ejército de las Indias Orientales Neerlandesas y vivió en Java? Sospechoso, ¿no?

—¿Por qué algo así tendría que ser sospechoso, señora Penn? Parece que el hombre fue un maltratador, y ese matrimonio fue un completo fracaso. Pienso que Margaretha, como en realidad se llamaba, tuvo que sobrevivir como pudo, por eso creó su personaje de Mata Hari y se convirtió en bailarina exótica.

—Pero era una mujer demasiado atrevida, ¿no les parece? —insistió la señora Penn.

Sophie abrió la boca para hablar de nuevo, y su madre la interrumpió antes de que llegara el agua al río.

—Bueno, nadie sabe a ciencia cierta si era o no espía. Lo que sí parece es que era una buena artista, aunque, como usted dice, señora Penn, ligera de ropa.

—Lo que sí es cierto —intervino Stuat— es que esa mujer estaba muy bien relacionada con personajes ricos y poderosos.

—No tenemos que dar tanta credibilidad a los periódicos, papá —insistió Sophie—. También dicen que Georges Ladoux, jefe del servicio de inteligencia francés, la arrestó porque creía que era una agente doble, y eso no se ha probado.

—Bueno, es una pena que esa mujer haya muerto si no era culpable, pero tampoco se ha demostrado lo contrario.

—Pues yo creo que ha sido una cabeza de turco. Esos franceses no están haciendo una buena guerra, tienen graves pérdidas, y probablemente hayan decidido acusar a alguien para obtener una excusa de por qué les va tan mal.

Larisa miró a su hija angustiada. La señora Penn se estaba poniendo tensa, y no quería que Sophie arruinara la velada.

—La cena está servida —dijo Hortensia, y Larisa respiró aliviada.

—¡Oh, magnífico!

La mujer cogió del brazo al señor Penn y le hizo señas a su marido para que hiciera lo propio con la señora.

—Vayamos pues.

Sophie se quedó retrasada, y Steven le ofreció su brazo, al que se entrelazó encantada.

—Siento mucho lo de antes —susurró al oído del muchacho—. Mi madre puede ser muy insistente. No le prestes mucha atención, solo está agradecida por lo que has hecho por nosotros.

Sophie estaba especialmente guapa esa noche. Había elegido un vestido rojo guinda sin mangas y de escote de pico que hacía resaltar la blancura de su piel. Complementó el conjunto con unos guantes hasta el codo de un color gris suave y un pequeño tocado en forma de hoja que se puso al lado izquierdo de su pelo recogido. Steven no podía apartar la vista de ella, y la muchacha sintió su mirada de admiración clavada en su rostro.

—Vas a hacer que mis mejillas se pongan coloradas —masculló sin mirarlo.

—Lo siento —balbució el muchacho, aturullándose con las palabras y moviendo la cabeza

hacia el frente—. Esta noche estás preciosa, si me permites decírtelo.

Sophie le apretó el brazo, divertida, y subió la comisura de sus labios, que había pintado con carmín rojo, en una sonrisa pícara.

—Claro que te lo permito. A todas las mujeres nos gusta un cumplido.

Steven la miró satisfecho, se encaminó del brazo de la chica hacia la mesa, apartó la silla para que se sentara e iniciaron una magnífica y amena cena que duró un par de horas.

Después de los postres, Stuart invitó a los hombres a que lo siguieran a la biblioteca para ofrecerles un coñac y unos puros que acababa de conseguir de Cuba. Sin embargo, Steven se excusó y pidió permiso para dar un paseo con Sophie por el jardín. Estaba mucho más interesado en la muchacha que en lo que su jefe y el señor Penn pudieran debatir acerca de sus negocios o del giro ocurrido en la guerra desde la llegada de los americanos.

—Por supuesto que podéis ir a dar un paseo… Si a Sophie le apetece, claro —rezongó Larisa, que miró a su esposo para pedirle su permiso.

—Claro, claro, vayan —agregó Stuart.

Sophie cogió un chal para protegerse de la humedad nocturna del mismo tono rojo oscuro que su vestido, y Steven pensó que estaba particularmente atractiva. Llevaban años siendo amigos, aunque él siempre sintió mucho más que amistad hacia ella. A pesar de todo, nunca se atrevió a declararle su amor porque, aunque estaba muy bien visto a ojos de los señores Flynn y era la mano derecha de Stuart en el negocio, seguía siendo su empleado y sabían que el matrimonio esperaba otro tipo de hombre para su única hija. Sin embargo, después del casamiento fallido de Sophie y una mayor receptividad por parte de la familia hacia su persona, se prometió no dejar pasar la ocasión para hablar de su amor con la muchacha.

Esas últimas semanas habían tenido la oportunidad de conocerse mejor. Steven asistió a innumerables cenas invitado por Larisa, y los chicos habían tenido la ocasión de hablar en profundidad acerca de sus vidas y sentimientos. Sophie se descubrió a sí misma entusiasmada en la presencia de Steven y deseaba que llegaran las noches en las que el muchacho los visitaba para disfrutar de su compañía. Steven era un buen conversador, al igual que ella, y las horas se le hacían cortas a su lado. Por su parte, el muchacho vivía un sueño. Antes del compromiso de Sophie con Philip Montgomery, pensaba que conquistarla era una tarea difícil, pero cuando la chica anunció que se casaba, perdió toda esperanza y sufrió una gran desilusión. Sin embargo, tras su divorcio, Steven volvió a ver la luz y no estaba dispuesto a que Sophie se le escapara de nuevo.

Esa noche la temperatura era suave, y una leve brisa levantó las puntas del chal rojo de la joven, que se lo echó al cuello para protegerse del frío.

—Sophie, yo…, a mí…, me gustaría hablarte.

La chica miró a Steven enternecida, era evidente que le costaba encontrar las palabras adecuadas para dirigirse a ella.

—Te escucho —dijo Sophie, que enlazó su brazo alrededor del de él mientras caminaban.

—¿Crees que alguna vez volverás a enamorarte? —preguntó el joven de sopetón.

La muchacha lo pensó un momento clavando su mirada en el suelo de grama del jardín.

—Me gustaría pensar que sí. No quiero que un matrimonio fracasado represente todo mi futuro y, desde luego, deseo encontrar a otra persona con quien compartir mi vida.

Steven se animó de inmediato. Iba vestido con un esmoquin negro que le sentaba muy bien y se restregó las manos en los pantalones para secarse el sudor que la situación le provocaba.

—¿Y te has planteado quién podría ser esa otra persona?

Sophie se paró justo enfrente de él, sus ojos claros se fijaron en los oscuros del muchacho, que se movían intermitentemente del suelo a los de la chica. Steven cambiaba su peso de un pie al otro sin saber muy bien cómo actuar y se llevó el puño a la boca mientras esperaba su respuesta.

—¿Por qué me haces todas estas preguntas?

—Porque he pensado que si tú estás de acuerdo, podríamos casarnos.

Sophie se quedó perpleja. Habían pasado solo unos meses desde que su primer matrimonio hubiese terminado en un completo fiasco y, a pesar de que estaba ilusionada con Steven, no estaba dispuesta a volver a casarse tan pronto. La chica pensó un momento en la proposición del muchacho, que aguardó con paciencia a su reacción.

—Te propongo algo —dijo Sophie que, para alivio de Steven, no le dio una rotunda negativa —. ¿Qué te parece si nos olvidamos de una boda por el momento y nos concentramos en conocernos mejor?

—Te he querido siempre, Sophie, y no quiero perderte de nuevo.

—¿Cómo es que nunca me dijiste nada? Pensé que teníamos una bonita amistad, pero nada más.

—No creí que tu padre me aceptara para ti. Tuve miedo o, quizá, fui un cobarde, como quieras llamarlo. El caso es que no me atreví, pero he estado todos estos años enamorado de ti. ¿Qué sientes tú?

Sophie lo volvió a tomar de la mano y lo miró con dulzura.

—Me gustas, Steven, me gustas mucho, y yo tampoco quisiera perderte. Pero ¿crees que podrías esperar y posponer la idea de una boda por el momento? Después de lo que he vivido, necesito tiempo. Espero que lo comprendas.

Steven no estaba seguro de que Sophie aceptara su propuesta, por lo que aquella respuesta era suficiente para él. Se le iluminó la cara y pensó que esa era la mejor noche de su vida. Con el ánimo más envalentonado, se acercó a la muchacha, que lo recibió con los brazos abiertos, y la besó con ternura saboreando su boca de labios finos. Sophie se llenó de una oleada de amor muy diferente a la que sintió por Philip y adivinó que al lado de Steven podría encontrar su verdadero hogar.

—¿Crees que tu padre estará de acuerdo con que tengamos una relación?

—Eso déjamelo a mí —afirmó Sophie, que se acercó al muchacho y con ansias lo besó de nuevo.

37 EMPEZAR DE NUEVO

1918

James y Emily tomaron el tren para Londres para hacer la última visita al capitán Derwent Wood. Ese martes era un día importante, James se probaría su máscara definitiva y saldría con ella a la calle por primera vez. No pudo dormir en toda la noche, ¿y si toda aquella locura de la máscara resultaba en un completo fiasco? Desde que lo hirieron, no se sentía seguro con su aspecto y odiaba las miradas de asco y sorpresa que la mayoría de la gente le dedicaba cuando se cruzaba con él, aunque las soportaba mejor que el sentimiento de pena que levantaba en algunas personas. A pesar de que sus heridas habían cicatrizado bien, su rostro deforme lo hacía sentirse temeroso y vacilante y solo el amor de Emily lo llenaba de alegría y le pintaba un futuro lleno de esperanzas.

Esa mañana, el joven salió de su casa con un abrigo oscuro con el cuello levantado y un sombrero con un ala más ancha de lo habitual, su rostro medio escondido pasó desapercibido en el tren y se sintió aliviado de no tener que volver la cabeza o dar explicaciones a los que osaban preguntarle. Emily le sujetó la mano con fuerza y le susurró al oído que todo saldría bien, y James se sintió agradecido de tenerla a su lado. Llegaron al Tercer Hospital Central por la mañana, el capitán Wood los esperaba entusiasmado, y el doctor Gillies reservó hueco en su agenda para no perderse el gran acontecimiento. Había tratado a James casi desde el principio y lo tenía en gran estima; no todos los soldados se adaptaban a sus nuevas prótesis faciales, y deseaba de corazón que el chico no fuera uno de ellos. La última vez que el joven se probó la máscara aún no estaba terminada, ni siquiera lucía pintada, y Wood prometió hacerle unos arreglos necesarios para que se adaptara mejor a su rostro. Esa mañana, en la oficina del escultor, a James le sudaban las manos y abrió y cerró los puños inconscientemente para tratar de calmarse.

—¿Estás preparado, soldado? —preguntó Wood, orgulloso de su trabajo.

—Sí, señor.

—Pues, primero, déjame que te muestre tu máscara.

Con sumo cuidado, el hombre sacó de un cajón un bulto envuelto en gasas que abrió delante de James.

—He aquí tu nuevo rostro, ¿a ver qué te parece? —Cuando el artista apartó el vendaje y dejó al descubierto la prótesis, Emily dejó escapar un suspiro de emoción, y James carraspeó para que las lágrimas no rodaran por su rostro desfigurado.

—¿Qué te parece?

El chico no podía hablar, y no era por la torpeza de su nueva voz grumosa; una avalancha de emociones arrasó su corazón helado y lo derritieron dejando que la luz y el calor volvieran a penetrar en él como antes de la guerra. La máscara reflejaba a la perfección su rostro perdido, y una oleada de sentimientos lo arrastró por completo. Se había echado tanto de menos a sí mismo que era un consuelo volver a encontrarse.

—Gracias —fue lo único que atinó a decir sin que se le quebrara la voz.

—Es usted un genio —intervino Emily—. Ha conseguido captar la expresión de James en su obra. ¿No estás de acuerdo? —prosiguió la muchacha, mirando al soldado con alegría.

—Ha hecho un trabajo excelente, capitán Wood, al mirar su máscara, es como si volviera a verme en un espejo. Siempre estaré en deuda con usted y el doctor Gillies. Ambos me han salvado y me han devuelto las ganas de vivir.

—Creo que esta señorita tiene mucho que ver con eso, ¿no cree usted? —masculló el médico, que miró a Emily con una sonrisa picarona.

La chica se sonrojó y le guiñó un ojo al médico llena de felicidad.

—Está bien, si me permite, deberíamos probarle la máscara —dijo Wood.

James cerró su único ojo y se dejó hacer. Le costaba respirar no porque la prótesis fuese incómoda, sino porque la turbación se apoderó de él. Eran muchas impresiones juntas. El escultor hizo algunos ajustes, se alejó de James, se puso una mano en la barbilla y guiñó los ojos para observarlo desde todos los ángulos.

—*Et voilà* —afirmó al fin.

—¡Oh! —Emily se echó a llorar—. Es simplemente maravillosa.

—Querido Wood —dijo Gillies—, como siempre, ha hecho usted un nuevo milagro.

—La verdad es que estoy muy satisfecho con este trabajo, pero es el paciente el que tiene que darme su más sincera opinión. —El escultor alargó un espejo de mano a James y contuvo la respiración hasta ver su reacción.

Con manos trémulas, el muchacho acercó el espejo a su rostro desfigurado y, por primera vez desde ese maldito julio de 1916, se reconoció de nuevo. La máscara no le cubría la cara completa, solo aquellas partes que estaban afectadas por la metralla, pero hacía una simbiosis perfecta con el resto de su rostro. James se llevó los dedos a la máscara y la estudió de cerca. Había recuperado sus labios carnosos y el agujero que aún existía en su nariz estaba cubierto con el metal que simulaba la que en otro tiempo había tenido. La careta seguía hacia arriba tapándole la cuenca vacía del ojo perdido y dándole un aspecto más simétrico y familiar. Extendió la mano que no sujetaba el espejo y, con su ya conocida voz densa, le pidió a Emily que se acercara a él.

—¿Qué te parece?

—Que no podrías estar más guapo.

James enterró la cabeza en su vientre, pero no lloró, se tragó las lágrimas, parpadeó con su único ojo sano y se recompuso.

—Vamos, vamos, hoy es un día alegre —dijo Gillies.

—¿Puedo asumir por su reacción que le ha gustado mi trabajo? —añadió Wood complacido.

—Puede apostar a que sí —afirmó James—. Muchas gracias, no sé qué hubiera sido de mí sin ninguno de ustedes tres.

Después de reacomodarle la careta un par de veces hasta conseguir que James se sintiera completamente cómodo; los chicos se despidieron del médico y el artista con la promesa de volver a visitarlos pronto y salieron del hospital exultantes. James se subió el cuello del abrigo y se colocó el sombrero para ocultar su rostro de nuevo; Emily lo detuvo en las escalinatas de la entrada sujetándole las manos.

—¿No crees que ya es hora de empezar a aceptarte tal y como eres? —La muchacha le puso el cuello del abrigo en su sitio y le pidió permiso para quitarle el sombrero, a lo que James accedió—. ¿Qué tal así?

El muchacho la agarró por la cintura y la abrazó con fuerza, necesitaría todavía un tiempo para sentirse completamente seguro y adaptarse a su nuevo aspecto, pero el coraje de Emily le

dio valor.

—Está bien, hoy es un buen momento para empezar.

Con el sombrero en la mano, ofreció su brazo a Emily, y juntos caminaron hasta la boca del metro, que los llevó de nuevo a la estación Victoria. Algunas personas lo miraron extrañadas, y para otras, su máscara pasó tan desapercibida que ni siquiera repararon en él, otorgándole a James una seguridad que creía haber perdido. Llegaron a la estación, y el chico se apercibió que estaban en el mismo andén en el que volvieron a verse después de que lo hirieran en la guerra.

—Aquí nos volvimos a encontrar —afirmó el joven sin soltar la mano de Emily—. Ese día yo no quería seguir viviendo, solo tú has hecho posible que hoy sea un hombre nuevo con un futuro por delante.

La muchacha, emocionada, lo besó en la mejilla que no había sido afectada por sus heridas.

—Tú también has puesto mucho de tu parte. Has sido muy valiente, soldado Knox.

James le pasó el dorso de la mano por la cara sonrosada y le dedicó una amplia sonrisa.

—Entenderé si me dices que no, pero no podría perdonarme el no intentarlo.

Emily se quedó perpleja mirando cómo se arrodillaba delante de ella.

—Mi querida señorita Benson, ¿me concedería el honor de convertirse en mi esposa? —James le ofreció un pequeño cofre de terciopelo rojo que abrió delante de ella con un elegante y fino anillo de plata. Emily le agradeció en silencio que no le hubiera ofrecido el mismo que le había entregado a Cora y extendió su dedo corazón para que se lo pusiera.

—¿Eso es un sí? —preguntó, nervioso.

—Pues claro, tonto; he soñado con este momento toda mi vida, ¿cómo podría negarme a convertirme en la señora de James Knox.

El muchacho le colocó el anillo que lucía precioso en la mano de Emily, la atrajo hacia él con dulzura y, subiéndose la máscara, la besó en los labios. Esa vez, James no pudo contener el llanto, y sus lágrimas se mezclaron con las de Emily, que sintió explotar su corazón de alegría al estrecharlo entre sus brazos.

38 LA GUERRA HA TERMINADO

1918

Charlie Drake salió del hospital de campaña donde se encontraba diagnosticado con fatiga de guerra tras unas semanas de descanso. Sin embargo, se negó a hablar con el doctor Hoover acerca de lo que le provocó esa locura temporal, ese secreto quiso guardárselo para sí mismo. A pesar de no estar completamente recuperado, lo incluyeron de nuevo en el batallón 11 East Lanchashires y participó en acciones ofensivas como la batalla de Arrás y La Becque, por lo que se vio obligado a lidiar de la mejor manera que supo con su enfermedad.

En marzo de 1918, el ejército alemán lanzó la Ofensiva de Primavera; desde que los rusos firmaron el tratado de Brest-Litovsk, liberados de tener que luchar en el frente oriental, se sentían invencibles y querían llegar triunfantes hasta París y derribar al gobierno francés. Sin embargo, no contaron con que los franceses y británicos resistían bien su empuje, y pronto el ejército germano se encontró al borde del colapso. Poco a poco, los alemanes se fueron quedando solos, ya que sus aliados capitularon y parte de su ejército y la marina se amotinaron, contrarios a que se continuara con una guerra inútil que solo extendía el sacrificio de vidas humanas.

Charlie estaba cansado. Hacía meses que se rumoreaba que la guerra estaba a punto de finalizar, aunque él no las tenía todas consigo. Cada vez que se iniciaba una batalla, volvían muchos menos compañeros a las trincheras y estaba harto de sacar a los heridos de los campos de lodos dejando a los muertos atrás, primero había que ayudar a los vivos. No podía quitarse de la cabeza los horrores que había visto en la guerra: hombres heridos, con brazos y piernas despedazados, caminando solos sin saber a dónde ir, con el vientre abierto o la cabeza destrozada. Lo peor que había experimentado era el ayudar a compañeros con heridas en el pecho. Esos pobres jóvenes no podían respirar y, si no había ningún médico cerca, cosa que ocurría a menudo, ya que los británicos gozaban de increíbles doctores que acompañaban a los soldados día y noche, solo podían echarle un poco de yodo en el agujero y rezar para que sobrevivieran. A él nunca lo hirieron en el pecho, pero, por su experiencia, sabía que esas eran las peores lesiones, ya que había visto a sus amigos gritar de dolor hasta quebrarse y solo eran algunos afortunados los que sobrevivían a ellas.

Cada día que pasaba, Charlie estaba más convencido de la inutilidad de la guerra y hubiera dado cualquier cosa por no haberse alistado, incluso pensó en desertar, pero era demasiado cobarde como para tener que enfrentarse a un consejo de guerra si lo apresaban. El hecho de que cada día se capturara a más alemanes lo hizo pensar en que, quizá, se estuvieran rindiendo. Esos jóvenes estaban tan hartos de la guerra como ellos mismos y, para la mayoría, el que lo apresaran no suponía más que un consuelo. A Charlie ya no le importaba quién ganara la guerra, quería que terminase y, si eso significaba que tenían que perderla, lo aceptaría sin más. Solo quería volver a casa.

A finales de octubre, empezaron a circular rumores de que los alemanes negociaban un armisticio, y un día, sin más, en la retaguardia, pusieron un gran cartel donde se anunciaba que todas las hostilidades cesarían el día 11, del mes once a las once horas en el frente del oeste.

—¡Eh! ¿Has visto eso? —preguntó Charlie a Tom, otros de los chicos supervivientes del Somme—. Dicen que el día 11 terminará toda esta mierda. ¿Qué día es hoy?

—No sé —respondió Tom, nervioso—. ¿Alguien sabe qué día es hoy? —gritó para llamar la atención de los compañeros a su alrededor.

Un muchacho ojeroso con el uniforme desgarrado respondió desde unos sacos de arena donde estaba apoyado.

—Hoy es 11 de noviembre. Hoy termina la guerra —dijo con desidia.

A Charlie, la noticia le impresionó, le temblaron las piernas y se desplomó en el suelo mojado con la mirada perdida. Había tantos sentimientos dentro de él que no sabía cómo procesarlos.

—Charlie, es hoy, hoy termina la guerra, hoy —gritó Tom.

Un capitán, que Charlie no conocía, se subió a una caja de madera y leyó una proclamación en voz alta donde les indicó a todos los soldados que las hostilidades cesarían ese mismo día a las once de la mañana. Los jóvenes no supieron cómo reaccionar. Charlie se había imaginado muchas veces ese momento en su mente: compañeros gritando, abrazándose, vitoreando y aplaudiendo, pero nada de eso sucedió. No hubo ovación, ni risas, ni abrazos, ni entusiasmo, solo alivio. Los muchachos estaban perdidos, sin saber muy bien qué debían hacer, muchos se acicalaron, limpiaron sus botas y botones, volvían a casa y debían estar presentables, y otros se sentaron a descansar. De pronto, el ruido cesó.

—Charlie, ¿escuchas eso? —interrogó Tom con lágrimas en los ojos.

—Silencio —agregó Charlie, que aún conservaba parte de esa mirada llena de locura en sus ojos verdes.

Charlie echó la cabeza hacia atrás y extendió los brazos disfrutando del momento. Respiró profundo. No comprendía el motivo, pero le pareció que a sus oídos les costaba habituarse a la ausencia del sonido que los había perseguido durante años. Ahora tendrían que acostumbrarse al sosiego y la calma sin el fragor de las metralletas, obuses y granadas. Se sintió feliz, muchos compañeros se tumbaron en el suelo exhaustos, y otros se tapaban y destapaban las orejas con las manos para asegurarse de que la tranquilidad venía para quedarse y no era solo producto de su imaginación.

—¿Qué piensas hacer ahora, Charlie? —preguntó Tom, que le leyó la mente—. Si te soy sincero, tengo miedo; debería sentirme contento, pero no es así. No lo entiendo.

Tom era joven, ingresó en el ejército con quince años, y no tenía un trabajo anterior que lo esperase. Entró en la edad adulta en la guerra, no tenía experiencia en la vida civil, y Charlie entendió que era normal que se sintiera perdido. En realidad, todos se sentían así, desubicados. ¡¿Qué iban a hacer ahora con sus vidas?!

—No sé —respondió Charlie con un tono de voz amable que intentaba serenar al chico—. De lo que estoy seguro es que no quiero volver a la fábrica de ladrillos donde trabajaba. No debes preocuparte, Tom, estoy seguro de que algo encontraremos para hacer, ya lo verás.

Charlie se sentó en un banco de madera que algún compañero habría construido en su tiempo libre, tantas emociones lo habían agotado. Siempre soñó que un día tan señalado como era ese, los soldados lo hubieran recibido con canciones, fiesta y celebración, pero entendían que, si todos se sentían como él, era normal que no festejaran nada y pensó que la guerra pasaba factura.

Charlie sacó una hoja en blanco de uno de los bolsillos de su uniforme y la partió por la mitad. Una parte la dedicó para escribir a su familia en Irlanda, les contó que la guerra había

terminado y que aún estaba vivo. La segunda parte de la hoja la dejó para escribir a James. «Yo también vuelvo a casa», anotó y, con tranquilidad, dobló las dos mitades del folio. Se aseguró de poner la fecha correcta en el sobre, para que no hubiera confusión de cuándo la había escrito, y las guardó para enviarla a la primera oportunidad que tuviera.

Echó un vistazo a su alrededor, algunos de sus compañeros estaban tumbados, exhaustos, disfrutaban del silencio y del frío de noviembre; otros cogían jaramagos que habían nacido en los huecos dejados por los obuses, otros charlaban animadamente entre sí, pero a todos se les veía agotados. Pensó en qué sería de ellos ahora que todo había terminado, ¿volverían a verse alguna vez?, ¿continuarían siendo amigos? La guerra reunió a muchos hombres que habían vivido como hermanos, pero ahora que había terminado, ¿perduraría esa amistad en el tiempo? No encontró ninguna respuesta y pensó que sería el futuro el que se encargaría de dárselas.

Los días que siguieron al anuncio de la finalización de la guerra fueron caóticos. A Charlie le pareció que lo llevaban en volandas, como una marioneta incapaz de tomar sus propias decisiones. Los soldados embarcaron para Bolonia con todas sus pertenencias, incluso con los fusiles con los que habían combatido, aunque las balas las tuvieron que dejar atrás. De allí llegaron a Folkeston, donde le granjearon una buena bienvenida con comida y té. Sin embargo, el golpe de realidad no llegó hasta que no entraron en la estación Victoria, fue entonces cuando Charlie se dio cuenta de que finalmente volvía a casa. Había sobrevivido a la guerra.

James le escribió para decirle que iría a esperarlo a Londres; a lo que Charlie se negó en redondo. No sabía si quería quedarse unos días en la capital y tampoco estaba seguro de querer ver a nadie de inmediato, por lo que amablemente rechazó el ofrecimiento de su amigo y le dijo que ya se verían en Accrington.

Charlie, acompañado de Tom, dejó todos sus pertrechos en la estación londinense. Había mucho alboroto, hombres de todas las edades abandonaban sus bayonetas, rifles y uniformes a cambio de ropa civil que ofrecían en un barracón dispuesto para los soldados.

—Mira —dijo Tom, admirado—. Después de que nos midan, podremos pedir la ropa que más nos guste. ¡Esto sí que es un buen recibimiento!

Charlie eligió un traje gris abotonado delante con una gorra de cuadros a juego y una corbata negra. Había perdido mucho peso, pero la indumentaria civil le sentaba bien, y a pesar de las ojeras, seguía siendo un joven muy bien parecido. Tom prefirió vestirse con un traje azul marino y un chaleco de rayas azules y grises debajo de la chaqueta que lo hacía parecer mayor de lo que era.

—¿Qué te parece? —preguntó a Charlie con una sonrisa de oreja a oreja.

—Te sienta como un guante, estás muy elegante.

—Supongo que ahora tendremos que despedirnos —dijo Tom, bajando la mirada—. Una vez que salgamos del barracón, volveremos a ser hombres libres y cada uno tomará su camino.

—Así es.

—Te echaré de menos, amigo —masculló el muchacho, que aguantaba el llanto con dificultad.

—Vamos, no dramatices, eres de Balckburn, no estamos tan lejos. Podremos visitarnos alguna vez cuando tengamos libre en el trabajo —agregó Charlie para quitarle importancia a la despedida, aunque en verdad también estaba afectado. Tom había sido un buen compañero, después de que perdiera a Ed y a James, el chico fue un gran pilar en su vida en las trincheras y estaba seguro de que lo echaría mucho de menos.

—Tienes razón —dijo Tom, y abrazó a Charlie con fuerza—. ¿Viene alguien a esperarte?

—No —dijo Charlie, que intentaba mantener el tipo.

—Mi madre me dijo que vendrían a Londres, así que espero que esté ahí fuera. ¿Quieres venir con nosotros?

—No. No te preocupes por mí, estaré bien.

—Mucha suerte, amigo, nos veremos pronto.

Tom se marchó con prisas, y Charlie vio su figura perderse entre la ansiosa multitud.

—Buena suerte, chico —masculló cuando ya no podía oírlo.

Los soldados abandonaban poco a poco el barracón de la ropa para salir de nuevo a la estación y encontrarse con sus familiares. Charlie se ajustó la gorra, se alisó la chaqueta y, a grandes zancadas, se dirigió a la puerta de salida. No había caminado ni tres pasos cuando oyó que alguien gritaba su nombre.

—Soldado Charlie Drake, deténgase.

El chico giró sobre sus talones, sorprendido, no esperaba a nadie, y vio la cara radiante de Hattie con una amplia sonrisa impresa en el rostro. Emily estaba a su lado con una pancarta que decía: «Bienvenido a casa». A su lado un James, cambiado, movía las manos para saludarlo.

—¡¿Qué hacéis vosotros aquí?! —preguntó extrañado y, a la vez, feliz de verlos a todos.

—¿Creías que íbamos a hacerte caso y dejarte solo en un día tan importante como el de hoy? —declaró James con una voz amortiguada por la máscara.

Charlie lo miró con emoción, y una sonrisa, cansada, apareció en su cara angulosa.

—Te queda bien —le dijo a James, tocando su prótesis facial—. Ahora estás mucho más guapo que antes. El cirujano y el escultor han hecho un buen trabajo.

Los dos amigos se abrazaron, y lágrimas de alivio rodaron por el rostro de ambos.

—¿Cómo estás? —se interesó James.

—No, no, no… —los interrumpió Hattie—, ya tendremos tiempo de ponernos al día, ahora vamos a celebrar que la guerra ha terminado. ¿A quién le apetece unas cervezas?

39 LA BODA

1918

Hattie mantuvo comunicaciones con el Comité Internacional de la Cruz Roja desde que se enteró de la detención de Darko. Desde allí, se le rogó encarecidamente que no viajara hasta que no pudieran darle más datos de donde estaba retenido y en qué condiciones se hallaba el soldado serbio. En principio, Hattie no estuvo de acuerdo, quería hacer algo y rescatar al joven, aunque tuviera que ir sola a por él. Sin embargo, el comité la persuadió para que no hiciera nada que pudiera empeorar la situación del preso. Durante más de un año, mantuvo frecuente correspondencia con Andrej Tomic, que la fue informando de los pequeños avances que conocía en el caso de Darko. En septiembre de 1918, con la ofensiva Vardar, se rompieron las líneas búlgaras, que no tuvieron más remedio que rendirse, y poco después se liberó a Serbia, Albania y Montenegro, y Hattie no estuvo dispuesta a esperar más. Tenía miedo, había oído que el momento más peligroso en la vida de un prisionero era cuando terminaba la guerra, ya que, a veces, los gobiernos no sabían qué hacer con ellos y podían ser ejecutados. Ese pensamiento la carcomía por dentro y le impedía pensar con claridad.

A finales de noviembre, la Cruz Roja se puso en contacto con ella para comunicarle que Darko fue liberado de uno de los campos de prisioneros en Alemania, y que ellos mismos se encargarían de su traslado a Belgrado. La muchacha no lo pensó, y cuando Emily y James volvieron de su paseo diario, la encontraron haciendo la maleta.

—¿Adónde vas, Hattie?

—Ya he aguantado suficiente. He recibido un telegrama de la Cruz Roja —dijo, entregándoselo a su hermano—. Los alemanes envían a Darko a Belgrado. Tengo que ir, James, ya lo hemos hablado.

—Por supuesto, no tengo ningún inconveniente, salvo que te perderás nuestra boda.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Hattie, que se llevó una mano a la boca—. Estoy tan nerviosa y aliviada que olvidé que la fecha de vuestra boda es para el mes que viene.

—Está bien, no te preocupes —dijo James—. Sé lo importante que ese muchacho es para ti, y ahora te necesita.

James habló con sinceridad, pero Emily no pudo evitar adivinar un atisbo de tristeza en su voz. Hattie era muy importante para él y le dolía que no pudiera acompañarlos en un día tan señalado.

—Lo siento, James, ahora no sé qué hacer. —La chica se sentó en la cama donde reposaba la maleta a medio a hacer y rompió a llorar.

—Tranquila —intervino Emily—. ¿Y si lo solucionamos de otra manera?

Hattie levantó la cabeza y se secó las lágrimas con las dos manos, y James miró a su novia intrigado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Hattie.

—Que podríamos adelantar la boda. ¿Qué te parece, James?

—Nada me gustaría más —agregó el chico, que se quitó la máscara y dibujó en su rostro una extraña y amplia sonrisa.

Hattie se puso de pie de un salto.

—¿Haríais eso por mí?

—Todo antes de casarnos sin ti a nuestro lado —insistió Emily, y James le apretó la mano para agradecérselo.

Las dos muchachas se abrazaron con sinceridad, y James protestó para que lo incluyeran en el abrazo y pensó que nuca se había sentido tan feliz.

—Pues si los tres estamos de acuerdo, vayamos a la iglesia a ver si mañana mismo nos pueden atender —insistió Emily—. Vamos, démonos prisa.

James había estado viviendo de algunos ahorros que tenía de antes de la guerra y la pequeña herencia que su padre les había dejado a su hermana y a él. Durante los primeros meses desde que volvió del frente, solo se enfocó en recuperarse y ni siquiera se preocupó de buscar trabajo. A pesar de todo y, aunque Hattie lo ayudó económicamente, sabía que eso era una solución temporal y tarde o temprano tendría que volver a trabajar. El dinero no le duraría toda la vida. Si lo pensaba bien, no era solo su convalecencia lo que lo detuvo en volver a enfrentarse al mundo civil; había pospuesto la búsqueda de trabajo por el miedo a las burlas sobre su aspecto. A pesar de que su autoestima había crecido a raíz de que Wood le fabricara su prótesis facial, aún se sentía diferente y no lidiaba bien con las miradas o los cuchicheos a su paso. Tenía muy claro que no quería volver a la fábrica de ladrillos, y llegó a la conclusión de que lo que más le gustaba era escribir. El tiempo que pasó dirigiendo el periódico de trinchera lo había disfrutado mucho, y quería dedicarse a algo parecido a tiempo completo. Por eso, y tras hablarlo con Emily, la muchacha lo animó a que se pusiera en contacto con el hermano de Grace, su mejor amiga en la fábrica de municiones. El muchacho trabajaba en un periódico londinense y estaba muy bien conectado, hasta el punto que le podía conseguir una entrevista con el Accrington Gazette. Después de meditarlo mucho, James estuvo de acuerdo y, cuando llegó el momento de la reunión con el periódico, se sintió perfectamente preparado. No había cursado los estudios de periodismo, pero aprendía rápido, y el director del diario quedó fascinado con su trabajo como reportero de guerra. El hombre le hizo una propuesta generosa, no solo porque lo valoraba como escritor, sino porque pensaba que le debía algo a esos hombres que habían ido a luchar al frente y habían resultado heridos o mutilados. Ese último sentimiento no lo compartió con James y se limitó solo a darle el trabajo como redactor de vivencias de guerra, esa vez sin censura, en una columna que saldría semanalmente. James lo aceptó, agradecido, pero se aseguró de que el trabajo no consistiera solo en escribir sobre la guerra, ya que quería consolidarse un futuro en el periódico. Al director le pareció bien y le propuso pagarle los estudios de periodismo si era capaz de compaginarlos con el trabajo, proposición que llenó de alegría al exsoldado y que se dio prisa en aceptar. El muchacho no podía pedir más. En muy poco tiempo después de que cesara el conflicto, encontró empleo, que era mucho más de lo que otros compañeros podían decir, había conseguido su prótesis facial y, sobre todo, tenía a Emily a su lado.

La boda se precipitó para ese mismo domingo. La novia no tuvo tiempo ni de comprarse un vestido adecuado, por lo que Hattie decidió que ese sería su regalo de bodas. Era lo menos que podía hacer, ya que los chicos adelantaron el casamiento por ella.

Los novios decidieron que la impulsiva ceremonia sería pequeña e invitaron solo a los amigos más íntimos. A pesar de que Charlie no se había mostrado muy amigable desde que volvió a Accrington, accedió a ir a la boda, aunque a James le costó convencerlo. El joven se comportaba de manera extraña desde que el conflicto había terminado, se encerraba en su casa y sus amigos no podían quedar con él para verse. James estaba preocupado por él, estaba muy

cambiado, ya no era el Charlie alegre y sarcástico de siempre, y lo peor era que había llegado a sus oídos que bebía demasiado. En una ocasión, el camarero del Cuervo Rojo, la taberna más popular de Accrington, se vio obligado a llamar a James para que lo recogiera y tuvo que llevárselo borracho hasta su casa.

Ese domingo el sol brillaba con fuerza, a pesar de ser diciembre. Los días previos a la boda habían sido nublosos y mojados, y a Emily se le escapó una gran risotada cuando abrió la ventana de su cuarto esa mañana y vio cómo la luz invernal entraba a raudales hasta el medio del dormitorio. Hattie fue a su casa temprano con una caja blanca atada con un gran lazo azul. Llamó a la puerta, nerviosa, y Emily la recibió con alegría.

—¿Estás preparada para ser la novia más bonita de Accrington?

Emily puso la caja en el suelo y abrazó a su amiga con cariño.

—Sé que tienes que irte, pero ¿qué voy a hacer sin ti? —se quejó Emily medio en broma medio en serio.

—Te dejo a mi hermano en mi lugar, es mucho más feo y menos interesante que yo, pero tendrás que apañártelas con él. —Las dos rieron con ganas, y Hattie abrió la caja para enseñarle el vestido que le había comprado.

—Creo que te quedará perfecto.

Emily solo tuvo que echarle un vistazo para que se le llenaran los ojos de lágrimas. Era una auténtica preciosidad. Hattie lo sacó con cuidado. El traje era de seda blanca, y se lo puso por encima a Emily para ver qué tal le quedaba. Tenía un largo perfecto, por debajo de la rodilla a media pierna, con un canesú del mismo tejido bordado con hilo que hacían diseños laberínticos.

—Hattie, no sé qué decir —agradeció Emily, que no podía parar de llorar.

—¿Te has fijado en los detalles de perlas que tiene en el cuello y las bocamangas?

Emily tomó el vestido y pasó sus dedos delicadamente por las perlas tornasoladas.

—¡Te habrá costado una fortuna!

—¡Bobadas! No te preocupes por eso, no todos los días se casa mi mejor amiga con mi hermano. Además, aún no has visto lo mejor…, mira en el fondo de la caja.

Emily siguió sus instrucciones y encontró una caja con unos guantes de seda y una diadema hecha con metal forrado y adornos de flores y hojas que simulaban azahar de tela encerada.

—¿Qué te parecen?

—Nunca había visto nada igual.

Emily la volvió a abrazar, emocionada, y ambas se dirigieron a la habitación para que la primera pudiera vestirse de novia.

James esperaba en la iglesia de Saint James, paseando de arriba abajo por sus escalinatas de mármol sin saber qué hacer con sus manos. Estaba muy nervioso. El templo era un edificio de piedra oscura del siglo XVIII, con un jardín de jacarandas que lucían sin flores en esa época del año. En Accrington, se rumoreaba que el ayuntamiento quería dedicar las inmediaciones del templo a la creación de un jardín en memoria de los vecinos del batallón caídos en la guerra, y James pensó que sería un gesto bonito por parte de la ciudad, aunque hubiera preferido mil veces tener a todos sus amigos vivos en vez de un monumento en su nombre.

Charlie no le había fallado y, a pesar de que olía a alcohol, cumplió su promesa y esperaba junto a James en la puerta de la iglesia. Los novios no invitaron a mucha gente. A parte de Hattie, Charlie y Grace, la amiga de Emily de la fábrica, solo los acompañaban un par de chicas más y tres soldados del batallón de Accrington que volvieron sanos y salvo de la guerra. El novio estaba muy elegante con un traje negro, corbata del mismo color, camisa blanca de cuello

almidonado y un pañuelo que le sobresalía del bolsillo de la solapa. James había peinado su pelo negro y lacio hacia atrás y, sin intentar disimular, lució su prótesis con orgullo. Tarde o temprano tendría que aceptarla, ahora esa máscara era su cara, la que veían los demás, su tarjeta de presentación ante el mundo y la que lo ayudaba a llevar una vida normalizada.

La iglesia estaba muy cerca de la casa de Emily, por lo que ella y Hattie fueron a la parroquia caminando. Muchos vecinos las pararon por la calle para felicitarlas, y James no pudo evitar emocionarse al ver a la novia con su flamante vestido blanco.

—¡Estás preciosa! —le dijo, ofreciéndole el brazo orgulloso. Ya no pensaba en Cora, y ni siquiera entendía cómo había podido estar tan ciego al dedicarle su amor durante tanto tiempo—. Soy el hombre más afortunado del mundo.

Emily, con el rostro escondido tras un velo que ella misma había comprado, le sonrió con dulzura con el corazón lleno de amor.

—Soy yo la que tengo suerte. He soñado con este momento tantas veces que no puedo creer que se haga realidad.

Del brazo, los novios entraron en la iglesia al son de la *Marcha Nupcial*, de Mendelssohn. La ceremonia fue corta, bonita, y los chicos salieron a la calle mientras los amigos los vitoreaban y aplaudían felicitándolos. En la puerta, todos querían hablar con Emily y James, que amablemente atendieron a sus invitados y les agradecieron el que hubieran asistido a su boda.

Charlie se apartó del grupo, se encendió un cigarrillo y le dio una calada profunda mirando desde lejos a los novios y sus invitados. Se había acostumbrado a fumar en el frente y era uno de los vicios que ya no podía abandonar. Volvió cambiado de la guerra y, desde que regresó, odiaba los lugares concurridos donde las conversaciones se llevaban a cabo a viva voz. Se reclinó en el tronco de un gran árbol a esperar que el gentío se disipara. James le había pedido que no se fuera, quería invitarlo a almorzar con ellos y con Hattie, para que pudieran despedirse de la muchacha antes de que se marchara a Serbia. Realmente a Charlie no le apetecía, pero James había sido su amigo desde la infancia, y no tuvo corazón para rechazar su invitación en un día tan especial para él.

Con el rabillo del ojo, Charlie vio a una mujer escondida tras los setos de la iglesia que captó su atención. Se inclinó intrigado y, entre la maleza, divisó a Cora. Había oído lo que ocurrió entre ella y James cuando este regresó herido de la guerra, y pensó que ya le había advertido a su amigo sobre el egoísmo y la volatilidad de la muchacha. Ella no había reparado en él, y Charlie pudo observarla con detenimiento. Seguía siendo una mujer muy guapa, sus mejillas rosadas y sus ojos verdes la hacían aún más fascinante, y pensó que James siempre estuvo en lo cierto con respecto a lo bonita que era. Charlie se acercó a Cora con sigilo felino. Quería sorprenderla.

—¡Cora!

La mujer se sobresaltó e hizo amago de marcharse, pero Charlie la retuvo agarrándola por el brazo.

—¿Qué haces aquí? ¿No crees que ya has hecho suficiente daño?

La chica estaba preciosa con su melena rojiza suelta hasta los hombros y sus labios gruesos pintados de rojo. Una punzada de pasión creció en el interior de Charlie que, sin advertirlo, se acercó más a ella. Desde la muerte de Ed, no había vuelto a estar con una mujer, y Cora le levantó la pasión que creía olvidada.

Una vez más, Philip Montgomery había mentido a Cora y hacía semanas que se había marchado a Aldershot sin ella. Desde que volvió de la guerra, se había sentido solo y aburrido, y la conquistó de nuevo prometiéndole que esa vez la llevaría consigo e iniciarían una vida juntos.

Sin embargo, todas sus promesas quedaron en agua de borraja cuando tuvo que incorporarse al trabajo que le habían ofrecido en la localidad del sur de Inglaterra. Nunca tuvo la intención de compartir su vida con Cora, pero conocía las teclas que tenía que tocar para hacer que la chica volviera a rendirse a sus pies para luego abandonarla sin remordimientos. Cora estaba desesperada, su carácter, antes pizpireto, se había agriado. Había perdido a James y también a Philip y no veía una salida a un futuro poco prometedor.

—Tenía curiosidad por ver a Emily de novia —le espetó a Charlie de malos modos.

—¿Solo a Emily? —preguntó el chico con causticidad.

—La verdad es que no. También quería ver a James. Esa podría ser yo —dijo mirando a Emily, que reía entusiasmada mientras hablaba amablemente con sus invitados—, pero el idiota de James se dejó alcanzar en el rostro.

Charlie la agarró del brazo y la zarandeó.

—Le advertí a James sobre ti, eres una zorra y solo tienes lo que te has buscado.

—Tienes razón, pero, al menos, soy sincera. No podría vivir con un hombre con la cara desfigurada, ni siquiera, con esa estúpida máscara.

—Tú nunca lo has amado —afirmó Charlie—, de lo contrario, no te hubiera importado, como no le importó a Emily.

—Esa idiota solo esperaba el momento para lanzarse sobre James.

Charlie la volvió a sacudir con fuerza, y eso pareció divertir a Cora, que rompió en una carcajada desagradable.

—No hables así de Emily, vale más que tú mil veces. Es una persona íntegra y comprometida, y nunca le fallará a su marido.

—Está bien —Cora se deshizo de las garras de Charlie y se masajeó los brazos por donde la había sujetado—. ¿Y tú cómo estás, soldado Drake? ¿Cómo te ha tratado la guerra?

Charlie le dio la última calada al cigarrillo, tiró la colilla al suelo y la pisó con la punta del pie. Cambió de tema.

—Imaginé que después de lo de James te irías de Accrington. ¿Cómo que aún sigues aquí?

Cora bajó la cabeza, y Charlie pudo ver un brillo de miedo en su mirada aparentemente desafiante.

—Supongo que porque alguien me engañó. Hace semanas que tendría que estar en Aldershot, pero se han ido sin mí.

—A eso le llaman karma. El mundo te ha devuelto lo mal que te portaste con James. Supongo que ese alguien a quién te refieres es el cobarde de Philip Montgomery, ¿estoy en lo cierto?

Cora parpadeó, nerviosa, y desvió los ojos para evitar mirar a Charlie.

—Ya deberías saberlo —dijo Charlie, satisfecho por haber sorprendido a la chica—. En Accrington no hay secretos, todos rumorean que tuviste una aventura con el capitán. ¿A quién se le ocurre liarse con alguien que no es más que un mal bicho apocado? Y ahora, ¿qué piensas hacer?

Cora se apartó del seto donde se había escondido, ya no le interesaban los novios, y se echó el pelo hacia atrás con gracia. Charlie pensó que estaba más madura y bonita que hacía tres años, cuando la había visto por última vez. Sus ojos, de un verde esmeralda y poblados de pestañas, lo miraban furiosos, y su piel parecía más suave y sedosa que antaño. El chico se acercó a ella, inhaló su perfume y se excitó al instante. La tenía tan cerca que le dieron ganas de besarla, pero

se contuvo y se apartó para disimular la fogosidad que, a duras penas, pudo controlar. Cora, que se dio cuenta de cómo Charlie la miraba, se decidió a responder a su pregunta.

—Imagino que morirme de aburrimiento en este pueblo —dijo, sabedora del efecto que había causado en el soldado.

—¿Y qué te parecería si nos viéramos en el Cuervo Rojo esta tarde? Tal vez, yo pueda entretenerte.

Cora lo miró de arriba abajo. Charlie era un hombre guapo, estaba muy desmejorado por la guerra, pero nada que no pudiera arreglarse tras un largo descanso y buenas comidas. En Accrington, escaseaban los hombres y, tras el abandono definitivo de Philip, que se había ido a Aldershot dejándole solo una nota de despedida, pensó que Charlie era su mejor opción.

—De acuerdo —convino, pensando en el futuro—. Nos veremos a las seis.

40 EXPLICACIONES

1919

La señora Carr se vistió de riguroso luto, como siempre desde la muerte de Ed, y salió de su casa temprano. No le dijo nada a su esposo, no quería importunarlo, y prefirió ir sola a hablar con Charlie Drake. James le había contado que Ed pasó sus últimos instantes con Charlie, y ella necesitaba que el chico le explicase cómo había muerto su hijo. ¡Tenía tantas preguntas! ¿Había sufrido? ¿Cuáles fueron sus últimas palabras? ¿Murió llamándola? Mary Carr se secó las lágrimas, se envolvió en un abrigo negro de lana gruesa, se puso un sombrero de fieltro del mismo color y salió a la gélida mañana invernal. No tuvo que caminar mucho para vislumbrar la única casa de puerta roja de su calle.

Mary conocía bien a la familia de Charlie, podría decirse que la madre del muchacho y ella fueron buenas amigas e incluso les había ayudado en todo lo que pudo puesto que su economía siempre fue más desahogada que la de los Drake. Lloró mucho cuando decidieron volver a Irlanda, su tierra natal, pero creyó, al igual que todos en el barrio, que era una buena oportunidad para la familia del joven. Le prometió a Estela, la madre de Charlie, que cuidaría de su hijo, que no consintió salir de Inglaterra y así lo hizo hasta que los muchachos se fueron a la guerra, y ella no pudo hacer nada por detenerlos. Mary se sintió culpable. «Quizá, si Norton y yo nos hubiéramos negado a que Ed se alistara», pensó. Era la misma coletilla que se repetía a sí misma desde aquel julio de 1916, cuando le notificaron que había perdido a su hijo para siempre.

Mary se detuvo un momento en el escalón de entrada de la casa de Charlie. Sabía que el muchacho aún no había encontrado trabajo, por lo que no tenía dudas de que estaría dentro. Sin embargo, algo la retuvo y dudó al llamar. Le costaba respirar y tenía un dolor de cabeza tan grande que hacía que las sienes le palpitasen. Tenía muchas preguntas, pero ahora que estaba allí frente a la casa del joven, ya no estaba segura de si, en realidad, quería conocer todas las respuestas. Un escalofrío recorrió su cuerpo menudo y la envaró por completo. Mary tenía cuarenta años y, sin embargo, desde la muerte de Ed, parecía haber rebasado los sesenta; ojerosa y demacrada, no podía dormir bien y había perdido mucho peso. Con la respiración entrecortada y una mano en el pecho, llamó con los nudillos a la puerta roja con inseguridad. No obtuvo respuesta. Eran las ocho de la mañana. Mary esperó unos segundos y, esa vez, de manera más decidida, aporreó el portón con el puño.

—¿Quién es? —gritó la voz pastosa de Charlie desde el piso superior—. ¿Qué horas son estas de molestar a nadie?

Charlie protestó enérgicamente, pero no bajó a abrir, y Mary volvió a golpear la puerta, esa vez, con la palma de la mano. Charlie se asomó a la ventana de su habitación y sacó medio cuerpo desnudo con la intención de increpar al que interrupía su sueño. Al ver a la señora Carr, se detuvo en seco. La mujer miró hacia arriba y clavó sus pupilas en los ojos sorprendidos del joven, que balbució una disculpa, y bajó a toda prisa vistiéndose por las escaleras.

—Perdón —rogó mientras se terminaba de abrochar la camisa sin planchar que había cogido de encima de la cama—. Disculpe mis palabras, señora Carr, no sabía que se tratase de usted.

—¿Por qué estabas todavía durmiendo? —lo increpó la mujer—. Ya hace más de un mes que volviste del frente, y aún no estás trabajando, ¿es que piensas quedarte aquí para siempre?

Charlie miró al suelo, nervioso, la mujer le hablaba como si fuera su madre y no supo muy bien qué responderle.

—Apestas a alcohol —censuró Mary—. Tu madre me pidió que cuidara de ti y siempre lo he hecho, pero casi no te he visto desde que se acabó la guerra, ¿qué quieres que le diga cuando le escriba?

Mary miró a su alrededor, la casa era una pocilga sin ventilar, con ropa sucia por el suelo, vasos y platos sin fregar y polvo por todos los rincones. La mujer pasó el dedo por la mesa del pequeño salón.

—¿Qué te ha pasado, Charlie? Esta casa es un completo desastre, y tú le vas a la saga.

—¿A qué ha venido, señora Carr? No creo que sea para criticar el estado de mi casa o de mi persona.

—No —respondió Mary, triste—. He venido por dos cosas. Primero, porque me preocupas. No has venido a vernos desde que volviste a Accrington, y los rumores de que no estás bien se hacen cada vez más potentes por toda la ciudad.

—No debe preocuparse por mí ni prestar atención a las habladurías. Estoy bien. Después de la guerra, un hombre se merece un descanso.

—Claro que sí, pero ya hace tiempo que regresaste, y ya es hora de que encauces tu vida de nuevo, ¿no crees?

Charlie no le contestó, empezaba a cansarle esa conversación que no los llevaría a ninguna parte.

—¿Cuál es la segunda cosa por la que ha venido a verme?

—¿Qué quieres decir?

—Me ha dicho que ha venido a verme por dos cosas, ¿cuál es la segunda? —Mary se quedó callada, de pronto, su actitud desafiante cambió, y a Charlie le pareció más pequeña e indefensa. La mujer tomó asiento en una de las sillas del salón y apartó la mirada del chico, que intuyó lo que quería decirle.

—He venido a hablar sobre Eddie. Tú fuiste la última persona que lo vio con vida, y necesito saber si sufrió.

Charlie parecía nervioso, no le gustaba hablar sobre la guerra y menos aún de la muerte de sus amigos.

—No sé —dijo escueto.

—¿Cómo que no sabes? —gritó Mary, desesperada—. Tú estabas allí.

—La guerra no es como ustedes, los que la han vivido desde la retaguardia, piensan que es. En el campo de batalla, todo es confusión, el sonido es ensordecedor, casi no podemos oírnos los unos a los otros, aunque estemos cerca, tenemos que correr continuamente para evitar ser alcanzado por las balas si la batalla es en campo abierto, o agacharnos si estamos en las trincheras, y todo es tan rápido que no tenemos tiempo de pararnos a ver qué está pasando a nuestro alrededor si queremos seguir vivos.

Mary se quedó callada por un instante y rompió a llorar. Charlie se dio cuenta de que le había hecho daño y quiso enmendarlo. Quería a esa mujer menuda que siempre lo había tratado con cariño.

—Lo siento mucho, no he debido decir esas cosas.

—Tú eres el único que puedes hablarme de mi hijo. James me contó que estuviste con él en

sus últimos momentos —susurró Mary, casi en un suspiro—. Necesito que me cuentes cómo murió. No te obligaré a que me des detalles, pero quiero saber si sufrió. Por favor —suplicó la mujer con los ojos anegados en lágrimas.

Charlie se puso las dos manos en la cara y se restregó los ojos con fuerza. Se dio la vuelta hacia la ventana y, sin mirarla, le dijo lo que Mary deseaba oír.

—No sufrió.

—Charlie, por favor, ¿algo más? Era mi único hijo.

Mary se levantó y le puso las dos manos en los hombros, y Charlie, que se estremeció con su contacto, se removió inquieto. No quería que la señora Carr estuviera allí, no quería que lo tocara, no quería recordar. Con gran esfuerzo, volvió a hablar.

—Le hirieron en el vientre.

Mary retiró las manos de los hombros de Charlie y se llevó un puño a la boca para evitar un sollozo.

—¿Fue algo instantáneo?

—No. Estábamos en un páramo rodeados de balas. Teníamos que continuar caminando, corriendo, le di la mano y lo ayudé a ponerse en pie, me coloqué delante de él y lo animé a seguir. Le dije que yo estaba a su lado, que no estaba solo.

—Herido cómo estaba, ¿tuvo que correr? —A Mary se le aflojaron las piernas y tuvo que volver a sentarse para no caer.

—Usted no puede entenderlo. Era correr o morir. Su única oportunidad era seguir adelante.

—Pero no funcionó —sentenció Mary categórica.

—No —afirmó Charlie aún sin poder mirarla a la cara.

—Cuando me quise dar cuenta, Ed ya no estaba detrás de mí.

—¿Te volviste para ayudarlo? —preguntó la señora Carr, culpabilizándolo sin querer.

—No quiero seguir hablando de esto —susurró el muchacho, que cerró los ojos y frunció la boca.

—¿Tardó mucho en morir?

—He dicho que no quiero seguir —gritó, y Mary, sorprendida por su rudeza, dejó suspendida su próxima pregunta en el aire.

—Lo siento, no he debido faltarle el respeto.

Charlie se secó las lágrimas con el dorso de la mano y se sentó junto a la mujer que observó cómo al chico se le iba la mirada a un punto fijo y los ojos se le abrían desorbitados.

—Nunca debí dejarlo ir a la guerra. Vosotros erais sus amigos, sabíais que era el más pequeño y, sin embargo, lo convencisteis.

—Nosotros también éramos niños —volvió a gritar Charlie—. No sabíamos que nos llevaban al matadero. Solo el que ha vivido la experiencia puede comprender lo que ocurrió allí. El miedo, el sonido, el desgaste, el tiempo no existía, solo el instante en el que estábamos. Todo podía cambiar de un segundo a otro. Creo que nos engañaron a todos.

—En eso estamos de acuerdo, pero si el gobierno piensa que va a convencerme de que mi Eddie es un héroe de guerra, va listo. Nos dijeron que les cediésemos a nuestros hijos, que ellos nos protegerían a todos, pero era mentira. —Mary se llevó una mano a la frente, cansada—. Quiero que me devuelvan a mi hijo, no quiero monumentos, ni ceremonias, ni acepto que Ed sea otro más de los soldados que Gran Bretaña ha sacrificado. Solo quiero volver a abrazarlo. —La mujer se echó a llorar desconsoladamente.

Charlie estiró el cuello hacia atrás y se masajeó la nuca. No sabía que más podía hacer por la

señora Carr.

—Lo lamento —balbució, y Mary, conmovida, le tomó las manos, conciliadora.

—Yo también. Me alegro de que, al menos, tú estés a salvo, y Ed te tuviera a su lado cuando murió. ¿Sabes? —dijo para cambiar de tema. Nunca había visto a Charlie tan alterado y, en realidad, su intención no había sido la de trastornarlo más de lo que ya estaba—. Norton y yo planeamos ir a Francia.

—¡¿A Francia?! ¿Para qué?

—Para que podamos volver a dormir tranquilos cuando recuperemos el cuerpo de Ed. El ejército nos ha dicho que es una locura, que muchos de nuestros muchachos están enterrados en fosas comunes o que, simplemente… —la señora Carr hizo una pausa y tragó saliva—, no podremos encontrarlo jamás, pero Norton y yo queremos intentarlo. Nos aferramos a que podamos hallar sus restos, que podamos identificarlo y darle sepultura aquí en Accrington. Nuestro hijo está muerto, pero ¿cómo podemos aceptarlo si ni siquiera tenemos una tumba a donde ir a visitarlo? Es el inmenso dolor lo que nos hace ir a Francia. No quiero dejar a mi hijo para siempre en ese maldito campo de batalla. Tenemos que arrancarlo de allí. Necesitamos un lugar donde llorarle y aceptar que ya no volverá. Si también nos quitan eso, será como si Eddie nunca acabase de morir. Su habitación sigue intacta, tenemos sus cartas del frente, todas sus cosas son reliquias que no tienen precio, pero no son suficiente.

—Tengo entendido que no están dando salvoconductos para que las familias entren en las zonas militarizadas. ¿Cómo van a rescatar los restos de Ed en Francia?

—Ya nos hemos informado, iremos con los Newman y los Campbell; también han perdido a sus hijos, y nos adentraremos en las zonas devastadas cerca del Somme donde murieron. No nos importa qué piensan las autoridades o si hacemos algo ilegal. El caos, según nos han contado, es indescriptible, y nadie va a tener en cuenta qué hace un puñado de personas para rescatar los cuerpos de los suyos. Los Taylor han podido desenterrar a su hijo Mike. Junto con otros familiares, exhumaron fosas comunes donde había soldados enterrados que todavía tenían sus identificaciones.

—Todo esto es una verdadera locura, pero creo que puedo ayudarla.

—¿De verdad? —A Mary, por primera vez en muchos meses, se le iluminaron los ojos.

—Cuando volvimos a las trincheras, después de la batalla del Somme, yo mismo enterré los restos de Ed junto a los de otros tres compañeros. Puedo hacerle un mapa de dónde está. No es una tumba profunda, y su cuerpo está envuelto en una manta.

Mary abandonó la silla para abrazar a Charlie, sin embargo, le fallaron las piernas y cayó de rodillas al suelo. El grito desgarrador que salió de su garganta le puso los pelos de punta al chico que nunca, ni siquiera en la guerra había oído nada parecido. Le pareció como si el alma de la señora Carr hubiera abandonado su cuerpo. Charlie sujetó a Mary por los brazos y la ayudó a ponerse de pie.

—Tenía la esperanza de que no fuese cierto —confesó la mujer, devastada, ahora todo se había hecho realidad—. Eddie está muerto. ¿Viste quién le mató? ¿Era un joven soldado como vosotros? ¿También él murió? —Charlie no dijo nada, cogió papel y pluma y empezó a dibujar dónde había enterrado a su amigo, pero las lágrimas emborronaron la tinta y tuvo que empezar de nuevo.

»Por favor, Charlie, dime algo más de cómo fue la vida en las trincheras, ¿cómo se manejó Ed allí?

—No —afirmó rotundo, y Mary vio un brillo en su mirada que la asustó, por lo que decidió

no insistir más.

—Está bien, me iré, siento haberte agobiado con tantas preguntas, pero a mí me han hecho bien tus respuestas. Vosotros sois la generación que se ha visto obligada a luchar en esta guerra, pero no olvides que nosotros somos la que hemos sacrificado a nuestros hijos, y eso también es muy duro.

Charlie se limitó a escribir el nombre y marcar con una equis el lugar exacto de la tumba de Ed en el papel que tendió a Mary; la mujer se dirigió a la puerta de salida, abatida, y se paró para echarle un último vistazo.

—Cuídate, Charlie, tú eres uno de los afortunados. Has vuelto a casa, vive por los que no han podido hacerlo.

—Espere un momento. Tengo algo para usted.

Charlie subió las escaleras a toda prisa y bajó con una cajita en la mano.

—Esto era de Ed, supuse que le gustaría tenerlo.

Mary la abrió con manos temblorosas y en ella pudo ver las fotografías que su hijo había llevado al frente y su placa de identificación. Con delicadeza, las tomó entre sus manos y se las llevó a la boca para besarlas.

—Gracias, Charlie —balbució sin poder decir nada más.

La mujer se dirigió a la puerta de salida con el corazón destrozado cuando una voz de mujer la detuvo.

—¿Qué pasa, cariño? —dijo Cora medio desnuda desde lo alto de la escalera—. ¡Ah! Señora Carr, Charlie no me dijo que esperaba su visita.

La muchacha subió la sábana que tenía enredada alrededor de la cintura y tapó sus pechos desnudos, pero, descarada, no se movió de donde estaba. Mary sabía que Cora rompió su compromiso con James tras su vuelta del frente y pensó que no era la mejor compañía para Charlie, al que no había encontrado bien, sin embargo, ella no era su madre y, aunque lo miró con aire reprobatorio, se marchó sin atreverse a entrometerse más en su vida.

41 MALTA

1919

El martes por la mañana, los Knox y los Montgomery coincidieron en la estación de Accrington. Los últimos habían vuelto de Londres para terminar de cerrar su casa, despedir a los criados y regresaban a la capital, donde unos familiares los habían acogido.

Se habían visto obligados a malvender su fábrica. A pesar de que la pusieron a la venta a buen precio, no recibieron ninguna oferta por ella, por lo que cuando su abogado les presentó la propuesta que un desconocido le hizo llegar a su despacho, a pesar de ser pésima, no tuvieron más remedio que aceptarla.

Stuart Flynn, al que informaron de la marcha definitiva de los Montgomery esa mañana, fue a la estación para observarlos con soberbia desde uno de los andenes. El hombre torció los labios en una leve sonrisa, estaba feliz de que se fueran de la ciudad y de su vida para siempre. Esperó a que Albert Montgomery entrara en el vagón y con paso decidido se acercó a Martha cuando estaba a punto de subir al tren. La mujer no se dio cuenta de que lo tenía a su lado hasta que el señor Flynn la agarró con fuerza del brazo.

—No crea ni por un momento que me ha engañado. Conozco a la gente de su ralea.

—¿Quién se cree que es? Suélteme ahora mismo —ordenó la mujer furiosa.

—Puede que haya confundido a la policía, a toda la ciudad, pero no a mí. Sé que fue usted o su hijo quien incendió mi fábrica.

—¡Cómo se atreve! —susurró Martha mirando de un lado a otro del andén, nerviosa.

—No me menosprecie, señora Montgomery, sé que lo que digo es cierto; pero el que ríe el último, ríe mejor, dice el refrán. —A la mujer se la veía incómoda y, tensa, quiso terminar la conversación.

—Déjeme en paz, maldigo la hora en que nos cruzamos con su familia.

—¿No le interesa saber por qué he venido a despedirla, mi querida señora?

—No me interesa saber nada de usted en absoluto.

Stuart frunció el ceño furioso y apretó más su garra alrededor del brazo de Martha.

—Pues me va a oír de todas formas. Fui yo quien les compró la fábrica, yo el que los he abocado a que tengan que irse de Accrington y seré yo el que borre cualquier huella de su familia de esta ciudad. No tendrán ningún lugar seguro donde esconderse porque me ocuparé personalmente de que no levanten cabeza ni aquí ni en Londres.

La cara de Martha se encendió de repente y sus ojos refulgieron llenos de rencor. La sirena informó a los pasajeros que el tren estaba a punto de partir, y la mujer se deshizo de Stuart, que seguía asiéndola por el brazo.

—¡Ojalá se muera! —masculló Martha con determinación—. Usted y toda su familia. —La mujer puso el pie dentro del tren que empezó a moverse perezoso—. ¡Ah! Y sí, fuimos nosotros los causantes del fuego, aunque eso jamás podrá demostrarlo.

Con una sonrisa triunfal, la señora Montgomery se metió en el vagón, se sentó junto a su marido y tras la ventanilla fulminó a Stuart Flynn con su mirada de ojos claros. Avergonzada y

menospreciada por todos, partió junto a Albert, un hombre alcohólico y arruinado, en ese primer tren que salía de Accrington con destino a Londres sin que nadie fuera a despedirlos.

Hattie tomó el mismo tren que los Montgomery hacia la capital inglesa y desde allí se embarcó hasta Calais, donde viajó hacia Malta. El Comité Internacional de la Cruz Roja le escribió justo antes de salir de Accrington informándola de que Darko estaba convaleciente en uno de los hospitales de la isla y que si pensaba reunirse con él debería ir allí en vez de a Belgrado. Era un largo viaje que la obligaba a pasar por Alemania, Austria, Hungría e Italia, entre otros países, pero no tenía miedo, a pesar de que esa vez viajaba sola. El anhelo por volver a ver a Drako era el motor que la guiaba y la acercaba de nuevo a sus brazos.

En la carta que había recibido, la Cruz Roja le decía que el chico había sido trasladado en malas condiciones en un buque hospital hasta Malta que durante el inicio de la guerra y tras las campañas en Galípoli, Turquía y Tesalónica se convertió en una isla hospital protegida por kilómetros de mar de los frentes de batallas. La Enfermera del Mediterráneo, como llamaban al islote, era su destino final, y Hattie rezó para que Darko resistiese y lo encontrase aún con vida cuando llegara.

Después de varias semanas de un viaje largo y accidentado, desembarcó en Valletta, la capital maltesa. Salió del barco con prisas, estaba hecha un desastre; tenía la ropa arrugada, sus ojeras moradas delataban que llevaba días sin dormir y su pelo, que ya le había crecido, estaba sucio y alborotado. Le hubiera gustado asearse antes de ver a Darko, pero era tal la excitación que sentía por encontrarse con el muchacho que rechazó esa idea y se dirigió directamente al hospital.

Hattie se puso en marcha; las calles adoquinadas rebosaban llenas de gente que disfrutaban de la paz recién llegada, y la temperatura era cálida y agradable para esa época del año. Se desabotonó el primer botón de la blusa blanca que llevaba puesta y se secó el sudor de la frente con un pañuelo del mismo color. El hospital donde se encontraría con el soldado serbio había adoptado el nombre de la ciudad, Valletta, que a Hattie le pareció preciosa y exótica al mismo tiempo. Tuvo que subir varias cuestas y, desde una posición elevada, la joven apreció el turquesa de las aguas que rodeaban la isla y se alegró de que ya no estuvieran en guerra y pudiera disfrutar de aquel magnífico espectáculo con tranquilidad. Hattie admiró las lomas y terrazas con campos cultivados y los acantilados que la rodeaban alternados con calas de arenas blancas que la cautivaron. «Este sería un lugar magnífico para vivir», se dijo.

Llegó al edificio del hospital con la respiración entrecortada; ya no estaba tan en forma como cuando luchó en las montañas macedonias al lado de Darko, y lo curioseó con detenimiento. El edificio blanco se componía de una gran nave de dos plantas rematadas con bóveda de cañón y ventanas con frontones triangulares. Un gran jardín con hombres tranquilos tomando el sol lo precedía, y Hattie se afanó por escudriñar la cara de cada uno de ellos por si alguno fuese Darko, pero no lo encontró.

Se adentró en el hospital y preguntó a la primera enfermera que vio que le indicó un mostrador donde le darían información. Tras esperar una breve cola, la muchacha habló con un hombre enjuto con cara de pocos amigos que revisó algunos papeles y confirmó que el muchacho se encontraba allí. Hattie cerró los ojos y una oleada de alivio inundó su cuerpo, que se relajó al instante. Después de tanto tiempo de búsqueda, no podía creer que iban a reunirse de nuevo. El hombre malhumorado y de entrecejo fruncido le señaló una habitación en la primera planta, y ella, sin esperar más explicaciones, corrió hacia la puerta donde se detuvo antes de entrar para recuperar el aliento y arreglar su ropa descuidada. Suspiró profundo, tocó con los

nudillos y abrió con prisas sin esperar a que la invitaran a entrar, y su nerviosismo hizo que se impusiera la impaciencia antes de cualquier regla de educación.

La habitación era grande y tenía unas veinte camas con enfermos divididas en dos hileras de diez camas cada una, separadas por un ancho pasillo. Hattie dio los buenos días y se fue fijando en los rostros demacrados de los pacientes, pero ninguno de ellos era Darko. La desilusión la invadió por completo. «¿Y si me han informado mal?», pensó. Su cuerpo se tensó al instante y un escalofrío la recorrió de la cabeza a los pies haciendo que sintiera frío. El balcón de la sala estaba abierto, y el aire marino mecía las cortinas blancas que bailaban al son de la brisa. Sintió ganas de llorar y se dirigió a la terraza para respirar el aire puro del Mediterráneo y recomponerse. Se agarró con fuerzas a la baranda de piedra torneada y admiró desde lo alto el precioso paisaje, abatida.

—Sabía que me encontrarías, Inglesa —oyó decir a su espalda a una voz varonil desde una esquina del mirador.

Hattie se volvió como un resorte, reconocería esa voz en cualquier lugar del mundo a pesar del tiempo que llevaba sin escucharla. Clavó sus ojos oscuros en los de Darko que, sentado en una hamaca de madera y muselina, fumaba un cigarrillo.

—¿Cómo pudiste dejarme sola? —lo interrogó la chica con los ojos vidriosos.

—Lo siento, no fue mi intención.

La muchacha corrió al lado del joven, se arrodilló cerca de él y se echó a sus brazos. El muchacho tiró el pitillo y con dulzura la besó en los labios.

—Te he buscado por todas partes —agregó Hattie, que lo observó embelesada.

Darko había cambiado mucho. Le habían cortado su preciosa melena rizada al cero y estaba peligrosamente delgado. Sus brazos, antes fuertes y musculosos, ahora eran como cañas de bambú, y a Hattie se le encogió el corazón al pensar en lo mucho que habría sufrido.

—Siempre confié en que me encontrarías.

—Hasta Andrej pensó que estabas muerto —dijo la chica que, sin poder retener las lágrimas más tiempo, lloraba sin consuelo—, pero yo sabía que seguías vivo.

—Solo el pensar en ti lo ha hecho posible, dibujar tu rostro en mi mente una y otra vez cada día me dio fuerzas para mantenerme con vida.

Hattie le sostuvo la cara entre las manos y le besó cada milímetro de piel. Darko cerró los ojos y apretó los labios para evitar llorar, y la emoción lo embargó por completo. Se mantuvieron abrazados un tiempo indefinido, solo sintiendo sus cuerpos y sus almas; disfrutando del momento, hasta que Hattie se levantó y se sentó en otra hamaca junto a él sin soltarle la mano.

—¿Cómo estás? —preguntó, al fin, el muchacho.

—Estoy bien, pero esa herida tuya de la pierna tiene mal aspecto —dijo la chica mirando la profunda laceración que Darko tenía en el muslo.

—Fue regalo de un alemán antes de salir del campo de trabajo. Se ha infectado.

—¿Es por eso por lo que aún sigues aquí?

—Sí, mi intención era volver a Belgrado, pero la herida se emponzoñó. Los miembros de la Cruz Roja que nos sacaron del campo de trabajo pensaron que sería más seguro que me trasladaran aquí, a Malta, en un buque hospital. En principio, no estuve de acuerdo, los médicos me obligaron, y menos mal que lo hicieron porque he estado a punto de perder la pierna. Si no hubiese venido a esta bendita isla, ahora sería otro lisiado más.

—Me alegro de que atendieras a razones y no te hicieras el duro. ¿Cuánto tiempo más tendrás que estar aquí?

—Aún no lo sé, pero los médicos se toman muy en serio la fase de recuperación.

—Y ahora también nos tomaremos en serio la fase de tu cuidado porque no pienso separarme de ti hasta que no estés curado del todo.

El chico le lanzó una sonrisa de complicidad, y Hattie le acarició la cabeza rapada con cariño.

—Odio este corte de pelo —dijo Darko.

—Ya crecerá. —Hattie lo besó en los labios y lo miró con ternura—. Lo siento —farfulló la muchacha cogiendo al chico por sorpresa.

—¿Por qué? —Darko enarcó las cejas con mirada interrogativa.

—Porque no supe ser un buen soldado, una buena compañera. No te protegí. Estábamos tan cerca, y ni siquiera me di cuenta de que te habían capturado. —La muchacha se deshizo de las lágrimas de un manotazo, no quería mostrar más fragilidad.

—Hattie, no te culpes, no hubieras podido hacer nada por mí. Luchamos bien en aquel agujero inmundo. ¿Recuerdas cómo las balas volaban por encima de nuestras cabezas? No tuvimos tiempo de esquivar a todos los austriacos que saltaron a la trinchera bayonetas en mano. A veces se gana, y a veces se pierde, así es la guerra, y ese día ellos fueron más rápidos.

—¿A dónde te llevaron? —preguntó Hattie, que clavó la mirada en el suelo. Le costaba hablar de aquello.

—Al principio, al campo de concentración construido por los austríacos en Thalerhof, allí había muchos rusos, pero también muchos cristianos ortodoxos como yo. Creo que fue por eso por lo que me enviaron allí.

—¿Dónde estaba el campo?

—En Austria, en algún lugar montañoso de los Alpes. Allí nos hacinaron sin importar si éramos hombres, mujeres o niños. —Darko escupió en el suelo del balcón y se encendió otro cigarrillo.

—¿Te trataron bien? —preguntó Hattie, que cruzó los dedos y esperó de corazón una respuesta positiva.

—Si los golpes, torturas y bayonetazos cuentan como un buen trato, entonces sí, nos trataron bien —dijo Darko sarcástico, y Hattie se arrepintió de inmediato de haberle hecho esa pregunta.

»Lo siento —volvió a hablar el chico—, no sé por qué he dicho eso. La verdad es que fue una auténtica pesadilla. No me importa luchar por lo que creo, exponerme a la muerte que te puede sobrevenir en cualquier momento por una bala enemiga, pero la falta de libertad y la agonía del desgaste físico y mental diario es un puro martirio difícil de soportar. ¡Me alegré tanto de que no te capturaran a ti!

Darko dejó vagar su mirada perdida por la balaustrada de piedra caliza y posó sus ojos en el mar.

—No era raro encontrar muertos en las puertas de los barracones, golpeados o cosidos a puñaladas. No teníamos comida ni médicos para los que estaban enfermos, que eran la mayoría, y los alemanes y austríacos se mofaban de nosotros mientras nos golpeaban sin que nadie hiciera nada por parar aquellos martirios innecesarios.

Darko bajó la voz a un susurro casi imperceptible, y Hattie pensó que más que contarle lo que le había ocurrido, estaba recordando lo que había vivido.

—¿Cómo lograste salir de allí?

El joven serbio volvió a la realidad.

—Casi al término de la guerra, nos trasladaron a otro campo más al norte, en Alemania, y

cuando la contienda llegó a su fin definitivo, nos rescató la Cruz Roja, no sin antes llevarme el balazo en la pierna que me obligó a dar con mis huesos en este lugar.

—No es un mal sitio para recuperarse.

—No, no lo es, hasta tenemos salones de té que nos ofrecen un ambiente relajado para ayudar a nuestra mejoría —dijo el chico, que recobró su habitual sonrisa.

—¿Salones de té? —masculló Hattie, divertida, subiendo una ceja y mostrando su mirada más pícara.

—Me has oído bien, hasta vienen bandas musicales una vez por semana. No te creerías el buen ambiente que se respira.

—¿Y qué más hay en esos magníficos salones de té?

—Refrigerios, amigos, chicas —dijo Darko, que se acercó a Hattie y posó sus labios en los de ella—, pero ninguna tan bonita como tú.

—Eso espero, soldado, porque he viajado medio mundo para encontrarte y no pienso irme de tu lado.

Darko la besó con rabia, y Hattie le devolvió el beso agarrándose a su cuello.

—¿De verdad piensas quedarte en Malta por mí?

—Por supuesto, para eso he venido. ¿Te parece bien?

—¡¿Si me parece bien?! Nunca he sido tan feliz.

—De acuerdo —apuntó Hattie con una sonrisa de oreja a oreja—, pues esto es lo que vamos a hacer. Hablaré con tu médico, tiene que explicarme tu situación. Si él está de acuerdo, te vendrás conmigo a la pequeña casa que he alquilado en la isla. Aún no la he visto, pero el dueño me prometió que, aunque no es gran cosa, está limpia y es acogedora. Espero que te guste.

—El mero hecho de volver a verte me vale, todo lo demás es superfluo para mí. Junto a ti vuelvo a estar completo, Inglesa. Me gustaría poder ponerme en pie y salir de aquí contigo en brazos e irnos y olvidarnos de hospitales y guerras.

A Hattie le brillaron los ojos y se puso de rodillas junto a la hamaca; Darko la agarró de la cintura y la acercó hacia él con fuerza.

—Te quiero, siempre te he querido desde el primer momento en que te vi luchando en las montañas de Macedonia. He pensado mucho en ti durante mi cautiverio y has sido el faro que me ha iluminado en mis noches más largas y oscuras. No quiero obligarte a nada, pero… no deseo volver a separarme de ti jamás.

La joven lo miró con la cara iluminada, llena de amor, y una sonrisa satisfecha se instaló en su rostro cansado.

—¿Piensas que he viajado desde Inglaterra solo para hacerte una visita de cortesía? Darko Matić, no tengo intención de irme a ninguna parte y te recomiendo que vayas acostumbrándote porque no podrás deshacerte de mí tan fácilmente. —El muchacho le devolvió la sonrisa y volvió a besarla con ternura y pasión al mismo tiempo.

—¿Podrías quedarte conmigo para siempre?

—Pensé que no me lo pedirías nunca —dijo Hattie, y con dulzura se volvió a arrellanar en los cálidos brazos del soldado serbio.

42 PREOCUPACIÓN

1919

Desde la visita a Charlie Drake, la señora Carr llevaba unos días intranquila. Había visto al chico cambiado, nervioso, descuidado y algo dentro de ella le decía que no era solo como consecuencia de la guerra. Intuía que a Charlie le ocurría algo más que no quiso compartir con ella y decidió ir a ver a James Knox por si entre ambos podían ayudarlo.

Charlie y James fueron los mejores amigos de su hijo, los conocía desde niños y los apreciaba de corazón. Ya que Eddie no estaba allí para descubrir qué era lo que en realidad pasaba, ella tendría que tomar cartas en el asunto; después de todo, le prometió a la madre de Charlie que cuidaría de él, no podía defraudarla.

Mary se puso un sobrio sombrero negro y un abrigo oscuro que le llegaba hasta los pies y despacio se encaminó hacia la casa de los Knox donde, desde la marcha de Hattie, solo vivían James y su esposa Emily.

Desde el término de la guerra, a Mary, pasear por su calle le provocaba un sentimiento amargo. Le gustaba ver a los chicos que habían regresado del frente, todos más mayores y cambiados, se marcharon siendo niños y regresaron siendo hombres, pero a la vez la presencia de esos jóvenes le recordaba la ausencia de los que no habían vuelto; entre ellos su hijo, y la pena la invadía por completo. Mientras caminaba por la calle de casas enladrilladas, Mary se preguntaba si realmente existía Dios. ¿Quién era esa entidad que había elegido la suerte de cada uno de aquellos muchachos? Mary la odiaba fuese quién fuese. Antes de la guerra, fue una buena creyente, pero, tras la pérdida de Ed, en lo único que creía era en la inevitabilidad de la muerte.

La señora Carr llegó a la puerta de James con la respiración irregular, ya no se sentía tan ágil como cuando era más joven, y se paró un segundo a tomar aire antes de llamar. Emily la recibió con un gran abrazo y una sonrisa cálida iluminó su cara de sincero cariño.

—¡Hola, señora Carr! ¡Qué agradable sorpresa! Por favor, pase, no se quede ahí.

Mary la miró agradecida y pensó que James había sido afortunado en casarse con una mujer tan especial en vez de con Cora. No era una buena persona y deseó que Charlie se diera cuenta antes de que esa pécora le arruinara la vida.

La mujer se sentó en el saloncito de los Knox y agradeció la taza de té caliente que le ofreció Emily.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó la joven, que se acomodó a su lado en el viejo sofá de la abuela de James.

—Echo mucho de menos a Ed… —La mujer parpadeó para evitar llorar—; pero no he venido a hablar de mí, sino de Charlie. Estoy preocupada.

—Sí, James y yo también lo hemos hablado. No lo he vuelto a ver desde la boda, y James solo se ha reunido con él una sola vez. Ha vuelto muy cambiado.

—Eso es exactamente lo que me parece a mí.

James entró en el salón y saludó con júbilo a la madre de Ed.

—Señora Carr, ¡cuánto me alegro de verla!

—Ven aquí, muchacho, déjame que te vea bien.

James se fundió en un profundo abrazo con Mary, que cerró los ojos e imaginó que los hombros anchos y fuertes de James eran los de su hijo; por un momento se dejó llevar por esa quimera y, por primera vez, desde la muerte de Edward, se sintió mejor.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Mary, que acarició suavemente la máscara del chico.

—¡Ah! ¿Esto? Me voy acostumbrando. A veces, ni me acuerdo que la llevo puesta.

—Eso es bueno, hijo…, muy bueno. Esa estúpida guerra ha hecho mucho daño.

Emily tomó de la mano a su marido, que se había sentado a su lado.

—¿No le parece que hasta con la máscara está guapo?

Mary sonrió, emocionada por el amor que le profesaba la muchacha, y un sentimiento de ternura recorrió todo su cuerpo.

—Por supuesto, James siempre ha sido un hombre guapo y lo sigue siendo.

—Basta —dijo el chico, mirando al suelo—. Conseguiréis que me avergüence, además, no creo que la señora Carr haya venido para hablar de mí.

—Cierto —convino la mujer, que cambió el semblante sereno a uno de recelo—. Me inquieta Charlie —afirmó sin rodeos—, y me gustaría saber vuestra opinión al respecto.

James se pasó la mano por el pelo, nervioso.

—Lo visité en su casa hace unos días y creo que no está bien.

—Yo estoy segura de que no está bien. Algo ocurrió en el frente que no nos quiere contar —agregó Emily.

—Esa es la misma sensación que he tenido yo —masculló Mary—. Oí que tuvo un episodio de locura de trinchera, pero ya han pasado meses desde que la guerra terminó, y ni siquiera ha buscado trabajo.

—Cuando me reuní con él —dijo James—, le hablé sobre eso y me argumentó que era imposible conseguir un empleo, que había cientos de hombres como él mendigando trabajo y que, a pesar de haberlo intentado, no lo había conseguido. Sin embargo, yo creo que ni siquiera ha tratado de buscarlo. Le dije que lo ayudaría y me contestó que no me molestara, que ya se encargaría él, y añadió…

James desvió la mirada, nervioso.

—¿Qué añadió? —preguntó Mary con las manos abiertas.

—Que no creía que encontrase nada porque él tampoco valía nada.

—¿Por qué no me has contado eso antes? —preguntó Emily, extrañada, a su marido.

—No quería preocuparte, cariño.

—¿Y qué le contestaste?

—Pues que él seguía siendo un hombre completo y que, si yo tenía valor para continuar, él también tenía que seguir adelante y que no debía pensar así.

—Muy bien dicho —declaró la señora Carr, interesada en la conversación.

—Intenté ayudarlo, pero creo que fracasé. Charlie se avergüenza de cómo los veteranos de guerra somos tratados por algunos civiles, y me dijo que estaba desilusionado de la gente de Accrington y qué desearía seguir en el frente.

—Ese chico no está bien —insistió Mary, que movió la cabeza de un lado a otro.

—Charlie y yo pasamos la tarde hablando de la guerra, de nuestras vivencias, y estaba profundamente enfadado con aquellos que no estuvieron en el campo de batalla y no deseaban escuchar nada sobre lo que habíamos experimentado allí. «Los civiles no tienen ni idea de lo que fue el frente, ahora solo somos parias, personas fuera de lugar», reiteró una y otra vez. No supe

qué contestarle, pero en el fondo comprendí lo que me decía, porque a pesar de mi vida feliz al lado de mi esposa, a veces, también me siento así.

Emily se levantó y abrazó a su marido, y la señora Carr no pudo retener el llanto.

—Lo siento, James, no me cabe duda de que es duro, y los que vivimos la guerra desde lejos somos todos unos ignorantes que no sabemos lo que pasasteis en las trincheras —ratificó la chica.

James le devolvió el cálido abrazo a su esposa, después tomó las manos de la señora Carr entre las suyas e hizo que se sintiera mejor.

—Charlie cree que los excombatientes somos una raza aparte que solo podemos entendernos entre nosotros, y que los civiles jamás podrán comprendernos por completo. En realidad, si lo pensamos bien, tiene razón. ¿Cómo se asimila el que amigos con los que acabas de comer, jugar al fútbol o charlar mueran a tu alrededor sin que puedas hacer nada por ayudarlos? Los que no han combatido no saben nada de la tensión que vivimos en la trinchera, y nosotros tampoco podemos explicarla. Para nosotros, la victoria no ha merecido la pena, el precio ha sido demasiado alto.

La señora Carr se secó los ojos con un pañuelo blanco de puntillas. Emily parpadeó varias veces y consiguió mantener a raya las lágrimas, y James mantuvo silencio clavando la mirada en el suelo.

—Lo siento, no he debido venir. No quería importunarte ni hacerte recordar malos momentos.

—No es usted, señora Carr, es la realidad de lo que está ocurriendo. Estoy de acuerdo con usted, a Charlie le ocurre algo más, algo que quiere escondernos y que también me inquieta. Somos muchos los que nos sentimos incomprendidos después de la guerra, pero intentamos encontrar nuestros caminos a pesar de todo. —James se tocó la máscara y se dio un golpecito con el dedo índice—. Pero con Charlie es distinto…, es como…

—¿Como si ya no quisiera vivir? —declaró Mary.

—Exactamente —James la miró asintiendo con la cabeza.

—Hay otra cosa más.

James y Emily la miraron expectante.

—Se está viendo con Cora.

—¡¿Con Cora?! —exclamó Emily sin terminar de creérselo—. Charlie sabe bien lo que ocurrió entre ella y James. No es buena, solo le hará daño.

—Eso mismo pienso yo, pero no creo que quiera escucharme.

—Eso es lo malo, que a mí tampoco —sentenció James pensativo.

Mary se puso de pie apoyando sus manos en las rodillas y se dirigió al muchacho con ojos suplicantes.

—A ti te escuchará más que a mí. ¿Hablarás de nuevo con él? —preguntó, angustiada—. Le prometí a su madre que lo cuidaría cuando su familia se marchó a Irlanda. No quiero que le ocurra nada. Tienes que averiguar qué es lo que le sucede.

—Lo intentaré —dijo James con resignación—, aunque no creo que sirva de mucho.

Mary Carr se lo agradeció con un sincero abrazo. Había cumplido su objetivo: James hablaría con Charlie. Se despidió de los jóvenes agradecida y sin demorarse volvió a la tranquilidad de su hogar para seguir pensando en su hijo.

43 NUEVAS VIDAS

1919

Sophie esperó año y medio para contraer matrimonio con Steven Lambert. Ambos estaban enamorados, y los Flynn aceptaron al muchacho con los brazos abiertos, después de la mala experiencia que su hija había vivido con Philip Montgomery.

—*Ni el dinero ni la posición hacen que una persona sea buena* —le dijo Larisa a su marido cuando Steven se atrevió a pedir la mano de Sophie.

—*Estoy de acuerdo* —afirmó el hombre que aún se culpaba por someter a su hija a un matrimonio horrible por su afán de entrar en la élite de la sociedad de Accrington—. *No volveré a cometer el mismo error que con Philip y no obligaré a Sophie a nada.*

—*Nunca obligamos a Sophie, Stuart, no debes recriminarte. Fue nuestra hija a quién le pareció bien el matrimonio con ese capitán de poca monta. Nos equivocamos, pero creo que ahora Sophie tiene una buena oportunidad de ser feliz.*

—*Yo también lo creo* —dijo el señor Flynn con una amplia sonrisa en su rostro cuadrado.

Apreciaba a Steven de corazón, le había enseñado todo lo que sabía y lo consideraba como a un hijo. ¡Quién mejor que él que amaba a su hija y conocía su negocio para entrar a formar parte de su familia!

—*Creo que Sophie no ha podido hacer mejor elección* —sentenció convencido.

Los jóvenes se casaron en la iglesia principal de Chorley, ya que la novia se negó a hacerlo en la misma iglesia donde contrajo matrimonio con Philip. De eso hacía ya un año, y ahora la nueva señora Lambert lucía un vientre abultado con el embarazo de su primer hijo.

Sophie seguía siendo una mujer combativa, y tras la guerra retomó con más urgencia la lucha por la consecución del voto femenino junto a su madre, a pesar de que ese último mes, en la recta final de su embarazo, se lo estaba tomando con más calma.

El matrimonio Flynn le regaló a la nueva pareja una bonita casa, aunque algo más pequeña que la suya, muy cerca de la calle principal de Accrington, y la vida parecía sonreírles a todos. Steven, que era un hombre luchador y un buen trabajador, tuvo unas buenas ideas de negocios que hizo ganar mucho dinero a su suegro, y juntos consiguieron comprar otras dos fábricas en pueblos aledaños a Accrington. Por lo que el muchacho había demostrado ser no solo un buen subordinado, sino también un negociador inteligente y digno sucesor de Stuart.

La boda de Sophie y Steven no fue la única que se llevó a cabo ese año. Finalmente, Cora supo engatusar a Charlie, que no atendió a los ruegos de James ni de la señora Carr, y se casó con ella. A Cora, después de la pérdida definitiva de Philip Montgomery, que por lo que había oído continuaba en Aldershot, Charlie le pareció una buena opción para no estar sola. Sin embargo, su matrimonio fue una auténtica desilusión. La chica había ayudado a su marido a conseguir un trabajo en su misma fábrica textil; no obstante, el muchacho solo aguantó allí un par de meses, dejando a Cora en mal lugar antes sus jefes. Sus continuas faltas y sus enfrentamientos regulares con compañeros hicieron que pronto se ganara la reputación de ser un trabajador difícil y lo echaron a la calle en cuanto vieron la ocasión.

—*Tienes que buscarte otro trabajo* —le gritó Cora, contundente—. *¿Es que crees que vamos a vivir del aire? Si piensas que yo voy a mantenerte, estás muy equivocado.*

Al principio, el matrimonio se divertía haciendo el amor continuamente y bebiendo juntos; pero Cora pronto se dio cuenta de que las facturas no se pagaban solas. Si Charlie no ponía de su parte, la carga era solo para ella, y no estaba dispuesta a asumirla. Las peleas no se hicieron esperar y se fueron enmarañando hasta llegar a las manos. En esas discusiones, Cora siempre tenía las de perder. Charlie se habituó a golpearla cuando volvía a casa borracho, que eran casi todos los días; la botella se convirtió en su mejor aliada y, en ocasiones, antiguos compañeros de trinchera tuvieron que acompañarlo a su casa desde las tabernas porque ni se mantenía en pie para caminar por sí mismo. Cora se habituó al maquillaje para que nadie le preguntara de qué eran los moratones que solía lucir en la cara, brazos o cuello, a pesar de que la mayoría era imposible de disimular con un poco de crema o polvos. La joven se había precipitado al casarse, y ahora no sabía cómo salir de aquella situación que odiaba y la oprimía.

Una noche que llegó cansada de la fábrica y sin ganas de discutir, metió la llave en la cerradura y abrió con miedo. Desde el salón, su marido la saludó con una voz espesa de borracho y una sacudida de temor le recorrió el cuerpo. Los golpes habían logrado que le tuviera pavor a Charlie y tembló de rabia y asco por tener que aguantarlo.

El exsoldado estaba sentado en una butaca destartalada con un periódico en una mano y en la otra una cerveza. Solo llevaba puesta una camiseta con manchas que en otro tiempo habría sido blanca, y Cora sintió repulsión solo de mirarlo. Charlie también la miró con asco. Cora había cometido el error de confesarle su relación con Philip Montgomery mientras James luchaba en la guerra una noche después de mucho alcohol y sexo. Desde ese momento, Charlie no pudo perdonarle que engañara a su amigo mientras estaban en el frente. James se había desvivido tanto por ella que le pareció insultante que Cora se hubiera reído de él mientras se jugaba la vida en Francia. Al darse cuenta de su error, la muchacha intentó solventarlo con mentiras.

—*Te equivocas, Charlie, me has entendido mal, solo estuve con Philip antes de comprometerme con James, lo juro.*

Pero Charlie no era tonto, sabía de los rumores que circulaban por Accrington con respecto a Cora y al capitán y pensó que nunca debería haberse casado con semejante mujerzuela. En verdad, la guerra lo había vuelto loco y le hizo tomar decisiones ignorantes y aleatorias con cuyas consecuencias tendría que vivir.

—Tengo noticias para ti —decretó el joven con una sonrisa torcida en la cara que atemorizó a su esposa.

Cora no le contestó.

—Estoy hablando contigo, ¿es que no me oyes?

—Estás borracho —dijo ella a modo de respuesta.

—Correcto. Estoy borracho, pero sé leer. Mira lo que dice aquí —señaló el periódico—. Tu queridísimo capitán ha muerto.

A Cora se le heló la sangre y se quedó inmóvil en medio del salón de espaldas a Charlie.

—¿No dices nada? ¿Es que te ha comido la lengua el gato? Bueno, no importa, yo te lo leeré. El Accrington Gazette nos informa de la muerte del capitán Philip Montgomery a causa de la epidemia de gripe española. —Charlie echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír—. Ese idiota se pasó los días en las trincheras sin salir de su escondrijo para evitar las balas, y ahora se lo ha llevado una simple gripe.

Cora se volvió hacia él tragándose las lágrimas.

—Eso es mentira.

—Toma si no me crees. —Charlie tiró el periódico que aterrizó en el suelo a los pies de Cora —. Ahí lo tienes, léelo tú misma. —La muchacha se agachó, recogió las hojas del diario desperdigadas y hojeó un titular de letras grandes: «El capitán Philip Montgomery muerto en Aldershot por un brote de gripe española».

La muchacha no fue capaz de articular ninguna palabra, a pesar de lo mal que Philip se había portado con ella, lo amaba y no podía creer que ya no existiera más. Salió de la sala de estar hacia el dormitorio limpiándose las lágrimas con la manga de su vestido, dejando a Charlie con una sonrisa de triunfo en la boca.

—¡Eh! ¿Adónde crees que vas? —le gritó.

—Déjame en paz, estoy cansada y no quiero pelea.

—Pues vas a tener que escucharme porque hoy ha venido Emily a verme, y me ha contado cosas muy interesantes sobre ti.

Cora se quedó inmóvil, petrificada, Charlie ya era lo suficientemente violento como para que viniera alguien a soliviantarlo aún más con cotilleos del pasado.

—¿No quieres saber qué me ha dicho?

—No me interesa nada de lo que Emily tenga que decir.

—Me da igual lo que te interese o no, te lo diré igualmente. Emily es una buena amiga, siempre lo fue, y ha venido para interesarse por mí —manifestó Charlie suavizando la rigidez de su rostro—. Le he dicho que no se preocupe, que estoy bien, y me ha preguntado que por qué me he casado contigo.

Cora cerró la puerta del dormitorio, no quería oír a Charlie, solo necesitaba espacio y estar sola, pero el chico abrió el portón de una patada y le plantó un bofetón en la cara a su esposa.

—Cuando hablo, tú escuchas, ¿lo has entendido? —La muchacha comenzó a sollozar acariciándose la mejilla enrojecida—. Emily me ha contado que viviste con ella hace algún tiempo y que te ayudó en un problema grave que tuviste.

—¿Esa estúpida no sabe guardar un secreto?

Charlie la golpeó de nuevo, y esa vez le partió el labio inferior, por el que Cora empezó a sangrar profusamente.

—Cobarde. ¿Qué tipo de hombre pega a una mujer? —le gritó Cora, que se escondió entre la cama y la mesilla de noche.

—Emily habló con James sobre tu aborto…

—Yo…

—¡Calla! —Cora, aterrada, guardó silencio—. Emily habló con James sobre la pérdida de su hijo y cuál fue su sorpresa al enterarse de que ese hijo que tú le juraste que era de tu prometido, en realidad, no lo era. Tú, maldita zorra, engañaste a mi amigo mientras nosotros nos moríamos en el frente y luego lo abandonaste cuando no te convino. No tienes perdón.

—¿Y qué más te da a ti? La guerra no solo fue dura para vosotros, también los que nos quedamos en la retaguardia sufrimos.

—No te atrevas a comparar las dos cosas —aulló Charlie, que se agachó a su lado y le puso la cara tan cerca que la muchacha pudo oler el alcohol en su respiración—. ¿Tú has visto morir a tus amigos a tu lado? ¿Has visto cuerpos destrozados que ni se podían enterrar? ¿Has oído el incesante ruido de la artillería? ¿Te has acostado sin la certeza de volver a despertarte?

La muchacha apretó los ojos y agachó la cabeza para evitar otro posible golpe, pero este no

llegó. Charlie se levantó y dio un puñetazo en la pared que le hizo sangrar los nudillos.

—Tú, zorra, engañaste a James, la mejor persona que conozco. Engañaste a Emily dejándola pensar que aquel niño del que te deshacías era de tu novio, y ahora, el padre de tu hijo, ese capitán de pacotilla, cobarde y pusilánime, está muerto.

Charlie volvió a reír haciendo un ruido gutural extraño que a Cora le pareció que rayaba la locura.

—¿Qué tienes que decir al respecto?

—Nada —dijo Cora, envalentonada y sintiéndose atacada—. A ti no tengo que darte explicaciones, todo aquello fue antes de nuestra relación, y tú no tienes nada que ver.

—Soy tu marido —chilló Charlie, esta vez bofeteándola con fuerza—, y tú, pécora, solo has jugado con James y conmigo.

—Con James puede que sí, pero contigo nunca. Tú y yo sabemos que estamos juntos solo por conveniencia.

Charlie se abalanzó hacia ella furioso, levantó el brazo mientras Cora se protegía la cabeza con las manos, y se contuvo en el último momento, golpeó la cama y salió de la habitación.

—Eres una puta insufrible —gritó.

—Y tú un loco.

—Debí escuchar a la señora Carr cuando me desaconsejó casarme contigo. Nunca me has querido, pero de eso no puedo culparte, porque yo tampoco te quiero a ti.

Charlie se puso una chaqueta gastada y, furioso, salió de la casa dejando a Cora llorando y dolorida entre la cama y la mesilla de noche.

44 LA BÚSQUEDA

1919

Charlie no apareció por su casa el resto de la noche, y Cora pudo recomponerse y dormir tranquila. Por la mañana, se marchó al trabajo y, cuando volvió, se extrañó de no verlo en su sillón favorito bebiendo cerveza. Se sintió aliviada. Su ausencia era un pequeño regalo del que disfrutar, ya que sin él no había discusiones ni palizas. Pensó que algún compañero llamaría a su puerta a altas horas de la madrugada, como había ocurrido otras veces, arrastrando a un Charlie borracho que tendría que tumbar, vestido, en el sofá para que durmiese la mona. No pensó más en él y disfrutó de su soledad.

La joven se quedó dormida enseguida, estaba agotada. En la fábrica, los hacían trabajar a destajo y no se podía permitir el lujo de perder su trabajo, por lo que estaba obligada a seguir el ritmo de todos los demás empleados. Extrañaba la casa de los Montgomery, sus antiguos compañeros y su puesto de doncella más relajado. La situación laboral había cambiado en Accrington desde que tantos hombres desempleados regresaron de la guerra, y la competencia brutal se instaló entre ellos y las mujeres que querían conservar sus puestos a toda costa.

Por la mañana, Cora se despertó muy temprano, tenía que estar en la fábrica a las seis y le pareció raro que Charlie aún no hubiera regresado a casa. Nadie la había despertado en mitad de la noche tras recogerlo de algún bar, borracho, ni siquiera él mismo volvió por su propio pie. Ya hacía un día y medio que no tenía noticias de él, y se extrañó de que su marido no diera señales de vida, pero no tenía tiempo de seguir cavilando, por lo que aparcó sus dudas y se fue a trabajar.

Por la noche, cuando la chica regresó a su casa y se percató de que Charlie seguía sin aparecer, empezó a preocuparse de verdad. No es que le importara demasiado el muchacho, pero fueron amigos antes de la guerra, cuando todavía el chico era divertido, encantador y extrovertido, y pensó que sería mejor que fuera a buscarlo, podría estar metido en algún problema. La noche era desapacible, llovía a cántaros, y Cora se puso una capa impermeable por encima de su indumentaria de trabajo que la protegió del agua. Se recorrió las tabernas y *pubs* que Charlie solía frecuentar, pero no halló ni rastro de él en ninguno de ellos. Los clientes habituales de esos lugares tampoco lo habían visto en dos días, y Cora pensó que aquello era muy raro. «¿Se habrá cansado de Accrington y de mí y nos habrá abandonado para siempre?». Preguntó en los dos hospitales de la ciudad, e incluso fue a la policía a informarse, sin éxito. En la comisaría, la despidieron con cajas destempladas, y le insinuaron que volviera a su casa y se limitara a esperar. Al fin y al cabo, el que un hombre no volviera a casa con su esposa no era nada descabellado.

Cora no sabía que más hacer y, aunque pensó en algo absurdo, lo descartó por no estar segura de que fuera lo más acertado. Se lo volvió a plantear y lo desechó una vez más, por lo que se encaminó a su casa con paso acelerado. Cuando ya estaba a medio camino, se paró en seco, suspiró profundo, cambió de rumbo y se dirigió a casa de los Knox. Cora subió los dos escalones que la separaban de la puerta principal de James con titubeo. No sabía si hacía bien yendo allí a pedir ayuda. No había hablado con Emily ni con su exnovio desde que rompió su compromiso en el hospital de Londres hacía ya unos años. Pensó que, en el fondo, Emily debería de estarle

agradecida, al fin y al cabo, había obtenido lo que siempre quiso gracias a que ella abandonó a James. Llamó al timbre y esperó, nerviosa. Emily abrió la puerta personalmente y la sonrisa sempiterna de su cara se borró al instante.

—¿Qué haces aquí? Hacía mucho que no te veíamos.

—No he venido por algo mío, si eso es lo que piensas.

—No pienso nada, Cora, solo me pregunto el porqué estás en la puerta de mi casa a estas horas —agregó Emily sin invitarla a pasar.

—Le contaste a James nuestro secreto.

—Y tú me mentiste. Me hiciste creer que el niño que llevabas dentro era de él. Maquinaste un plan para retener a James, a pesar de que te acostabas con Philip Montgomery, y cuando te necesitó, lo abandonaste. Por eso me hiciste prometer que no le dijera nada, porque el niño no era suyo. ¡Ni siquiera os habíais acostado!

—Deberías darme las gracias y no estar enfadada conmigo, ya tienes a James solo para ti.

—Lo siento, Cora, no tengo tiempo para más tonterías —Emily fue a cerrar la puerta, y Cora se lo impidió con el pie antes de que pudiera hacerlo.

—Te interesa lo que tengo que decirte.

Emily se detuvo y volvió a abrir la puerta, encarándose con la chica.

—Pues dime de una vez qué es eso tan importante y márchate.

—Charlie ha desaparecido.

Emily no esperaba esa noticia, y su cara se volvió blanca, transparente, y un miedo visceral le recorrió el estómago.

—Está bien, pasa. James también querrá saber lo que ha ocurrido.

Emily hizo entrar a Cora en la sala de estar donde James estaba sentado leyendo.

—¿Qué hace ella aquí? —preguntó el muchacho a su esposa, que le quitó importancia al asunto con un leve aleteo de la mano.

—No es la presencia de Cora la que debe preocuparnos, sino Charlie —se explicó Emily—. Ha desaparecido.

Solo por un instante, James miró a la muchacha con rabia, pero posó los ojos en su esposa, que se mordía el labio preocupada por la situación, y se sintió profundamente afortunado. El rechazo de esa mujer lo había arrastrado a los brazos de su dulce Emily, su mejor mitad, y un sentimiento de agradecimiento emergió de lo más profundo de su corazón. Estaba enamorado de su esposa, y al verlas allí a las dos juntas, supo, con toda certeza, que el destino le había jugado la mejor de las pasadas.

—Siéntate y cuéntanos qué ha ocurrido —ordenó James sin ninguna nota de rencor en su voz.

—Prefiero seguir de pie —añadió la chica que, sin rodeos, relató la pelea que había mantenido con su marido dos días atrás, y la desaparición de Charlie desde entonces.

—¿Sabes dónde puede estar? —preguntó James angustiado por su amigo.

—En cualquier parte que ofrezca alcohol. Antes bebía esporádicamente, ahora no deja de beber.

—Tenemos que buscarlo —añadió Emily—, puede estar herido, quizá ha tenido un accidente.

—Yo no voy a ir a ninguna parte —sentenció Cora, fría—. Charlie ha perdido la cabeza, se ha vuelto loco, y no quiero que me arrastre con él.

—Es tu marido, ¿es que no te importa? —preguntó Emily, que la miró con ojos de asombro.

—En realidad, no. Nuestro matrimonio ha sido un infierno, no estamos enamorados, y estos dos días que Charlie no ha estado en casa me he vuelto a sentir libre y he podido descansar sin palizas ni porrazos. Ya os he listado los sitios que he recorrido para buscarlo, ahora todo queda en vuestras manos; yo me vuelvo a casa. Si lo encontráis, decidle que quiero el divorcio.

—¿Por qué te casaste con él entonces, Cora? —preguntó James, abrumado.

—Porque Philip prefirió a la sosa de Sophie Flynn, y tú te dejaste desfigurar en esa estúpida guerra que nos ha arruinado a todos.

—¡Cómo te atreves! —gritó Emily—. Sal ahora mismo de mi casa.

Cora, que no había tomado asiento, se dirigió a la puerta de la habitación con paso vivo.

—Si no te importa Charlie —gritó James desde el medio del salón—, ¿por qué has venido a avisarnos? Te conozco más de lo que crees, Cora Holder, sé que no eres tan dura como quieres aparentar y también sé que quieres a Charlie, puede que no estés enamorada de él, pero solíais ser amigos. Él te importa, de lo contrario, no te hubieras molestado en decirnos nada.

La chica se quedó parada en el umbral de la puerta de la sala y cerró los ojos.

—Ya no es el Charlie que conocíamos, está alcoholizado y puede ser cruel y vengativo —murmuró más asustada que enfadada—. Ya no soy capaz de reconocerlo.

Cora movió la cabeza para despejarse y deshacerse de las lágrimas que surcaban sus mejillas, odiaba demostrar debilidad.

—Lo siento, ya os lo he dicho, estáis solos en esto. —Se disculpó y continuó andando sin volverse, abrió la puerta principal y dejó a James y a Emily envueltos en un mar de dudas.

—Pondremos un anuncio en el periódico por si alguien lo ha visto, volveremos a hablar con la policía y organizaremos una partida de búsqueda por Accrington entre los veteranos que volvieron con nosotros esta misma noche —organizó James.

—Está bien, pues pongámonos en marcha.

Al cabo de tres horas, la policía ya había reunido varios grupos de hombres que buscaban a Charlie por los bosques que rodeaban a la ciudad llenos de encinas, robles, alcornoques y quejigos. James intentó que Emily se quedara en casa, pero ella, en vez de eso, llamó a Grace y a sus antiguas compañeras de la fábrica de municiones. Desde que se terminó la guerra, algunas decidieron volver a sus hogares y dejar de trabajar mientras que otras cambiaron de empleo yéndose a las fábricas textiles o de ladrillos que ya existían en la ciudad. A pesar de todo, Emily logró mantener muy buena amistad con todas ellas, que acudieron sin dudarlo a su llamada.

—Nosotras pondremos la ciudad patas arriba si hace falta mientras los hombres están en los bosques. Charlie es uno de los nuestros, ha peleado bien en la guerra y nos necesita. Vamos, chicas, por nuestros maridos, hermanos, hijos, que han luchado junto a Charlie en las trincheras. Tenemos que encontrarlo —arengó Emily.

Las mujeres partieron en equipos de a dos. Algunas de ellas pasaron por el Victoria Market Hall, otro grupo rastreó los alrededores de Saint James, y otras prefirieron dirigirse a la zona del ayuntamiento. De lo que sí se aseguró Emily era de que no se dejara ningún lugar por recorrer, ni piedra por levantar, para encontrar a Charlie. No volvieron a reunirse hasta por la mañana en el punto designado por Emily después de que hubieran callejeado todo Accrington. Las mujeres llegaron con el semblante serio, vencidas, ninguno de los grupos encontró rastro alguno del joven, y ni siquiera hablaron con nadie que les pudiera dar una pista de su paradero.

—Puede que se haya marchado de la ciudad —le dijo Grace a Emily, que reflejaba en su cara los estragos de la desilusión y la frustración.

—Será lo más probable —agregó otra de las chicas—. Charlie no tiene trabajo en

Accrington, se está metiendo cada vez en más problemas, puede que se lo haya pensado mejor y quiera rehacer su vida lejos de aquí.

—Vamos, Emily, volvamos a casa —insistió Grace—. Descansemos y ya veremos qué se puede hacer a lo largo del día. Tal vez los hombres hayan tenido más suerte en los bosques.

Con reticencia, Emily aceptó lo que Grace planteaba, ¿qué más podían hacer? Todas estaban agotadas, las luces del alba despuntaban por el este y no debía pedirles más. Ya había hecho suficiente.

—Está bien, chicas, muchas gracias a todas. Volved a casa, os contactaré de nuevo si os necesito.

—¿Y tú que harás? —preguntó Grace.

—Yo también volveré a mi casa, te lo prometo. James tiene que estar al llegar, y quiero estar allí por si tiene alguna noticia.

—Está bien. Ven a verme cuando estés más descansada, y podremos decidir qué hacer.

—De acuerdo, Grace —Emily se abrazó a ella con fuerza, desde la partida de Hattie, se había convertido en una amiga muy cercana, y realmente la apreciaba.

El grupo se dispersó cabizbajo por no haber conseguido ninguna pista sobre Charlie. De vuelta a su casa, Emily vio la figura enjuta de James a lo lejos, sentado en uno de los escalones de la puerta de su casa.

«¡Gracias a Dios! —pensó—. Seguro que ya saben algo».

—James —gritó mientras corría hacia él—, ¿qué habéis averiguado?

En su carrera hacia su esposo, Emily no se fijó en que el muchacho tenía la mirada fijada en el suelo, los hombros caídos y el semblante derrotado. Solo cuando estuvo cerca de él, se percató de que James estaba absorto en sus pensamientos y ni siquiera la había escuchado.

—¿James? —preguntó con voz temblorosa.

No respondió. Tenía la máscara en la mano y su único ojo cerrado, y Emily comprendió que algo no iba bien.

—James —insistió, esa vez gritando—. ¿Qué ha pasado?

45 EL BOSQUE

1919

Mientras Emily se había unido al grupo de mujeres para encontrar a Charlie, James redactó un escueto anuncio para que saliera en el periódico de la mañana. Se dio toda la prisa que pudo y lo entregó en la redacción antes de unirse a las partidas de búsqueda que rastrearían el bosque. En el anuncio se ofrecía una pequeña recompensa para la persona que proporcionara alguna noticia sobre el paradero de Charlie, y rezó para que ese pequeño cebo diera resultado.

Una vez que entregó el reclamo en el rotativo, se unió al resto de vecinos y exsoldados en el bosque de Blackburnshire. Entre unos y otros se habían reunido más de cincuenta personas con palos, silbatos y candiles para buscar a gritos a Charlie en el paisaje agreste del valle entre los ríos Ribble y Calder.

—¿Y si se ha ahogado? —preguntó uno de los hombres, que hizo que la piel de James se erizara solo con pensar en la posibilidad de perder a su amigo.

—La policía debería buscar en el agua mientras nosotros recorremos el bosque —insistió.

—Para eso tendremos que esperar a mañana, ahora no se vería nada —añadió James visiblemente preocupado.

—¿Y qué hay de los canales de Leeds o de Liverpool? Ha podido ir a pescar y caerse —agregó Peter, un exsoldado que vivía en la misma calle de Charlie y James.

—No sé si se habrá caído —dijo el marido de Emily—, pero te aseguro, Peter, que Charlie no ha salido a pescar.

La noche se hizo angustiosa y eterna. Muchos hombres todavía se resentían de las heridas recibidas en la guerra y, cuando despuntó el día, agotados, pensaron que era hora de regresar a casa. Antes decidieron echar un último vistazo entre los alcornocales de Foxhill Bank, que era el último lugar que les faltaba por rastrear. No llevaban ni diez minutos llamando a Charlie y haciendo sonar los silbatos cuando Peter llamó la atención de todos.

—Aquí…, venid… aquí.

Los hombres se reagruparon y llegaron hasta donde se encontraba el joven en pequeñas oleadas. James estaba lejos y fue uno de los últimos en arribar al círculo que se formó alrededor de un gran alcornocal.

—¿Qué habéis encontrado? —preguntó con la voz entrecortada, apoyando sus manos en las rodillas. Le costaba respirar.

—Lo siento mucho, muchacho —fueron diciendo sus antiguos compañeros, que se apartaron del camino para que James pudiera llegar hasta el gran árbol.

Con sumo cuidado, y temiéndose lo peor, se abrió paso hasta alcanzar los pies del frondoso alcornoque. Intuyó lo que iba a encontrarse y no quiso mirar, a pesar de que sus pies seguían caminando. Con la cabeza baja, se paró delante del tronco y, tomando aire, miró hacia arriba. Charlie se balanceaba colgado del cuello de una de sus ramas más gruesas. James se arrodilló sin fuerzas y gritó el nombre de su amigo. Solo habían pasado cuatro años desde que en ese mismo bosque decidieron ir todos a la guerra, ahora Ed y Charlie estaban muertos, y solo quedaba él.

—Charlie… ¿Por qué lo has hecho? —sollozó sin consuelo—. Debiste recurrir a mí, yo te hubiera ayudado.

Dos antiguos compañeros de trincheras lo levantaron, y James se deshizo de sus brazos y se agarró a los pies de Charlie. No podía creer que fuera su amigo el que se columpiaba inerte por el viento del norte con una soga en la garganta.

—Será mejor que no toquen nada —dijo el sargento de policía.

—Tienen que bajarlo de ahí —exigió James como loco.

—Y lo haremos, señor Knox, pero debe dejar que hagamos nuestro trabajo. Les estamos muy agradecidos a todos por habernos ayudado a dar con el señor Drake —gritó el policía para que los hombres que se habían reunido alrededor del cuerpo lo oyeran bien—, pero ahora debo rogarles que se vayan a sus casas. Aquí ya no pueden hacer nada más.

A regañadientes, el grupo se dispersó, pero James no se movió. No podía apartar la mirada de la cara amoratada de Charlie. La cuerda le apretaba tanto el cuello que su lengua, exageradamente grande, le colgaba por fuera de la boca, y sus ojos permanecían abiertos como si estuvieran a punto de saltárseles de las órbitas.

—Vamos, James —farfulló Peter—. Ven conmigo, te acompañaré a tu casa.

—Gracias, pero debo quedarme aquí. Charlie era mi mejor amigo, él lo hubiera hecho por mí.

Peter lo entendió perfectamente. Él también perdió a su mejor amigo en el Somme, por lo que habló con el sargento para que dejara a James quedarse con Charlie hasta que la ambulancia se lo llevara a la morgue.

—Está bien —dijo el policía—, pero no puede volver a tocar el cuerpo.

James no lo hizo, se limitó a sentarse en la hierba como lo habían hecho cientos de veces antes de la guerra y esperó. El forense tardó un rato en llegar, la policía bajó el cadáver, y James sintió una pena infinita. El caso de Ed había sido distinto, su muerte ocurrió en el fragor de una batalla, pero Charlie…, Charlie decidió poner fin a su vida sin, ni siquiera, intentar hablar con él. Se puso las manos en la cara sin creerse lo que ocurría y, con prisas, se acercó a un árbol parecido al que su amigo había elegido para finalizar su existencia y vomitó.

—¿Por qué? —susurró el muchacho—. Yo era tu amigo, te quería y hubiera hecho cualquier cosa por ayudarte. Todos fuimos al frente, y aunque no fue la misma guerra para todos, la mayoría tenemos secuelas. ¿Qué te ocurrió que no pudiste superar?

Las lágrimas se deslizaron por la máscara de James, humedeciéndola, y prefirió quitársela. Ya no le importaba que lo vieran sin ella, o que lo escudriñaran con miradas sigilosas; lo único que le preocupaba era el saber por qué Charlie había cometido un acto así. James se sintió mareado y se sentó apoyando la espalda en el tronco de una inmensa encina. No podía dejar de llorar y escupió en el suelo maldiciendo la guerra. Le vino a la mente el día antes de alistarse, cuando Charlie los animó a todos a participar en esa contienda que, según él, sería corta y poco peligrosa. James sonrió al pensar en su amigo, en el Charlie de antes del conflicto, en su personalidad abierta y entretenida, en su simpatía, su apasionamiento, y luego lo recordó borracho en los *pubs* de Accrington, violento y sin ganas de vivir. Se restregó los ojos sin entender en lo que Charlie se había convertido.

—Tuvo que haberte ocurrido algo —se dijo James—. ¿Qué paso? ¿Qué sucedió que fue tan importante como para no poder compartirlo conmigo? —James se sintió culpable—. Creí que no teníamos secretos.

La policía lo obligó a mantener una discreta distancia y observó con tristeza y rabia cómo

bajaban a Charlie y lo tendían en la hierba húmeda. James se volvió a llevar las manos a la cara sin máscara, aún no se creía que su amigo hubiera fallecido. ¿Por qué él era el único que había sobrevivido? «A veces, la vida es caprichosa», pensó.

El sargento se acercó a James.

—El forense quiere verle.

—¿A mí? —exclamó el muchacho, sorprendido—. ¿Por qué?

—Tiene que darle algo.

James lo miró confuso.

—No entiendo.

—Dese prisa —dijo el sargento, que caminaba frente a él con paso decidido—, Charlie ha dejado una nota dirigida a usted.

46 LA NOTA

1919

Emily llegó hasta su marido y lo estudió asustada.

—James —dijo con voz trémula, escrutando el rostro de su esposo, que le pareció roto y vacío.

El muchacho, que seguía sentado en el escalón delante de la puerta principal de su casa, no le contestó. Emily se sentó junto a él, dejó reposar la cabeza en su hombro y sus ojos se desviaron hacia la carta que James sostenía entre las manos.

—¿Qué ha ocurrido, mi amor? —preguntó con el vértigo metido en el estómago y una opresión en el pecho que le impedía respirar.

James se limitó a tenderle la nota. Se había quitado la careta, y las lágrimas rodaban por su rostro maltrecho. Con manos temblorosas, Emily empezó a leer:

Lo siento mucho. Lo he intentado, James, te lo aseguro, pero el tiempo no ha mitigado mi sufrimiento y ya no puedo seguir adelante.

Emily interrumpió la lectura, y miró a su marido, que movía los hombros de arriba abajo al ritmo de su llanto. Cerró los ojos, comprendiendo lo que había pasado, no quería seguir leyendo, pero no le quedaba más remedio.

Ya no puedo guardar más este secreto que me ahoga, me asfixia y me mata. No quise hacerlo, lo juro, pero fui yo quien mató a Ed.

Emily abrió mucho los ojos, y sus cejas, antes fruncidas, dibujaron un arco de sorpresa en su bello rostro. Miró a su marido, pero James seguía con la mirada perdida, sin dar crédito a lo que la nota explicaba.

Salimos los dos de la trinchera al mismo tiempo, en la primera oleada. Ed tenía miedo, mucho miedo, y le dije que se pusiera detrás de mí. Un obús explotó muy cerca de nosotros, y Ed comenzó a chillar. Sus alaridos eran tan potentes que podían equipararse al ruido de los morteros que caían a nuestro alrededor sin cesar. Nos refugiamos en una oquedad formada por el impacto de una mina y, a pesar de que intenté calmarlo, Ed no atendió a razones. Teníamos que seguir avanzando, Ed se negó. Se sentó en el suelo del agujero y me dijo que lo dejara allí, que prefería morir en ese lodazal que seguir corriendo hacia los alemanes. No quería dejarlo solo, así que lo agarré de la mano para tirar de él. No quiso levantarse, y nos peleamos. No sé cómo ocurrió, James, lo juro, pero mi arma se disparó, y la bala impactó de lleno en su vientre. Me quedé petrificado mientras la cara de nuestro amigo reflejaba un sufrimiento espantoso. Ed me tendió su mano y me pidió que me acercara. Sabía que iba a morir. Le rogué que me perdonase, que no había sido mi intención alcanzarlo, y me arrodillé junto a él mientras lo abrazaba. Me dijo que tenía mucho frío y que no lo dejara solo. Le prometí que no lo haría y que se pondría bien, pero su sangre de un rojo oscuro me decía lo contrario. Llamó a su madre, y susurró que quería volver a Accrington, estar de nuevo los tres juntos en la fábrica de ladrillos.

Emily dejó de leer y se secó las lágrimas, que rodaban por sus mejillas a raudales. Abrazó a su marido, que seguía mirando al infinito sin decir ni una palabra, abatido, roto, desmadejado. La joven continuó con la nota.

«Quiero conocer chicas, bailar, reír, aprender, vivir», me confesó, «pero todo tendrá que esperar a otra vida porque hoy me toca morir». Le dije que lo sentía, James, que no fue mi intención, y él me perdonó. Sin embargo, yo nunca he podido perdonarme, por eso hoy he decidido quitarme la vida. Yo fui quien lo convenció para que se alistara, quien maquinó el plan de firmar sus papeles como si fuésemos sus padres, fui yo quien lo arrastró a la guerra. Ed no murió por una bala enemiga, sino por una mía, yo maté a mi amigo. Por eso, todos estos años me he refugiado en el silencio y en el alcohol para poder sobrevivir. De verdad que lo he intentado, pero no puedo superarlo. Espero que lo entiendas. Pídele perdón a los señores Carr de mi parte, diles que nunca quise hacerle daño a Ed, que fue un accidente, y que hubiera preferido que me alcanzaran a mí mil veces antes de ver morir a su hijo.

Cuando Ed me tomó la mano, su rostro estaba salpicado de tierra y me dijo que nos quería y que no debía culparme por lo ocurrido, lo abracé con todas mis fuerzas, pero no pude salvarlo. Murió en mis brazos con un gesto de pavor en su cara que jamás olvidaré. Me quedé con él un tiempo, incapaz de dejarlo solo, hasta que el sargento me agarró de la chaqueta y me obligó a seguir adelante.

Dile a Cora que lo siento, que mi dolor no me dejó amarla. Por favor, entiéndelo, todos estaréis mejor sin mí. Vive por todos nosotros, James, por Ed, por mí, y sé feliz. Realiza todos nuestros sueños, y así ninguno de nosotros habrá muerto en vano.

Charlie.

De reojo, Emily miró a su esposo, que parecía haber envejecido diez años, y lo abrazó con dulzura. No era habitual ver a James superado por los acontecimientos, era un hombre fuerte y lo había demostrado con creces, pero la noticia de que Charlie se había quitado la vida y que Ed murió a manos de Charlie en el frente era demasiado para asimilarlo en un solo día.

—Vamos —lo animó la joven—, entremos en casa.

Emily ayudó a James a sentarse en el sofá de su sala de estar y decidió preparar té para reconfortarlo. Puso una taza humeante delante de su marido y se sentó junto a él.

—Por eso Charlie estaba tan cambiado —susurró James sin que apenas le saliera la voz del cuerpo—. ¡Cómo pude estar tan ciego!

—Tú también lidiabas con tus propios demonios —le recordó Emily—. Tus heridas fueron importantes, y no ha sido fácil el proceso por el que has pasado. Lo intentaste, James, hablaste con Charlie en más de una ocasión, fue él quien no estaba preparado para hablar contigo.

El muchacho se puso la mano en la frente y se masajeó el entrecejo fruncido.

—Debo ir a casa de los Carr.

—¿No puedes esperar? Creo que debes pensar bien lo que vas a decirles.

—No. Tengo que ir ahora. Les contaré exactamente lo que Charlie me ha pedido que les diga, y les suplicaré su perdón. ¡Ojalá hubiera sabido antes lo que ocurrió! No puedo ni imaginar lo mucho que ha debido de sufrir Charlie. —James hundió la mirada en el suelo y comenzó a llorar—. No he sido un buen amigo.

—Eso no es verdad, has hecho lo que has podido, todos hemos hecho lo que hemos podido. Él fue quien decidió que no quería compartir su culpa con ninguno de nosotros.

James no tocó el té que Emily le había preparado, sino que se puso la máscara que había dejado sobre la mesa y se dirigió a la puerta.

—Déjame acompañarte —le rogó su esposa.

—No —respondió categórico—. Charlie hubiera preferido que fuera yo solo.

El muchacho no dijo nada más, y Emily oyó cómo la puerta principal se cerraba a su espalda, dejándola sola y envuelta en lágrimas.

La casa de los Carr no estaba muy lejos de la de los Knox, y James no tuvo tiempo de preparar lo que les diría en el corto trayecto que recorrió hasta llegar allí. Tampoco su mente estaba clara como para pensar en un discurso, por lo que se dejó llevar por sus instintos y llamó al timbre antes de que pudiera cambiar de opinión y volverse por donde había venido. Mary le abrió personalmente y lo invitó a pasar, feliz de volver a verlo.

—Hola, muchacho. ¿Ya has hablado con Charlie? —dijo Mary, ajena a lo que había ocurrido.

—¿Está su marido en casa, señora Carr?

—No. Norton acaba de salir, ¿por qué?

—Tengo que contarles muchas cosas a los dos. Cosas que no son agradables y que, ojalá, no tuviera que decirlas, pero me temo que es absolutamente necesario.

Mary se tensó de inmediato y se cruzó el jersey de lana que llevaba puesto para mitigar el frío que las palabras de James le habían provocado. Por algún motivo que no alcanzaba a entender, tenía la certeza de que lo que el joven tenía que confesarle tendría que ver con su hijo.

—Será mejor que pases y me lo cuentes a mí. Norton ha ido a visitar a su hermana en Chorley y no volverá hasta esta noche —dijo con voz trémula.

Los dos se sentaron en la cocina de los Carr, la misma donde Ed les anunció a sus padres que se había alistado a la guerra, y se miraron abatidos.

—No hay manera de suavizar lo que voy a decirle. Lo siento mucho, pero Charlie ha muerto.

Mary se tapó la boca con el puño y comenzó a llorar.

—Pobre muchacho, pobre muchacho… ¿Qué ha ocurrido? —logró decir cuando se serenó un poco.

—Se ha quitado la vida.

La mujer se puso las manos en el rostro ajado y negó con la cabeza.

—Lo sabía. Sabía que no estaba bien, era obvio que le ocurría algo, y no he sido capaz de ayudarlo —se lamentó.

—Yo tampoco. Y ahora sé el por qué ninguno de los dos pudo hacerlo.

Mary miró a James confundida.

—¿Por qué?

El muchacho miró de un lado a otro de la cocina buscando las palabras adecuadas para evitarle a la mujer un dolor innecesario; sin embargo, por mucho que lo intentó, no vio cómo endulzar sus próximas frases.

—¿James? —preguntó la señora Carr, asombrada del silencio del joven, que mantenía la cabeza gacha.

—No sé cómo contárselo, de verdad que no lo sé. —El muchacho comenzó a llorar, y Mary le tomó la mano que tenía extendida sobre la mesa, le dio unos golpecitos de ánimo y le sonrió con dulzura.

—Solo dilo.

—Está bien —James respiró profundamente y continuó—: Charlie ha dejado una nota de suicidio. En ella, me pide que hable con usted.

El chico volvió a guardar silencio.

—Por favor, continúa.

El joven levantó la cabeza y clavó su mirada en los ojos azules de Mary Carr. Sabía que iba a hacerle daño y se odiaba por ello, pero no tenía otra alternativa.

—Ed no murió por una bala alemana.

—¿Cómo dices? —exclamó la mujer con los ojos muy abiertos sin esperar una noticia como esa.

—La batalla del Somme fue brutal, ningún hombre debió experimentar nunca nada parecido. Nos sentimos ganado yendo al matadero, no había escapatoria. —Mary lo dejó hablar aguantando el aliento—. Ed tuvo miedo, no quería continuar corriendo, y Charlie tuvo que forzarlo a seguir adelante. Hubo una pelea y un accidente, el fusil de Charlie se disparó, y la bala impactó en el vientre de su hijo.

Mary le soltó la mano de repente, como si una corriente eléctrica los hubiera atravesado haciendo que saltaran chispas.

—¿Qu-qué quieres decir? No te comprendo —la mujer tartamudeaba, incrédula.

James se mordió el labio deformado bajo la mascara para buscar las mejores palabras.

—Charlie no quiso hacerlo, fue un accidente.

—¿Charlie mató a Ed?

—No lo hizo queriendo, el fusil se disparó. En la nota, me pidió que viniera a verlos y les pidiera perdón.

—¿Por qué no lo hizo él mismo?

—Supongo que no tenía el valor de enfrentarse a ustedes.

—Cobarde… Era como un hijo para nosotros, y nos pagó así —susurró Mary—. Debería de

haberse quitado la vida antes de haber matado a mi hijo.

James se quedó atónito, no esperaba esa reacción por parte de la señora Carr. Repasó sus palabras y creyó haber sido claro, Charlie había disparado a Ed, pero había sido un accidente. Sin embargo, Mary parecía no entenderlo así. La mujer se levantó mareada, se le nubló la vista y le temblaron las piernas. Todo le daba vueltas, y James tuvo que sujetarla para que no se cayera al suelo.

—Vete de mi casa.

—Señora Carr, ¿no lo ha comprendido? Fue una desgracia, Charlie nunca quiso hacerle daño a Ed. ¡Eran amigos! —exclamó, turbado.

—Lo he entendido perfectamente. Todos vosotros habéis matado a mi hijo. Lo incitasteis a alistarse, le llenasteis la cabeza con estúpidas historias de patriotismo y honor, lo arrastrasteis a la guerra y, por último, Charlie disparó el arma que terminó con él. Lo he entendido, por eso te pido que te marches de mi casa, y no vuelvas nunca. Charlie ha hecho bien, solo ha pagado por la muerte de mi hijo.

—No está siendo justa —dijo James—. Charlie quería a Ed, no quiso que muriera. La guerra es un caos, nadie sabe lo que está haciendo en medio de una batalla, no hay ningún entrenamiento que te prepare para lo que tienes que enfrentar.

—No quiero escuchar nada más —masculló Mary con rencor—. Ed está muerto, y vosotros habéis sido los culpables.

La boca de chico se arrugó en un rictus de dolor, quiso decir algo más, pero supo que era inútil, la señora Carr estaba fuera de sí, necesitaba un culpable, y jamás los perdonaría.

—Está bien, me iré —dijo derrotado—, pero siempre estaré ahí para lo que necesite. Comprendo su reacción, es injusto lo que ha pasado, pero que Ed muriera no fue culpa de nadie, solo de la maldita guerra que ha acabado con una generación de jóvenes para siempre.

—Si no lo hubierais forzado a ir con vosotros, mi hijo seguiría vivo. Esa sí es una verdad irrefutable.

James entendió que no la haría cambiar de opinión y, para evitarle más dolor, murmuró una disculpa apresurada y abandonó la casa de su amigo para siempre.

47 HAY VIDA DESPUÉS DE LA GUERRA

1920

La fiesta que preparaban en casa de los Flynn era para la hija de Sophie y Steven, que cumplía un año. El pastel de zanahoria que hizo Hortensia estaba decorado con merengue, cerezas en almíbar y ralladura de coco, y una única vela se erguía orgullosa ante la atenta mirada de la chiquilla a la que habían llamado Claire, como su abuela paterna. La pequeña intentó apagarla un par de veces y, ante su creciente frustración, su madre la ayudó para que no llorara.

—¡Ven con la abuela! —exclamó Larisa, levantando a Claire en brazos mientras Hortensia se afanaba en repartir pedazos de tarta entre los asistentes al cumpleaños. Stuart se acercó a su mujer y a su nieta, orgulloso, y Steven agarró a su esposa por la cintura, satisfecho de su familia.

—Nuestra hija es perfecta, gracias que se parece a su madre —le susurró a Sophie al oído.

La muchacha sonrió llena de felicidad y, con dulzura, le depositó un beso en la mejilla.

—Lo hemos hecho bien, ¿verdad?

—No podríamos haberlo hecho mejor.

Sophie observó la escena de sus padres y su hija embelesada y pensó que la vida era sabia. «Los obstáculos del camino son solo el aprendizaje que te llevan a tu destino», se dijo, y abrazó con más fuerzas a su esposo, que la envolvió entre sus brazos completamente enamorado.

Cora, tras la muerte de Charlie, desilusionada, resolvió no permanecer más tiempo en Accrington. Esos últimos años no fueron fáciles para ella y, criticada y repudiada por la mayoría de sus conocidos, decidió hacer las maletas y marcharse lejos. No le dijo a nadie adónde se dirigía, solo tomó un tren de los que pasaba por la ciudad a última hora de la tarde y, sin despedirse, buscó su futuro en otro lugar. No lloró cuando el ferrocarril arrancó, ni tampoco miró hacia atrás, solo deseó alejarse cuanto antes de aquel lugar lleno de dolor y sufrimiento.

Emily había dado a luz hacía solo unos meses, a su hija Emmeline. James insistió en llamarla Hattie, como su hermana, pero ella quería que llevara el nombre de la mayor activista política y sufragista de Inglaterra: Emmeline Punkhurst. Hattie, que estuvo involucrada en la decisión del nombre de su sobrina a través de las cartas que le enviaba su cuñada, no podía estar más de acuerdo con Emily, por lo que James tuvo que rendirse a la fuerza conjunta de las mujeres de su vida y darse por vencido.

—Puede que este nombre le sirva de inspiración para luchar por sus derechos —afirmó Emily con su hija en brazos, y James, orgulloso de la personalidad impetuosa de su esposa, la besó satisfecho.

El bautizo de la pequeña se llevó a cabo en Saint James, y Hattie, que salió de la recién creada Yugoslavia con Darko unas semanas antes, llegó justo a tiempo para la ceremonia.

El joven serbio había logrado recuperarse muy bien en Malta. Después de unos meses en la isla, la pareja se instaló en una cómoda casa en Belgrado de la que Hattie estaba absolutamente enamorada. A pesar de que Malta los trató bien, tras la guerra, le ofrecieron al exsoldado un puesto político de gran renombre al fusionarse el reino de los serbios, croatas y eslovenos que no pudo rechazar. La ciudad en la confluencia de los ríos Sava y Danubio estaba considerada como uno de los cruces entre el este y el oeste de Europa, y era un lugar efervescente y alegre muy

próximo a la personalidad de la Inglesa. A Hattie le pareció que la ciudad estaba en pleno desarrollo, y la modernización la alcanzaba como al resto de Europa después de una larga y agotadora guerra. Lo único que la llenaba de nostalgia era que echaba de menos a James y a Emily, pero su vida estaba junto a Darko y, si él se quedaba en Belgrado, ella también lo haría.

La noticia del nacimiento de Emmeline le llegó por carta, y Hattie saltó de alegría con la propuesta de su hermano para que fuera la madrina de su hija. Hattie y Darko llegaron solo un día antes del evento, y James y Emily los acogieron a ambos con los brazos abiertos. El muchacho quedó encantado con la familia de su futura esposa, y Hattie con su sobrina, que, aunque aún era muy pequeña, se podía ver sin ninguna duda lo mucho que se parecía a ella. El bautizo terminó en una pequeña reunión familiar en la que todos comieron, bebieron y rieron en el salón del matrimonio Knox.

Hattie se acercó a su hermano, que rellenaba con vino los vasos de todos, y dejó a Darko en una animada charla con Emily, que sostenía a su hija en brazos.

—La niña es preciosa —dijo embobada sin quitarle los ojos de encima a su sobrina.

—Si es la mitad de combativa que tú, debería de empezar a prepararme —masculló James, que hizo que su hermana rompiera en una sincera carcajada—. Pero estaré tremendamente orgulloso de ella, al igual que lo estoy de ti. Darko es un buen tipo, me alegro mucho de que lo hayas encontrado y no estés sola.

Hattie sonrió con la boca, pero sus ojos reflejaron un brillo de tristeza.

—Lo es, aunque siento que nuestros caminos tengan que separarse. No planeé vivir fuera, pero…

—Estás donde tienes que estar, hermanita —afirmó James,que puso su dedo índice sobre los labios de la chica—. Darko es tu destino, y Belgrado, tu casa.

Hattie lo abrazó con fuerza y acarició su cara magullada sin máscara.

—Te voy a echar de menos, pero te dejo en buenas manos —afirmó la joven mirando a Emily.

—En las mejores, Hattie, en las mejores. —El muchacho miró a su esposa con Emmeline en los brazos, emocionado, y un estremecimiento de alegría recorrió su corazón y su alma—. ¡Ah¡ Deja que Emily te lo diga, pero vuelve a estar embarazada. La verdad es que ha sido una sorpresa. Tal vez, esta vez sea un chico y pueda tener un compañero que me acompañe entre tantas mujeres.

Los hermanos rieron con ganas y Hattie lo abrazó con ternura.

—Te quiero, James. Te echaré mucho de menos.

—Y yo a ti, pero basta de tristeza, hoy es un día grande para los Knox, y Belgrado no está tan lejos. Iremos a visitaros.

—¿Lo prometes? —preguntó Hattie con una ilusión renovada en la cara.

—Claro que lo prometo, ¿es que esperabas menos de mí?

Hattie lo abrazó de nuevo y agradeció al cielo hubiera perdonado la vida de su hermano. Se acercó a Darko que hablaba animadamente con Emily, observó a su familia con orgullo y deseó que la gran guerra en la que se habían visto envueltos fuese la última que sacudiera a Europa y al mundo.

QUERIDOS LECTORES

Gracias por acompañarme en este viaje literario. Cada palabra que han leído ha sido tejida con amor y pasión, y su apoyo significa el mundo para mí. Si disfrutaron de esta novela, los animo a que miren el resto de mis obras, y si han leído algunos de mis libros, y desean compartir su opinión, les aliento a que lo hagan en Amazon. Sus palabras son la luz que guía a otros lectores a descubrir estas historias. Escanee el código QR para dejar su comentario o encontrar el resto de mis libros.

Más allá de las trincheras es la primera entrega de la nueva serie histórica titulada: Hijos del conflicto. Si este libro les ha gustado es posible que también disfruten de la serie Sombras de Guerra que se compone de tres novelas independientes: *La oscuridad del sur, Cartas para Gretchen* y *Lo que vivimos.*

Empiece a leerla siguiendo el código QR

Rosa Moreno Matellanes

OTRA SERIE DE
ROSA MORENO MATELLANES

CRIMEN, SANGRE Y SECRETOS

Novelas de intriga, thrillers históricos, asesinatos y misterio.

Esta serie lleva a los lectores a un emocionante viaje a través de épocas y lugares muy distintos, donde los secretos oscuros, las intrigas y los crímenes impactan de manera profunda y misteriosa. Cada libro en la serie presenta una trama independiente, pero todos comparten un enfoque en la resolución de misterios y la exploración de la complejidad humana en contextos históricos y geográficos únicos.

Empiece a leerla siguiendo el código QR

BIOGRAFÍA

Rosa Moreno Matellanes estudió Geografía e Historia y trabajó dando clases de Historia, Arte y Cultura para estudiantes norteamericanos. Tras el éxito de sus cinco primeras novelas; La oscuridad del sur, Cartas para Gretchen, La sangre del azúcar, La verdad está en el agua y Lo que vivimos vuelve con Más allá de las trincheras. Una novela de ficción histórica ambientada en la crueldad de la Primera Guerra Mundial.

Ávida lectora, siente preferencia por el género histórico, especialmente los relacionados con la Historia contemporánea mundial. Hoy en día vive entre Arizona y España y trabaja en su propia empresa, en el sector de estudios extranjeros, además de dedicarse a la escritura a tiempo completo. Le apasiona viajar e intenta hacerlo cada vez que puede.

Querido lector, cuéntame qué te ha parecido Más allá de las trincheras o cualquiera de mis novelas. Me encantará escuchar tu opinión. Puedes encontrarme en las siguientes redes sociales.

¡Un saludo!

Instagram: @rosamorenomatellanes
Twitter: @rosammatellanes
Facebook: https://www.facebook.com/rosamorenomatellanes/
Blog: https://rosamorenomatellanes.com
E-mail: rosamorenomatellanes@gmail.com